hasta la ÚLTIMA GOTA



LESLIE NORTH

JEFES MULTIMILLONARIOS DE MANHATTAN

Una pareja (im)perfecta

Hasta la Última Gota

Diseñado para el desastre

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos aquí descriptos son producto de la imaginación y se usan de forma ficcional. Cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.

RELAY PUBLISHING EDITION, JULIO 2025
Copyright © 2025 Relay Publishing Ltd.

Todos los derechos reservados. Publicado en el Reino Unido por Relay Publishing. Queda prohibida la reproducción o utilización de este libro y de cualquiera de sus partes sin previa autorización escrita por parte de la editorial, excepto en el caso de citas breves dentro de una reseña literaria.

Leslie North es un seudónimo creado por Relay Publishing para proyectos de novelas románticas escritas en colaboración por varios autores. Relay Publishing trabaja con equipos increíbles de escritores y editores para crear las mejores historias para sus lectores.

Traducción de: María Elena Gil Alegría

www.relaypub.com



hasta la ÚLTIMA GOTA

LESLIE NORTH

SINOPSIS

Lo mío es inventar cócteles.

Pero ¿prepararlos junto a mi guapísimo, y muy exitoso, ex?

Eso es una receta para la peor resaca de mi vida.

Me había apuntado a un concurso de preparación de cócteles por un solo motivo: ganar un premio que me permitiera abrir el bar de mis sueños.

Todo iba como la seda, hasta que apareció él.

Aiden Calihan. El hombre que me había dejado más hundida que una resaca de tequila. Ahora era un multimillonario malhumorado y la imagen pública de un imperio de licores.

Lo que más habría deseado en el mundo era tirarle un Dirty Shirley a esa odiosa cara tan perfecta.

Pero las cosas fueron aún peor: él ni siquiera me reconoció.

Bueno, yo llevaba un antifaz y el bar estaba bastante oscuro, pero, aun así.

Y encima, tuvo la osadía de pedirme que promocionara su carísimo producto.

Ah no, de ninguna manera. Antes me bebería un whiskey barato caliente en un vaso roto.

Pero, entonces, Aiden me hizo una oferta sorprendente, una oportunidad que solo aparece una vez en la vida: crear el cóctel sin alcohol definitivo para su marca.

Lo que me pagaría me permitiría abrir mi bar mucho antes de lo previsto, pero trabajar con el señor Tío Bueno Malhumorado suponía un riesgo muy serio para mi salud mental.

Me prometí mantener la profesionalidad en todo momento, pero Aiden se me empezó a meter otra vez en la cabeza… Y también en mis sueños.

La química entre nosotros era imposible de ignorar y, si no tenía cuidado, esta vez podría acabar conmigo para siempre.

Hasta la última gota es un apasionado romance de segunda oportunidad repleto de diálogos rápidos, una química indiscutible, y todos los temas que te gustan: jefe millonario capullo, contraste de caracteres y el amor que se escapó. Con un héroe cauteloso pero imposible de resistir, y una heroína muy independiente en busca de sus sueños, esta historia ofrece la combinación perfecta de tensión, ingenio y pasión. ¡Prepárate para un relato tan embriagador como el mejor cóctel!

LISTA DE ENVÍO

Gracias por leer "Hasta la Última Gota"
(Jefes multimillonarios de Manhattan Libro 2)

Suscríbete a mi boletín informativo para enterarte de los nuevos lanzamientos.
www.leslienorthbooks.com/espanola

ÍNDICE

1. Cora
2. Aiden
3. Cora
4. Aiden
5. Cora
6. Aiden
7. Aiden
8. Cora
9. Aiden
10. Cora
11. Aiden
12. Cora
13. Aiden
14. Cora
15. Aiden
16. Aiden
17. Cora
18. Aiden
19. Aiden
20. Cora
21. Aiden
22. Cora
23. Cora
24. Aiden
25. Cora
26. Aiden
27. Cora
28. Aiden
29. Cora
30. Cora
31. Cora
32. Cora
33. Aiden
34. Cora

Fin de Hasta la Última Gota
¡Gracias!
Cómo alegrarle el día a una autora
Acerca de Leslie
Adelanto: Diseñado para el desastre
Otros títulos de Leslie

1

CORA

—¡Y aquí termina esta ronda! —anunció el presentador—. Un gran aplauso para todos los participantes; ahora daremos paso al siguiente grupo.

Salí de detrás de la barra con la adrenalina a flor de piel, y me ajusté el antifaz negro para asegurarme de no ser reconocida. La Mixóloga Misteriosa estaba teniendo una noche fantástica, y eso significaba que era una noche fantástica para *mí* ya que, por una vez, podía demostrar mi destreza para preparar cócteles delante de un público en directo, en lugar de en las redes sociales.

—¡Eres la mejor! —gritó Jennifer, acercándose a mí—. ¡La ganadora de la primera ronda!

Me envolvió en un abrazo que olía a guindas al marrasquino y granadina. A pesar de su paladar refinado y su destreza culinaria, su favorito de entre todos los cócteles del mundo era el Dirty Shirley, pero yo adoraba a mi amiga demasiado como para reprochárselo.

—Bueno, aún no he ganado nada —reí a duras penas, porque parecía estar intentando ahogarme. Jenn era muy divertida cuando se achispaba—. ¿No te acuerdas? En esta ronda solo tengo que conseguir que no me eliminen, para poder pasar a la siguiente.

—Lo que tú digas —dijo Jennifer, que se estaba balanceando agarrada a mí de un modo que casi nos hizo caer sobre uno de los

jarrones de flores que decoraban la zona—. Les has dado toda una paliza.

Yo sonreí. Sin ser demasiado arrogante, era cierto que, en esa primera ronda, había derrotado a mis oponentes con mucha facilidad.

—*Cóctel para romper con un capullo* ha sido una categoría estupenda —dijo Jennifer—. Y el toque de chile rojo que le has puesto ha sido muy inspirado. Me pregunto qué vendrá ahora.

—Espero que elijan un tema aterrador. Hay una máquina de humo, y me gustaría tener una excusa para usarla.

—Me encantan las máquinas de humo —corroboró Jennifer, que ahora tiraba de mí a través de la multitud para acercarnos a observar a la siguiente ronda de participantes—. Un idiota se ha referido a ti antes como la Señora del Cóctel, y he tenido que corregirle. A ver, ¿tan difícil es acordarse del nombre Mixóloga Misteriosa, considerando que llevas un antifaz?

Tuve que reírme. El antifaz que ocultaba mi cara en todos mis vídeos había empezado como una broma. Era parte del disfraz que me había puesto una noche de Halloween para asistir a una fiesta espantosa en la que sirvieron los peores Zombis que había probado nunca. Al volver a casa, había sentido la necesidad de grabar un vídeo para mostrar la preparación correcta, y lo había hecho con el antifaz puesto. El vídeo se había hecho viral, y así había nacido mi personaje.

Jennifer se estaba tambaleando un poco, y me apresuré a estabilizarla. La mayor parte del tiempo estaba muy estresada, y me alegraba que esa noche hubiera decidido relajarse.

—Creo que has bebido demasiado. ¿Cuántos Dirty Shirleys llevas encima?

—Aún no veo doble, así que no deben de ser muchos.

Nos dirigimos a la mesa que habíamos conseguido encontrar libre al llegar al Fondo del Barril, una coctelería nueva que celebraba su inauguración con aquel concurso de cócteles.

—Siéntate —dijo ella, dando unos golpecitos a mi silla—. He pedido una tonelada de comida para que estés bien preparada para la siguiente ronda. ¡Si quieres ganar, vas a necesitar estar bien alimentada!

No me vendría mal ganar algo de dinero en mi papel de Mixóloga Misteriosa, para variar. Para hacer mis vídeos, necesitaba comprar todos los ingredientes yo misma, y no siempre eran baratos. Me encantaba grabar esos vídeos y poder crear nuevas bebidas deliciosas que compartir con el mundo, pero también me encantaría poder ganar el dinero suficiente para poder abrir el bar de mis sueños, que sería un local muy acogedor, de temática literaria. Pero, al paso que iba, no podría lograrlo a menos que encontrara la forma de ganar más dinero porque, por ahora, me gastaba todo lo que ganaba con mi trabajo de camarera en los ingredientes que necesitaba la Mixóloga Misteriosa.

Tal vez aquella noche podría representar el principio de algo nuevo. Con suerte, si ganaba, la Mixóloga Misteriosa empezaría a recibir ofertas para competir en concursos o hacer apariciones pagadas con regularidad. Quizá esa sería la noche en la que las cosas por fin empezaran a salirme bien.

Los ojos de Jennifer se iluminaron cuando una camarera dejó un plato con entrantes frente a nosotras.

—¡Por fin!

Cogí una patata frita, y acababa de darle un mordisco cuando escuché lo que estaban diciendo las chicas sentadas a la mesa junto a la nuestra.

—… le llaman el Rey del Cóctel, ya sabes. Y daría algo por que fuera el rey de mi cama.

La deliciosa patata se convirtió en cartón en mi boca cuando comprendí de quién estaban hablando.

—¡Ya lo creo! —replicó otra de aquellas chicas—. Está buenísimo, ¿habéis visto la portada de *GQ*? Aunque no se le ve la entrepierna en ninguna foto, tiene pinta de estar muy bien dotado, ¿verdad?

—¡Y que lo digas! —confirmó su amiga—. ¿Cuántos centímetros crees que tendrá?

Yo podría haber contestado su pregunta. Conocía a la perfección las dimensiones exactas de un tal Aiden Callihan, presidente de Elixir, y conocido como el Rey del Cóctel. Habían pasado muchos años, pero... una chica nunca olvida su primera vez.

Como tampoco olvida al primer gilipollas que le rompió el corazón, sobre todo si él no se molesta en explicar por qué tuvo que romper con ella de repente. Creo que eso fue lo que más me dolió, y la razón por la que el recuerdo me seguía atormentando después de tantos años. La forma en que me dejó no me había permitido pasar página, así que pensar en él solo me provocaba confusión y angustia.

Y, maldita mi suerte, en los últimos tiempos había tenido demasiadas ocasiones para pensar en él. Su imagen se había vuelto imposible de evitar, porque la portada de *GQ* parecía estar por todas partes. Al volver a casa después de poner copas durante una larguísima noche infernal, lo último que quería ver era la enorme cara de mi ex sonriendo con superioridad en el lateral de un autobús, como si dijera: «Hola, ¿te acuerdas de mí? ¿El capullo que te dejó tirada? Ahora soy rico y famoso. ¿Quieres saber hasta qué punto? Pues me han dedicado un artículo entero en una revista, donde explican que, básicamente, soy el rey del mundo. Ya a la venta en tu quiosco más cercano». Qué asco.

Jenn me miraba con preocupación desde el otro lado de la mesa.

—Tienes cara de que te acabas de comer una cucaracha. Sí, las patatas están bastante malas, yo las haría mejor con los ojos cerrados y resaca, pero tampoco es para tanto.

—No… No es nada —dije, decidida a olvidar el tema—. Pero sí, tú las harías mejor con los ojos cerrados, resaca y una mano atada a la espalda.

—Ya lo creo —confirmó ella, cogiendo un puñado de patatas fritas—. Prueba uno de los tacos, están solo un poco menos malos que las patatas.

Reí y aparté los recuerdos de Aiden de mi mente, mientras cogía uno de esos tacos algo-menos-malos. Aquel hombre era parte del pasado y no pensaba dejar que me fastidiara esa noche.

—¡Samantha! ¡*Samantha*! —chilló una de las chicas de la mesa de al lado—. ¡Está aquí! Ay, Dios mío. ¡Está aquí! ¡Acaba de entrar! ¿Cómo tengo el pelo? ¿Y las tetas? ¿Crees que le gustarán las rubias? Le tienen que gustar, ¿no? ¿A quién no le gustan las rubias? Ay, ¿qué hago? Puedo acercarme y decirle «Me tomaría un cóctel bien grande». Eso estaría bien, ¿no?

Miré hacia la puerta, notando que se me formaba una bola de hielo en el estómago. Acababa de entrar un grupo de gente vestida con ropa apretada y chillona, con pinta de dedicarse a las redes sociales, pero la cara que reconocí enseguida fue la que venía detrás de ellos. Deseé estar en cualquier otro lugar del mundo en ese momento. ¿Qué clase de broma infernal era esa?

—¿Qué pasa? —preguntó Jennifer—. ¿Qué estás mirando? Oh. ¡*Oh, cielos*! Un momento. —Se volvió a mirarme con los ojos prácticamente fuera de las órbitas—. ¿Ese no es…?

—Sí —contesté—. Aiden Callihan, en persona.

Odio mi vida.

—*La hooooostia* —gimió Jennifer, que conocía toda la historia o, al menos, lo mismo que yo, gracias a que, desde que rompimos cuando estábamos en el instituto, no había recibido de él nada más que silencio absoluto—. ¿Cuántos años han pasado?

—¿Desde la última vez que lo vi? Un montón.

—Me pregunto qué estará haciendo aquí.

—Aparte de arruinarme la noche, ni idea.

Vale, no era mi noche como tal, pero sí que era una oportunidad para mejorar mi vida de manera considerable. Que se hubiera presentado allí era como si el destino me hubiera mostrado un letrero luminoso que decía «No, nunca conseguirás nada bueno en tu vida».

—¿Es que no hay ningún bar pijo para *muchimillonarios* al que pueda ir?

Jennifer le estaba admirando con la cabeza inclinada a un lado.

—Caray, está claro que no tuvieron que retocar nada en las fotos de esa revista, ¿eh?

—Calla la boca.

Me había tapado la cara con las manos, pero al mirar entre los dedos, comprobé que tenía razón. Estaba aún mejor de lo que parecía en todos aquellos carteles y anuncios de autobuses. No quería admitir que tenía una mandíbula fuerte y muy atractiva, sus ojos eran de un color azul increíble y su pelo ondulado brillaba con un color dorado perfecto. Recordaba haber enredado mis dedos en aquel pelo cuando era una adolescente.

¿Habría alguna forma de escaparme sin que me viera? Tal vez podría escabullirme por debajo de las mesas… No, eso sería ridículo.

—Oye, ya sé que le odias a muerte, pero, caramba —continuó Jennifer—. Ese hombre es un recordatorio andante de que no me

acuesto con nadie desde hace… —Dio un buen trago a su bebida—. Demasiado tiempo.

Aún no podía creerlo. De todos los malditos bares de Manhattan, ¿por qué había tenido que aparecer en aquel?

—Va a pasar por nuestro lado —dijo Jennifer, levantando y bajando las cejas muy rápido.

—Por desgracia. —Miré hacia otro lado.

—No, un momento. Viene hacia aquí. —Su voz sonaba a la vez intrigada y preocupada.

—¿Cómo que hacia aquí? —*Mierda*. Notaba el sabor del pánico en la garganta, y era muy amargo.

—Pues que viene directo a nuestra mesa. Ahora te está mirando. Ay, Dios. ¿Qué hacemos?

Me arriesgué a mirar y solté un juramento por lo bajo cuando sus ojos se encontraron con los míos. Aunque esbozó algo parecido a una sonrisa mientras se acercaba, me di cuenta de que no le hacía ninguna gracia encontrarse en medio de aquella multitud. Cuando una chica chocó con él y derramó parte de su bebida, su expresión se transformó en una mueca de desagrado durante un instante, mientras se sacudía el líquido de la chaqueta. Así que no había cambiado en aquel aspecto, y seguía sin gustarle aquel tipo de ambientes. Entonces, ¿qué estaba haciendo allí? Parecía un hombre con una misión que le resultaba muy desagradable aunque, para cuando llegó hasta donde estábamos nosotras, ya había recuperado la sonrisa.

—Vaya —dijo Aiden, mirándome como quien aprecia un cuadro—. Qué sorpresa tan inesperada. La Mixóloga Misteriosa en persona. Mi noche acaba de mejorar mucho.

Yo me puse en alerta y abrí la boca para contestar, pero no conseguí decir nada. Jennifer se limitó a dar otro trago ruidoso a su bebida.

Luché por mantener una expresión seria y no revelar nada, pero me había dejado atónita. ¿Qué cojones decía? ¡No me había reconocido! Bueno, había reconocido a la Mixóloga Misteriosa, pero, entonces, ¿no solo me había dejado años atrás, sino que se había *olvidado* de mí? Y ya puestos, ¿por qué no me arrancaba el corazón allí mismo y lo pisoteaba un poco, el muy gilipollas? Por otro lado, ¿en serio que mi pequeño antifaz negro era suficiente para que no me reconociera alguien que solía decirme que mirarme a los ojos era como mirar las estrellas?

Uf. Cómo deseaba lanzarle algo a aquella cara perfecta, a ser posible una bebida, y observar cómo se derramaba por su mandíbula cuadrada y le estropeaba esa ropa que, sin duda, sería de diseño y muy cara. Pero, claro, esa sería una forma muy tonta de desperdiciar una buena bebida.

Él se apoyó en la mesa y se acercó lo bastante para permitirme ver cómo le brillaban los ojos bajo los destellos de la complicada iluminación del local. No debería estar permitido que unos ojos brillaran de ese modo.

—He oído algunas cosas increíbles sobre ti.

—Ah, ¿sí? —Intenté contener una mueca. *Ahórratelo, señor Elixir. Me conozco todos tus trucos.*

—Pues sí.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Jennifer.

Le lancé una mirada asesina, pero ella se limitó a soltar un hipo, y taparse la boca con la mano.

—Que preparas unos cócteles fantásticos —continuó Aiden.

Vaya, no fastidies. Tampoco era que hubiera creado todo un personaje público dedicado a eso, ni nada.

—Estoy seguro de que vas a ganar esta competición sin problemas. No creo que aquí haya nadie que esté a tu altura.

Estaba intentando resultar encantador, pero yo aún recordaba cómo identificar una sonrisa fingida suya. La que tenía en ese momento parecía ensayada, artificial. Así que no solo no se acordaba de mí, sino que estaba tratando de ligar conmigo por alguna razón desconocida y ¿ni siquiera iba en serio? Caray, justo cuando no creía que pudiera cabrearme más.

—Ya veremos —dije en actitud desdeñosa, y con la esperanza de poner fin a la conversación.

Por favor, lárgate de una vez, supliqué para mis adentros. *Ahí mismo tienes a una rubia idiota con un repertorio de frases absurdas, a la que le encantaría que le dedicaras esa sonrisa vacía y sin alma. Ve a molestarla a ella en vez de a mí.*

—¿Y no sería estupendo que ganaras? —preguntó él, ajeno a mis plegarias silenciosas.

Jennifer asintió mientras sacaba una guinda del fondo de su copa.

—Sería muy estupendo —confirmó.

Le lancé una mirada para advertirle que se callara. Ya había bebido bastante por una noche, se acabaron los Dirty Shirleys para ella.

Aiden miró a Jennifer y se volvió hacia mí.

—Tus seguidores no esperarán menos de ti. Pero ¿sabes qué sería aún mejor?

Estaba segura de que no tardaría en decírmelo.

—Que ganaras la competición utilizando Elixir en alguna de tus creaciones —explicó.

Ah, de acuerdo, así que se trataba de *eso*. Ahí estaba la razón por la que el tío con el que había perdido la *virginidad*, y que ahora no se acordaba de mí, fingía tontear conmigo. Para él solo era una oportunidad de negocio, un medio de conseguir publicidad gratis para su estúpida empresa de bebidas.

Estaba claro que me iba a cabrear hasta el infinito esa noche.

—Resulta muy suave en los cócteles —continuó—, o eso dice la gente.

—Jamás he oído a nadie decir algo semejante. —Mentí con un resoplido, y me volví a Jennifer—. ¿Y tú?

Ella se encogió de hombros y siguió bebiendo el Dirty Shirley que le acababan de traer.

La sonrisa de Aiden se volvió un poco más tensa. *Punto para mí.*

—¿Estás segura? —Su voz sonó menos segura, con una nota de irritación—. Pues lo pone en nuestras botellas.

—A eso lo llamaría publicidad engañosa —dije con dulzura, disfrutando al ver los esfuerzos que hacía para mantener la calma—. Según mi experiencia, muchos envases dicen mentiras. —Lo miré de arriba abajo con intención—. Puedes vestir el producto como quieras, pero nunca será tan impresionante como dice la botella.

Sabía que eso también era mentira, pero yo sabía mentir con convicción, y hasta conseguí esbozar una sonrisa de superioridad, como si lo dijera muy en serio. Él apretó los dientes. Oooh, se estaba enfadando. *Otro punto para mí,* pensé, y sonreí un poco más.

A los diecisiete años, Aiden probablemente habría estallado al llegar a ese punto de la conversación, pero parecía que había aprendido a controlarse mejor desde entonces.

—Muy bien —dijo, enseñándome una botella de Elixir que no me había dado cuenta de que tenía en la mano, y me la plantó en la cara—. Deberías darle una oportunidad. Creo que te servirá de inspiración.

Conque creía que Elixir me podía inspirar, ¿eh? ¡Ja!

—Considéralo una muestra de agradecimiento por añadir Elixir a tus creaciones —insistió.

—¿Acaso he dicho que vaya a hacer tal cosa? —espeté, apartando sus manos y la botella—. No me interesa tu licor.

—Esta es una botella de edición limitada, creada por el décimo aniversario —explicó él, confuso.

—¿Y?

—¡No está a la venta! —Ahora estaba irritado.

—¿Y se supone que eso debe impresionarme?

—Se supone que debes agradecérmelo. —Su tono era casi un gruñido.

No pude contener un gemido de incredulidad.

—Que te agradezca, ¿qué? ¿El que hayas interrumpido mi descanso y estés intentando endosarme una botella de Elixir que no quiero para nada?

—Hemos ido al almacén con el único propósito de recogerla —insistió.

—Oh, pobrecito. ¿Como si fueras un perrito? ¿Y ahora esperas una golosina por haberla traído? —le provoqué.

Sabía que se estaba enfadando. Lo notaba en las leves arrugas de su frente, la tensión en su mandíbula, y la forma en que había alzado un poco los hombros. Era evidente que había esperado que me deshiciera en agradecimientos, pero, por lo que a mí se refería, podía meterse esa botella por donde le cupiera.

Él la dejó sobre la mesa con un golpe que sobresaltó a Jennifer, y la empujó hacia mí.

—Te la regalo.

—Pues no acepto el regalo —dije, apartándola.

—No puedes rechazarlo. He elegido esta botella específicamente para ti.

Resoplé de nuevo. Sí, claro, porque me conocía; mejor dicho, porque conocía a la *Mixóloga Misteriosa* muy bien.

—Te lo voy a explicar despacio, para que lo entiendas: no acepto regalos de empresas con las que no tengo intención de trabajar. Elixir y yo no encajamos.

No era el primero que intentaba ablandarme con regalos para convencerme de que me asociara con su marca, pero siempre me había negado con firmeza. Muchas empresas vendían productos con los que nunca me asociaría, y no estaba dispuesta a arriesgar mi reputación por cualquier producto. Sin embargo, podía admitir que ese no era el caso de Elixir. Era un buen producto, pero era *suyo*, y eso significaba que no lo quería ni regalado.

La cuidada expresión de Aiden se resquebrajó un poco más. No estaba encajando bien el rechazo. *Aaay, pobrecito…* Tuve que morderme la lengua para no echarme a reír.

—¿Y por qué no quieres trabajar con Elixir? —preguntó.

—¿Cuánto tiempo tienes? —Puse los ojos en blanco.

—¡Tú solo acepta la dichosa botella! —La mano que tenía sobre la mesa se había cerrado en un puño.

—No. Y la última vez que lo comprobé, esa palabra debería bastar.

—Muy bien, pero no me la voy a llevar. —Aiden había cruzado los brazos y se cernía sobre mí—. Sería una pena desperdiciarla, así que podrías aceptarla, y ya está.

¡Por Dios! ¿Qué tenía que hacer para que el muy imbécil lo pillara? No quería trabajar con él, ni con su estúpida empresa, y ni de coña iba a presentarme con una botella de Elixir delante de toda la gente que se había reunido para presenciar la competición. En ese momento, me fijé en un hombre que se acercaba a nuestra mesa,

con una chapa en la que ponía *Mi cumpleaños*. Joder, me iba a venir de perlas. Sonreí con superioridad, cogí la botella de Elixir y se la entregué a aquel tío cuando pasó junto a nosotras. Él se detuvo, mirándome confuso, y Aiden hizo lo mismo.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamé, dedicándole una sonrisa enorme.

—¡Tíos! —El hombre levantó la botella hacia donde estaban sus amigos, con una sonrisa de felicidad absoluta—. ¡La Mixóloga Misteriosa me acaba de regalar una botella!

Se escuchó un coro de vítores desde una mesa un poco más lejos, y aquel hombre se dirigió hacia allí con la botella de edición limitada del décimo aniversario de Aiden.

—¿Por qué cojones has hecho eso? —estalló Aiden, y casi pude ver humo salir de sus orejas.

—Ha sido un regalo de cumpleaños —expliqué—. Y parece que les has alegrado la noche, señor Rey del Cóctel.

—No era para ellos —gruñó él.

—Bueno, has dicho que no querías desperdiciarla. —Me encogí de hombros.

Él resopló, como para reprimir un gruñido. Ahora sí que estaba enfadado, y eso me venía muy bien. Tal vez así se llevaría ese cuerpazo a otro sitio y me dejaría en paz de una vez.

—¡Participantes de la segunda ronda! —llamó el organizador en ese momento—. ¡Última llamada! Por favor, acercaos a la barra.

—¡Esa eres tú! —exclamó Jennifer ilusionada, y extendió un brazo por encima de la mesa para darme un golpecito.

¿Última llamada? Salté de la silla. Había estado a punto de perderme esa ronda por estar demasiado ocupada permitiendo que Aiden me fastidiara la noche. No estaba dispuesta a dejar que me volviera

loca, como había hecho en su día. Nunca más y, sobre todo, no cuando tenía una competición que ganar.

—Espera —dijo él cuando pasé por su lado de camino a la barra. Hizo un gesto hacia el chico del cumpleaños—. ¡La botella!

—Oh, no te preocupes —dije en el tono más condescendiente que pude, mirándole por encima del hombro—. Ya están tan borrachos que seguramente no notarán el asqueroso sabor que deja Elixir en la boca.

Aiden hizo una mueca de enfado. Yo me di la vuelta satisfecha, aunque disgustada, y me dirigí hacia el lugar que me habían designado para la segunda ronda.

Otro punto para mí.

2

AIDEN

Si no volvía a oír el nombre *Mixóloga Misteriosa* en la vida, moriría feliz.

—La Mixóloga Misteriosa corre a coger un último ingrediente —anunció el presentador—. ¿Conseguirá terminar a tiempo?

Me apoyé contra la barra, tratando de ver qué era lo que intentaba coger. *Más vale que sea una botella del maldito Elixir*, pensé, pero ella volvió a su puesto con una lima. ¡Una lima!

Jesús.

Bebí un trago de mi Old Fashioned y me recordé que la ronda aún no había terminado. Aún tenía tiempo de utilizar Elixir. Ella cortó la lima por la mitad.

—¡Cuarenta segundos! —anunció el presentador.

La Mixóloga Misteriosa miró a su alrededor y cogió una botella de la estantería. ¡Esa sí era de Elixir! Entonces, me miró a los ojos con una sonrisa irónica, y dejó caer la botella con fuerza sobre una de las mitades de lima, que había puesto en un cuenco. Cuando la hubo reducido a pulpa, apartó la botella como si fuera un residuo tóxico. Vertió el líquido en su bebida justo cuando el presentador volvía a gritar.

—¡Tiempo! Concursantes, por favor, apartaos de vuestros puestos. Ahora, los jueces se acercarán para valorar las bebidas que habéis preparado para el tema *Bebida para una isla desierta.*

Me aparté de la barra, con la copa apretada en la mano y tratando de no rechinar los dientes. ¿Qué cojones le pasaba a esa mujer? Solo le había pedido que añadiera un poco de mi licor a su bebida y ella, en cambio, había usado la botella como un maldito exprimidor.

Me había fijado en que algunos de los otros participantes sí habían utilizado Elixir, pero… ¿a quién diablos le importaban ellos? La Mixóloga Misteriosa era la atracción principal del evento, la concursante de la que todos estaban pendientes, y se suponía que esa era su noche. Habíamos pagado una cantidad absurda para incluir Elixir en aquella competición, y habíamos traído a un grupo de *influencers* para que hablaran del evento después. La idea era conseguir también la colaboración de la Mixóloga Misteriosa y convertir aquella noche en un triunfo fácil para Elixir.

—*Tú engatúsala* —había dicho Dominic, mi mejor amigo—*. Siempre consigues que las mujeres se enamoren de ti, Dios sabe por qué* —había bromeado—. *Si te lo propones y lo consigues, no necesitaremos nada más.*

Ya, claro. Para él era fácil decirlo. Le había nombrado director de marketing de mi empresa porque se le daba muy bien la conversación, le caía bien a la gente y era capaz de sonreír durante horas, cosas para las que yo nunca había tenido paciencia. Debería haber sido él quien acudiera esa noche, pero me había pedido que viniera en su lugar, y yo no dejaba tirados a mis amigos. Por desgracia, la noche no estaba yendo en absoluto como yo había esperado. ¿Cómo iba a saber que la famosa Mixóloga Misteriosa era una egocéntrica insoportable con complejo de superioridad? ¿Quién rechazaría una botella de licor gratis? Y, sobre todo, ¿por qué cojones se creía que estaba por encima de Elixir?

—Haaala —dijo junto a mí Elio Almatta, un *influencer* que estaba empezando, pero que había acumulado ya numerosos seguidores.

Llevaba los párpados pintados de un azul brillante que contrastaba con las puntas color rosa de su peinado perfecto—. La Mixóloga Misteriosa va a cuchillo.

Dedicó una gran sonrisa a Cassie Harvey, una *influencer* de moda muy conocida, y Artie Symmons, un joven artista callejero de mucho talento.

—¿Soy yo, o se lo ha currado muchísimo para no utilizar Elixir? —preguntó Artie—. Creo que ha usado todos los ingredientes disponibles menos ese.

—Estoy bastante segura de que ha habido un momento en el que ha apartado la botella de su puesto —susurró Cassie, en un tono que garantizaba que el resto del grupo la oyera.

—Yo creo que lo está guardando para la próxima ronda —sugerí con una sonrisa forzada. Iba a asegurarme de que utilizara Elixir, costara lo que costara.

—Detecto algo de drama —canturreó Cassie, moviéndose al ritmo de la música que sonaba por los altavoces, sin hacerme caso.

Al momento, se dedicó a poner morritos y fingir que reía, porque Elio había sacado su móvil para hacer un selfi de grupo delante de una de las paredes de ladrillo. Resistí el impulso de poner los ojos en blanco. Si no fuera por que aquellos niñatos tenían millones de seguidores y la atención de la mayoría de la población universitaria, grandes consumidores de Elixir, no les habría dedicado ni una mirada.

—Intenta tener paciencia —me había recomendado Dominic cuando me preparó para esa noche—. *Y si no puedes, limítate a estar calladito.*

—Con o sin drama, está espectacular —dijo Elio—. Me pregunto dónde comprará la ropa.

—Ese vestido que lleva es increíble —corroboró Cassie—. Le hace un culo espectacular. —Fingió hacer un puchero y continuó—. ¿Crees que yo tengo el culo plano?

Elio volvió a guardar el móvil y le sujetó las mejillas con las manos.

—Claro que no, cariño. Eres perfecta. No vayas a hacer ninguna tontería. Sabes que ya no se lleva el levantamiento de glúteos, ahora lo más es hacer ejercicios para esculpir el culo.

Me acabé la bebida tan rápido que casi me atraganté. *Piensa en los estudiantes*, me repetí mientras me frotaba el espacio entre los ojos. Los estudiantes, que después de terminar la carrera, conseguían trabajos que les permitían gastarse el sueldo en Elixir.

—La Mixóloga Misteriosa pasa a la siguiente ronda con su bebida Barco al Rescate —anunció el anfitrión, antes de recitar la lista de ingredientes, en la que Elixir brillaba por su ausencia, como ya sabíamos—. Esta noche no hay quien la pare, pero ya veremos qué nos prepara en la tercera ronda, que empezará en quince minutos.

—Vamos a la mesa de los jueces —dijo Cassie, cogiendo la mano de Artie y tirando de él hacia la multitud.

Elio, que ya estaba medio borracho, me puso una mano en el hombro.

—Al menos ya sabes que la botella es resistente —ofreció—. Estaba esperando que saltara en pedazos cuando ha golpeado la lima de ese modo.

—Sí, gracias —murmuré entre dientes.

Elio se perdió entre la gente y yo me dirigí al final de la barra. Era hora de tener otra charla con la Mixóloga Misteriosa.

—¡Oye! —Llamé su atención cuando conseguí abrirme paso entre un grupo de gente y llegar hasta ella.

—¿Otra vez tú?

Sus pestañas aletearon tras el antifaz. Tenía unos bonitos ojos marrones y unas cuantas pecas sobre lo que podía ver de su nariz, pero eran sus labios lo que había atraído mi mirada, carnosos y un poco prominentes. La clase de labios de los que, por lo general, me gustaba disfrutar después de una noche como esta. El vestido que llevaba también ayudaba. Los *influencers* tenían razón, se pegaba a su culo como si hubieran derramado la tela sobre ella, y se trataba de un pedazo de culo espectacular. Los *influencers* podían preocuparse por las tendencias, pero a mí lo que me interesaba eran las tías buenas. Ella, desde luego que merecía ese calificativo.

Tan buena, como un puñetazo en el ojo, me recordé a mi mismo, pensando en nuestra conversación anterior. *Procede con precaución.*

—Yo otra vez. —Forcé una sonrisa—. Supongo que hay que felicitarte, les has machacado en esta ronda. Casi tanto como has machacado esa pobre lima.

Ella levantó una ceja.

—Estaba segura de que Elixir serviría para algo, después de todo.

Solté una carcajada, brusca y sin ganas.

—Me sorprende tener que explicar esto a una mixóloga, pero el licor suele funcionar mejor cuando se pone *en* la bebida.

—Sí —dijo ella con sarcasmo—, puede que no hayas prestado atención antes, pero a los jueces no ha parecido importarles lo más mínimo.

Noté que me ponía cada vez más tenso, y me costaba mantener la sonrisa. Me armé de los últimos átomos de paciencia que me quedaban, y continué insistiendo.

—Bueno, tal vez en la tercera ronda podrías hacer algo más que exprimir limas con él.

—Oh, ¡ya lo creo! Esta vez lo voy a probar con los limones. Esa botella tan pesada es perfecta para hacer zumo —dijo, y se volvió

para mirar hacia la mesa en la que estaba sentada su amiga.

¿Por qué diablos tenía un problema con el diseño de mi botella? No pude mantener la sonrisa ni un instante más. ¿Y quién cojones se creía que era para desairarme de ese modo?

—Te estoy hablando en serio, si es que eres capaz de comprender eso.

Ella se volvió hacia mí y me señaló con un dedo.

—Sé que eres muy serio, señor Rey del Cóctel. Ten cuidado con esa vena que te late en la frente, no te vaya a explotar la cabeza.

Apreté la mandíbula. No tenía tiempo para esas tonterías, era hora de hablar de negocios.

—¿Qué va a hacer falta?

—¿Para qué?

—¿Es que hablo demasiado rápido para ti? De acuerdo, lo diré más despacio. ¿Cómo puedo conseguir que utilices Elixir en la tercera ronda?

—Por Dios, tío, a ver si lo pillas. No puedes.

Me dio la espalda y empezó a alejarse de mí, pero fui tras ella.

—No te largues así.

—¿Largarme? —Me dedicó una sonrisa de superioridad por encima del hombro—. No me largo, estoy huyendo.

Ah, no, eso no iba a quedar así. Iba a utilizar Elixir en su cóctel, aunque tuviera que saltar por encima de la barra y añadirlo yo mismo a la coctelera.

—Escucha, te vendría bien trabajar con alguien como yo.

Ella se volvió tan rápido que estuve a punto de estrellarme contra ella. Cruzó los brazos contra su pecho, destacando su escote. ¿Por

qué tenía que estar tan buena, si iba a ser tan desagradable?

—¿Qué quiere decir Su Majestad? ¿Por qué razón necesitaría una mixóloga plebeya como yo a alguien como vos?

—Si te fijas en la gente con la que he venido, creo que entenderás lo que quiero decir. —Señalé con un gesto a la mesa de la zona reservada en la que se habían instalado los *influencers*. Ella se limitó a levantar una ceja, y yo suspiré—. ¿Necesitas una lección de matemáticas? Esos *influencers* tan populares están conmigo, y podrían llamar la atención sobre ti, pero solo si yo se lo pido. Y no se trata solo de eso. Elixir podría abrirte muchas puertas, como invitaciones para preparar bebidas en las mejores fiestas de la ciudad. Hazme caso, te interesa llevarte bien conmigo. Trátame bien y yo te trataré bien a ti. Si sigues siendo tan difícil…

—¿Y voy a tener que explicarte el significado de la palabra «no»? —preguntó, exagerando la pronunciación—. No me interesa tu ayuda, ni tus *influencers*, ni Elixir, que es demasiado flojo y sabe a rayos. No me fío de ti ni un pelo, así que déjame en paz de una maldita vez.

Apreté los puños e inspiré despacio y profundamente. No sirvió para nada, notaba que iba a perder la compostura en un instante. A la mierda con el encanto, la persuasión o cualquier otro método. Era hora de utilizar el único argumento que no fallaba nunca.

—Está bien. ¿Cuánto quieres?

Me miró con desconfianza.

—No pienso…

—Está muy claro que esperas algo —espeté—. Te puedo dar un cheque aquí y ahora, solo tienes que darme una cifra. ¿Diez mil? ¿Veinte mil?

Su sorpresa pareció auténtica y, por un momento, se quedó sin habla. *Ajá. La tengo.*

—Así que veinte mil, ¿no? —pregunté—. Considéralo hecho. Solo dime a quién emitir el cheque y…

—¡No quiero tu maldito dinero! —gritó, con los ojos centelleantes.

No me molesté en contener un resoplido. ¿A quién quería engañar? Todo el mundo quería mi dinero. No entendía por qué ella fingía ser diferente.

—Por supuesto que lo quieres, solo es cuestión de encontrar la cifra adecuada. ¿Treinta y cinco mil? ¿Cuarenta mil?

—¡Vete a la mierda! —gritó ella.

—Oh, ya estoy ahí, créeme. ¿Qué te parece esto? Yo sigo aumentando la cantidad y tú me dices cuándo paro.

—¡Que te den!

—Claro, que también puedo firmar un cheque y dejar que seas tú quien escriba la que quiera. ¿Eso te haría sentir mejor?

—No puedes comprarme —dijo ella, con voz aún demasiado alta.

—Todo el mundo tiene un precio, así es como funciona el mundo. Solo estás siendo difícil porque sí. Venga, dime cuánto quieres.

—Como vuelvas a ofrecerme dinero una vez más, vas a comprobar por ti mismo lo dura que es la maldita botella de Elixir, ¡porque te la voy a meter por donde te quepa!

—¡Participantes de la ronda tres! —anunció el anfitrión—. Por favor, acercaos ya a la barra.

Los dos recordamos a la vez dónde estábamos, y me fijé en que los *influencers* nos estaban observando desde su mesa. Se me encogió el corazón. *Joder*. Tenían los teléfonos en la mano y nos estaban apuntando con ellos, así que era probable que lo hubieran grabado todo. Aquella situación se estaba convirtiendo en una puta pesadilla. Me froté el puente de la nariz.

—Estás montando un numerito innecesario.

—¿*Yo* estoy montando un numerito? Eres tú el que me está tratando como si fuera una prostituta.

—Ah, ¿sí? Pues tú eres quien ha amenazado con agredirme.

—¡Eso es porque tú te lo has buscado! —replicó ella.

—¿Sabes qué? ¡Haz lo que te dé la gana!

La situación ya no tenía remedio. Rendirme era contrario a mi naturaleza, fuera ante quien fuera, pero seguir insistiendo sólo conseguiría empeorar las cosas. Además, estábamos llamando demasiado la atención.

—Esto no va a funcionar —admití.

—Vaya, ¿y ahora te das cuenta? —ironizó ella.

—De todos modos, seguramente estás sobrevalorada —resoplé.

—¿Perdona?

—Suerte con la competición, te servirá para demostrar que solo eres una de esas advenedizas, insulsas e inútiles, que no sirven para nada.

Ella se quedó boquiabierta.

—Y, para que lo sepas, Barco al Rescate es un nombre estúpido para un cóctel —añadí.

Me di la vuelta, satisfecho, y la dejé ahí, mirándome aturdida, como un pez fuera del agua.



La competición terminó más de una hora después. Yo no había vuelto a tocar el resto de mi bebida, y la condensación resbalaba por

mis dedos mientras jugueteaba con el vaso medio vacío, sumido en una furia silenciosa en un extremo de la barra. La Mixóloga Misteriosa fue la ganadora, por supuesto, y posó con los jueces con una sonrisa de oreja a oreja. Para mi profundo disgusto, la única ocasión en que había vuelto a tocar una botella de Elixir fue para machacar con ella un trozo de canela en rama.

Mensaje recibido.

Elio, Cassie y Artie se acercaron a mí, tonteando entre sí y con las mejillas coloradas debido a todo el alcohol que llevaban en el cuerpo. Al menos, aún había gente que aceptaba mi dinero.

—Gracias por invitarnos, jefe —dijo Artie.

—Me alegro de que hayáis venido —respondí.

Había terminado por pagar una gran cantidad de comida y bebida para los *influencers,* con el fin de tenerlos contentos y entretenidos, y evitar que me convirtieran en su objetivo. Tenía la impresión de que nos separaríamos en buenos términos, aunque no podía estar seguro. Estaba deseando despedirme de ellos y poner fin de una vez a aquella noche.

—¡Hasta la próxima! —gritó Elio con un saludo militar.

Dios, esperaba que no hubiera una «próxima».

Salieron a la calle, y yo esperé un tiempo prudencial para que cogieran los taxis y Ubers correspondientes, antes de marcharme yo también. Me alegré de dejar atrás el griterío del bar, y pensé que me vendría bien aclararme un poco las ideas después de aquella nochecita.

—¿Señor Callihan? —llamó mi chófer cuando me vio.

—Voy a caminar un poco, Ian —dije, haciendo un gesto con la mano —. Recógeme en unas cuantas manzanas.

—Sí, señor. —Volvió a entrar en el coche, lo puso en marcha, y avanzó despacio en la misma dirección que yo.

Aún no había llegado al final de la manzana cuando recibí una llamada de Dominic. El que llamara a esas horas de la noche solo podía significar una de dos cosas, desde el punto de vista de marketing: o yo lo había hecho muy bien, o todo había sido un desastre.

Oh, vamos, ¿a quién diablos pretendía engañar? Sabía que no me estaba llamando para darme la enhorabuena, después de lo que había ocurrido.

—¿Qué has hecho para cabrearla tanto? —preguntó en cuanto contesté la llamada.

Joder.

—Si te refieres a la Mixóloga Misteriosa, debes saber que es una absoluta pesadilla. No me digas que nuestra discusión ha acabado en internet.

—¿Y qué esperabas? —replicó él—. Creo que llevar a una panda de *influencers* obsesionados con publicar contenido ha sido un error por nuestra parte.

—¿Tan malo es? —pregunté con un gruñido.

—Podría ser peor —me tranquilizó él—. El audio es de mala calidad, así que resulta imposible oír vuestra conversación, y no le has puesto una mano encima, así que no creo que lo puedan convertir en un escándalo, pero… —Se interrumpió para suspirar—. No es exactamente la clase de éxito que esperábamos.

—Bueno, tenemos más eventos programados. Con suerte, esos nos darán mejores oportunidades de relaciones públicas.

—Ahora mismo nos hace mucha falta buena prensa para apoyar la nueva línea.

Dominic y yo estábamos preparando el lanzamiento de Elixir Free, una sofisticada gama de bebidas sin alcohol, listas para tomar. Yo había estado buscando cómo llevar la marca Elixir más allá del alcohol desde que un amigo me había comentado lo difícil que les resultaba a los abstemios encontrar bebidas sin alcohol que no fueran refrescos. Elixir Free podría ofrecer una alternativa divertida y bien pensada a cualquiera que intentara reducir el consumo de alcohol.

—Si empezamos a generar interés ya, para cuando lo lancemos, tendremos a la gente ansiosa por comprarlo. Y hablando del lanzamiento… —Dominic no terminó la frase.

—Lo sé, lo sé —dije—. Estoy en ello.

El lanzamiento solo tendría sentido si teníamos un producto y, en aquel momento, aún no lo teníamos, porque no había encontrado a la persona adecuada para crearlo.

—No te voy a insistir más por esta noche, pero tienes que ponerte las pilas.

—Allie y yo nos estamos dedicando a ello, creo que ella ya ha organizado algunas entrevistas.

Había pedido a mi responsable de contratación que me ayudara a encontrar la persona adecuada para hacerse cargo del equipo Elixir Free. Contábamos con un buen grupo de desarrolladores, pero, hasta ahora, no habían conseguido dar con el producto adecuado, y necesitábamos encontrar a alguien que aportase nuevas ideas.

—Bueno, eso ya es un avance.

—Eso espero. —Me froté los ojos—. Sobre todo, después de esta noche.

—Siento no haber podido ir contigo. Tal vez yo habría podido llegar a un acuerdo con la Mixóloga Misteriosa.

Sí, probablemente, pensé; pero si lo decía, solo conseguiría hacerle sentir mal.

—No, tío, no te preocupes. —Ante todo, Dominic era mi amigo, y ya tenía bastante de lo que ocuparse—. Esta noche tenías que dedicársela a Hailey. Sé que eso es importante para ti, sobre todo ahora.

—Sí —suspiró él.

—¿Y cómo va eso?

—Ya te puedes imaginar, teniendo en cuenta… Ya sabes.

—Bueno, anímate —dije, tratando de cambiar de tema—. Al menos tenemos la fiesta de Trent en breve.

Yo, desde luego, estaba deseando que llegara esa fiesta. Trent, nuestro compañero de universidad, era uno de mis mejores amigos, pero todos estábamos siempre tan ocupados que resultaba difícil encontrar tiempo para coincidir. Al menos, Dominic y yo trabajábamos juntos y nos veíamos en la oficina. Quedar con Trent y nuestros otros amigos, Paul y Vincent, era mucho más complicado, pero los cumpleaños no eran negociables. Siempre los pasábamos juntos, en el mismo sitio.

—Estoy deseando ir a Long Island la semana que viene —confirmó Dominic.

—He hablado antes con la abuela Dee, y me ha prometido que lo pasaremos bien. —La abuela de Trent se había convertido en una abuela adoptiva para todos nosotros durante nuestros años en la universidad—. Pero también ha dicho que tendremos que llevar nosotros la bebida.

—Muy propio —rio Dominic—. Pero que sepas que, si este año te vuelves a caer a la piscina, yo no pienso sacarte.

Yo reí también, y noté que eso aliviaba parte de la tensión que notaba en los hombros. La noche había sido lamentable, pero ya

había terminado y tenía otras cosas más agradables en las que pensar, como pasar tiempo con mis amigos, el lanzamiento de un producto que, sin duda, conquistaría el mundo y, sobre todo, pasar el resto de mi vida sin volver a ver a la Mixóloga Misteriosa.

3

CORA

V*as a venir a comer, ¿verdad?*

Pues claro. Hoy me he levantado de la cama solo por ti.

Contesté al mensaje de Jennifer mientras subía las escaleras del metro para salir a la calle, y añadí: *Claro, que tampoco podría haber seguido durmiendo, con todo el ruido que has hecho esta mañana.*

Jennifer no solo era mi mejor amiga, sino también mi compañera de piso. Compartíamos un piso diminuto, de un solo dormitorio y, aunque no había mucho sitio, las dos estábamos siempre tan ocupadas que pocas veces nos molestábamos. Además, yo tampoco podía quejarme. Cuando Levi, mi ex, me había dejado el año anterior, no pude pagar sola el piso en el que vivía con él, y Jennifer había venido al rescate.

Perdona. Solo quería asegurarme de que no me dejaras tirada.

¿Cuándo he hecho semejante cosa? Llego en unos quince minutos.

Bien.

¿Y la mujer de los batidos también va a venir?

Jennifer respondió con el emoticono que lloraba de risa.

Se llama Allie.

¿Y cómo lo iba a saber? La conociste en un bar de batidos.

No, en el gimnasio. El batido nos lo tomamos después. Es encantadora, así que intenta no llamarla mujer de los batidos cuando te la presente, por favor.

No te prometo nada, bromeé.

Como respuesta, recibí un emoticono con los ojos en blanco, pero la conocía lo bastante bien como para saber que le había hecho reír. Había estado muy estresada en el trabajo últimamente, así que yo consideraba que era mi responsabilidad hacerla reír siempre que podía. Sobre todo aquel día, porque parecía que podría haberme conseguido una oportunidad importante. A pesar de las bromas que le había gastado, yo sabía muy bien cómo había conocido Jenn a Allie. Habían ido a tomar un batido después del gimnasio y, al parecer, Jennifer había mencionado de pasada que la Mixóloga Misteriosa podría haber preparado uno mucho mejor. Entonces, Allie había mencionado que, tal vez, podría tener una oferta de trabajo para mí, lo que resultaba emocionante. Después del desastroso encuentro con Aiden la noche anterior, me vendría bien recibir buenas noticias.

Al volver la esquina, divisé el toldo verde que daba sombra a la puerta de Eastfield Eatery. Era un lugar mucho más sofisticado que Clive's, la cafetería cutre donde Jenn y yo habíamos trabajado hacía cinco años, conmigo detrás de la barra y ella en la cocina. Allí fue donde nos conocimos, y yo me alegraba de que mi amiga hubiera avanzado en su carrera y ahora pudiera exhibir sus increíbles habilidades culinarias trabajando de *chef* en un lugar digno de ella.

—¡Cora! —llamó Jennifer, haciendo gestos con la mano desde nuestra mesa habitual en el restaurante.

Cada una de las mesas del local estaba adornada con unas cuantas flores frescas, y de las paredes colgaban pinturas abstractas.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunté al sentarme.

—Como siempre. Mañana empezaremos con el nuevo menú.

—Qué emocionante.

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—Si tienes hambre, pide el *panini* de beicon, brie y arándanos.

—No lo veo en la carta —dije mientras la ojeaba.

—Lo sé. Quiero poner a prueba a la cocina, para asegurarme de que estén listos para mañana.

—Pues suena delicioso. Ya sabes que me encanta el queso.

Ella miró a la puerta y levantó un brazo con una gran sonrisa.

—¡Hola, Allie!

Una mujer cruzó el restaurante con paso firme y decidido, y se sentó junto a Jennifer. Llevaba una melena corta, un montón de pendientes en la oreja y un dragón tatuado en el antebrazo. Solo con mirarla, me sentí bastante menos especial.

—Espero no llegar tarde.

—Para nada —dijo Jennifer, haciendo un gesto con la mano hacia mí —. Cora acaba de llegar ahora mismo.

—¿Así que tú eres la Mixóloga Misteriosa? —Allie me tendió la mano —. Soy Alison Barker, encantada de conocerte.

—Cora Newport.

—Gracias por reunirte conmigo. Soy consciente de que he puesto a Jennifer en un compromiso y me estoy aprovechando un poco de vuestra amistad.

Agradecí su honestidad con una sonrisa enorme.

—Es que, cuando Jennifer me dijo que conocía a la Mixóloga Misteriosa, pensé que, al menos, tenía que intentarlo, como se suele

decir.

—Admiro tu dedicación.

—Y, ya que has venido, es obvio que lo de abusar de vuestra amistad ha funcionado.

—Oh, no te preocupes —reí—. Voy a obligar a Jenn a invitarme a comer por revelar mi identidad.

—Eso me parece justo —dijo Allie.

—Umm… —interrumpió Jennifer—. La tal Jenn está aquí mismo, y os está escuchando.

—¿Y tiene tiempo esa tal Jenn de estar aquí sentada escuchando nuestra conversación, en lugar de volver al trabajo en la cocina? —pregunté con una sonrisa irónica.

Ella me sacó la lengua.

—Jenn preferiría que dejarais de hablar de ella en tercera persona desde ya mismo. Y con eso, me vuelvo al trabajo. Me alegro de verte, Allie.

—Yo también —sonrió Allie—. Gracias otra vez por organizarlo.

En cuanto Jenn se marchó, un camarero se acercó a nuestra mesa para tomar nota de las bebidas. Cuando nos quedamos solas, me volví hacia Allie.

—¿Vamos directas al grano? Jennifer ha dicho que querías hablar de una oportunidad para un trabajo.

—Sí —dijo Allie, mientras buscaba entre los papeles que llevaba en el bolso—. Supongo que habrás caído en que me dedico a las bebidas alcohólicas.

—Un momento, ¿cómo dices? —dije en broma—. ¿No vamos a hablar de mi increíble sentido de la moda? Creía que querrías

colaborar en el lanzamiento de una línea de accesorios de la Mixóloga Misteriosa.

Allie se echó a reír.

—Antifaces de la Mixóloga Misteriosa —dijo con voz grave—. Pronto en tu tienda más cercana.

—Hasta fin de existencias.

—¿Por qué me parece que esa es una idea brillante?

—No estoy segura de que a nadie le interese gastar dinero en un antifaz —resoplé.

—¡Qué dices! Estarías ofreciendo a la gente lo que más desean: la posibilidad de hacer realidad sus sueños de superhéroe.

—Bueno, algunos podrían ser supervillanos —señalé.

—Yo, desde luego, sería una. —Sacó por fin los papeles que estaba buscando y los dejó sobre la mesa—. Hablando en serio, la empresa para la que trabajo está buscando un experto en bebidas, y creo que podrías ser tú.

—Ah, ¿sí?

—He seguido tus vídeos desde que empezaste. Todo el mundo que me conoce sabe que lo mío es el té helado de Long Island, y me he obsesionado con tu versión hecha con Coca Cola de cereza.

—Obsesionada, ¿hasta qué punto?

—Creo que me he pasado el verano borracha de lo mucho que me gusta —rio ella.

—Y eso que ese vídeo es bastante antiguo —añadí, impresionada. Estaba claro que era una fiel seguidora de mis vídeos—. ¿Y de qué empresa se trata?

Allie me dedicó una sonrisa de disculpa.

—Ahora es cuando tenemos que hablar de negocios. No puedo contarte nada si no firmas un acuerdo de confidencialidad. —Empujó los papeles hacia mí—. No es que no me fíe de ti, pero nos acabamos de conocer y, ya sabes, es una formalidad.

Leí el contrato por encima, hasta que encontré una palabra que me revolvió el estómago.

—Un momento. ¿Trabajas en Elixir?

—Sí —confirmó ella—. Y me encantaría que te unieras a nosotros.

Dio unos toquecitos al final de la página, donde estaba el espacio para la firma. Estaba claro que Jennifer no sabía que Allie trabajaba para Elixir porque, en ese caso, no habría organizado aquella comida. De todas las compañías de bebidas del mundo, ¿por qué era ésta la única que no dejaba de llamar a mi puerta?

—Antes de que digas nada —continuó Allie—, debes saber que he visto el vídeo de Aiden y tú en ese bar anoche. Sé que las cosas no fueron bien entre vosotros, pero sigo creyendo que eres la persona adecuada para este trabajo, y espero que podamos arreglar las cosas.

Era evidente que los dioses no habían comprendido que Elixir y yo no encajábamos, y era una lástima, porque Allie me estaba cayendo muy bien.

—Mira, Allie, creo que eres muy amable, pero me parece que no…

—Firmar el acuerdo de confidencialidad no te compromete a nada —me aseguró ella—. Es solo para que podamos hablar con más libertad y te pueda hacer una oferta. —Me entregó un bolígrafo—. Ya que has venido hasta aquí, te pido que, al menos, me escuches.

Yo no quería escuchar nada.

—Elixir es un sitio fantástico donde trabajar —insistió—. Te lo digo en serio, no estoy tratando de venderte la empresa. Pagan bien y ofrecen buenos beneficios, pero lo mejor es la cultura de

colaboración. Yo empecé a trabajar allí al terminar la universidad, y nunca he querido buscar otro trabajo.

Una empresa cuyo presidente es un imbécil insoportable, me recordé a mí misma. *Paso*.

—Además, sé que esta oportunidad te va a resultar muy interesante. Por lo que he visto en tus redes, sé que encajarás muy bien.

El caso es que mentiría si no admitía que, al menos, sí estaba un poco intrigada.

—Te lo digo en serio. No estoy tratando de presionarte. Firmar el acuerdo solo significa que, lo que te cuente, quedará entre nosotras, por motivos legales.

Suspiré. Suponía que no pasaba nada si me limitaba a escuchar la propuesta de Allie. Firmé mi nombre sobre la línea de puntos al final de la página.

—Excelente —dijo Allie, que firmó por la empresa y volvió a meter el documento en su bolso. A continuación, se frotó las manos—. Allá vamos. Elixir va a lanzar una línea de bebidas sin alcohol.

—¿Sin alcohol? —repetí, confusa—. Pero si toda la marca está basada en un licor.

Si esos eran sus planes, no entendía por qué les interesaba yo.

—Sí, pero queremos ampliar la marca a otros mercados, empezando con una línea de cócteles sin alcohol.

—Pero tú sabes que la Mixóloga Misteriosa prepara bebidas alcohólicas, ¿no?

—Pues claro —rio Allie—. Pero tú conoces los sabores muy bien, sabes cómo combinarlos, y eres capaz de crear mezclas que no se le han ocurrido a nadie antes. Estamos buscando a alguien que pueda preparar perfiles de sabores únicos. Alguien que no tenga miedo de

experimentar y trabajar con ingredientes atrevidos. Queremos ingredientes que distingan a Elixir de otras mezclas ya preparadas.

Me encontré pensando en que los ingredientes atrevidos eran mi especialidad, pero me obligué a apartar aquella idea.

—Tendrías mucho control creativo —dijo Allie—. Una vez más, tú serías la experta.

—Mmm —dije, interesada a mi pesar en la idea de tener control creativo, hasta que identifiqué una cara que me resultaba desagradablemente familiar dirigiéndose hacia nosotras—. Oh, no. ¿Qué hace él aquí?

Allie miró por encima de su hombro, sonrió y saludó con la mano.

—Justo en el momento adecuado. Le mencioné a Aiden que tenía una reunión aquí, pero no le he dicho que eres la Mixóloga Misteriosa. Me ha parecido una buena ocasión para que resolváis vuestros problemas.

¡Maldita sea! Yo no tenía el menor interés en resolver nada.

—Está muy ilusionado con el lanzamiento de estas bebidas. Creo de verdad que os llevaríais bien si lo intentáis de nuevo.

—Lo único que quiero intentar es romper algo —murmuré por lo bajo.

Aiden se acercó caminando con gracia, muy elegante con su traje y el pelo perfectamente peinado. No debería estar permitido ir por ahí con ese aspecto.

Él se detuvo de golpe cuando nuestros ojos se encontraron. Yo no llevaba el antifaz, pero estaba bastante segura de que, en cualquier caso, me reconocería como la Mixóloga Misteriosa. Considerando cómo nos habíamos despedido la noche anterior, casi esperaba que me pusiera los ojos en blanco al reconocerme, pero, en lugar de eso, los abrió de un modo casi cómico.

—¿Zelda? —dijo en tono incrédulo, y yo quise que me tragara la tierra al escuchar un apodo que no había oído desde el instituto—. Eres… Un momento, ¿de verdad eres tú? Espera, ¡tú eres la Mixóloga Misteriosa!

Ya, claro. ¿Y ahora era cuando me reconocía? Dios, eso era casi peor que el que no me hubiera reconocido en absoluto. Tenía que largarme de allí cuanto antes.

—Creo que esta reunión se ha terminado —dije a Allie.

Aiden seguía con la boca abierta, pero frunció el ceño como si acabara de pisotearle un pie. Se pasó las manos por el pelo, alborotándolo.

—Quería decir, Cora. Dios, ha pasado muchísimo tiempo.

Sí, desde que me rompiste el corazón, gilipollas. Aquello estaba siendo una pesadilla.

—Qué detalle que me reconozcas por fin.

—En mi defensa —explicó Aiden—, han pasado más de diez años desde que nos vimos por última vez. Pareces más… vieja.

¿Más vieja? Por el amor de Dios. ¿Por qué tenía que aguantar a aquel hombre una y otra vez? ¿No había tenido bastante con soportarlo cuando era una adolescente? Y sí, claro que había cambiado desde los dieciséis años, pero tampoco había cambiado *tanto*. No tenía que comportarse como un imbécil.

—Me alegro de que todos los golpes que te llevaste en la cabeza jugando al fútbol americano no te hayan hecho olvidar cómo funciona el paso del tiempo.

La respuesta se le debió atragantar, porque cerró la boca de golpe y me miró irritado.

—Estábamos hablando de las nuevas bebidas sin alcohol de Elixir —interrumpió Allie en voz un poco más alta.

Aiden hizo un sonido sarcástico.

—Me estoy muriendo por saber lo que piensa la Mixóloga Misteriosa de eso.

—Pienso que tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo que estar aquí sentada —protesté.

—Un momento —dijo Allie, tendiendo las manos para pedir una pausa—. Estábamos haciendo progresos. Vamos a sentarnos y hablar de ello. Elixir paga la comida.

—Cora no acepta regalos de las marcas —respondió Aiden con una sonrisa arrogante—. Supongo que eso incluye las comidas pagadas por ellas.

—Una corrección —dije—. No acepto regalos de las marcas con las que no tengo intención de colaborar. Y como dejé perfectamente claro anoche, eso incluye a Elixir.

—Estamos perdiendo el tiempo —protestó Aiden.

—Ya lo creo.

—Un momento —insistió Allie—. Hablemos un poco más de la nueva línea, Cora. Creo que asociarte con Elixir podría ser beneficioso para todos.

—Lo dudo —dije, porque ningún aspecto de una asociación con Aiden podría ser suponer un beneficio. Jamás.

—Desde luego, anoche no demostró ningún interés en Elixir —señaló Aiden—. No veo qué podemos sacar de esto.

—Tengo otras opciones sobre la mesa que son mejores. —Me encogí de hombros—. No veo ninguna razón para echar a perder mis bebidas con Elixir.

Vi moverse un músculo en su mandíbula y eso me provocó un enorme placer.

—De acuerdo —dijo Allie, interrumpiendo a Aiden antes de que pudiera contestar—. Míralo de este modo, Cora. Te estamos ofreciendo la oportunidad de hacer algo que te encanta de verdad, algo de lo que puedas estar orgullosa de relacionar con tu nombre y tu marca. Esperamos que quieras asociarte con nosotros, porque serías tú quien crearía las recetas y seleccionaría cada uno de los ingredientes.

—Buscamos algo que no se haya hecho antes —explicó Aiden—. Perfiles de sabor únicos, jugar con las combinaciones, dar la vuelta a las expectativas. ¿Crees que la Mixóloga Misteriosa sería capaz de hacer eso?

¡Pero qué gilipollas! Eso era exactamente lo que yo hacía en mis redes sociales, y él debería saberlo, si es que las había mirado alguna vez. Claro, que era muy probable que no lo hubiera hecho. Una cosa era que no me reconociera con el antifaz puesto, en un bar con poca luz. Pero si había visto mis contenidos en internet y seguía sin reconocerme, entonces no había esperanza para él.

Claro, que no importaba nada de eso. No trabajaría para él, tanto si me reconocía como si no. Ni en un bar, ni en su oficina, ni en ningún otro sitio. No había nada que me hiciera querer trabajar para él.

No puedes comprarme con todo tu dinero. Que te den, Rey del Cóctel.

Como si me hubiera leído el pensamiento, lo siguiente que dijo Aiden fue:

—¿Habéis hablado ya del salario?

Allie sacó otro documento de su bolso.

—No he tenido ocasión de hacerlo antes de que llegaras. —Lo empujó hacia mí e hizo un gesto con el boli—. Esta es la cifra en la que estábamos pensando.

Los ojos casi se me salieron de las órbitas. Eran más de cincuenta mil pavos más de lo que ganaba ahora, incluyendo las apariciones de la Mixóloga Misteriosa. Con esa cantidad, no tardaría mucho en conseguir que mi bar pasara de ser un simple sueño a una realidad. No. ¡*Ni hablar*! Ya había tomado la decisión de que no trabajaría para Aiden.

—Por supuesto, esto es solo el punto de partida —dijo Aiden, que cogió el bolígrafo y tachó la cantidad escrita en el documento—. Tratándose de alguien con tus conocimientos y experiencia previa, estoy seguro de que podríamos aumentarlo en otros… —Miró a Allie —. ¿Veinte mil?

Ella se encogió de hombros.

—¿Cuarenta? —sugirió él.

Ahora solo estaba presumiendo de dinero. Abrí la boca para explicarle dónde podía meterse sus suposiciones sobre que yo era una vendida, sin moral ni cerebro.

—Cincuenta —continuó, asumiendo que seguía callada porque estaba esperando a ver hasta dónde llegaría.

—¿Por qué todo tiene que girar en torno al dinero contigo? —pregunté, tan ofendida que había cerrado los puños.

—¿Y por qué es un problema para ti aceptar mi dinero? —replicó él —. Tú eres la que se gana la vida preparando bebidas. Yo solo he ofrecido pagarte por ello.

—Y tú sigues sorprendiendo al mundo con tu ego, por lo que veo. No comprendo cómo te cabía la cabeza en el casco de fútbol.

—Creo que lo que quieres decir es «Enhorabuena por convertir la beca de deportes en una empresa multimillonaria».

—Bueno, al menos fuiste capaz de mantener uno de tus compromisos. —Desde luego, conmigo no había podido hacerlo.

Él no entró al trapo.

—¿No quieres salir de detrás de la barra? Deberías preparar bebidas para alguien que, de verdad, aprecie tu talento.

—Ah, ¿y ese alguien eres tú? —resoplé.

¿Por qué no me había apreciado de ese modo en el instituto, cuando me había dejado tirada sin previo aviso, sin molestarse en darme la más mínima explicación?

—¡No estoy a la venta! —exclamé.

—Bueno, no creo que quieras trabajar gratis.

—¡Lo que no quiero es trabajar para ti! —exclamé, poniéndome en pie—. Me alegro de conocerte, Allie, pero ya hemos terminado. —Me di la vuelta y me dirigí a la puerta del restaurante. Acababa de salir a la calle cuando escuché unos pasos detrás de mí.

—¡Espera, Cora! También tenemos un laboratorio increíble —gritó Allie, que corría tras de mí, jadeante—. Por si sirve de algo, tendrás acceso a un equipo de primera clase, por no hablar de todos los ingredientes que tenemos disponibles.

—¿Un laboratorio? —No dejé de caminar, mientras ella me alcanzaba.

—Un laboratorio muy, *muy* interesante. La clase de lugar en el que podrías grabar tus vídeos de la Mixóloga Misteriosa cuando no estés trabajando. Te permitiríamos experimentar con los ingredientes que tenemos disponibles.

Eso me llamó la atención, y me detuve en seco. La idea de grabar mis vídeos en algún lugar que no fuera la abarrotada cocina que compartía con Jennifer resultaba muy atractiva. Me permitiría ofrecer una estética mucho más limpia, y no tendría que preocuparme por acaparar todo el espacio, o adaptarme a los horarios de Jennifer. Y no tener que comprar los ingredientes me ahorraría una fortuna, por

no hablar de que podría experimentar con mezclas que no había podido permitirme hasta entonces.

—Mira —continuó Allie—. Ya sé que Aiden se ha comportado como un capullo, y sé que anoche empezasteis con mal pie. Pero no pienses en él. El laboratorio sería tu terreno, no el suyo. Piensa solo en el trabajo. Elixir te necesita, no hay nadie que pueda hacerlo como tú.

Me crucé de brazos, indecisa. Ceder, y permitir que Aiden volviera a entrar en mi vida, sería un error, pero sería un error aún mayor dejar pasar esta oportunidad de reorientar mi carrera. ¿Cuándo encontraría otra oportunidad para hacer algo así?

—No lo descartes todavía —pidió Allie—. Estoy convencida de que podrías crear algo muy especial con nosotros, una línea de bebidas en la que creas de verdad, porque las habrías ideado tú. ¿Cuántos mixólogos pueden decir algo así? Sería increíble para tu marca de la Mixóloga Misteriosa.

¡Uf! ¿Por qué no podía rechazarlo sin más? Tenía que alejarme de Allie inmediatamente, antes de permitirle que me tentara con ideas como «laboratorio increíble». Quería ser capaz de mirar a los ardientes ojos azules de Aiden y decirle que se fuera a la mierda de una vez por todas. Pero, por otro lado… Era una oportunidad única en la vida. Estaba el salario, por supuesto, pero, sobre todo, la posibilidad de expresar mi creatividad, tanto en el trabajo como fuera de él, en un laboratorio último modelo. No quería la caridad de Aiden; de hecho, no la necesitaba. En todo caso, era *él* quien me necesitaba a mí y, por al parecer, se trataba solo de un trabajo temporal, hasta completar la línea de bebidas. Cuando acabara, habría conseguido una cantidad importante de dinero, un montón de vídeos nuevos y buena publicidad, lo que me permitiría encontrar oportunidades aún mejores.

—De acuerdo —dije—. Si puedes prometerme todo eso, y si puedo grabar mis vídeos como la Mixóloga Misteriosa después del trabajo, utilizando vuestros ingredientes, lo haré.

—¿En serio? —preguntó Allie, incrédula—. Sí. ¡*Sí*! Por supuesto, yo me encargaré de todo. Lo incluiremos en el contrato. Y ahora, ¿te importa volver a entrar un momento?

Asentí y la seguí de nuevo al interior del restaurante. Cuando nos acercamos, Aiden levantó los ojos de su teléfono, sorprendido.

—Vaya, ¿vuelves con el rabo entre las piernas?

—Ya te gustaría —murmuré.

—Cora ha aceptado trabajar con nosotros —dijo Allie, dándole un codazo.

—Firmaré un contrato por un periodo limitado —expliqué, decidida a que aquello no se convirtiera en una situación permanente—. Solo durante el tiempo necesario para crear y lanzar el producto.

—Y, además del trabajo de la Mixóloga Misteriosa, hemos acordado que Cora podrá utilizar el laboratorio durante su tiempo libre, para grabar sus vídeos para las redes —añadió Allie.

—Por mí no hay problema —masculló Aiden—. Incluiremos esos términos en el contrato. Si lo consideras necesario, puedes buscar un abogado que te lo revise.

—Creo que eso me vendrá bien —dije, sosteniéndole la mirada enfurecida.

—Muy bien —dijo Aiden—. ¿A que no ha sido tan difícil?

Seguí mirándole con irritación.

—Creo que deberíamos darnos la mano, para hacerlo oficial. —Tendió su mano con una sonrisa de superioridad en la cara.

—Supongo que sí. —Extendí el brazo, y tomé la mano de Allie, ignorando la de él por completo—. Un placer hacer negocios contigo.

4

AIDEN

Al entrar en el León Rojo, no pude contener una mueca cuando el suelo crujió bajo mis pies y la puerta se cerró de un portazo. No había visto ningún bar tan lamentable en mi vida. Cada vez que entraba, me alegraba de no ser el dueño. El problema era que pertenecía a mi padre. Con un poco de suerte, tal vez arreglaría la puerta algún día de estos.

—Tony, por Dios, parece una po…

—¡Deja de decir eso!

Solté un resoplido. Mi padre parecía molesto, lo que era habitual cuando estaba Maggie por allí. Cuando me contó que había comprado un bar con la intención de reformarlo, yo había creído que eso supondría una oportunidad de pasar más tiempo juntos. Sin embargo, ninguno de los dos era particularmente hábil con las manos, así que habíamos terminado por contratar a Maggie, una mujer que hacía trabajos por el barrio y cuya lengua era más afilada que su sierra.

—No sé cuántas veces tengo que decírtelo —dijo ella—. Cuanto más sencillas, mejor. A tus clientes no les importa la iluminación. Solo quieren buena cerveza y ver el canal de deportes.

—No va a ser esa clase de bar, ya te lo he dicho. Quiero algo elegante. Sofisticado.

Maggie carraspeó con fuerza.

Cuando me adentré un poco, vi que Maggie y mi padre estaban juntos en la barra, mirando algo en su teléfono.

—¿Qué es lo que parece qué?

—Ay, Jesús —dijo mi padre, mirándome—. No empieces tú también.

Maggie me dedicó una sonrisa ladeada.

—Pero si no sé de qué estáis hablando.

—Tony está pensando en comprar la lámpara más horrenda del mundo —explicó Maggie—. Parece un percebe arrancado de la tripa de una ballena.

—Lo que no te gusta es el precio —replicó mi padre, poniendo los ojos en blanco.

—Por supuesto que no me gusta el precio. Nadie debería cobrar tanto por una cosa que solo va a servir para coger polvo. Es tan fea, que nos deberían pagar a nosotros para que la instalemos.

—Déjame ver —dije, apoyándome en el mostrador.

Maggie volvió el teléfono hacia mí.

—Solo le gusta porque es de una marca muy cara, pero eso solo significa que es pretenciosa, no que sea la mejor. También le he dicho que no sea tonto, hay muchas otras lámparas entre las que elegir, la mitad de feas y por la mitad de precio.

—Es mi dinero y puedo gastarlo como quiera —dijo mi padre.

—Pues gástatelo subiéndome el sueldo —dijo Maggie, que cogió su martillo y empezó a clavar unos clavos en un extremo de la barra.

—Ya te pago bastante —gruñó mi padre.

—¿Sabes qué? Ser tonto sale gratis —añadió Maggie—. Lo puedes hacer sin gastar un centavo.

—Voy a tener que empezar a pagarle para que se calle —murmuró mi padre hacia mí.

—No hay dinero suficiente en el mundo —respondió Maggie.

Yo sacudí la cabeza y contuve una risa. Todo aquello me resultaba muy familiar.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó mi padre.

—Nada.

—No, en serio —dijo Maggie—. Cuéntanoslo. Me gustaría reírme de algo que no sea el pésimo gusto de tu padre en decoración luminosa.

—Me he acordado de algo que me ha dicho una chica… Una mujer. —Miré a mi padre—. ¿Te acuerdas de Cora?

—¿Cora la del instituto? —Mi padre sonrió, sorprendido.

—Esa misma. Yo… bueno, me la encontré anoche en un evento, y otra vez hoy, a la hora de comer.

—¿Y qué tal le va?

—Resulta que está trabajando en el sector de las bebidas. Es mixóloga, y tiene bastantes seguidores en internet. El caso es que he intentado que colabore con nosotros en Elixir. Le he ofrecido una barbaridad de dinero, y ella prácticamente me ha escupido en la cara, y me ha acusado de tratar de comprarla, o algo así.

—Parece que lo tiene muy claro —opinó Maggie.

—Venga ya —protesté—. No me digas que te vas a poner de su parte.

—No puedes dedicarte a ir ofreciendo dinero por ahí, y creer que eso resolverá todos los problemas —explicó Maggie—. O que hará que una lámpara sea menos horrenda.

—No estaba tratando de resolver ningún problema. —Puse los ojos en blanco—. Estaba ofreciéndole un salario.

—¿Y le has ofrecido lo que vale? ¿O solo estabas alardeando de dinero para convencerla de que baile al ritmo que marques tú? Porque, aunque no lo creas, hay una diferencia.

Solté un gruñido. Había sacado el tema de Cora con la esperanza de que simpatizaran conmigo, pero Maggie no se andaba por las ramas. Iba siempre directa a la yugular.

—Cora siempre me cayó bien —dijo mi padre—. Creo que era mi favorita de entre todas las novias que has tenido.

—¡Novia! —gritó Maggie con alegría, lo que me puso nervioso—. ¿Así que es tu ex? Eso va a hacer que las cosas se pongan interesantes.

—Eso fue hace un millón de años —aclaré—. Éramos unos críos. Las exnovias del instituto no deberían contar. En aquella época no teníamos la menor idea de lo que estábamos haciendo con nuestras vidas.

—Pero eso va a cambiar la dinámica entre vosotros —dijo Maggie, metiendo el martillo de nuevo en el cinturón de herramientas que le colgaba de las caderas.

—No sé de qué estás hablando.

—De que has intentado comprar a tu exnovia.

—¡No he intentado comprarla! —insistí—. He intentado hacerle una oferta para trabajar con Elixir, que ha rechazado repetidas veces. De ahí que haya acabado por ofrecerle mucho dinero, para que la oferta fuera más atractiva.

—¿Y ha aceptado?

—Al final, sí —murmuré—. Después de gritarme un poco.

No podía creer que hubiera terminado por aceptar. Ni siquiera estaba seguro de quererla a ella para aquel trabajo. *No*, eso no era verdad. Sí la quería. Cora era la persona adecuada para Elixir Free. Lo único que deseaba era que se hubiera mantenido oculta bajo el disfraz de Mixóloga Misteriosa. Todo habría sido mucho más fácil si yo no hubiera sabido de quién se trataba, si no recordara cómo era estar con ella. Me dejé caer sobre un taburete.

¿Cómo no la había reconocido aquella noche? Su pelo rojo oscuro, un poco ondulado. Las pecas. Aquellos labios, anchos y carnosos. Seguía siendo la misma chica del instituto, pero había crecido de un modo muy atractivo, y adquirido unas curvas increíbles. Tragué saliva al recordar la forma en que el vestido se había ceñido a sus caderas, y cómo su escote prácticamente había suplicado que le dedicara toda mi atención. Dios, ¿por qué tenía que ser tan guapa, después de tanto tiempo?

—¿Cora? ¿Te ha gritado? —escuché que decía mi padre cuando conseguí apartar aquellas ideas de mi mente—. No me lo creo. A ver, siempre fue una chica muy decidida, e incluso un poco luchadora, pero no me la imagino gritándote. —Sacudió la cabeza, como si la mera idea le hiciera gracia—. Eso sí, te tomaba el pelo como nadie.

Fruncí el ceño. Una parte de mí no podía creer que recordara aquello. Desde luego, mi padre no había pasado con nosotros el tiempo suficiente como para ver la dinámica entre nosotros. En aquella época, él había hecho turnos larguísimos en la fábrica de papel, hasta el punto de que su trabajo había acabado con su matrimonio con mi madre. Era un buen hombre, y yo sabía que había hecho todo lo posible para ser un buen padre y un buen marido, pero es difícil conseguir que una relación vaya bien si solo hay una persona en ella.

—Puede que Cora fuera encantadora cuando tenía dieciséis años —le dije—, pero, créeme, ya no es una niña. Ahora es una mujer bastante insoportable.

Maggie chasqueó la lengua.

—¿Y te parece tan guapa como entonces? —preguntó mi padre con una sonrisa divertida.

Me di la vuelta, fastidiado. Lo último que quería era admitir que Cora, de adulta, era el doble de guapa que entonces. Y ahora tendría que verla todos los días. Pero eso era lo que necesitaba Elixir, así que iba a tener que olvidarme del pasado.

—¿Y has dicho que está en internet? —preguntó Maggie—. ¿Qué nombre utiliza?

—Mixóloga Misteriosa.

—Mixóloga… Miste… —repitió ella mientras tecleaba en su teléfono —. Ah, aquí está.

Maggie se inclinó sobre la barra para ver uno de los vídeos de Cora en su teléfono. Mi padre se acercó para mirarlo también, y se acercó tanto a ella que sus mejillas casi se tocaban.

—Parece que sabe cómo preparar una buena bebida —observó Maggie—. Ahora mismo me vendría bien una de esas.

—Bueno, yo tengo que irme. —No tenía el menor interés en quedarme allí mientras mi padre recordaba el pasado y los dos observaban a Cora preparando bebidas—. Buena suerte con la lámpara.

Mi padre me despidió con la mano, sin casi prestarme atención. Me dirigí a la puerta, salí a la calle y caminaba con rapidez hacia la esquina en la que había aparcado mi chófer, cuando una familiar cabeza de pelo rojo oscuro salió de una tienda de electrónica y se cruzó en mi camino.

Oh, por Dios. ¡Otra vez no!



Cora

—*Uffff* —dije, expulsando todo el aire de los pulmones.

Tuve la sensación de haber chocado con una pared de ladrillo, pero, cuando miré hacia arriba, me puse de mal humor al instante. La pared en cuestión tenía forma de Aiden. Cómo no, joder.

Después de la desastrosa comida, y mientras seguía tratando de asimilar que acababa de aceptar un trabajo en la empresa de Aiden, había ido a mi tienda de electrónica favorita para comprar otro trípode para la cámara, porque el mío se había roto aquella mañana. Y ahí estaba Aiden otra vez, cerniéndose sobre mí como una maldición. Estaba empezando a pensar que me habían echado mal de ojo.

Me rodeó con sus brazos para que no perdiera el equilibrio, y me apretó contra su pecho para sujetarme. A pesar de mis esfuerzos, no pude evitar notar lo bien que olía. Era un aroma como de tierra y madera. ¿Sándalo, tal vez? Apoyé una mano contra los firmes músculos de su pecho y, de repente, me sentí muy acalorada, envuelta en la calidez de su cuerpo.

Cuando me recuperé, me aparté de él de un salto.

—¿Me estás siguiendo?

—No. Por qué razón te iba a seguir hasta… —Miró el cartel de la tienda—. ¿J&D Electronics?

—Es una buena pregunta. —Me quedé mirándolo, a la espera de una explicación.

—No te estoy siguiendo —insistió—. Puedes ahorrarte las sospechas.

—Entonces, ¿qué haces aquí, en esta calle, delante de la tienda donde estaba comprando? ¿No tienes a mano a ningún *influencer* en el que gastarte el dinero?

—Mi padre ha comprado el bar que hay al otro lado de la calle —refunfuñó, señalando el León Rojo—. Lo está reformando, y he venido a ver si necesitaba ayuda. En contra de lo que puedas creer, no tengo tiempo para perseguirte a ti.

—Oh.

Me calmé un poco al oírle mencionar a su padre, porque siempre me había caído bien. Aún recordaba que, durante mi último año en el instituto, mucho después de que Aiden me dejara, Tony me había encontrado con una rueda pinchada y se había detenido para cambiármela. Incluso me había hecho prometer que le llamaría cuando estuviera en casa, para asegurarse de que había llegado sin problemas con el neumático de repuesto.

—No sabía que a Tony le interesara la reforma de locales.

—Yo tampoco —dijo Aiden con un resoplido—. Es su proyecto de jubilación, o algo así. Y, de hecho, ni siquiera se le da bien, ha tenido que contratar a alguien que le ayude. Aunque eso le va bien, al menos así no tengo que preocuparme por que se taladre un pie.

—Recuerdo que tu padre siempre fue encantador. Tal vez podría pasar por allí a saludarle.

Aiden se plantó delante de mí con los brazos cruzados.

—Es mejor que no vayas ahora. Está muy liado, eligiendo las lámparas y no sé qué más. Solo serías una molestia.

—¿Una molestia? —Lo miré con desconfianza, aunque noté que se me enrojecían las mejillas.

—Eso mismo.

—¿Y puedes decirme por qué sería una molestia?

—Está trabajando, no necesita que vayas a agobiarle con preguntas.

—¿De verdad? —El rubor me bajó por el cuello y se extendió por mi pecho—. ¿Quieres decir, agobiarle como hiciste tú conmigo el otro

día, con tu maldita botella de Elixir?

—¡Estaba haciendo mi trabajo!

—Y yo también.

Él soltó un resoplido.

—No estoy seguro de que entiendas cómo funcionan los acuerdos con los *influencers*.

—Al menos yo soy capaz de darme cuenta cuando alguien no está interesado en lo que le ofrezco. —Sabía que mi cara entera debía estar como un tomate por el enfado—. ¡No como tú, que no me dejas en paz!

—¿Perdona? ¡Si eres tú la que se me acaba de echar encima! —dijo él, levantando la voz—. Yo iba andando tan tranquilo, y tú has arremetido contra mí a toda velocidad, y me has clavado ese… ¿Qué demonios llevas en esa bolsa?

—Un trípode —dije, agitándola—. Y tal vez no habría chocado contigo si no hubieras estado acechando la tienda donde estaba comprando, acosador.

—Por última vez —masculló entre dientes—, no te estaba siguiendo. Y tampoco es que seas tan importante como para que te acose nadie.

—Lo que tú digas.

—A lo mejor, si mirases por dónde vas, no agredirías a la gente que camina por la calle.

—No te he agredido.

—De hecho, esa es otra razón por la que deberías mantenerte alejada del bar. A mi padre no le iría nada bien que te plantaras allí y empezaras a golpearlo todo con ese trípode, como un elefante en una cacharrería.

¡Dios, era insoportable! ¿Y qué sabía él de mí, en cualquier caso?

—¿Sabes qué? Vale. Tampoco tenía tantas ganas de ver a Tony.

Sin decir otra palabra, me di la vuelta y me alejé a toda prisa en dirección contraria. Sí, por ese camino tardaría más en llegar a casa, pero tampoco tendría que pasar ni un segundo más mirándole a la cara. Porque, sí, tal vez Tony había sido un encanto, pero Aiden era un completo gilipollas.

5

CORA

La oficina principal de Elixir estaba en un rascacielos, en Park Avenue con la calle cincuenta. Había llegado un poco pronto en mi primer día, pero me había levantado incluso antes que Jennifer, pensando en toda clase de combinaciones para bebidas y luchando contra una incómoda sensación de nervios.

Dejé escapar un suspiro de frustración a medida que me acercaba al edificio. ¿Por qué demonios estaba tan nerviosa? Era Elixir quien había estado ansioso por trabajar conmigo o, al menos, con la Mixóloga Misteriosa. Yo no tenía que demostrar nada. Lo único que tenía que hacer era cumplir mi contrato, cobrar el salario y utilizar lo que esperaba que fuera un laboratorio medio decente para grabar contenidos nuevos. Era Elixir quien tenía que impresionarme a mí. Me detuve ante la entrada del edificio, mirando a la parte superior, oculta entre las nubes bajas.

Era hora de comprobar si las promesas de Allie resultaban ser ciertas.

Me registré en la recepción de la planta baja y subí en ascensor hasta la recepción de las oficinas de Elixir, que ocupaban varios pisos en la parte superior del edificio. Cuando salí del ascensor, me quedé asombrada al contemplar un espacio que combinaba a la perfección la elegancia moderna con las innovaciones técnicas: techos muy altos, una enorme lámpara de metal y brillantes suelos de mármol.

Varias vitrinas de cristal exhibían las variantes más exclusivas de Elixir. Al fondo había un mostrador de recepción, que tenía detrás una gran pantalla de alta definición en la que se mostraban imágenes de la historia de la empresa. A la izquierda había una agradable zona de espera, decorada con libros sobre el proceso de destilación, y algunas revistas con Aiden en la portada. Resoplé. Cómo no, se habría asegurado de que su cara estuviera bien visible en la entrada de su oficina. De hecho, era sorprendente que no hubiera un retrato suyo enorme en la pared. Seguramente, habría reservado ese para su despacho.

En cualquier caso, aunque la empresa ya tenía diez años, todo parecía muy nuevo y reluciente, y hasta olía bien. Eso resultaba aún más fastidioso, porque no quería que me gustara aquel lugar.

Bueno, solo es la entrada, me recordé.

—Hola. ¿Puedo ayudarte en algo? —dijo una mujer desde el mostrador. Era joven, con mucho estilo y una sonrisa agradable.

Me acerqué a ella.

—Sí, hola. Soy Cora Newport. Es mi primer día, y…

—¿No estás segura de a dónde tienes que ir?

—Eso mismo —reí.

Ella asintió, y descolgó el teléfono de su mesa.

—Dame un segundo —indicó antes de marcar—. Lo resolveremos enseguida. ¡Sí! —dijo en el auricular—. Ha llegado la señorita Newport.

¿La señorita Newport? Los nervios se volvieron a apoderar de mí. Era difícil no sentirse intimidada. Tenía confianza en mí misma y en mis habilidades, pero no tenía ninguna experiencia en el mundo de la empresa. No había podido pagarme la universidad, después de todos los problemas que había tenido mi familia. Había empezado poniendo copas en un bar y terminé por enamorarme de aquel

trabajo, de modo que jamás en la vida había tenido un trabajo de oficina. Y ahí me encontraba: a punto de empezar a trabajar para un hombre y una empresa con los que no me habría imaginado que colaboraría ni en un millón de años.

—Janine viene a recogerte —me dijo la recepcionista.

—Janine —repetí—. De acuerdo. Muchas gracias por la ayuda.

—No hay problema. Toma asiento, si quieres —ofreció con un gesto hacia la silla más cercana.

En lugar de sentarme, me acerqué a observar algunas de las estanterías. Al cabo de unos minutos, se abrió la puerta del ascensor y una mujer, que debía ser Janine, se acercó a mí con una mano tendida.

—Hola, Cora. Soy Janine Thomas, de recursos humanos.

—Encantada de conocerte —dije.

Llevaba unas preciosas gafas de montura roja, con forma de ojo de gato.

—Bien, creo que lo tenemos todo casi listo para tu primer día —dijo, dando una palmadita a una bolsa de ordenador que colgaba de su hombro—. Te he traído la tarjeta de acceso, un ordenador de empresa para que tomes nota sobre tus productos, y una botella de Elixir de regalo.

—¿Todo el mundo recibe una botella de regalo? —pregunté sorprendida, mientras recogía la bolsa.

—La del décimo aniversario, no. —Se inclinó un poco hacia mí, como para compartir un secreto—. Esta la ha preparado el presidente para ti. ¿No es todo un detalle?

Tuve que morderme la lengua para no decir algo inadecuado. Yo no lo habría llamado un «detalle». Aiden se estaba vengando por lo

ocurrido en el bar. Sabía que, ahora que estaba trabajando en Elixir, no tenía otra opción que aceptarla.

—Y ahora, acompáñame —continuó Janine—, y completaremos el proceso de incorporación.

Atravesó el vestíbulo y yo me apresuré a ir tras ella. Nuestra primera parada fue su despacho, donde nos ocupamos de toda la documentación necesaria: lectura de las políticas y procedimientos de la empresa, firma de los formularios del seguro y el plan de pensiones y demás. Después nos dirigimos al departamento de informática, donde recibí mis datos de acceso para poder utilizar los sistemas internos.

—Y ahora es el momento de la visita oficial —dijo por fin.

Subimos en ascensor a otro piso, donde estaban los departamentos de ventas y distribución, seguidos de los de marketing y marcas. En esa planta, había un pasillo decorado con vitrinas que exhibían todos los premios y distinciones que había recibido Elixir, además de un montón de botellas. Janine me presentó a un montón de gente, cuyos nombres no fui capaz de retener, aunque mi vida hubiera dependido de ello. Había también una sala de catas, una gran cafetería que pensé probar a la hora de comer, y un montón de despachos para los ejecutivos.

—Ahora iremos a Investigación y Desarrollo —dijo Janine, de vuelta en el ascensor—. Ahí es donde vas a pasar la mayor parte de tu tiempo.

—¿Es ahí donde está el laboratorio?

—Por supuesto.

—He oído hablar mucho de ese laboratorio. —No me gustaba admitir que, hasta ahora, estaba muy impresionada, pero esperaba que el laboratorio me dejara boquiabierta.

Janine sonrió cuando el ascensor se abrió en otra planta en la que reinaba una actividad tan bulliciosa, que me recordó a una colmena.

—¡Cora!

Me volví al escuchar mi nombre, y sonreí al identificar a una cara conocida.

—¡Allie!

—Veo que Janine te está haciendo la visita oficial —dijo ella cuando se acercó—. ¿Habéis terminado ya con la parte obligatoria?

—Se refiere a la parte aburrida —explicó Janine con un susurro teatral—. Y sí, es toda tuya.

—Perfecto. —Janine se marchó y Allie me acompañó al centro de la acción—. He venido para presentarte yo misma al equipo con el que vas a trabajar.

—Te lo agradezco mucho.

Me condujo a través de varias salas llenas de puestos de trabajo, equipos muy modernos de acero inoxidable y técnicos con batas de laboratorio que realizaban diversos experimentos.

—Como te puedes imaginar, tenemos muchos proyectos en marcha al mismo tiempo —dijo Allie—. Mejorar sabores, refinar los procesos de producción, y cosas de esas. También tenemos depósitos con nuevas mezclas con las que probar y refinar las mejores combinaciones de sabores.

El aire olía a alcohol fermentado, y el zumbido de los instrumentos de análisis llenaba el ambiente. Una sensación de emoción sustituyó a los nervios que había sentido hasta entonces.

—Aquí será donde trabajarás tú —indicó cuando volvimos una esquina y entramos en una sala muy grande. En un lado había una mesa de reuniones, y la pared estaba decorada con gráficos y notas de cata.

—Buenos días a todos.

Allie saludó al entrar al grupo de gente que estaba en la sala, quienes se volvieron a mirarnos.

—Os presento a Cora Newport. Es posible que la conozcáis como la Mixóloga Misteriosa. Cora, estos son tus desarrolladores de producto. Esta es Dorothy —empezó Allie, señalando a la aludida.

—Puedes llamarme Dot —dijo una mujer rubia bajita en un tono que era casi un chillido, y se acercó a nosotras para tomar mi mano entre las suyas—. Soy muy fan de tu trabajo, en serio, me encanta. He visto todos tus vídeos al menos una docena de veces. Puede que incluso más.

—Contrólate, Dotty —dijo un hombre, dándole una palmadita en el hombro—. Hola, yo soy Javeed. —Sonrió con cortesía, aunque un poco distante. Tuve la sensación de que tendría que demostrarle mi valía antes de que se pusiera de mi parte.

—Y ese de ahí es Chris —dijo Allie, señalando a un hombre que llevaba unos auriculares enormes. Estaba de espaldas a nosotros, inclinado sobre la mesa de reuniones, y escribía sin parar en un cuaderno.

—Está en su zona —dijo Javeed, con un gesto hacia los auriculares.

—No se le puede molestar cuando está en la zona —susurró Dot.

Sin embargo, algo debió captar su atención, porque miró por encima del hombro, abrió mucho los ojos y se quitó los auriculares.

—¿No ibais a decirme que ya había llegado?

—Estabas en la zona —dijo Javeed, haciendo el gesto de comillas con las manos.

—Me podéis sacar de la zona para esto.

—Ya, claro —dijo Dot—. Pero cuando suena la alarma de incendios, te pones en plan: «No me molestéis, seguro que solo es un

simulacro».

—Bueno, es muy probable que solo sea un simulacro —dijo Chris, acercándose a nosotros.

—Bien, ahora que ya os he presentado —empezó Allie, dándome un golpecito con el codo—, creo que querrás ver ese laboratorio tan moderno que te he prometido.

—Me preocupa que mis expectativas sean demasiado altas —reí.

—Solo hay una forma de averiguarlo —respondió ella con una sonrisa.

Dot, Javeed y Chris se encaminaron hacia el laboratorio, y yo les seguí. Al llegar, me quedé con la boca abierta, y me alegré de que Aiden no estuviera allí, porque no habría podido ocultar mi reacción de sorpresa, y seguro que eso le habría hecho comportarse como un capullo engreído.

En el laboratorio había los mismos puestos de trabajo de acero inoxidable, y también cámaras de fermentación muy avanzadas, así como columnas de destilado de alta precisión.

—Las cámaras de fermentación tienen control de la temperatura y la humedad —explicó Javeed.

—También tenemos una zona de evaluación sensorial —añadió Chris, mientras señalaba dos cabinas con temperatura controlada—, para que los catadores puedan valorar el aroma y la sensación en boca de los nuevos licores que creamos.

Eché un vistazo a su interior. Las cabinas de ese tipo solían estar equipadas con cristalería y luces adecuadas para que los catadores pudieran apreciar los matices más sutiles y las características del producto. Al darme la vuelta, me encontré delante de una sala con paredes de cristal, desde la que se veía todo el laboratorio.

—Esa sala es para las visitas —dijo Dot—. A veces, a las personas importantes les gusta vernos en acción, pero creo que esto te

gustará más. —Señaló hacia una puerta de acero inoxidable—. Lo llamamos la despensa.

Abrió la puerta para revelar una habitación repleta de productos de todas clases, y no pude contener una exclamación de alegría. Había montones de estanterías llenas de ingredientes con los que hacer mezclas: licores, jarabes de sabores, sabores amargos, extractos, especias y todas las bases y productos para hacer mezclas que pudiera imaginar.

—Hay dos zonas de temperatura controlada, aquí y aquí —indicó Dot —, para los productos perecederos como frutas, cítricos, frutos rojos, hierbas frescas, purés. En este otro van los productos lácteos y los más exóticos que necesitan refrigeración. Y este es un congelador para el hielo. Ya ves, tenemos de todo.

—La leche —dije cuando Dot cerró la puerta—. Este lugar es… increíble.

—¿A que sí? —Dot me apretó el brazo—. Eso es lo que dije yo cuando lo vi por primera vez. Estoy segura de que hasta me eché a llorar.

—Hay muchas cosas que te hacen llorar —le respondió Chris—. Sobre todo, los vídeos de gatitos monos. Así que eso no quiere decir nada.

Dot le ignoró y siguió hablando.

—Este espacio será para ti. Te lo hemos dejado ya preparado.

—Gracias —dije, situándome en el puesto.

Habían tenido el detalle de dejarme algunos regalos para alegrar el espacio, y eso me emocionó de una forma un tanto irracional. Había una taza de café con el logo de la Mixóloga Misteriosa que debían de haber encargado especialmente, y un tarro para lápices con forma de botella de licor. Parte de la razón por la que había estado tan nerviosa aquella mañana era que estaba segura de que los

desarrolladores de producto protegerían su territorio, o que se sentirían ofendidos por el hecho de que me trajeran en el último minuto para dirigirles. Sin embargo, hasta ahora, parecían encantados.

—Tengo que marcharme —dijo Allie cuando sonó una alarma en su reloj—, pero te dejo en buenas manos. Ellos podrán contestar cualquier pregunta que tengas y, si no, te dirán con quién puedes hablar. ¿Te parece bien?

—Sí, muchas gracias por enseñármelo todo —dije.

—Hablamos a la hora de comer —dijo Allie como despedida, y se dirigió a la puerta.

Cuando se marchó, Javeed dio una palmada.

—Bien, mañana por la tarde tendremos una reunión con el equipo. Aiden dijo que hoy deberías pasar el día familiarizándote con el laboratorio, y así mañana podrías empezar a contarnos tus ideas.

No se me escapó que se había referido a Aiden por su nombre de pila, en lugar de llamarlo jefe, o presidente, o señor Callihan.

—¿No quiere que empecemos hoy mismo?

—No hace falta. —Javeed negó con la cabeza—. Pensó que necesitarías un poco de tiempo para situarte. Es la primera vez que trabajas en un sitio como este, ¿verdad?

Ah, así que esa era la razón de la desconfianza que había notado por su parte. Creía que aquello era demasiado para mí, porque era la primera vez que jugaba en primera división. Sin embargo, yo no estaba preocupada. Aunque nunca había trabajado en un lugar como aquel, el trabajo en sí seguía siendo mi especialidad.

—No hace falta esperar —dije—. Estoy lista para empezar.

Javeed se limitó a encogerse de hombros.

—Tenemos que seguir las órdenes del jefe. Ha insistido en que te diéramos tiempo para situarte y sentirte cómoda.

Eso sonaba justo a lo contrario del hombre al que me había encontrado durante la semana anterior.

—¿Siempre es así de… razonable?

—A mí siempre me ha parecido un hombre muy accesible, para ser el presidente —observó Javeed.

—¿Accesible?

Ahogué una risa incrédula que intentó brotar de mi garganta. ¿Estábamos hablando del mismo tío?

—Bueno, a veces puede parecer demasiado duro —dijo Chris—, pero siempre apoya al equipo, ¿sabes?

—Y se esfuerza mucho por asegurarse de que podamos conciliar la vida personal con el trabajo —apuntó Dot.

Si Allie hubiera estado aún allí, seguro que me habría lanzado una de esas miradas que dicen «te lo dije». Fruncí los labios, pensativa. Hasta cierto punto, había esperado poder congraciarme con mis nuevos compañeros de trabajo hablando de lo capullo que era Aiden, pero parecía que los había convencido de que era una especie de tío estupendo. Tal vez eso quisiera decir que no tenían mucho contacto con él, y eso me vendría bien. Significaba que podría disfrutar de aquel increíble espacio de trabajo y estos compañeros tan agradables sin tener al Fantasma de mi Exnovio respirándome en el cogote. Y estaba segura de que lo pasaría muy bien allí. El equipo parecía haber aceptado con gusto mi presencia en el proyecto, y yo tenía muchas ganas de empezar. Y, siendo sincera, estaba bastante impresionada con lo que había conseguido Aiden.

¡*Eh, un momento*! ¿En serio acababa de pensar eso?

¿Cómo podía aquel hombre ser el mismo tío que me había pateado el corazón hacía tantos años?

~

—¡Hora de comer! —anunció Chris unas horas después.

Había estado tan ocupada explorando el laboratorio y anotando nuevas ideas que apenas me había dado cuenta del paso del tiempo.

—Aquí nos tomamos la comida muy en serio —dijo Dot, que me cogió del brazo para apartarme de mi puesto de trabajo—. ¿Has visto ya la cafetería?

—Hemos pasado por delante durante la visita, pero no entramos —expliqué.

Seguí a mis compañeros a la cafetería y, al entrar, volví a quedarme boquiabierta. Se parecía más a la zona de restaurantes de un centro comercial que a ninguna otra cafetería de una empresa que hubiera visto. Había un montón de puestos diferentes de comida, y grandes mesas redondas.

—Esto es… Una pasada.

—Si tienes alguna alergia, o alguna restricción alimentaria —rio Dot —, no dudes en avisar a los cocineros. No les importa hacer las modificaciones necesarias, y te informarán de los platos que debes evitar.

—Vale. Y todo esto es…

—Gratis para los empleados —interrumpió Javeed—. Considéralo un beneficio laboral más.

Me situé en una de las colas para comer con él y Dot, mientras Chris desaparecía por una puerta con sus auriculares puestos.

—Allí hay una sala silenciosa para la gente que quiere descansar durante la hora de comer —explicó—, pero casi todo el mundo come aquí, en la sala principal.

En ese momento, me fijé en que había entrado un grupo de personas vestidas de traje.

—¿Los directivos también comen aquí?

—Ellos más que nadie —dijo Dot, al tiempo que saludaba a alguien con la mano—. Aiden lo estableció así desde el principio. Quería que hasta la gente más importante saliera de sus despachos a la hora de comer, para resultar más accesibles. Estaba muy interesado en dar la impresión de que todo el mundo podría acercarse a él para hacerle preguntas, o solo para charlar.

No supe qué decir a eso. Cuando recogimos nuestras comidas, nos sentamos en una mesa con Allie y otro hombre al que aún no conocía. Sus ojos tenían una mirada amable, y su sonrisa me hizo sentir cómoda de inmediato. No daba la impresión de ser mucho mayor que yo, pero ya tenía canas en las sienes.

—Dominic —dijo para presentarse—. Soy el director de marketing. Perdona que no hayamos coincidido durante tu visita.

—No pasa nada. Me alegro de conocerte —dije.

—Lo cierto es que me hubiera gustado conocerte la otra noche en el Fondo del Barril, pero me surgió un imprevisto y tuve que enviar a Aiden en mi lugar.

—Ah. —Tal vez eso explicaba por qué Aiden estuvo de tan mal humor aquella noche.

—Sí, lo sé —dijo Dominic—. Vi el vídeo. No fue nuestro mejor momento, pero, por suerte, a Allie se le da muy bien compensar nuestros defectos.

—Su presentación fue muy buena —reí.

—No dejo de decirle que tiene que dejar recursos humanos y unirse al equipo de marketing.

—Tal vez algún día —murmuró Allie.

—Bueno, ¿qué te parece el laboratorio? —preguntó Dominic.

Volví a reír. Estaba claro que todos sabían que eso era lo que me había convencido.

—Es increíble —dije, entre un bocado y otro—. Suelo trabajar con muchos menos recursos, así que me parece que esto me va a echar a perder.

—Y si echas algo en falta, avisa a tu equipo y nos haremos cargo de ello.

En ese momento, escuché una voz que me hizo tragar de golpe lo que tenía en la boca y, al mirar por encima del hombro, vi a Aiden en la mesa detrás de la nuestra. Hasta entonces, el día había sido casi perfecto, pero, al parecer, todo lo bueno debía terminar en algún momento.

—Añades ron, zumo de lima y de pomelo, y licor de marrasquino —estaba explicando a la persona sentada junto a él.

Me volví hacia delante, pero estaba interesada y no pude evitar prestar atención a su conversación. Conocía la bebida de la que hablaba, pero ¿cómo la conocía él? Era un cóctel poco frecuente, que había sido popular a mediados del siglo veinte. Una de las razones por las que lo conocía es que era el favorito de Ernest Hemingway, el escritor. Desde luego, era la clase de bebida que pensaba incluir en el menú de mi bar de temática literaria, una vez que lo pusiera en marcha.

—Después, añades un poco de almíbar a una coctelera llena de hielo —continuó Aiden.

¿*Almíbar?* Esto, no… Me mordí la lengua porque, aunque lo estaba explicando mal, lo último que quería era corregir al presidente el primer día y montar un numerito.

—Se adorna con una rodaja de lima o con piel de pomelo. Te aseguro que es perfecto con marisco.

Solté un resoplido. El almíbar arruinaría la acidez del cóctel, y no combinaría bien con el sabor delicado del marisco. No pude contenerme más y me di la vuelta en la silla.

—Estás hablando del Daiquiri Hemingway, ¿verdad?

Aiden levantó la vista ante la interrupción y me miró con suspicacia al reconocerme.

—Estoy hablando del Papa Doble.

—Es la misma bebida —dije, conteniendo una mueca de desdén—, y no se hace así.

—¿Cómo?

—No se prepara de ese modo —repetí.

—¿A qué te refieres?

—¿Almíbar?

—¿Te he incomodado, Zelda? —preguntó con una sonrisa de superioridad.

—Habría esperado que el Rey del Cóctel supiera que esa bebida no lleva almíbar —dije, cruzándome de brazos.

—Puedo afirmar con total certeza que sí lo lleva.

—No, no es así.

—Yo he pedido esa bebida y así es como la prepararon —insistió—. Así que creo que sé de lo que estoy hablando.

—Es posible que te la sirvieran más dulce —sugerí—. Lo más seguro es que pensaran que no aguantarías la versión original.

—Esa es la versión original.

—Te aseguro que no. —Si alguien sabía algo de cócteles relacionados con la literatura, esa era yo—. Es una bebida que

refleja el gusto de Hemingway por los cócteles menos dulces, y por el ron caribeño.

—A ver —interrumpió Allie—. Esto se puede resolver de una forma muy sencilla. ¿Cómo habéis dicho que se llama?

—Daiquiri Hemingway —dijimos Aiden y yo a la vez—. O Papa Doble.

Todo el mundo sacó sus teléfonos y se puso a buscar en Google a la vez, mientras yo trataba de intimidar a Aiden con la mirada.

—Un momento, creo que he encontrado algo —dijo Dot—. Aquí dice que el Daiquiri Hemingway tradicional es menos dulce que otros daiquiris, lo que refleja la preferencia de Ernest Hemingway por los sabores más ácidos y fuertes.

—Sí —corroboró Javeed—. En esta página explican que el licor de marrasquino y el zumo de fruta son suficientes para endulzarlo, por lo que no hace falta añadir almíbar.

—¿Lo ves? —dije, con un gesto de la cabeza hacia Aiden—. El almíbar es innecesario y solo sirve para estropear una bebida que ya está bien tal como es.

—Espera —dijo Allie sin levantar la vista del teléfono—. En esta página dice que, hoy en día, el Daiquiri Hemingway se suele hacer con almíbar, porque la gente ahora prefiere los cócteles algo más dulces. No es parte de la receta tradicional, pero se acepta en las versiones modernas.

—¿Lo ves? —repitió Aiden con aire de suficiencia—. Tal vez debas ponerte al día con los tiempos modernos.

—Prefiero no destrozar los sabores del pasado que ya están perfectamente equilibrados tal como son —repliqué.

Él me miró con desconfianza, pero Allie se le adelantó antes de que pudiera decir nada.

—Si queréis mi opinión, creo que los dos tenéis razón, en cierto modo. Se trata de una cuestión de gustos.

—Lo que a mí me parece más impresionante es que los dos conocierais este cóctel tan poco común —observó Dominic, sacudiendo la cabeza.

—Pues yo quiero probarlo —dijo Javeed—. ¿A alguien le apetece una copa después del trabajo?

Volví a mirar a Aiden. De acuerdo, tal vez hubiéramos ganado los dos, pero yo seguía pensando que iba a estropear una bebida que ya era perfecta, aunque eso no debería sorprenderme.

Él solía estropear las cosas perfectas.

6

AIDEN

—Tú traes el regalo, ¿verdad?

—¿Qué regalo? —pregunté, mientras conducía a toda velocidad por Long Island en mi Ferrari, hablando por teléfono con Dominic, que también se dirigía hacia allí.

Siempre me había gustado la costa norte, sobre todo Jamesport, donde vivía la abuela Dee. No solía ir por allí tan a menudo como hubiera querido, pero esa vez merecía la pena. Íbamos a celebrar el cumpleaños de Trent, y eso me permitiría pasar tiempo con mis personas favoritas. Cuando éramos más jóvenes, solíamos celebrar la comida de cumpleaños de Trent en casa de Dee, y luego salíamos a emborracharnos, pero ahora que ya habíamos dejado atrás la veintena, lo que más nos importaba era la comida.

—Nuestra presencia es su regalo.

—Estás de broma ¿no? —Sonaba exasperado, lo que me hizo reír.

—Que no cunda el pánico. Antes de salir, he cogido la botella que te olvidaste ayer sobre mi mesa.

—¿Y has comprado una tarjeta?

—¿Por qué cojones iba a necesitar una tarjeta? —pregunté.

El cielo se estaba despejando. Hasta entonces, el mes de abril había sido bastante lluvioso, pero parecía que el tiempo iba a mejorar para Trent. Claro, que tampoco nos habría importado mucho, porque la abuela Dee organizaba todas las celebraciones en un patio cubierto.

—Cuida tu vocabulario, tengo conectado el altavoz.

—Disculpa. Hola, Hailey —dije, pero no recibí respuesta de la hija de cuatro años de Dominic, que seguramente estaría absorta en su iPad —. Ahora en serio, Dom. Trent no se va a leer una tarjeta. En cuanto vea la botella, lo que hará será abrirla.

—¿La has puesto en una bolsa de regalo, al menos?

—¿No?

—¿Es que tienes doce años?

—No me conocías cuando tenía doce años.

—Y me alegro mucho por eso. Seguro que eras un pequeño cab… — Se interrumpió y carraspeó—. Caradura.

—Le estás dando demasiadas vueltas —resoplé—. Se supone que vienes a relajarte y disfrutar de un fin de semana con Hailey, no a estresarte por tarjetas o bolsas de regalo, en lugar de preocuparte por…

—Ten cuidado con lo que dices, hay moros en la costa —volvió a advertir Dominic.

—Otro problema —terminé con cuidado, por el bien de Hailey.

Lo que en realidad habría querido decir era «*en lugar de preocuparte por la cazafortunas odiosa y egoísta que pronto será tu exmujer*».

—No me estreso por eso.

—Claro que no.

Yo sabía que Dominic solo pensaba en tres cosas: Hailey, el desastroso divorcio por el que estaba pasando, y el lanzamiento de Elixir Free.

—De hecho, hoy soy el rey de la tranquilidad —continuó—. ¿Por dónde vas?

Miré por la ventana y observé las casas frente a la bahía. La casa de la abuela Dee estaba en una urbanización rodeada de caminos pintorescos que bordeaban la playa y cafeterías muy acogedoras. A mí me resultaba un poco demasiado tranquilo, pero representaba el lugar perfecto al que huir de vez en cuando para escapar del caos de Manhattan.

—A unos dos minutos.

—Bien, nosotros ya estamos llegando. Nos vemos ahora.

Colgué y avancé un poco más por la calle hasta detenerme delante de la casa de la abuela Dee. Me fijé en que ya estaban allí el coche de Paul, y el Bugatti Chiron rojo de Vincent, con el que su prometida, Piper, había chocado el día en que se conocieron. Dominic ya había aparcado en el camino de acceso a la casa, y estaba sacando a Hailey de su Bentley Bentayga, un coche más adecuado para transportar niños. Solíamos tomarle el pelo con que conducía un coche de padre, pero me imaginaba que Vincent pronto se uniría a él, ya que a Piper no le quedaba mucho para dar a luz. Tendría que despedirse del Bugatti y comprarse un asiento para niños.

Cogí la botella de licor del asiento del pasajero y me reuní con Dominic en el camino.

—Dile hola al tío Aiden —dijo a Hailey cuando la dejó en el suelo.

—¡Abuela Dee! —gritó Hailey, que me ignoró por completo y corrió hacia los escalones que subían al porche de la casa.

—Lo siento —dijo Dominic, encogiéndose de hombros.

—No pasa nada, es comprensible. La abuela Dee es mucho más interesante que yo.

Le seguí a la puerta y entramos sin molestarnos en llamar. No habíamos llamado a la puerta desde las vacaciones de Navidad de nuestro primer año en la universidad, muy poco después de conocernos todos. Había conocido a Vincent, Dominic y Trent porque coincidimos en una clase sobre gestión de marcas, y a Paul porque era el compañero de habitación de Vincent. Aquellas Navidades, la idea de volver a casa de mis padres, que estaban en pleno divorcio, me había parecido una pesadilla, y los planes de viaje de Vincent se habían venido abajo en el último momento, así que Trent no había dudado en invitarnos a pasar las vacaciones en casa de su abuela Dee. Desde entonces, su abuela prácticamente nos había adoptado, y nos había acogido como sus «chicos perdidos». Desde entonces, pasamos todas las demás vacaciones de Navidad de los años de universidad en su casa, y habíamos seguido siendo amigos desde entonces.

Hailey corrió delante de nosotros por toda la casa, que la abuela Dee había protegido desde que ella nació, para evitar accidentes a los niños. Dee y su marido habían tenido un negocio de muebles de mucho éxito y, aunque la casa estaba llena de piezas antiguas y vidrieras de colores, no había ninguna esquina afilada ni cosas con las que tropezar. La abuela Dee se había asegurado de que su hogar fuera tan acogedor y seguro para nosotros como era posible.

Nos dirigimos al patio cubierto, donde ella estaba poniendo la mesa para comer.

—¡Ahí estáis! —nos saludó, y dio un abrazo enorme a Hailey, que se había agarrado a sus piernas.

Dominic recogió a la niña para liberar a la abuela Dee, que aprovechó para abrazarnos a nosotros. Dejé que me estrujara un poco y noté el aroma a su perfume de rosas, el mismo que había usado desde que la conocía. No podía olerlo sin sentir ganas de sonreír.

—¿Está por aquí el cumpleañero? —pregunté.

—Está en la cocina, tratando de ayudar. Le he dicho que no se moleste, ya que es su cumpleaños, pero ya sabes cómo es.

Sí, podía ser un poco controlador, pero… yo también lo era, así que no podía criticarle.

—Lo sacaremos de ahí —dijo Dominic, que había puesto a Hailey boca abajo, lo que la hacía reír sin parar—. ¿Verdad?

—¿Puedo ayudar con algo? —pregunté a Dee cuando Dominic desapareció. Ella me entregó una cesta con cubiertos y me puse a trabajar—. Espero que nos hayas hecho tu famosa tarta *red velvet* también este año.

—Por supuesto. La he hecho esta misma mañana, y he terminado de decorarla justo antes de que llegarais.

—¡Hola, Dee! —dijo Vincent, que entró en ese momento al patio por la puerta que daba al jardín, seguido de Piper—. Parece que el jazmín ya ha empezado a crecer en el invernadero.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta. ¡Me ha costado muchísimo que arraigara, el maldito!

—Y las gardenias están preciosas —añadió Piper.

—Mi prometida me acaba de informar que está obsesionada con su olor —dijo Vincent.

—Puedes llevarte todas las flores que quieras —ofreció Dee.

—Hola —dijo Vincent, dándome una palmada en el hombro.

—Hola. ¿Lo del olor es por el embarazo?

—Es más sensible a los olores ahora —dijo él, encogiéndose de hombros—. Y a los sabores. Esto es una locura, tío.

—A ti no te vendrá mal —dije.

Vincent se dedicaba a los perfumes, y Piper le había ayudado a lanzar su última línea de fragancias, que fue como se habían conocido. Bueno, en realidad se conocieron cuando ella chocó con su coche, pero después habían empezado a trabajar juntos, y así fue como se convirtieron en pareja.

—Solo si es un olor que le guste a ella. Si no… Bueno, si no le gusta, me llevo yo la bronca. —Aunque sus palabras sonaban a una queja, la sonrisa de su cara dejaba claro que no se trataba de eso. Estaba enamorado hasta el absurdo.

Dominic volvió a salir con Trent y Hailey, acompañados de Paul y su mujer, Chloe.

—Esto sí que es una fiesta —dije, al tiempo que le daba un abrazo rápido a Trent—. Feliz cumpleaños, tío —añadí, dándole su regalo.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿No hay una tarjeta?

Me quedé boquiabierto un instante, hasta que Dominic se echó a reír.

—Cállate la boca.

—Es broma —rio Trent—. Muchas gracias, me encanta.

La abuela Dee nos sonreía de oreja a oreja, con una mano sobre el corazón.

—Bueno, y ahora, ¿qué? —preguntó Trent, como si volviera a tener diecinueve años.

—Nada —dijo ella—. Es que me hace muy feliz veros a todos juntos. —Cogió a Piper y Chloe del brazo y las acercó un poco—. Y ahora dos de mis chicos han sentado la cabeza con mujeres que son perfectas para ellos.

—Allá vamos —dijo Trent, con los ojos en blanco—. Un año más viejos, un año más sabios, y un año más, solteros. ¿No es así?

—Me alegro de que lo hayas captado —dijo Dee con picardía.

—Ya, ya —rio Trent, sacudiendo la cabeza.

Vincent abrazó a Piper desde atrás y puso las manos en su tripa, mientras Paul sentaba a Chloe en su regazo. Los demás nos sentamos en el resto de las sillas alrededor de la mesa.

—¿Cómo va la organización de la boda? —preguntó Dee a Piper cuando empezamos a servirnos la comida.

—Ya está casi terminada —dijo ella—. Bueno, en realidad, nos falta la prueba de los trajes de los padrinos. —Dio un codazo a Vincent—. Recuérdame que lo organice luego, mientras estamos todos aquí. Será más fácil encontrar un momento que os venga bien a todos si estamos juntos. Intentar organizar cosas con vosotros a través del chat de grupo es una pesadilla.

—¿No te alegras de que ya hayamos resuelto todo lo que se refiere a las damas de honor? —rio Chloe.

—Bueno, me ha venido muy bien poder seguir tus pasos con todo eso —replicó Piper con una sonrisa.

Piper era la hermanastra de Paul, y había sido dama de honor en la boda de Paul y Chloe, no hacía mucho. Supuse que Chloe, que ahora sería una de las damas de honor de Piper, tendría un montón de consejos sobre qué hacer y qué no hacer bajo ningún concepto.

—¡Una boda y un bebé! —dijo Dee mientras llenaba el plato de Hailey—. Pronto voy a necesitar una mesa más grande aquí fuera. —Su mirada se encontró con la de Dominic—. ¿Y cómo va *ya sabes qué*?

—El divorcio —explicó Dominic, levantando un hombro—. Estoy intentando que no se convierta en una palabra mala.

—Por supuesto —dijo Dee—. Y no lo es. A veces, es lo mejor.

—Ha sido… difícil —continuó Dominic, que claramente había tratado de encontrar la palabra apropiada, estando Hailey delante.

Dee le dedicó una sonrisa comprensiva.

—En cuanto pase esta mala época, las cosas se asentarán, y entonces te encontraremos a la chica adecuada.

Dominic resopló en su vaso de agua.

—Oh no, gracias. Estoy muy bien, créeme. Yo ya he pasado por eso. Mejor búscate a otro.

—Yo no busco —explicó Dee—. Yo solo animo, con cariño.

Trent miró a su abuela.

—¿Con cariño?

—A mi edad, puedo hacer lo que quiera. Y lo que quiero es ver a mis chicos felices y asentados.

—Entonces, empieza con esos dos. —Dominic nos señaló a Trent y a mí—. Yo, al menos, intenté lo del matrimonio, pero ellos no están haciendo nada. A este paso, Hailey estará en la universidad antes de que ellos hagan nada productivo con sus vidas amorosas.

—Tiene razón —dijo Dee después de beber un trago de vino—. ¿Tenéis a alguien por ahí de quien me queráis hablar?

—Tenemos esta conversación todas las semanas —protestó Trent—. Si hubiera alguien, ya te lo habría contado.

—Yo estoy demasiado ocupado con el trabajo —añadí yo—. Hemos empezado a trabajar en Elixir Free, y ahora no tengo tiempo para una relación.

—Trabajo, trabajo y más trabajo —se quejó Dee—. No todo en la vida es trabajo.

—Dicho por la reina del mobiliario —repliqué yo.

—Que también tuvo tiempo para una familia —señaló Dee—. Y hasta de cuidaros a vosotros.

—*Touché* —admitió Vincent. Claro, ahora que estaba tan enamorado de Piper, se ponía del lado de Dee.

—Mmm… Yo no me creería tan fácilmente lo de que este no tiene a nadie por ahí, Dee —sugirió Dominic con un gesto hacia mí—. Estoy bastante seguro de que he visto saltar chispas entre Aiden y cierta jovencita.

—¿Quién? —preguntaron Piper y Chloe al unísono.

—¿De qué estás hablando? —Lo miré enfadado.

—Oh, venga ya —se burló él—. Me refiero a Cora.

—¿Qué pasa con ella?

—En la cafetería, cuando hablabais de no sé qué de Hemingway.

—¿Te refieres a cuando estábamos discutiendo? —pregunté, enfatizando la última palabra.

Lo único que habíamos hecho Cora y yo desde que nos habíamos vuelto a encontrar era discutir, pero Dominic no me estaba prestando atención. En lugar de eso, vocalizó la palabra *chispas* mirando a Dee, al tiempo que simulaba una explosión con las manos.

Dee empezó a dar palmas con animación.

—Bueno, esto es toda una noticia. ¡Por fin!

—No pasa nada —insistí—. Y no va a pasar nada.

Ni siquiera estaba seguro de que Cora y yo debiéramos seguir comiendo en la misma cafetería.

—Excusas, excusas y más excusas —dijo Paul—. Así es como se sabe que va en serio.

Vincent y Trent se echaron a reír.

—De verdad que no es nada. —Negué con la cabeza, porque así era, ¿no?—. A ver, es cierto que Cora y yo tenemos un pasado, pero…

—Ah, ¿sí? ¿Y qué clase de pasado es ese? —insistió Vincent—. Solo sé que saliste con ella en el instituto. ¿Qué más ocurrió?

—No pasó nada más —protesté—. Éramos unos críos y no fue a mayores. No es como para sorprenderse.

Y tampoco hacía falta entrar en el resto de los detalles. No estaba demasiado orgulloso de cómo habían terminado las cosas, pero aquello fue hace tiempo y ya estaba olvidado. No hacía falta volver a revivirlo ahora. Además, las relaciones del instituto nunca duran.

—¿Estás seguro de que no estáis reavivando antiguos sentimientos? —preguntó Trent, provocativo.

—Créeme, es agua pasada.

La abuela Dee me estaba mirando de reojo.

—Ajá —dijo con escepticismo.

—Pues pasas mucho tiempo admirando esa agua pasada —señaló Dominic—. Y ella pasa casi el mismo tiempo admirándote a ti.

—No se trata de e… Un momento. Que hace, ¿qué?

Todos se echaron a reír.

—¿Te estás sonrojando? —preguntó Vincent.

—Cállate la boca.

Era más difícil mentir a mis mejores amigos que mentirme a mí mismo. ¿Era cierto que Cora me había provocado algún sentimiento? Sí, tal vez. No se podía negar que era increíblemente atractiva, pero ¿podía aguantar diez minutos en su compañía sin necesitar un trago? No, ni en broma. Aun así, la idea de que me admirase y le gustara lo que veía… No podía fingir que me pareciera una mala idea.

—Papá, ¿puedo ir al invernadero? —preguntó Hailey, tirando de la manga de Dominic.

—Luego, cuando acabemos de comer —dijo él.

Me puse de pie de un salto, reconociendo mi oportunidad.

—Vamos, Hailey. Yo te acompaño a ver el invernadero.

—¡Un momento! —dijo Dee, poniéndose en pie también—. Vamos a comer la tarta primero.

—¿Hay tarta? —preguntó Trent, en broma.

Dee le dio un codazo al pasar por su lado.

—Pues claro que hay tarta, ya lo sabes.

—¡Tarta! —gritó Hailey, a quien ahora pareció no importarle quedarse en la mesa.

Dejé escapar un suspiro. Oh, bueno. Al menos, ahora ya no me estaban prestando atención a mí. Además, ¡había tarta! Aparté la silla para volver a sentarme, pero observé con el rabillo del ojo que Dee tropezaba y, antes de que pudiera hacer nada, había caído al suelo.

—¡Abuela! —gritó Trent, saltando de la silla.

Yo fui el primero en llegar a donde estaba, y me agaché junto a ella.

—Jesús, Dee, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien —gimió ella, intentando sentarse—. Es solo que… He tropezado con mis propios pies. No es nada.

—Siéntate despacio —dijo Trent, mientras la ayudábamos a incorporarse.

—¿Estás segura de que no te has hecho daño? —pregunté—. ¿Te has golpeado la cabeza al caer?

—No, no, estoy bien. No os preocupéis.

—Pero si has parado el golpe con el brazo —insistí—. Deberíamos asegurarnos de que no te hayas roto o torcido algo, o…

—Que no es nada —dijo Dee, pero Trent ya estaba subiéndole con cuidado la manga de su jersey de cachemira.

—¿Te has caído hace poco? —preguntó, señalando unos cardenales ya antiguos—. ¿Qué es todo esto?

Dee se mordió el labio y frunció el ceño.

—De verdad que no es nada. Yo…

—*Dee* —dijo Vincent, que se había acercado a nosotros—. Por favor, no nos mientas.

—Ay, bueno. Quizá me he sentido algo más mareada últimamente —admitió ella, haciendo chasquear la lengua para parecer irritada, aunque evitó mirarnos a los ojos a ninguno.

—¿Y por qué no nos has dicho nada? —preguntó Trent, con un gruñido en la voz que supe que no era de enfado, sino de preocupación.

—Porque estoy bien —insistió ella—. Ayudadme a levantarme.

La asistimos con cuidado, hasta que estuvo de pie. Estábamos todos muy nerviosos, como si creyéramos que se nos iba a deshacer entre las manos sin previo aviso. Cuando estuvo de pie, se puso las manos en las caderas.

—¿Veis? Estoy como nueva.

—Dee —dijo Paul—. Da la sensación de que has estado evitando enfrentarte a este problema.

Trent y yo nos miramos a los ojos, recordando una ocasión, no hacía mucho, en la que Dee también se había sentido mareada y se había

caído por las escaleras. Habíamos creído que se trataba de un incidente aislado, pero ahora parecía otra cosa.

—No lo estoy ignorando —protestó Dee—. Es solo que aún no he hecho nada al respecto.

—Pues no creo que esto vaya a desaparecer por sí solo —dije con precaución—. ¿No crees que es hora de hablar con un médico?

—Me prometiste que me avisarías si iba a peor —señaló Trent—. Esto es peor. Creo que Aiden tiene razón.

—No es para tanto —intentó protestar ella.

—Dee, lo hemos visto todos, y te estamos diciendo que sí lo es —explicó Vincent—. Por favor, ¿puedes hacerlo por nosotros? Yo ya no puedo con más estrés, entre el bebé y la boda.

—Ay, de acuerdo —resopló Dee—. Mañana pediré una cita, pero, hasta entonces, ¿os apetece un poco de tarta?

—¡Sí! —exclamó Hailey—. ¡Yo quiero tarta!

—Creo que te ayudaremos a traerla —dijo Dominic, cuando Hailey salió disparada hacia la puerta de la cocina.

—Yo también voy —añadió Piper, poniéndose en pie.

—Y yo. —Chloe la siguió—. Voy a ver si caben todas las velas que necesitamos —añadió, dando un golpecito a Trent al pasar junto a él.

—Ja, ja —dijo él.

—Podía haberlo hecho yo —dijo Dee, pero no discutió cuando la llevamos de nuevo a su silla. Tal vez se había asustado más de lo que nos dejaba ver.

Las chicas volvieron poco después con la tarta, un enorme ejemplar de *red velvet* cubierto de crema de queso, y con demasiadas velas en lo alto. Hailey saltaba junto a ellas, presa de la emoción.

—Date prisa —dije a Trent cuando terminamos de cantar *Cumpleaños Feliz*—. Creo que Hailey ya se ha contenido bastante.

Al ver cómo la pequeña lo miraba con sus grandes ojos castaños, él soltó una carcajada y apagó todas las velas de un soplido.

—¿Quién quiere el primer trozo?

—¡Yo! —gritó Hailey, alzando la mano al aire.

—No se me habría ocurrido —dijo Trent, que procedió a cortar la tarta y servirnos un trozo a cada uno.

—¿Y bien? —preguntó Dominic a Trent—. ¿Es el mejor cumpleaños del mundo, o qué? —Todos los años nos hacía la misma pregunta.

—En general —dijo Trent—, no ha estado mal. Aunque estoy un poco decepcionado porque Aiden no ha acabado en la piscina esta vez.

Me eché a reír, muy agradecido por poder pasar ese día con aquel grupo de gente que era tan importante para mí.

—Aún queda tiempo, queda mucho día por delante —observó Vincent mirando su reloj—. Ya sabéis que las cosas empiezan a ponerse más entretenidas a partir de las cuatro de la tarde.

—Vaya, no pensaba que aguantarías despierto hasta tan tarde —bromeó Trent.

—Sí, estás a punto de ser padre —añadí yo—. Deberías irte a casa a dormir una siesta, ahora que puedes.

—Puede que vaya a ser padre, pero aún aguanto la bebida mucho mejor que tú. —Vincent cogió el regalo de cumpleaños de Trent y lo situó frente a mí, sin perder una sonrisa de superioridad—. Vamos, Rey del Cóctel. Sírvenos unas copas.

7

AIDEN

Al final, ni Vincent ni yo tuvimos ganas de comprobar quién aguantaba mejor la bebida, así que el lunes pude volver al trabajo sin una resaca espantosa. Eso siempre era una ventaja.

Mientras subía en el ascensor, aproveché para comprobar mi agenda en el teléfono, y el estómago se me cayó a los pies al ver que mi primera reunión del día era con Cora. Había olvidado que la habíamos programado la semana pasada. ¿Sería demasiado temprano para empezar a beber? Claro que, si me preparaba una bebida, seguramente ella diría que había utilizado los ingredientes equivocados.

Salí del ascensor y saludé con la cabeza a Connie, mi asistente personal. Era una mujer muy directa que casi me doblaba la edad, y que me recordaba a la abuela Dee en muchos aspectos, una de las principales razones por las que la había contratado. Nunca lo había lamentado.

Entré en mi despacho y dejé caer mi bolsa en una esquina. En cuanto lo hice, sonó un golpe en la puerta.

—¡Adelante!

—Ya ha llegado Cora —dijo Connie, asomando la cabeza por la puerta—. ¿Quieres que la haga pasar, o prefieres que espere?

—Que pase. —Era mejor arrancar la tirita de golpe. Vaya mañana de lunes me esperaba.

Connie se marchó y, un instante después, Cora apareció en la puerta.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días —contestó ella.

Echó un vistazo a su alrededor y, abriendo mucho los ojos, atravesó la sala y se dirigió a una gran estantería de nogal que había en una esquina.

—¿Esto es un coñac Henri IV Dudognon Heritage? —preguntó, cogiendo la botella de la estantería.

—¡Ten cuidado con eso! —Me lancé tras ella y, con cuidado, le quité la botella de las manos y la devolví a su sitio en la estantería.

—Oh, lo siento, Su Majestad —dijo ella—. No tenía intención de desordenar las joyas de la corona.

—¡Es uno de los licores más caros del mundo! —Algunas botellas llegaban a costar hasta dos millones de dólares—. Ha envejecido durante…

—Cien años —interrumpió ella—. Lo sé. La botella es de oro de veinticuatro quilates y platino, con diamantes incrustados. Al menos, eso es lo que había leído, y ahora puedo comprobar que es verdad.

Sus conocimientos eran impresionantes, aunque, tal vez, no debería seguir sorprendiéndome, considerando a qué se dedicaba.

—¿Eso es todo? —pregunté, y ella me miró a los ojos—. Sé que querías añadir algo más.

—Dejarla así, a la vista, resulta un poco pretencioso, ¿no te parece? —Me sonrió burlona—. ¿Qué mensaje intentas transmitir?

—Creo que demuestra que tengo gustos refinados —dije con una sonrisa irónica—. Pero estoy seguro de que tú no opinas lo mismo.

—Pues yo creo que pareces la clase de ricachón hortera que disfruta exhibiendo sus carísimas posesiones.

Resoplé para contener una carcajada. Cora nunca se había cortado en decir justo lo que pensaba. Esa había sido una de las cosas que me habían gustado de ella cuando salíamos.

—Admítelo, estás un poco impresionada.

—De hecho, me estaba preguntando, ¿si colgaras la botella del techo, no parecería una de esas bolas de discoteca, con todos los diamantes que tiene?

—¿Y eso sería más o menos hortera?

Ella volvió a mirar alrededor de mi despacho.

—Una bola de discoteca podría ser exactamente lo que necesita este sitio.

—¿Me estás llamando aburrido?

—Lo que digo es que tu gusto en mobiliario es… muy soso.

—Y supongo que eso es un eufemismo para no decir horrible.

—Yo no he dicho eso. —Alzó una comisura de la boca.

Mi despacho estaba en el último piso del edificio y ofrecía una amplia vista de Manhattan. Un gran escritorio de madera de nogal, hecho a medida, dominaba el espacio y, tras él, había una silla de cuero muy cómoda, con diseño ergonómico. Un decorador, al que había pagado demasiado, había adornado las paredes con cuadros por los que, sin duda, también había pagado una barbaridad. Mi parte favorita eran los monitores de alta resolución y el sistema de gestión inteligente integrados en un asistente audiovisual muy avanzado. Podía controlarlo todo, desde las luces, hasta las cortinas y mi lista de reproducción de Spotify, con comandos de voz.

—Bien, por muy interesantes que sean tus comentarios sobre mi despacho, la verdad es que he programado esta reunión por una razón concreta.

—Me lo imaginaba —dijo ella—. Aunque mis opiniones sobre diseño de interiores suelen ser bien recibidas.

Hice un gesto hacia dos sofás a juego que habían sido añadidos a la sala para las reuniones menos formales.

—Solo quería preguntarte si tienes todo lo que necesitas.

—Por ahora, todo el mundo ha sido muy agradable —dijo ella—. Y el laboratorio es impresionante. —Lo dijo en un tono que sonó como si le molestara admitirlo.

Ella se sentó en uno de los sofás y yo me dejé caer sobre el otro, mirándola con una sonrisa de superioridad. Cora cruzó las piernas, y mis ojos descendieron enseguida a su bien torneada pantorrilla. Durante un instante, me imaginé recorriendo su suave piel con las manos, subiendo hacia su rodilla y después, su muslo. Dios, ¿por qué hacía tanto calor? Y, maldita sea, ¿por qué me permitía pensar en cosas que no debía? Me quité la chaqueta del traje.

Cora se inclinó hacia delante y cogió una foto situada sobre una mesa lateral junto a uno de los sofás.

—¡La has enmarcado! —exclamó.

Abrí la boca para contestar, sin saber muy bien a qué se refería, hasta que dio la vuelta al marco y vi que era la portada del artículo de *GQ* en el que me habían llamado «Rey del Cóctel». Noté que el calor me subía por el pecho, y me enderecé un poco.

—Sí, la he enmarcado.

—No me lo puedo creer. Aunque, en realidad, sí que puedo. Había pensado que esta decoración no te representaba bien. —Señaló con un gesto los cuadros de las paredes—. Pero esto… Tú siempre

conservaste todos aquellos artículos que publicaba el periódico del instituto sobre el equipo de fútbol.

—No, no lo hacía.

—¡Claro que sí! Siempre te gustó ver tu nombre impreso —insistió—. Hasta tenías un cuaderno lleno de recortes de prensa.

No podía creer que se acordara de todo eso. Me aclaré la garganta.

—Estoy bastante seguro de que fuiste tú la que hizo aquel cuaderno.

—Porque estaba harta de encontrarme todos aquellos recortes por tu habitación.

Aún recordaba el fin de semana en el que me lo enseñó, sonriendo con orgullo. Había decorado las páginas con pequeñas pegatinas con motivos de fútbol americano, y yo sentí una emoción ridícula al pensar en lo bien pensado que estaba ese regalo. Pero, en cualquier caso, aquello solo era el equipo de fútbol del instituto. Esto era algo muy distinto.

—Lo de *GQ* fue un gran momento para mí.

—Lo que diga Su Majestad.

—¿Quieres dejar de llamarme así?

—No, no quiero. Creo que se me ha pegado. —Movió exageradamente la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué estás buscando?

—La corona que se te debe haber caído al venir desde tu castillo.

Sacudí la cabeza y me resigné al hecho de que no estaba dispuesta a dejarme olvidar lo del Rey del Cóctel, aunque lo cierto era que no me disgustaba el apodo. Al menos, no cuando lo decía ella. Claro, que no pensaba decírselo.

—Creo que nos estamos desviando del tema.

—Ah, ¿sí? —preguntó con una sonrisa irónica.

—Sí. De lo que quería hablar era de mi visión para Elixir Free.

—Cócteles sin alcohol —dijo ella—. Perfiles de sabor originales. Creo que lo tengo claro.

—Ese es el producto final, pero también hay una serie de objetivos específicos que quiero alcanzar por el camino.

Ella se enderezó, y cualquier rastro de actitud provocativa desapareció al instante, dando paso a la versión más profesional de Cora.

—¿Y cuáles son?

—En general, el sabor de los cócteles sin alcohol resulta mucho menos complejo que el de las bebidas con alcohol. Por eso nos estamos centrando en buscar sabores originales, pero, sobre todo, lo que queremos es que sean realmente deliciosos. Buscamos bebidas que sean divertidas y permitan al consumidor tener la sensación de estar pasándolo bien.

Cora asintió, abrió el cuaderno que traía consigo y quitó la capucha de su bolígrafo con los dientes.

—Es cierto que el alcohol permite unificar sabores de una forma difícil de replicar con ingredientes no alcohólicos, pero tengo confianza en mis habilidades.

—No te cortes con los ingredientes. Puedo conseguirte cualquier cosa que necesites: frutas exóticas, hierbas, especias, lo que sea. Una de las cosas que me gustan de ciertos competidores es que sus mezclas utilizan ingredientes frescos y están llenos de vitaminas.

—Y antioxidantes —añadió Cora, anotando algo en su cuaderno—. Además de eso, aportan hidratación.

—Exacto. Quiero que se pueda decir lo mismo de nuestros productos. Sé que muchas de las bebidas sin alcohol del mercado

están cargadas de azúcares y jarabes.

—En realidad, me gustaría evitar un contenido alto de azúcar —interrumpió ella—. Y también los conservantes y los sabores artificiales. Creo que eso sería contrario a lo que buscamos para la marca. Creo que Elixir Free debería representar una selección de ingredientes bien pensada y una preparación muy cuidada. Debe ser un producto de alta calidad, que sepa bien y te haga sentir bien. Utilizaremos fruta y verdura frescas siempre que podamos.

—También podrías utilizar edulcorantes naturales, como la miel o el agave.

—Y utilizaremos agua con gas o agua de coco para la base, que aportarán hidratación con pocas calorías.

—¿Qué opinas de utilizar el té? —pregunté—. Últimamente, hay mucho más interés por las bebidas a base de té.

—Creo que es una buena idea. Podríamos probar con el té verde o una infusión de hibisco, que aportarían sabor y antioxidantes.

Para mi sorpresa, y también alivio, parecíamos tener ideas similares sobre el producto. Yo sabía, por su reputación como Mixóloga Misteriosa, que conocía bien las bebidas, pero me había preocupado que nuestros planteamientos fueran diferentes. Sin embargo, sus ideas eran buenas y parecía apreciar mi punto de vista también. Casi podía afirmar que nos estábamos llevando bien, lo cual resultaba… Bueno, no nos habíamos llevado así de bien desde el instituto y, desde luego, no después de dejar de estar juntos.

De repente, Cora dio un respingo y cogió otra foto enmarcada de la mesa junto al sofá en el que estaba sentada.

—Oh, ¡fíjate! Aquí estás posando con esa botella del décimo aniversario tan mal diseñada.

—No entiendo la manía que le tienes a esa botella. ¿Por qué no te gusta?

—No se trata de su aspecto —dijo ella, volviendo a dejar la foto en su sitio—. Es la sensación que da cuando la tienes en la mano.

Tuve que tragar saliva porque, de repente, mi mente me había presentado un recuerdo muy peligroso de Cora, con cierta parte de mi cuerpo en su mano.

—Cuando estoy preparando una bebida —continuó ella—, quiero poder coger las botellas con rapidez. Espero que sean ligeras y fáciles de manejar. No quiero tener que cogerla con cuidado o preocuparme por si se me cae.

—Lo que estás diciendo… —sonreí—, ¿es que es un poco demasiado ancha?

—Eso lo has dicho tú, pero sí —contestó con una carcajada.

El sonido de su risa despertó algo en mi interior y noté una cierta sensación de calor que se extendía desde mi pecho hacia las extremidades. Había olvidado lo mucho que disfrutaba haciéndola reír. Siempre había tenido una risa muy bonita y, por alguna razón, ser capaz de provocarla me llenaba de orgullo.

—¿Estoy a tiempo de incluir en mi contrato el derecho a aprobar el diseño final de las botellas de la línea Elixir Free?

Me incliné hacia ella con las manos apoyadas en las rodillas y le sonreí con ironía.

—No.

—Maldita sea —respondió ella, sonriendo también.



Cora

No sé qué había en el café aquella mañana, pero parecía que Aiden había decidido ser menos insoportable de lo habitual. O, a lo mejor, me estaba acostumbrando a tratar con él otra vez. O quizá me había cansado de estar enfadada. Nuestro reencuentro había sido desastroso (en serio, ¿cómo podía no haberme reconocido?), pero estaba dispuesta a asumir mi responsabilidad y admitir que, tal vez, yo había llevado las cosas un poco demasiado lejos. Aún me dolía la forma en que me había dejado, y era posible que nunca lo olvidara, por cómo se había quedado todo sin resolver, pero todo aquello quedaba ya muy atrás. Siendo sincera, parte de mi enfado se debía a otra ruptura mucho más reciente que me había llevado pensar que todos los hombres eran unos capullos. Sin embargo, Aiden no se estaba comportando como un capullo en aquel momento; estaba siendo inteligente, tenía buenas ideas y, lo que era más sorprendente, parecía ser un buen jefe.

—Supongo que es hora de volver al trabajo —dije, cerrando el cuaderno en el que había tomado notas mientras hablábamos.

Si Aiden estaba dispuesto a encontrar el modo de conseguir los ingredientes más complicados, yo pensaba dar rienda suelta a mis ideas. El planteamiento me había ilusionado, porque nunca había tenido los recursos necesarios para *inventar* a ese nivel. Lo de venir a trabajar para aquel hombre tenía ventajas muy considerables.

—Yo también debería ponerme a trabajar. —Se puso en pie.

—Te enviaré una lista de los ingredientes más raros que voy a necesitar, para que tu equipo pueda empezar a buscarlos.

—Muy bien —asintió él.

—Y mantendré a Su Majestad puntualmente informada de mis progresos.

Intentó parecer molesto, pero me di cuenta de que estaba ocultando una sonrisa.

—Tienes que dejar de llamarme así.

—Jamás —contesté con una sonrisa rápida.

Antes de que pudiera contestar, la puerta de su despacho se abrió de golpe y Dominic entró a toda prisa.

—¡Juro por Dios que no la aguanto ni un puto segundo más! —Atravesó la sala y se apoyó con las dos manos sobre el escritorio de Aiden. Creo que no se dio cuenta de mi presencia, porque me había quedado paralizada donde estaba—. ¡Acabo de colgar con Amanda y me está volviendo loco con todas sus peticiones absurdas! Además, ni siquiera creo que quiera nada de lo que pide, solo quiere hacerme correr de un lado a otro para manipularme y sacarme todo lo que pueda, hasta que no quede nada. Ya puestos, ¿por qué no me pide un brazo, o una pierna? ¿O un maldito riñón?

Dominic se dio la vuelta y se fijó en mí por primera vez. Yo me puse colorada a tal velocidad que debí parecer un semáforo en rojo.

—Lo siento —empecé—. No quería…

—No, no, Cora. —Se frotó la cara con las dos manos—. Lo siento, no me había fijado en que estabas aquí. Te pido disculpas.

—No pasa nada. —Me recoloqué el cuaderno bajo el brazo e intenté que no se cayeran unas cuantas hojas sueltas—. De verdad. Ya estábamos terminando. Os dejo para que habléis.

Me dirigí a la puerta y salí del despacho tan rápido como pude, sintiéndome incómoda y fuera de lugar. Apenas había terminado de cerrar la puerta cuando el montón de hojas se deslizó de mi cuaderno y se desparramó por el suelo de la zona de recepción. Gracias a Dios que Connie no estaba allí para verlo.

Me agaché para recoger los papeles tan rápido como me fue posible. No tenía ninguna intención de escuchar la conversación que tenía

lugar al otro lado de la puerta, pero no pude evitar oír las voces que llegaban desde dentro del despacho mientras intentaba reunir mis notas a toda velocidad para largarme de allí cuanto antes.

—Escucha, Dom —decía Aiden—. Tienes que encontrar la forma de dejar de pensar en Amanda. Ya no es más que una parte espantosa de tu pasado, pero lo que importa ahora es Hailey.

—Sí, lo sé —contestó Dominic.

—Ella es tu futuro, y debes centrarte en eso.

—Ya lo intento.

Me quedé de piedra. ¿Hailey? Me acerqué un poco más a la puerta para tratar de escuchar algo más, con un montón de ideas confusas. ¿Sería Hailey la mujer por la que Dominic había dejado a su esposa? Debía serlo, pues Aiden se había referido a ella como el futuro de Dominic. El estómago se me revolvió al pensarlo, porque aquello me trajo a la mente un recuerdo, repentino y doloroso, de Levi, mi último ex, el que me dejó por otra mujer sin pensárselo dos veces.

—Sabes que lo estoy intentando —continuó Dominic con un suspiro derrotado—, pero no es tan sencillo. Ya nada es sencillo. Amanda y yo tenemos una historia demasiado complicada y es muy difícil dejarla atrás. Y aún es más difícil precisamente por Hailey.

—Lo entiendo, pero debes hacer un esfuerzo por superarlo —insistió Aiden—. Ahora tienes a Hailey, y es a ella a quien más quieres. Olvídate de todo lo demás.

No daba crédito a mis oídos. Pasé de la confusión a la ira al recordar hasta qué punto me había destrozado la traición de Levi. Pensé en las noches en que había llorado hasta quedarme dormida mientras me preguntaba qué había hecho mal, y por qué yo no había sido suficiente para él. Me sentí asqueada. Había creído que Dominic era un buen hombre, pero mi opinión sobre él cambió en un instante. No era distinto de Levi, y Aiden era igual que ellos, a la vista de los

consejos que le estaba dando. Las siguientes palabras de Dominic me hicieron sentir aún más indignada.

—Tienes razón. Tengo que dejar de pensar en el pasado y pasar página. Amanda fue un error, y ahora Hailey debe ser mi razón para vivir.

¿Conque Dominic creía que su nuevo romance le haría sentir vivo de nuevo? ¿No le importaba romper su compromiso por la excitación de la novedad? Pobre de su mujer. Me puse en pie, arrugando los papeles en mis manos temblorosas. No quería escuchar ni una palabra más.

8

CORA

—¡Me alegro de que estés en casa! —dijo Jennifer en cuanto entré por la puerta. Desde la entrada, podía ver la parte posterior de su cabeza por encima del sofá, y supe que estaba viendo en la tele su drama coreano favorito, *El sonido de tu corazón* —. Jo Seok está intentando cocinar algo para impresionar a Ae-bong, y es muy divertido. —En la televisión se veía una imagen de unas cazuelas que hervían hasta derramar su contenido, provocando una llamarada—. Te juro que, cada vez que me doy la vuelta, la cocina de Eastfield acaba igual que esta.

Mis pensamientos hervían como la cazuela de la televisión, con una horrible mezcla de enfado y decepción. El paseo hasta casa no me había ayudado a calmar mi agitación, y había repasado en mi cabeza la conversación entre Dominic y Aiden una y otra vez. Me quité los zapatos, solté el bolso y me dirigí al sofá.

Era la noche libre de Jennifer, y llevaba puesto su pijama favorito de Winnie Pooh mientras leía los subtítulos en la pantalla. En la mesa, delante del sofá, había una caja de pizza abierta y un bote de masa preparada para galletas. *Ay, vaya*… Esos eran todos sus placeres culpables, a los que había estado recurriendo cada vez con más frecuencia en los últimos tiempos. Siempre que la oía hablar de Eastfield, o estaba estresada, o se mostraba apática, y me preocupaba que hubiera perdido el gusto por la cocina.

Jennifer me miró y me ofreció la cucharada de masa de galleta que se había llevado a los labios hacía solo un momento, pero debió notar mi expresión preocupada e, inmediatamente, pulsó el botón de pausa del mando.

—¡Oh, oh! —Se metió la cuchara en la boca y, sentándose un poco más erguida, dio unas palmaditas al lugar que quedaba en el sofá junto a ella—. ¿Qué pasa? —preguntó alrededor del bocado de masa que tenía en la boca—. ¿Ha ocurrido algo? ¿A quién tengo que atizar? Tú dímelo y convertiré sus vidas en un infierno.

Me dejé caer en el sofá a su lado y reí sin ganas.

—El trabajo es una mierda.

—¿Cómo? ¿Pero no habías dicho que te gustaba tu equipo? También dijiste que el laboratorio es impresionante de verdad y que podías hablar con Allie de vez en cuando.

—Bueno, sí, todo eso está muy bien. Supongo que el trabajo en sí no está tan mal. Hoy he avanzado bastante con la lista de ingredientes que quiero probar en algunas de las bebidas. Lo que no me ha gustado nada es una cosa que he oído hoy en la oficina.

Lo de que «no me había gustado» era decirlo con suavidad. Jennifer hizo un ruidito compasivo.

—Eso no suena nada bien.

—Y tanto —murmuré.

Empecé a contárselo. Bueno, más bien a soltárselo todo a Jennifer sin poder contenerme, y le expliqué cada detalle de la conversación que había escuchado entre Aiden y Dominic. Noté que me temblaba la voz, y me dio mucha rabia haberme alterado tanto. Cuando terminé, la expresión de Jennifer se había transformado en una de profundo desagrado, con el ceño fruncido y la nariz arrugada. Me apoyé en el respaldo del sofá, sintiéndome agotada después de dar rienda suelta a la vieja y conocida sensación de traición.

—No he podido evitar asociar todo eso a la forma en que Levi me dejó el año pasado.

Jennifer me rodeó con los brazos y apretó fuerte, envolviéndome en un aroma a *pepperoni* y chocolate.

—No olvidemos de quién fue la culpa en esa situación —dijo con firmeza—. Fue de Levi, tú no hiciste nada malo. Estuvisteis juntos durante quince malditos años, desde el instituto.

En concreto, desde que Aiden me había dejado tirada, haciéndome sentir tan dolida y confusa que había necesitado a alguien que me encontrara deseable, digna de cariño. Levi había sido ese alguien… hasta que había dejado de serlo.

—Levi nunca te dio la más mínima señal de tener dudas o de no estar comprometido contigo, hasta que se fue a aquel viaje de trabajo a Los Ángeles y perdió la puta cabeza —me recordó Jennifer.

Asentí, tragándome otra oleada de sentimientos que intentaban apoderarse de mí. Sí, se podía decir eso, pero yo no había dejado de preguntarme si se me habría escapado alguna señal, o si había optado por ignorar alguna indicación.

—Creo que las dos sabemos que Levi es la clase de tío que solo piensa en sí mismo, pero eso no dice nada de ti, Cora. En cambio, lo dice todo de él —continuó Jennifer—. Si te soy sincera, nunca entendí cómo lo aguantaste durante tantos años. Él tuvo mucha suerte de encontrarte, y lo único que le deseo para el resto de su vida son juanetes dolorosos, y que le toque ser jurado en todos los juicios.

Contuve una risa, al tiempo que parpadeaba para evitar las lágrimas.

—Ahora no puedo creer que le encontrara encantador y pensara que nunca me haría tanto daño como Aiden. Está claro que no tenía ni idea.

¿Qué tenía yo que hacía que los hombres me dejaran sin previo aviso?

—Dios, a veces los hombres son odiosos —suspiró Jennifer—. Pero oye, ninguno de los dos te merecía, así que ellos se lo pierden.

—Ya —murmuré—. Pero mírame ahora: sin Levi, y con un Aiden rebosante de éxito de nuevo en mi vida. En serio, si iba a tener que volver a encontrarme con uno de ellos, ¿por qué tenía que ser Aiden?

La traición de Levi era más reciente, pero, al menos, sabía lo que había ocurrido en ese caso. Era un asco que se hubiera enamorado de otra cuando yo creía que estaba enamorado de mí, pero, al menos, había sido sincero conmigo. Con Aiden, sin embargo, era posible que nunca supiera lo que ocurrió, y no tenía la menor intención de preguntárselo después de tantos años. Eso me haría parecer una tonta desesperada que no era capaz de pasar página, lo que no era el caso, para nada. Pero ¿quién podía culparme por querer una respuesta?

Jennifer me dio un empujoncito con el hombro, riendo en silencio.

—No veo qué tiene de divertido esta situación.

—Tienes razón, no es divertido, pero estaba pensando que, ya que tienes que ver a uno de tus exnovios con frecuencia, al menos es el que está buenísimo. Eso es una pequeña ventaja.

—No me estás ayudando —protesté, tratando de no sonrojarme furiosamente.

Sí, Aiden era un pedazo de capullo propietario de botellas de licor de dos millones de dólares, pero eso no impedía que también fuera el hombre más guapo al que había conocido en mi vida. En el instituto había sido muy mono, el típico jugador de fútbol americano que trataba de acostumbrarse a los cambios de su cuerpo, más fuerte y más alto, pero desde luego, había envejecido como el buen vino. O

como algo más sexi que el vino. Tal vez, como un whiskey Macallan Genesis de setenta y dos años. Dios, me ardían las mejillas.

—Lo siento —dijo Jennifer, sumida en sus propios pensamientos—. Es solo que no me quito de la cabeza esa imagen suya, entrando en el bar. —Soltó un gemido—. Hace muuuuuucho tiempo que no me acuesto con nadie. Demasiado tiempo.

Solté un resoplido y tiré un poco de su viejo pantalón de pijama.

—Bueno, igual si no te pasaras los días libres viendo telenovelas coreanas en el sofá…

Ella se echó a reír y yo noté que empezaba a relajarme.

—Tienes razón —corroboró—. Pero, Cora, en serio, no te deprimas por esa conversación. Yo digo que te ha venido bien librarte de Levi, y que, en cuanto termine tu contrato, te vas a librar de Aiden también. ¿Verdad?

Asentí, sintiendo un destello de determinación.

—Odio pensar que me hayan vuelto a engañar. Dominic me había parecido un hombre decente. Pero tienes razón. Lo que debo hacer es centrarme en sacar Elixir Free y aprovechar ese laboratorio para grabar vídeos de la Mixóloga Misteriosa durante todo el tiempo que pueda.

—Eso es. Eres una mixóloga fantástica, con mucho éxito. Que les den a los tíos. —Me pasó un trozo de pizza—. Y a la mierda con los hombres que dejan así, por las buenas, a una chica con la que se han comprometido.

—Eres la mejor —dije, apoyando la cabeza en su hombro.

—Y tanto que lo soy. —Cogió el bote de masa de galleta y el mando de la tele—. Y ahora, ¿te apetece ver conmigo un dramón coreano, tan malo que es bueno?

—Por supuesto —confirmé, y ella volvió a poner en marcha el capítulo que había pausado.

Aunque la conversación sobre Dominic y Aiden había vuelto a abrir una vieja herida, las palabras de Jennifer me habían aportado un poco de perspectiva y me habían recordado que debía mantenerme en guardia con ellos, sobre todo con Aiden. Ya me lo había hecho pasar mal una vez, y no estaba dispuesta a permitir que lo hiciera de nuevo.

Jennifer se tragó un buen bocado de masa de galleta y, justo después, se metió en la boca dos rodajas de *pepperoni*.

—Me he dado cuenta de que esta es tu segunda pizza esta semana —observé.

—Sí —dijo ella, de un modo que invitaba la siguiente pregunta.

—¿Va todo bien? Quiero decir, en el trabajo.

Ella suspiró y miró al techo.

—Si con «bien» te refieres a si es la misma mierda de siempre, la respuesta es sí.

—Antes no decías que fuera una mierda —observé.

—Lo sé. O, mejor dicho, ya no lo sé. Es una mierda ahora.

No me gustaba su tono apagado, como si se hubiera resignado a ser infeliz, pero no sabía qué decirle. ¿Le ayudaría tomarse un descanso, o hacer alguna otra cosa durante un tiempo? Lo suyo era la cocina, estaba en su naturaleza. La cocina era para Jennifer lo que los cócteles para mí. ¿Tan sencillo era perder la pasión por algo? O por alguien, pensé con amargura.

—¡Oh! —Jennifer me dio un golpe en el brazo—. Esta parte es muy buena, ¡mira! —En la pantalla, el detector de humos de la cocina había empezado a sonar. A decir verdad, si la vida diaria de Jennifer

se parecía en algo a aquella serie, no podía culparla por haber perdido la ilusión.

Mi teléfono sonó en ese momento, y lo saqué del bolsillo para mirar la pantalla.

—Anda —dije, incorporándome un poco.

—¿Quién es? —preguntó Jennifer, que no me estaba prestando atención.

—No sé. Es un número de Nueva Jersey.

—Será una llamada de ventas. No lo cojas.

Pero decidí coger la llamada.

—¿Diga?

—¿Cora?

—¿Sí?

—¡Hola! Soy Trish Baxter. Bueno, ahora me apellido Armitage —dijo ella con mucho entusiasmo. Al parecer, cuando una era animadora en el instituto, lo era para siempre—. ¡Hace siglos que no hablamos!

—Hola, Trish.

No había hablado con ella desde hacía años. Era un año mayor que yo, y no la había vuelto a ver desde que se graduó en el instituto. Me sorprendía que tuviera mi número.

—Sí, desde luego que hace mucho tiempo —continué.

—He tenido que localizar a tu madre para que me diera tu número.

Ah, así que era eso.

—El caso es que te llamo por lo de la reunión del instituto, ya sabes, porque tú eras la delegada de tu clase.

—Ya.

Me apoyé de nuevo en el respaldo del sofá. Hacía un tiempo, había recibido una notificación informando de que se estaba preparando una reunión para los alumnos que terminamos el instituto hacía catorce, quince o dieciséis años. El instituto de Nueva Jersey al que habíamos ido era tan pequeño que alguien había decidido que no tenía sentido hacer reuniones separadas por curso, y era mejor combinar tres cursos por reunión. Eso significaba también que Aiden y yo asistiríamos a la misma reunión, porque él era dos años mayor que yo.

—Sabes que ya no vivo allí, ¿verdad? Si no, me habría ofrecido a ayudar.

—Ah, pues claro —dijo Trish—. Ya lo sé. Estás viviendo el sueño en la gran ciudad. Y, créeme, estoy encantada de ocuparme yo. Ha sido muy divertido volver a contactar con todo el mundo.

La responsabilidad de organizar la reunión recaía en el delegado de cada clase, pero se suponía que, si uno o más de ellos todavía vivían cerca, se encargarían de todo.

—Me alegro mucho. —Seguía sin comprender el motivo de su llamada.

—Lo cierto es que ya lo tengo organizado casi todo. En serio, ya está como el noventa y nueve por ciento hecho, porque solo faltan como tres semanas.

—Trish, yo no…

—Y escucha —continuó sin hacerme caso—. Mi marido, Mattie, ¡ha ganado un concurso de la radio esta misma mañana!

—Eso está muy… Caray.

Jennifer me lanzó una mirada, tratando de contener la risa.

—¿Y sabes cuál era el premio? —continuó Trish—. ¡Dos billetes para un crucero de tres semanas en el Caribe! Nos vamos dentro de dos días. El problema es que no volvemos hasta el día de la reunión. Y lo

siento mucho, de verdad, no me gusta nada tener que pedírtelo, pero ¿no podrías hacerte cargo de los últimos preparativos? Como te decía, ya está casi todo hecho, solo falta hacer el seguimiento con los proveedores, estar disponible por si hubiera algún problema, y supervisar la decoración el día antes de la fiesta. Ya sabes, cosas de esas.

—Oh —dije—. Bueno…

—Ya sé que es pedir demasiado, pero Mattie y yo apenas hemos pasado tiempo juntos desde que nacieron los niños. —La chispeante Trish parecía haberse apagado un poco y su voz sonaba cansada—. Necesito un descanso, Cora. No tienes ni idea de la falta que me hace.

¿Qué podía decir para no parecer una completa desalmada?

—Bueno, si solo son cosas pequeñas…

—¡Sí, solo es eso! Te lo juro.

—Entonces, supongo… —Hice una pausa, pero no se me ocurrió ninguna excusa que me permitiera librarme de aquello—, que no puedo negarme.

—¡Genial! Es fantástico. —Trish suspiró aliviada—. Te juro que me has salvado la vida. A todo el mundo le hace mucha ilusión la reunión. Ya verás, va a venir muchísima gente.

Mientras Trish parloteaba en mi oreja, un montón de pensamientos confusos se arremolinaron en mi cabeza. El instituto, Aiden, la ruptura, organizar aquella reunión…

—Bueno, yo debería estar de vuelta el mismo día de la fiesta —estaba diciendo Trish cuando volví a la realidad—. Pero si no llego a tiempo, tendrás que hacer de anfitriona y recibir a todo el mundo por mí. Pero siempre se te dio muy bien la gente, seguro que eso no será un problema para ti.

—Sí, claro. Anfitriona. —Miré a mi alrededor, pensando en que debería coger mi cuaderno y tomar algunas notas sobre todo aquello.

—Te prometo que te lo compensaré, no lo dudes —continuó Trish—. De verdad, Cora. Me siento fatal por soltarte todo esto a ti sola.

Lo cierto era que no sonaba muy preocupada, pero probablemente eso se debería a que estaba a punto de marcharse a un lugar lleno de tumbonas bajo el sol y bebidas decoradas con sombrillas diminutas.

—Pero no había nadie más a quien se lo pudiera pedir —dijo Trish con una risilla—. A ver, el delegado de la otra clase es Aiden, y solo Dios sabe cómo ponerse en contacto con un multimillonario, ¿no?

9

AIDEN

—Escúchame un momento…

—Que no se te ocurra decir la palabra *strippers* —dijo Trent, interrumpiéndome.

Estaba hablando con Trent, recostado en la silla de mi despacho y mirando por la ventana. Acababa de terminar otro chaparrón del mes de abril, pero la ciudad seguía cubierta de pesadas nubes grises. Qué ganas tenía de que llegara mayo, y de ver el sol y las flores.

—Para empezar —dije—, no iba a hablar de *strippers*. En segundo lugar, ¿qué tienen de malo las *strippers*? Son un clásico.

—Son vulgares, y él mismo ya ha dicho que no quiere.

—Mmm.

Estábamos tratando de organizar la despedida de soltero de Vincent.

—¿Así que ahora es demasiado bueno para divertirse como cuando éramos jóvenes?

—Estoy bastante seguro de que eso fue exactamente lo que dijo.

—¿Y qué ha propuesto Paul?

—Que lo llevemos al club de golf Liberty National para jugar todos juntos. Ya sabes, asistentes individuales, desayuno gourmet en el campo…

—Dios, odio el golf.

—Y yo.

—¿Y por qué a Paul le gusta tanto?

—Hace tiempo que he dejado de intentar comprenderlo. Yo iba a proponer que alquiláramos un yate, navegáramos alrededor de Manhattan e hiciéramos algo de deporte en el agua.

—Aún hace demasiado frío para el esquí acuático y las motos de agua.

—Probablemente.

—Vale, y ¿qué te parece esto? Organizamos una cata de whiskey privada en la sala Flatiron, y luego cenamos en algún sitio como Eleven Madison Park.

—Eso me gusta más. Y si luego quiere divertirse, podemos reservar en LAVO. Podemos pedir una mesa con servicio de botellas y DJ privado.

—¿Sabes qué? Vamos a reservarlo todo. Que acabe sus días de soltero con estilo. —Seguro que a Vincent le gustaría pasar una noche en la ciudad con sus amigos—. Y, por cierto, ¿cómo está la abuela Dee?

Trent suspiró y su expresión se ensombreció.

—Bueno, por fin ha concertado una cita con el médico, pero sigue resistiéndose a averiguar qué le pasa, y me está volviendo loco.

Me puse en pie, me acerqué a la ventana y me apoyé contra el cristal.

—¿Pero por qué no quiere saberlo? ¿Es por los médicos? ¿No le gustan, o qué?

—Le caen bien como personas. Ya conoces a Dee, podría hacerse amiga de quien fuera. No, yo creo que tiene algo que ver con lo que le pasó a mi abuelo. Lo vio enfrentarse al cáncer, y fue bastante horrible. A veces, creo que los tratamientos que le pusieron le hicieron más daño que la enfermedad. Perderlo de aquella manera… Creo que afectó a su opinión sobre la medicina.

—Supongo que es de las que piensan que no tener noticias es una buena noticia —dije. Si Dee no recibía nunca un diagnóstico, se ahorraría las malas noticias.

—Pero no estoy seguro de cuánto tiempo va a conseguir retrasarlo. Si tiene un problema, me gustaría saberlo ya, antes de que pase algo peor.

—Estoy de acuerdo. Por eso debemos animarla a que vaya al médico. Yo lo he intentado, pero cada vez que menciono lo de pedir una cita, se cierra en banda.

—Lo conseguiremos —dije—. No puede ignorarnos a todos.

—Pero no dejará de intentarlo —rio Trent—. Bueno, te dejo que vuelvas al trabajo. Gracias por llamar, tío. Me encargaré de hacer las reservas.

—Estupendo.

Colgué y tomé nota mental de que debía volver a llamarle pronto. Planear la despedida de soltero era una cosa, pero resolver lo que le pasaba a la abuela Dee era algo muy distinto. Teníamos que hacerle saber que podía contar con nosotros. Los padres de Trent seguían vivos, pero eran personas horribles, y no serían de ninguna ayuda. Su hermano era demasiado joven, todavía estaba en la universidad, y no podría hacer gran cosa. Pero Vincent, Dominic, Paul y yo… No había nada que no hiciéramos por Trent o por la abuela Dee.

El sonido de un trueno retumbó a lo lejos, y bajé la vista a la calle con una mueca, observando cómo los peatones corrían a buscar cobijo de la lluvia.

—¡Hora de sacar la camiseta del equipo de fútbol!

Me di la vuelta y encontré a Cora, que acababa de entrar por la puerta con el cuaderno en la mano.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar de la reunión del instituto —dijo ella.

—¿De qué diablos estás hablando? —Me dirigí a la puerta, que había dejado abierta, y saqué la cabeza—. Oye, ¿Connie?

—Está en su descanso —dijo Cora—. Y la gente dice que eres un hombre muy cercano, así que hagamos como si fuera verdad.

¿*Hacer qué*?

—He venido a informarte de que nosotros, es decir, tú y yo, estamos a cargo de la reunión del instituto.

—Mmm… —Eso no tenía ningún sentido—. ¿Desde cuándo?

—Desde que me ha llamado Trish Baxter. ¿Te acuerdas de ella? ¿La delegada de clase del curso entre el tuyo y el mío? Bueno, el caso es que se va a un crucero de tres semanas por el Caribe y nos ha puesto a cargo de los preparativos. Bueno, técnicamente me ha puesto a cargo a mí, pero no debería ocuparme yo sola, así que ahora nos encargamos los dos.

—¿Cómo? Ni hablar.

—¿No?

—Sea lo que sea, no quiero tener nada que ver con ello. Ni siquiera pensaba asistir.

¿En serio creía que tenía tiempo de organizar una reunión del instituto? Apenas tenía tiempo de ayudar con la despedida de soltero de Vincent, y a esa sí que quería ir.

—Bueno, ese es tu problema —dijo Cora—, porque no solo vas a ir, sino que me vas a ayudar con la decoración y con la coordinación de los proveedores. Ah, y si Trish no llega a tiempo, tenemos que hacer de anfitriones.

Aquello parecía una pesadilla. No tenía tiempo para aquellas estúpidas chorradas inútiles del instituto.

—De ninguna manera.

—Sí.

—No. Ni siquiera me acordaba de esa reunión, no me interesa.

—Escucha —dijo ella, poniéndose las manos en las caderas y mirándome con firmeza—. Puede que esto no sea importante para ti, pero sí que lo es para otras personas, y no te voy a permitir escurrir el bulto.

—No estoy escurriendo el bulto en absoluto, ¡porque ni siquiera me he implicado!

—Cuando te presentaste a delegado de la clase, adquiriste un compromiso con tus compañeros, y se supone que eso significa algo.

—¿Lo dices en serio? —resoplé—. Pero ¿estás escuchando lo que dices? Aquello fue en el instituto. ¿A quién le importa ahora?

—No puedes escabullirte de los compromisos cuando te dé la gana —insistió ella—. Son importantes. No puedes dejar tirada a la gente solo porque aparece algo más interesante.

¿De qué diablos estaba hablando?

—Yo no me he comprometido a esto. —Estaba bastante seguro de que había borrado el correo electrónico tan pronto como llegó a mi bandeja de entrada.

—¡Tío Aiden! —gritó una vocecita cuando se abrió la puerta de mi despacho por segunda vez.

Un torbellino envuelto en lentejuelas color violeta se lanzó contra mí y me hizo caer en el sofá. Hailey se subió a mi regazo y se agarró a mi cuello.

—¡Adivina!

—Hailey, cariño, ¿qué haces aquí? —pregunté, y con el rabillo del ojo vi que Cora se sobresaltaba.

—¡La señorita Linny está enferma!

—La señorita Linny —repetí, tratando de recordar quién era—. ¿La profesora de la guardería?

—Ajá —dijo Hailey con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Y he venido a trabajar con papá!

Dominic entró un instante después, con aspecto apresurado y el pelo revuelto. Llevaba un botón de la camisa desabrochado.

—Hal, ¿qué te he dicho en el ascensor?

—¡Hemos subido en el ascensor! —Hailey trataba de trepar sobre mí como si fuera una escalera.

—Perdona —se disculpó Dominic—. Ha echado a correr y se me ha escapado. Hailey, no puedes entrar de repente en la oficina del tío Aiden cuando está en una reunión. —Hizo un guiño a Cora—. De tal palo, tal astilla.

—Uy —dijo Hailey, algo más cohibida—. Lo siento, tío Aiden.

—No pasa nada.

La cara de Cora se había teñido de un color rojo tan oscuro que casi se confundía con su pelo. Siempre se había sonrojado con mucha facilidad, pero solo se ponía de ese color cuando estaba realmente avergonzada. Pero ¿qué le habría alterado tanto? Tal vez le

avergonzara el hecho de que una niña de cuatro años entendiera mejor que ella la idea de que debía disculparse por haber irrumpido en mi despacho sin llamar.

Hailey se bajó de mi regazo y se dirigió a la ventana para admirar la vista.

—No toques nada —le recordó Dominic.

—Así que, ¿tampoco está disponible la niñera? —pregunté, señalando el botón desabrochado de su camisa.

—Parece que tiene la gripe —dijo Dominic, ocupándose del botón—. Es posible que no pueda venir en lo que queda de semana —suspiró —. He intentado ponerme en contacto con Amanda para organizar el cuidado de la niña, pero, para variar, no ha contestado mis mensajes.

—No te preocupes. Si te resulta más fácil trabajar desde casa el resto de la semana, puedes hacerlo.

—Sí, puede que lo haga. Oye, Hailey, vamos a dejar al tío Aiden terminar su reunión.

—¿Podemos ir a la cafetería? —preguntó ella tras correr a su lado—. Tengo hambre.

—Acabas de comer.

—Pero tengo hambre otra vez.

—Buena suerte con ella —reí.

Hailey tiró de su padre hacia la puerta y Dominic puso los ojos en blanco.

—Si me necesitas, creo que hoy voy a trabajar desde la cafetería.

Cuando salieron, hubo un largo momento de silencio, hasta que Cora se aclaró la garganta.

—Así que… entonces… ¿Hailey es la hija de Dominic?

—Sí, eso es.

Ella se puso un mechón de pelo tras la oreja, lo que me dejó ver mejor el rubor en sus mejillas. Tuve deseos de extender una mano para acariciarle la mejilla. *Por Dios, déjate de tonterías*. Ella sacudió la cabeza.

—Él… esto… Parecía muy estresado.

—Eso es quedarse corto. Su exmujer se ha enzarzado en una batalla muy complicada por la custodia —expliqué—. Creo que está más agotado con cada semana que pasa.

—Qué horror —dijo Cora con suavidad y un deje de simpatía.

—Está haciendo lo posible por pasar todo el tiempo que pueda con Hailey, ya sabes, para evitar que note demasiados cambios.

—Claro, eso está muy bien.

—Pero Amanda amenaza con demandarle para pedir la custodia plena si no cede a sus peticiones financieras en el divorcio.

Al decirlo en voz alta, me pareció que mi odio hacia la bruja de la ex de Dominic aumentaba aún más. Me ponía furioso la forma en que Amanda utilizaba lo mucho que él quería a Hailey para intentar controlarle y sacarle aún más dinero. Esa era la razón por la que no merecía la pena buscar el amor. Solo servía para pasarlo mal al final. Me resultaba odioso ver a Dominic sufrir tanto.

—Eso es horrible —dijo Cora con una mueca.

—Es una mierda. La mitad de las veces no sé qué decir, ni cómo ayudarle. Tiene que hacerse cargo de su trabajo aquí, de que Hailey sea feliz, de hablar con su abogado todos los malditos días…

Dominic se estaba enfrentando a todo eso, y yo ni siquiera era capaz de encontrar unas horas para ayudar a Cora a organizar la reunión

que Trish le había encargado. Ahora era yo el que se sentía avergonzado.

—Ahora lo entiendo —dijo Cora—. Todo eso requiere un gran esfuerzo y Dominic necesita tu apoyo. Si no puedes ocuparte de la reunión, lo entenderé. Puedo encargarme yo sola.

Me pasé una mano por la cara.

—No, espera…

Ella inclinó la cabeza y me miró esperanzada.

—No creo que vaya a ser mucho trabajo si somos dos —empezó con precaución.

—Cuéntame otra vez lo que ha dicho Trish. —Apoyé las manos en las caderas.

—Ya está todo contratado y pagado —dijo Cora, contando con los dedos—. Trish ya tiene voluntarios que ayudarán con la organización. Lo único que tenemos que hacer es supervisar la decoración y la comida y, si Trish no vuelve a tiempo, tendremos que estar un rato haciendo de anfitriones y recibir a todo el mundo.

—Parece bastante sencillo —dije.

Cora me estaba mirando mientras se mordía un labio de una forma que me impedía pensar con claridad. Estaba tan cerca que podría haber contado sus pecas. ¿Quería encargarme de aquella fiesta? No, en absoluto, pero ¿tenía tiempo? Sí, suponía que podría encontrarlo.

—De acuerdo, te ayudaré.

—Vale. ¡Genial! —Una gran sonrisa se extendió por su cara—. Hace tiempo que no he vuelto por casa. Mi madre estará encantada.

—Yo tampoco he estado por allí en años —admití.

Cuando mis padres se divorciaron, mi madre se trasladó a Ohio para estar más cerca de mis abuelos. Mi padre se quedó hasta cumplir los

treinta años en la empresa de papel donde trabajaba y, cuando se jubiló, se vino a vivir a Manhattan, así que yo no había tenido ninguna razón para volver a Nueva Jersey desde entonces.

—Tal vez esté bien volver de visita. —Y revivir algunos recuerdos.

Cora seguía hablando, esta vez sobre cuestiones logísticas, pero mi mente estaba ocupada pensando en los recuerdos. El instituto, el equipo de fútbol americano, Cora… Sobre todo, Cora. Al mirarla en ese momento, no pude evitar recordar algunas de las cosas que hacíamos juntos, y se me vino a la cabeza una imagen muy clara: nosotros dos, enredados en el asiento de atrás de mi camioneta. Tragué con esfuerzo y aparté aquella idea de mi cabeza.

Aquello había ocurrido hace muchos años. Ya no éramos esos críos.



Me froté los ojos y los aparté por un momento de los correos electrónicos. Aún faltaban un millón de cosas para poder lanzar Elixir Free, además de lo que estaban haciendo Cora y su equipo, y tan pronto como contestaba un mensaje, aparecían otros cinco en mi bandeja de entrada. Me apoyé en la silla y miré por la ventana hacia la ciudad, mientras me preguntaba si habría cometido un error al aceptar ayudar con la reunión. Lo cierto era que no tenía tiempo, pero ya era demasiado tarde. No podía dejar tirada a Cora. Cuando vibró mi teléfono, lo saqué del bolsillo y vi un mensaje de Vincent, escrito en mayúsculas.

¡¡¡YA LLEGA!!!

¿El qué? contesté.

¡EL BEBÉ!

Me incorporé y contesté tan rápido que, al principio, la mitad de las palabras fueron incomprensibles. Gracias a Dios por el corrector automático.

¡¡La leche!! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué necesitas?

Avisa a los otros. Ya estamos en el hospital. ¡Voy a ser padre, joder!

¿Qué hospital?

Lennox Hill.

Sonreí y le envié el emoticono del pulgar hacia arriba. Inmediatamente, llamé a Trent, que contestó al tercer timbrazo.

—Como intentes convencerme otra vez de que contrate a unas *strippers…*

—No es eso —interrumpí—. Va a nacer el bebé.

—¿Cómo?

—Piper está de parto.

—¡Oh! —dijo Trent—. Eso es… Un momento, ¿me he perdido un mensaje en el chat del grupo?

—No, Vincent me acaba de enviar un mensaje. Están en Lennox Hill, y le he dicho que me encargaría de avisaros. ¿Puedes ocuparte tú de Paul y Chloe? Yo se lo diré a Dominic. Está aquí hoy, con Hailey, pero no creo que eso sea un problema. A los niños les gustan los hospitales, ¿no?

Trent se echó a reír.

—Bueno… Si el parto es largo, seguramente se aburrirá como una ostra. Pero nos vemos allí.

—Sí, ahora nos vemos.

Colgué, recogí mis cosas y salí corriendo de mi despacho para decirle a Connie que cambiara todas las reuniones que tenía previstas para ese día. Después fui a buscar a Dominic y a Hailey, y llegamos al hospital como una hora más tarde. Nos dirigimos a la sala de espera con Hailey a la cabeza, sujetando un enorme globo

en el que ponía FELICIDADES. Estaba seguro de que querría entregárselo al bebé en cuanto tuviera la oportunidad.

—¡Tío Trent! —gritó al verlo, y corrió hacia él—. ¡Mira qué globo tengo!

—¡Oh, qué chulo!

—Ajá —dijo ella.

Al momento, se fijó en que la televisión instalada en la pared mostraba unos dibujos animados de unos perritos, y corrió a sentarse en una silla delante de ella.

—Perfecto —dijo Dominic al observarla.

—¿Cómo van las cosas? —pregunté.

—Bien —respondió Trent—. Vincent va saliendo de vez en cuando para informar. Hasta ahora, Piper ha pedido un poco de hielo y ha amenazado con cortarle las pelotas a todos. Después de eso, se ha dedicado a dar la lata a las enfermeras hasta que han traído a un anestesiólogo para que le ponga la epidural.

—Todo eso me resulta muy familiar —comentó Dominic.

Habían pasado cuatro años desde que nos reunimos todos para el nacimiento de Hailey, y yo aún recordaba haber recibido la llamada a las tres de la mañana. Al menos, este otro bebé había tenido el detalle de esperar hasta una hora más decente.

—¿Han dicho cómo va? —pregunté.

—No sé, ¿unos seis centímetros? —dijo Trent, encogiéndose de hombros.

No tenía ni idea de cómo traducir eso en cuestión de tiempo. Todos miramos a Dominic, el único de nosotros que tenía experiencia previa con esas cosas.

—No me miréis a mí —dijo él—. Hailey llegó muy rápido, ¿os acordáis? Amanda ni siquiera tuvo tiempo para la epidural.

Hice una mueca. Dominic tenía razón.

—Y este es el primer hijo de Piper —continuó Dominic—. Podría tardar un par de horas, o podría alargarse mucho más.

En ese momento, se abrió una puerta lateral de golpe y apareció Vincent, con aspecto desaliñado. Miró a su alrededor hasta que nos vio, y gritó:

—Ocho centímetros. ¡Ocho!

Nos dedicó una sonrisa feliz y volvió a desaparecer tras la puerta.

—En ese caso —dijo Dominic—, yo diría que el bebé nacerá por la tarde.

Yo sonreí. La vida entera de Vincent iba a cambiar esa tarde, y me alegraba muchísimo por él.

—¿Nos lo hemos perdido?

Me di la vuelta y vi a Chloe, que prácticamente tiraba de Paul por el pasillo.

—Justo a tiempo —dijo Trent—. Piper ha dilatado ocho centímetros.

Chloe soltó un chillido y apretó la mano de Paul, antes de acercarse a saludar a Hailey. Durante las dos horas siguientes, dimos vueltas por la sala de espera, comentamos otras ideas para la despedida de soltero de Vincent, incluyendo opciones adaptadas a la vida con un bebé, y nos turnamos para entretener a Hailey hasta que se quedó dormida en una silla, arrullada por las canciones de los dibujos animados de la televisión.

Mientras esperábamos, otras personas entraron y salieron de la sala de espera. Los trabajadores sanitarios iban y venían a medida que cambiaban sus turnos, y los futuros padres entraban para mantener informados a sus familiares. Se me aceleraba el pulso cada vez que

se abría la puerta, y eso que ni siquiera se trataba de mi bebé. Miré a Hailey, recordando lo mucho que me había emocionado su nacimiento y lo diminuta que me había parecido cuando la tuve en brazos por primera vez.

Por fin, Vincent volvió a aparecer por la puerta lateral, vestido con una de esas batas desechables de hospital, y llevando una sonrisa monumental y los ojos muy brillantes.

—Ya soy padre —dijo con un hilo de voz, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

Me puse en pie de un salto y lo envolví en un abrazo enorme.

—¡Enhorabuena, tío!

En cuanto me aparté, los demás se agruparon a nuestro alrededor, y Chloe le dio otro abrazo mientras le felicitaba con efusividad.

—¿Cómo está Piper? —preguntó Trent, dándole un apretón en el hombro.

Vincent dio un paso atrás y se frotó la cara con las dos manos.

—Está bien, todo ha ido sin problema. No ha habido complicaciones.

—Eso son buenas noticias —dijo Paul.

—Bien… —dijo Dominic—. ¿Nos vas a dejar con el suspense? ¿O vas a decirnos qué es?

—¡Ah, claro! —Vincent se echó a reír y parpadeó, como si acabara de caer en la cuenta—. Una niña, ha sido una niña.

—¡Quiero ver al bebé! —gritó Hailey desde el otro lado de la sala, y sorprendiéndonos a todos, porque no nos habíamos dado cuenta de que se había despertado. Estaba de pie en una silla, con el pelo enredado y el globo aún atado a la muñeca.

—¡Y yo! —dijo Chloe.

Vincent sonrió.

—La enfermera ha dicho que podéis entrar de dos en dos.

Hailey saltó de la silla y se acercó corriendo a toda velocidad.

—¡Yo primera!

10

CORA

—¿Aiden? —pregunté, deteniendo la grabación en el teléfono cuando lo vi entrar en el laboratorio. La jornada laboral ya había terminado, y me había quedado a grabar un vídeo de la Mixóloga Misteriosa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He pensado en venir a echar un vistazo, a ver cómo va todo.

Se había quitado la chaqueta del traje y remangado la camisa, de forma que exhibía sus fuertes antebrazos. Siembre había tenido unos brazos impresionantes, y me pregunté si todavía resultarían tan acogedores como parecían. Me aclaré la garganta.

—Solo estaba grabando un vídeo.

—Vaya, ¿he salido en él? —bromeó, pasándose las manos por el pelo, y luego sacudió la cabeza.

—¿Quieres salir en el vídeo?

—Solo si me enfocas por el lado bueno.

—¿Y ese cuál es? —bromeé.

—Ja, ja, qué graciosa eres —dijo él, acercándose un poco. Demasiado. Su aroma me envolvió con la calidez del sándalo y el licor.

—En fin, aprovechando que estás aquí —dije, apartándome de él para evitar adentrarme en terreno peligroso—, quiero que pruebes una muestra que he preparado. La he mezclado hoy mismo.

Extendí una mano hacia el envase donde tenía la muestra, pero Aiden cogió mi mano antes de que pudiera alcanzarlo, y tiró de mí para acercarme a él. Caí contra su pecho, tremendamente firme, y él me rodeó con los brazos.

—Lo único que me apetece probar es esto —gruñó, antes de apretar sus labios contra los míos en un beso apasionado.

Di un respingo que él interrumpió con su boca, y me apretó un poco más. Yo incliné la cabeza a un lado, para devolverle el beso y disfrutar del calor de sus labios. Nos besamos con frenesí, tropezando con nuestras narices, mientras mi corazón se aceleraba hasta casi salírseme del pecho. Él me empujó con las caderas hasta que mi trasero chocó con la mesa. No pude contener un gemido.

Aiden barrió la mesa con las manos para apartar mi equipo de grabación. Oí el golpe de los aparatos contra el suelo, pero me dio igual. La cabeza me daba vueltas, y solo podía pensar en lo mucho que necesitaba que me tocara. Aiden me cogió el culo, apretó un poco, y después me levantó y me sentó sobre la mesa. Yo separé las piernas y le atraje contra mí, pidiendo su atención. Él bajó la mano y la introdujo por la cintura de mis pantalones para coger el elástico de mis braguitas y dar un tirón. ¡*Zip*! La sensación me sacó del sueño con un sobresalto, y abrí los ojos en la oscuridad.

El corazón me latía a toda velocidad en el pecho, y tuve que contener un gemido de frustración para no despertar a Jennifer. Ese era el tercer sueño sexual sobre Aiden que había tenido en una semana y, joder, cada vez eran más excitantes. Los sueños habían empeorado desde que había descubierto que Aiden no era un pedazo de capullo que intentaba convencer a Dominic de que dejara a su mujer por otra. Pero lo que más me fastidiaba era que siempre me despertaba antes de llegar a la mejor parte. Si Aiden me iba a

acosar en mis sueños, al menos debería sacar algo de satisfacción de ellos.

Me froté los ojos, aún adormilada, pero cuando comprobé la hora en mi teléfono, vi que estaba a punto de sonar la alarma de todos modos. La desconecté y me arrastré hasta el baño, con la esperanza de que una ducha caliente y un montón de café fueran suficientes para hacerme olvidar los pensamientos sexis sobre Aiden antes de ir al trabajo.



—Dot —pregunté sin levantar la cabeza de la mesa de trabajo de acero inoxidable que se había convertido en mi segundo hogar—. ¿Cómo vas con la mezcla de té verde?

—Javeed cree que combinarlo con arándanos sería muy soso —respondió Dot desde su puesto—. Así que se lo he encargado a él.

—Yo no dije que fuera soso —gritó Javeed—. Dije que quería probarlo antes con fruta de la pasión, y luego podríamos decidir.

—Es lo mismo.

—¿Entiendes ahora por qué siempre llevo puestos los auriculares? —me preguntó Chris, que pasaba por mi lado.

No pude contener una sonrisa. En las semanas que llevaba trabajando con ellos, había cogido cariño al equipo. Lo que lo hacía aún más entretenido era que empezaba a albergar la sospecha de que podría haber algo entre Javeed y Dot.

En ese momento, se oyó un golpe en la puerta.

—¿Habéis llamado? —dijo una voz.

Me di la vuelta en mi taburete. Aiden estaba apoyado en la puerta, sin la chaqueta del traje, y automáticamente pensé en mi sueño de aquella mañana. Uf, no. No. ¡No! ¿Debería pellizcarme y asegurarme

de que esto sí era la realidad? En ese momento, Chris pasó junto a mí, tropezó y se le cayó el sándwich de jamón y queso que llevaba en la mano. Se inclinó a cogerlo con un juramento y eso me lo dejó claro. *Vale, no. Esto es la vida real, no hay ninguna duda.*

—En realidad, te he mandado un mensaje —dije, tratando de centrarme.

—Pues aquí estoy. —Entró en la sala y echó un vistazo a nuestros experimentos y las notas apuntadas en la pizarra blanca—. ¿Has dicho que querías que probara una muestra?

—En realidad, son dos —asentí—. Hemos cambiado un poco las mezclas de «Té real con frambuesa» y «Burbujas de lima y menta».

—Cierto, dijiste que hoy las tendrías listas. —Llegó junto a mí, se subió las mangas de la camisa, y tuve que apartar la mirada. Me negaba a permitir que sus malditos antebrazos me dejaran atontada —. ¿Estabas grabando? —preguntó, señalando el lugar donde había montado mi cámara.

¡*Oh, venga ya!* ¿En serio que las cosas iban a pasar como en mi sueño? Porque si Aiden tiraba todo mi equipo de grabación al suelo, me iba a cabrear bastante.

—Esto…

—No pasa nada —dijo él al notar mi titubeo—. Después de todo, es parte de tu contrato. —Se apoyó contra la mesa y sus bíceps tensaron las mangas de su camisa—. ¿Y cómo te va eso? Lo de la Mixóloga Misteriosa.

—Lo cierto es que mis visitas han aumentado bastante desde que empecé a grabar los vídeos aquí. Creo que a todo el mundo le gusta la estética del laboratorio. Además, aquí hay mucho más equipo y más ingredientes con los que experimentar.

—Me alegro mucho.

Observé su cara. Aquellos ojos azules, que se arrugaban un poco cuando sonreía, la fuerte mandíbula, sus labios. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo y distraerme cuando necesitaba centrarme en el trabajo?

—Estas son las mezclas —dije, alargando las manos hacia los vasos que había preparado para él—. Aquí las tienes.

—¿Cuál pruebo primero?

Le entregué la mezcla de lima y menta.

—No quiero que la menta resulte abrumadora.

—Un momento, ¡vengo con mi cuaderno! —Dot se acercó a la carrera, porque había estado tomando notas cada vez que Aiden probaba una muestra.

Él se llevó el vaso a la boca y bebió un trago, que saboreó con la lengua mientras cerraba los ojos, como si estuviera probando un buen whiskey.

—¿Qué te parece? —pregunté, presa de los nervios.

El equipo y yo habíamos desarrollado docenas de muestras solo en la última semana. Aiden había ayudado a elegir las mejores, así que, a esas alturas, ya solo estábamos afinando las recetas para asegurarnos de mejorar el perfil de sabores y equilibrar bien las combinaciones. No sabía decir por qué aquel día estaba tan preocupada, ni por qué, de repente, me parecía que lo único importante en el mundo era impresionar a Aiden, pero estudié cada una de las expresiones de su cara: el movimiento de cada músculo, el aleteo de sus pestañas, tratando de valorar su reacción. Junté las palmas de las manos y me las llevé a los labios, como en una plegaria silenciosa.

—Sigo notando la menta —dijo él sin abrir los ojos—, pero es mucho más sutil que antes, y se nota más la lima. La menta no la

sobrepasa. —Abrió los ojos—. Es muy refrescante. Creo que ya tenemos uno.

Dot juntó las manos con una palmada y dibujó un corazón alrededor del código de la muestra anotado en su cuaderno. Javeed alzó un puño al cielo desde su mesa, en silencio, y Chris anotó una marca de aprobación junto al nombre de la muestra en la pizarra. Yo tendí a Aiden el segundo vaso.

—Ahora toca té con frambuesa.

—Oye, ¿quieres grabar esto? —preguntó él.

—¿Cómo?

—Ya sabes, para tus contenidos, o lo que sea. —Hizo un gesto hacia el anillo de luz situado en la parte trasera de mi puesto de trabajo—. Por si lo quieres utilizar en tu canal. Cuando lancemos la línea, tal vez quieras publicar algunos contenidos para mostrar el desarrollo de los productos. No me importaría.

—Esto…

—Se me da bien actuar. —Me dedicó una sonrisa rápida—. Solo tienes que asegurarte de enfocar mi lado bueno.

Su comentario me hizo dar un traspié, y me temblaban tanto las manos que derramé un poco de la muestra que había en el vaso sobre su impoluta camisa blanca.

—¡Oh, lo siento! —Dejé el vaso sobre la mesa detrás de mí y busqué una toalla. ¿Por qué no teníamos toallas allí?—. Mierda, Aiden. Lo siento, no quería…

—No pasa nada.

—No, tu camisa —dije, sin poder evitar fijarme en que el líquido había vuelto transparente el tejido blanco, que ahora se pegaba a los fuertes músculos de su pecho.

¿Cómo era posible? Apreté los puños para evitar tocarle, aunque eso no impidió que me muriera por hacerlo, por vivir una de las fantasías de mis sueños. Ansiaba agarrar aquel algodón tan caro y arrancarle la camisa del cuerpo, haciendo que los botones salieran volando por la habitación, para plantar mis manos sobre aquellos pectorales.

—Un segundo —dijo Dot, que había vuelto a su puesto—. Aquí tengo unas servilletas.

Me ardían tanto las mejillas que me las tapé con las manos para tratar de ocultar su color. Aiden confundió el gesto con uno de vergüenza y me puso una mano en el hombro.

—Cora, en serio, no es la primera vez que me tiro algo encima en el trabajo.

Las palabras que había elegido no me estaban ayudando.

—Es un riesgo habitual cuando se trabaja con líquidos —continuó.

Volvió a apretarme el hombro una vez más y después tocó la mancha mojada de su camisa con un dedo y se lo llevó a los labios, para probar el sabor. La boca se me quedó seca al instante. Aquellos sueños iban a acabar conmigo.

—Mmm —murmuró él—. Está bueno. Está muy bueno.

—¡Aquí tienes! —dijo Dot, que había vuelto a aparecer con un puñado de servilletas en la mano.

Aiden las cogió, le dio las gracias y empezó a secarse la camisa.

—Iré a por algunas más. —Dot volvió a marcharse corriendo.

—Con estas ya vale —dijo él, pero Dot era una mujer con una misión.

Aiden desabrochó uno de los botones de su camisa para secarse la piel por debajo, y yo tuve que apartar la mirada.

—Eso saldrá en mi sueño de esta noche —murmuré por lo bajo.

Cuando volví a alzar la vista, Aiden me estaba mirando, y el corazón empezó a latirme a toda prisa. *Joder*, ¡me había oído! Volví a enrojecer desde la raíz del pelo hasta el cuello, pero esta vez fue porque Aiden no parecía confuso, ni enfadado o molesto. Parecía… intrigado. Levantó una ceja y alzó una de las comisuras de la boca. Cuando se dispuso a hablar, supe que iba a preguntarme por lo que había dicho. *Por favor, no. Por favor, ¡por favor! Aquí no.* Tenía que escapar, tenía que…

—Entonces —dijo Javeed, interrumpiendo lo que Aiden fuera a decir —. Dejando a un lado el hecho de que llevas puesta la mayor parte de la mezcla, ¿deduzco que te parece bien?

—Yo diría que ya podemos pasar a la siguiente fase de las pruebas —asintió Aiden.

Javeed sacó el teléfono y abrió la aplicación del calendario.

—Si empezamos con las pruebas la semana que viene, podríamos tener reacciones preliminares del público para fin de mes.

—Me gusta ese plan. Creo que encaja bien con lo que han previsto los de marketing. No quería deciros nada demasiado pronto, por si no conseguíais las combinaciones, pero habéis hecho un progreso muy considerable y ya tenéis varios sabores diferentes muy prometedores. —Hizo un gesto hacia el portátil de Chris, que estaba abierto en una mesa—. ¿Me prestas esto un momento?

—Adelante —dijo Chris.

Aiden inició sesión con sus claves y abrió su correo electrónico.

—Tened en cuenta que esto solo son maquetas iniciales para el envasado y la publicidad. Las cambiaremos a medida que se aprueben las recetas finales, pero he pensado que os gustaría ver lo que estamos preparando.

Se apartó para dejarnos mirar, y nosotros cuatro nos agrupamos alrededor de la pantalla para ver las fotos que habían enviado los de

marketing.

—He pedido una gama de colores vivos que complementara los colores que utilizamos ahora en la marca Elixir, pero que puedan diferenciar a Elixir Free en el mercado para darle su propia identidad.

—Además, parece que lo lanzaremos en verano —añadió Chris—, así que este esquema de color será muy adecuado.

—Así es —confirmó Aiden—. Y quiero llamar vuestra atención sobre lo atractivas que son las botellas que han propuesto.

Intenté contener una risa, mientras mis ojos se encontraban con los suyos.

—Espero que estos diseños sean aceptables —dijo en tono provocador.

—Ya te lo dije —señalé—. Se trata de la sensación que da la botella en la mano.

Él entornó los ojos, de buen humor, sin dejar de mirarme, y volví a notar que me acaloraba.

—Bien, quería deciros lo mucho que me ha impresionado la rapidez con la que habéis trabajado y lo productivos que habéis sido. Sobre todo tú, Cora. Has venido con la disposición de adaptarte a mi visión, y nunca habríamos conseguido nada tan rápido si no hubieras dirigido al equipo de un modo tan experto.

El corazón me saltó en el pecho al detectar la calidez y sinceridad de sus palabras, mientras la emoción me atenazaba la garganta. ¿Era este el mismo hombre que apenas pudo aguantarme aquel día en Fondo del Barril?

—¡La Mixóloga Misteriosa es la mejor! —exclamó Chris, en el tono que utilizaban los presentadores en los combates de boxeo.

Dot lanzó un grito victorioso y Javeed me dio una palmada en la espalda.

—Lo cierto es que no sé dónde estaríamos sin ti —continuó Aiden, interrumpiendo las celebraciones—. Si continúas así, no creo que te dejemos marchar cuando termine este proyecto.

Yo había dado por hecho que mi posición allí era muy precaria. Sin embargo, la idea de que Elixir, que *Aiden*, quisiera que me quedara, ahora me parecía atractiva. Muy atractiva.

AIDEN

El día estaba resultando odioso, y no había hecho más que empezar.

—¿A qué te refieres con lo de que quieren hacer un cierre temporal? —pregunté a George, mi director de producción, cuando salí del ascensor con el teléfono en la oreja.

Se estaba llevando a cabo una inspección rutinaria de nuestra planta de producción, para comprobar que cumplíamos con todas las normas de calidad, seguridad e higiene, pero no esperaba que amenazaran con cerrarla aquella mañana.

—Pensaba que todo iba bien.

—No sé qué decirle, jefe. Dicen que hay fallos de cumplimiento.

—¿Cómo que hay fallos?

—Nos han pedido todos los registros de producción e inventario, pero no podemos acceder a ellos en el ordenador.

—¿Por qué no?

—Hay un fallo en el sistema. Parece que ha habido una actualización del software, y no podemos acceder a los registros digitales hasta que los de informática lo resuelvan.

—Bien, pues entregadles copias en papel mientras tanto.

—Eso es justo lo que iba a hacer, pero están en el despacho de Sheila, que está cerrado con llave, y ella está de vacaciones.

—¿Se lo has explicado?

—Sí, pero les da igual. El inspector está siendo muy duro de pelar. Dice que, hasta que no les entreguemos la información, técnicamente no cumplimos con la normativa federal, así que puede cerrarnos la planta hasta que lo hagamos.

Me froté el puente de la nariz. Dios, lo último que necesitaba era que nos intimidara un inspector federal con ínfulas. Nos costaría tiempo, dinero y…

Las puertas del ascensor se abrieron detrás de mí y me hice a un lado para dejar pasar a Cora.

—¿Y Sheila no ha dejado a nadie a cargo de sus asuntos durante sus vacaciones? —pregunté a George.

—Sí, a Graham, pero tiene gripe y no lo localizamos. Debe de estar hecho polvo.

—Entonces, lo que estás diciendo es que soy el único que tiene las llaves del despacho de Sheila. —Y, lo que era aún más importante, las del armario archivador de Sheila.

—Eso es exactamente lo que digo, jefe.

Parecía que iba a tener que ir a Newburgh cuanto antes.

—Muy bien. Llegaré lo antes posible. Mientras tanto, llévate al inspector a comer.

—Así lo haré.

Corté la llamada.

—No tenía intención de interrumpir —dijo Cora, que me entregó un trozo de papel—. Son las recetas finales de las dos muestras que probaste el otro día. —Inclinó la cabeza y me miró con atención—. ¿Va todo bien?

—Ha habido un pequeño problema en la planta de fabricación.

—¿Con la nueva línea?

—No, aún no estamos listos para empezar a producir las bebidas nuevas. Solo se trata de una complicación relacionada con los archivos digitales, pero voy a tener que ir a resolver ese asunto para evitar que nos cierren la fábrica.

—Espero que se pueda resolver con facilidad.

—Creo que sí. —Y, si eso era lo que hacía falta para mantener la producción, ¿qué otra opción tenía?—. Por cierto, ¿quieres acompañarme? Así podrás ver dónde se fabricarán tus bebidas, una vez que las recetas y los envases estén finalizados. Tal vez pueda proporcionarte contenidos interesantes para tu canal.

—Oh, vaya, ¡eso sería estupendo! —dijo Cora.

—Muy bien. La planta está en el valle del Hudson, así que nos acercaremos al helipuerto y…

—Un momento. —Ella se detuvo—. ¿Vamos a ir en helicóptero?

—Sí —dije, entrando en el ascensor—. Será un vuelo rápido, ida y vuelta.

—Ahora que lo pienso —dijo ella con una voz que delataba cierto nerviosismo—, creo que no me va a hacer falta ver la fábrica.

¿Eh? Me volví a mirarla, pero lo recordé de repente. A Cora siempre le habían dado miedo las alturas.

—Gracias de todos modos —continuó—. Ha sido un detalle por tu parte.

—También podemos ir en coche —propuse.

—No, ve tú. Quiero decir, en helicóptero. Llegarás más rápido.

—En serio, Cora, en coche no se tarda mucho más. —Era mentira. En helicóptero solo se tardaba una media hora en llegar a Newburgh, pero en coche costaría una hora y media.

—¿Estás seguro de que no será un problema? —dijo ella, vacilante.

—Sí, lo digo en serio. —La idea de pasar tiempo a solas con ella, donde no nos interrumpiría nadie, me resultaba muy atractiva—. Iremos en mi Ferrari, está aparcado abajo.



—¿Qué pasa? —pregunté, lanzando una mirada rápida a Cora mientras sorteaba el complicado tráfico de Manhattan para salir de la ciudad.

Ella no había dicho ni una palabra desde que habíamos subido al coche, y estaba sentada muy quieta, con las manos en su regazo.

—Nada. Es solo que nunca había estado en un coche como este. Lo estaba disfrutando… Y me da un poco de miedo tocar nada.

—No se va a romper —dije con un resoplido.

—Pues parece que sí.

—El interior es de fibra de carbono. Créeme, no pasa nada.

Los deportivos de lujo me resultaban ya algo habitual, aunque el primero que tuve sí que me había hecho mucha ilusión. Era algo nuevo y diferente. A mis padres les había ido bien en cuestiones económicas, pero siempre habíamos sido de clase media. Para mí, alcanzar mi primer millón había representado un hito muy importante, pero ya no pensaba demasiado en ello. Sin embargo, no quería que ella se sintiera incómoda.

—¿Sabes qué necesitamos? —dije, al tiempo que tomaba un desvío para dirigirme a una gasolinera—. Algo que comer durante el viaje.

—Pero esto no es un viaje —señaló ella.

—No estoy de acuerdo. Cualquier trayecto que dure más de una hora es un viaje.

—Cuesta más de una hora atravesar Manhattan en hora punta.

—¿Estás diciendo que no quieres comer nada?

—¿En este coche tan sofisticado y ridículamente caro? —Fingió hacer un puchero y a mí me costó la vida apartar los ojos de sus labios.

—Pues sí.

—Creo que es una mala idea.

—Ah, así que sí quieres comer algo, pero crees que no deberías. No te preocupes —añadí, saliendo del coche, y me incliné para mirarla mientras seguía sentada en el interior—. Si me manchas la tapicería, me compraré otro.

—Oh, eso me hace sentir mucho mejor —murmuró ella.

—¿Vas a entrar conmigo, o me autorizas a que compre lo que me parezca bien?

—No te autorizo nada —dijo ella.

Salió del coche y me siguió al interior de la gasolinera. Aunque el espacio era pequeño y las estanterías estaban abarrotadas, conseguí encontrar las provisiones adecuadas para un viaje por carretera: mini dónuts con azúcar y gominolas surtidas. Por su parte, Cora cogió unas galletas saladas y almendras recubiertas de chocolate.

—¿Por qué sonríes? —preguntó ella cuando volvimos a instalarnos en el coche.

—Por nada. —Le pasé la bolsa de plástico. No se me había pasado por alto que las chucherías que nos gustaban no habían cambiado mucho desde el instituto—. Es solo que sigues prefiriendo las peores opciones.

—¡Qué dices! —exclamó ella—. ¿De qué estás hablando? Las galletas saladas y el chocolate son clásicos.

—Clásicos, pero no los mejores —expliqué, mientras maniobraba marcha atrás para salir del aparcamiento de la gasolinera.

—Ah, ¿y tus mini dónuts son lo mejor? —preguntó ella. Empezó a sacar cosas de la bolsa, dejó la caja de dónuts en el espacio entre los dos asientos y la abrió hacia mí—. No creo que ninguno de sus ingredientes sea comestible.

—Intenta no leer la información del envase.

—¡Exacto! —dijo ella, sacudiendo un dedo hacia mí—. Lo admites.

—¿El qué?

—Que lo que yo he elegido es mucho mejor.

—No pienso admitir nada —reí.

—¿Te acuerdas de que, cuando salíamos juntos, metíamos chucherías de contrabando en el cine para no tener que pagar las palomitas, que eran carísimas?

—¡Claro que sí! Me llenabas los bolsillos de la cazadora hasta arriba.

—Era perfecta para eso, cabía muchísimo.

—Pero tenía que andar muy despacio para que las bolsas no hicieran ruido.

—Y había un vigilante que siempre sospechaba de ti y te lanzaba miradas asesinas.

—¡Stanley! —gritamos los dos a la vez, mirándonos con una sonrisa.

—Y tú me clavabas el dedo en las costillas —la acusé en broma—. Parecía que querías que me pillaran.

Cora lanzó la cabeza hacia atrás y se rio con ganas.

—Te habría abandonado en la escena del crimen, sin mirar atrás.

—Me lo creo. Me habrías dejado vaciar los bolsillos delante de Stanley mientras tú ibas a ver a Robert Pattinson soltar destellos en la pantalla.

—Se me había olvidado que estaba obsesionada con *Crepúsculo* —dijo ella con un respingo.

—Ojalá yo pudiera olvidarlo.

Cora me clavó un dedo en el costado.

—A ti también te encantaba, estoy segura.

—Estoy bastante seguro de que no era así.

—No, me acuerdo perfectamente de que estabas de parte de Jacob. —Se tapó la cara con la mano para contener otra carcajada—. ¡Si hasta tenías una camiseta!

—Porque los hombres lobo son mil veces mejores que los vampiros. —Dios, se me había olvidado lo bien que lo pasábamos juntos—. Y creo recordar que tenía el cuerpo adecuado para ser un miembro de aquella manada de hombres lobo.

Las mejillas de Cora enrojecieron, y no pude evitar pensar que era el tono de rosa más bonito que había visto. Hacía juego con su pelo de una forma encantadora, y sentí ganas de deslizar un dedo por su pómulo y llegar hasta el otro, pasando por encima del puente de su nariz.

—No me acuerdo de ese cuerpo al que te refieres —dijo ella, acomodándose en su asiento con la bolsa de galletas saladas.

—Claro que no. —Volví a centrarme en la carretera, pensando que era mejor no recordar lo que ella solía decir de mi cuerpo—. ¿Sabes a quién le gustarían las mismas chucherías que a ti? A Dominic. Cuando estábamos en la universidad, siempre que salíamos por la noche llevaba los bolsillos llenos de galletas saladas y regaliz.

—No le veo ningún problema —dijo Cora.

—Claro que no.

—Así que Dominic y tú os conocisteis en la universidad, ¿y ahora trabajáis juntos?

—Hemos estado trabajando juntos desde la universidad. Un grupo de amigos montamos una empresa de maquillaje para un proyecto que debíamos presentar en una asignatura.

—Un momento. ¿Montasteis una empresa entera? ¿Cuando estabais en la universidad? —preguntó, con las cejas levantadas al máximo.

—Sí, el proyecto lo hicimos Dominic y yo con nuestros amigos, Vincent y Trent. Consistía en preparar un concepto para una nueva marca, y se nos ocurrió una herramienta multiusos para el maquillaje. —Me fijé en su expresión confusa—. Algo así como la navaja suiza de los cosméticos.

—¡Un momento! —dijo ella con cara de asombro—. ¿Vosotros inventasteis BeautiTool?

—La inventamos, la patentamos y registramos el nombre.

—Caray.

Cogió discretamente un dónut de la caja y empezó a comérselo, sumida en sus pensamientos. Me di cuenta de lo mucho que le había sorprendido esa información. Me imaginaba que la transición del maquillaje al licor no le parecería una progresión lógica.

—No me puedo creer que esa empresa fuera vuestra —añadió ella.

—Bueno —continué—. Cuando terminamos aquel curso, en el que, por cierto, sacamos las mejores notas, Dominic y Trent desarrollaron la idea y planearon cómo convertirla en un negocio que funcionara. Para cuando terminamos la carrera, tres de nosotros trabajábamos en ello a tiempo completo. Vincent se tenía que dedicar al negocio de su familia, pero nos ayudó como inversor.

—Vaya, eso es lo más impresionante que he oído —admitió ella—. La mayoría de los universitarios apenas son capaces de lavarse la ropa y, mientras tanto, vosotros estabais revolucionando el sector del maquillaje.

Sus palabras me hicieron sentir una oleada de orgullo. No sabía por qué su admiración me hacía sentir así. Yo sabía muy bien que nuestro logro había sido bastante impresionante. Tal vez solo se me había olvidado lo que me gustaba hablar con ella. Siempre me había apoyado mucho, incluso en mi ridículo anhelo escolar de ganar la liga de fútbol del estado. Y tal vez era posible que una pequeña parte de mí quisiera impresionarla. Quería merecer su admiración. Ella siempre me había animado a perseguir mis sueños, y era tan guapa… Incluso con la nariz y la camisa llenas de azúcar glaseada del dónut.

—¿Y qué pasó con la empresa de maquillaje? —preguntó.

—La vendimos cuando yo tenía unos veintitrés años. —Nos repartimos entre todos los ciento cincuenta millones que nos pagaron—. Yo utilicé mi parte del beneficio para montar Elixir y, diez años más tarde, aquí estoy.

—Me alegro de que Dominic y tú hayáis seguido siendo amigos.

—Bueno, todos seguimos siendo amigos. De hecho, hace un par de fines de semana nos reunimos para el cumpleaños de Trent, y Vincent y su prometida acaban de tener un bebé, así que fuimos todos al hospital a verlos. He tenido mucha suerte con esos amigos. Y luego está la abuela de Trent, que básicamente nos adoptó a

todos cuando estábamos en la universidad. Nos llama sus chicos perdidos.

—Parece encantadora —dijo Cora.

—También es bastante directa, y le encanta meterse en nuestras vidas amorosas. Pero me acogió en su casa cuando mis padres se estaban divorciando, y siempre le estaré agradecido por eso.

—Parece que es muy importante para ti —dijo Cora en voz baja.

—Lo es —dije en un tono que sonó tenso, casi brusco. Cora se sorprendió y se apartó, como preocupada por si me había ofendido —. Lo siento, es solo que… Bueno, ahora estoy un poco preocupado por ella. Últimamente se ha estado mareando mucho.

—¿Y qué dice el médico? —preguntó Cora con suavidad.

—Ese es el problema. Se ha negado a hacerse una revisión. —Me encogí de hombros, impotente—. Todos hemos intentado convencerla. —Me aclaré la garganta, tratando de contener mi ansiedad—. Bueno, ¿y tú cómo te convertiste en la Mixóloga Misteriosa?

Cora esperó un instante antes de contestar mi pregunta.

—Supongo que empecé a poner copas por accidente. Bueno, quizá esa no es la palabra adecuada. Fue más bien por necesidad. Sabes lo que le ocurrió a mi padre, ¿verdad?

Sí, lo había oído. Había ocurrido durante mi segundo año en Cornell, así que había estado lejos, pero el nuestro era un pueblo pequeño, en el que todo el mundo se enteraba de todo. Yo lo había sabido a través de un par de compañeros del colegio con los que todavía seguía en contacto en aquella época. El accidente que sufrió el señor Newport había sido terrible, pero lo peor de todo fue que no resultó mortal inmediatamente. Tuvieron que operarle en un par de ocasiones para intentar salvarle la vida, sin éxito, de modo que solo

consiguieron cargar a su mujer y a Cora con un montón de facturas a pagar, además de los costes del funeral.

Apreté las manos alrededor del volante. Aquello había sido muy injusto. Yo no había conocido bien al señor Newport, un hombre que se había esforzado tanto por no parecer el típico padre autoritario que intentaba intimidar al novio de su hija, que apenas había sabido de qué hablar conmigo. En todo el tiempo en el que Cora y yo salimos juntos, solo recordaba haber tenido un par de conversaciones con él, un tanto forzadas. Pero, aunque solo lo había conocido de pasada, me había resultado evidente que quería mucho a su mujer y a su hija, y lo último que habría querido era hacerles la vida más difícil. Y, aun así, eso era justo lo que había ocurrido, aunque no por su culpa. Las dos habían terminado en una situación financiera muy difícil de la que, sin duda, les habría costado mucho recuperarse.

—Siento mucho no haberme puesto en contacto contigo entonces —dije, ansioso por disculparme con ella.

—No pasa nada —respondió ella, tratando de no darle importancia —. Fue hace mucho tiempo, Aiden.

—Es que no sabía qué decirte. —A decir verdad, no me había atrevido a llamarla, después de la forma en que habíamos terminado. Me imaginaba que yo sería la última persona con la que querría hablar en aquellas circunstancias—. Te envié unas flores, pero no puse mi nombre en la tarjeta, así que no habrías sabido que eran mías.

—Oh. —Inclinó la cabeza para mirarme—. Eso fue… Muchas gracias. —Se entretuvo estirando la bolsa vacía de galletas saladas—. Perder a mi padre fue muy duro, pero la deuda que nos dejó… Lo pasamos muy mal. Durante un tiempo, creíamos que perderíamos la casa. Al principio, me planteé pedir un préstamo para ir a la universidad, pero mi madre… Ella solo era ama de casa, ¿te acuerdas? Así que, aunque encontró un trabajo, no estaba cualificada para ganar

mucho. Necesitábamos un segundo sueldo, y yo acabé descubriendo que trabajando en un bar se ganaba bastante.

—Así que abandonaste tus sueños —dije con suavidad, recordando a la chica que había querido ser profesora de literatura, a la que le encantaban los escritores de la época del jazz y siempre llevaba consigo una copia de *El gran Gatsby.* Mi Zelda…

—Encontré un sueño diferente —dijo ella—. Descubrí mi pasión por la coctelería. Incluso cuando superamos la mala época, cuando mi madre consiguió un trabajo mejor y pagamos todas las deudas, no me planteé volver a estudiar. Había encontrado lo que debía hacer en la vida y, ahora, mi plan es abrir un bar con temática literaria. Así, podré combinar mi amor por la literatura con mi pasión por crear bebidas.

—Eso es… ¡Vaya! —No tenía ni idea de que había empezado a pensar en tener su propio negocio.

—Esa es parte de la razón por la que había tenido tantas ganas de ir a saludar a tu padre cuando me dijiste que estaba renovando el León Rojo. Pensé que podría consultarle un par de cosas.

—Estoy seguro de que le encantará hablar contigo de ello —dije con sinceridad—. Maggie, la mujer que trabaja con él, también puede ser una buena fuente de información. Ella te podría explicar lo que hace falta para renovar un local como es debido.

—Eso sería genial —dijo ella—. Entonces, tu padre vive ahora en Manhattan, pero ¿dónde acabó tu madre después del divorcio?

—Vive en Ohio, cerca de mis abuelos. ¿Y tu madre? ¿Qué tal está?

—Le va bien… creo. —Cora soltó un largo suspiro y rompió una galleta salada por la mitad.

—¿Qué pasa?

—Eso solo que… En los últimos tiempos, ha estado distante, de una forma muy rara. A veces tarda horas en contestar a mis mensajes, y

eso no es propio de ella. Estoy un poco preocupada, creo que pasa algo.

—Seguro que no es nada serio —dije—. Si lo fuera, te lo habría dicho, ¿no?

Claro que, pensándolo bien, la abuela Dee también parecía estar ocultando lo que fuera que le pasaba. Intenté evitar pensar en eso.

—Mira, igual te estás preocupando por nada —continué—. A lo mejor ha encontrado una nueva afición.

—No lo sé —dijo Cora, indecisa—. Estoy segura de que le pasa algo, y se me ocurre de todo, desde lo más absurdo a lo más serio. ¿Y si está enferma? ¿Y si vuelve a tener problemas de dinero? ¿Y si ha decidido vender la casa y mudarse al sur para poner un puesto de fruta en la playa?

Me eché a reír, imaginándome un desvencijado puesto de fruta. Bonnie Newport no se mudaría al sur para vender fruta ni en broma.

—Dudo que tengas que preocuparte de que tu madre deje su hogar por un puesto de fruta.

—Deja de reírte.

—Lo estoy intentando.

—Entonces, mejor no te cuento nada sobre mi teoría de la abducción alienígena.

—Ah, no, eso sí que quiero escucharlo.

Cora sacudió la cabeza, mientras sus labios se curvaron en una sonrisa involuntaria. Durante los treinta minutos siguientes, me contó una teoría tras otra, a cada cual más desquiciada, y de ahí pasó a contarme historias aún más increíbles sobre su trabajo en el bar.

—¿Qué pasa? —Cora se interrumpió en mitad de una historia muy divertida, y se sujetó contra la puerta mientras yo cambiaba de

carril.

—Voy a parar. —Me estaba riendo con tantas ganas que casi no podía respirar.

—¿Por qué?

—Porque estoy llorando de risa y no veo la carretera.

Paré en el arcén y, cuando el coche se detuvo, inspiré hondo y traté de controlarme, sin éxito. Cada vez que conseguía dejar de reír, volvía a empezar de nuevo.

—Mmmm, tampoco era tan gracioso —dijo Cora, que cogió otro dónut de la caja que había entre nosotros con una sonrisa.

—¡No me puedo creer que cambiaras el puré de fruta por guindilla picante!

—Él dijo que a mis bebidas les faltaba gracia —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—¿Y supongo que quedó satisfecho?

Cuando conseguí secarme las lágrimas de los ojos, volví a poner el coche en marcha y me incorporé a la autopista. Al poco rato, pasamos por un indicador hacia Newburgh y miré al reloj del salpicadero. ¿Cómo había podido parecerme tan corta una hora y media?

—No volví a verle nunca. ¿Te cuento la historia del tío que trajo una cabra la noche de los bailes en línea? —preguntó.

—Joder, ¡claro!

Ojalá aquel viaje no terminara nunca.

12

CORA

—Vaya rollo que hayas tenido que venir hasta aquí solo para abrir la puerta de un despacho —dije cuando salimos de la fábrica en Newburgh y nos dirigimos hacia el coche.

El aparcamiento era enorme, pero Aiden tenía una plaza reservada junto a la puerta principal, identificada con la palabra *Presidente* escrita en el suelo con letras amarillas.

—Pero me alegro de haber podido ver la fábrica —añadí.

—¿Ya has aprendido todos nuestros secretos del negocio? —bromeó.

—Básicamente, sí.

—Bueno, me alegro de que esta comedia de errores no haya terminado con los inspectores haciendo de Elixir un ejemplo. Tampoco es que la documentación que pedían no existiera, es solo que no estaba tan accesible como esperaban.

—Al final, tampoco parecía que les preocupara tanto —observé—. George les ha debido invitar a una comida estupenda.

—Ha valido cada centavo —rio él.

—Supongo que todo esto habría sido menos complicado para ti si hubieras podido venir en helicóptero —dije—. Lo siento mucho.

Aiden hizo girar el llavero del coche en un dedo.

—No te preocupes, me lo he pasado bien en el viaje. Ha sido una escapada agradable.

Me ha encantado pasar este rato contigo, pensé.

Por fin habíamos tenido la conversación que teníamos pendiente desde hacía tiempo, y nos habíamos puesto al día de todo lo ocurrido en nuestras vidas en los últimos quince años. No se me iba de la cabeza el hecho de que me hubiera enviado flores cuando murió mi padre, y yo no lo había sabido. No dejaba de sorprenderme de muchas formas diferentes. Aiden el multimillonario, un hombre al que había despreciado por principios, no era exactamente el ogro por el que le había tomado. Cuanto más tiempo pasaba, más veía al Aiden que yo conocía, ahora convertido en el hombre impresionante que siempre supe que sería.

—¿Has grabado bastantes contenidos? —preguntó—. O, al menos, ¿los suficientes para tener contentos a los fans de la Mixóloga Misteriosa?

—¡Sí! —reí—. A mis seguidores les van a encantar las escenas entre bastidores. Creo que se sorprenderán tanto como yo al ver el tamaño de los tanques de fermentación.

—Algunos de esos tanques producen casi cien barriles —dijo Aiden.

—Eso es increíble.

—Si hay algún otro contenido adicional que quieras crear, puedo organizarte una visita para otro día. Crear Elixir requiere más esfuerzo de lo que parece.

—En realidad, lo que me gustaría sería conocer a más miembros del equipo de producción. Tal vez podría insertar en los vídeos algunos fragmentos de conversación con ellos. Podrían hablar de lo que hacen, de su función en el proceso, o podría preguntarles cuál es su cóctel favorito con Elixir. Podría hacer una serie entera.

—Eso sería increíble. Te pondré en contacto con los de marketing. —Se metió las manos en los bolsillos y soltó una risilla—. No sé por qué no se me ha ocurrido hacer algo así antes.

—¿El qué?

—Incluir a los empleados en los materiales de promoción. Mi equipo de producción es muy bueno, no podría hacer nada de esto sin ellos. —Se volvió para sonreírme—. Y eso te incluye a ti ahora.

Hubiera debido corregirle y decir «*Me incluye a mí, por ahora*», al menos, hasta que terminara el contrato. ¿Era absurdo sentirme un poco triste por haber completado ya la mitad del proyecto? Echaría de menos el laboratorio cuando todo aquello terminara. Las grabaciones que había hecho allí mejoraban mucho mis contenidos habituales. También echaría mucho de menos a mis compañeros: Dot, y los vídeos de gatos que tanto le gustaban, la gran intuición de Javeed, las eternas quejas de Chris sobre la música que poníamos… Pero también echaría de menos otras cosas.

Aiden abrió el coche y ambos nos instalamos en él para el largo trayecto de vuelta a Manhattan. Miré por la ventana a medida que nos alejábamos de la fábrica, hasta que desapareció de la vista. Después, cogí otro dónut de la caja, lo que provocó otra sonrisa de Aiden.

—No digas una palabra —advertí.

—¿Sobre mi gusto exquisito? No pensaba hacerlo.

—Sabia elección. Ahora que te has pasado todo el día tranquilizando a los funcionarios del gobierno, ¿qué planes tienes para esta noche? —Intenté evitar derramar todo el azúcar glas por mi camisa.

—Prometí a mi padre que me pasaría por el León Rojo para ayudarles a él y a Maggie a colgar unas lámparas que han comprado. No sé si te acuerdas de que te conté que estaban tratando de elegir la iluminación.

Me tapé la boca para tragar el trozo de dónut que tenía en la boca a toda prisa.

—Sí, me acuerdo. Me lo dijiste el día que me ordenaste que no fuera a saludar a tu padre, para no molestarle.

Aiden se volvió a mirarme con los ojos muy abiertos, como si le hubiera sorprendido que le recordara aquella discusión. Abrió la boca para decir algo, pero cuando vio mi expresión divertida, pareció relajarse. Se volvió a mirar a la carretera, tamborileando sobre el volante con los dedos.

—Si no recuerdo mal, eso fue justo después de que me atacaras con un trípode.

—No te ataqué —exclamé, tras chasquear la lengua con fastidio.

Él se puso la mano sobre el corazón e hizo una mueca dramática.

—Me atravesaste un riñón con él. A veces, todavía me duele.

Le di un empujón en el hombro, y no pude evitar sentir lo firmes y duros que eran sus músculos.

—Mentiroso.

—Lo digo en serio, sobre todo, cuando llueve.

—Venga ya. ¿Qué eres, un anciano?

—No sé si saldré de ésta —gruñó, encogiéndose un poco en su asiento.

—Sabes que apenas te rocé. —Puse los ojos en blanco.

—Me arrollaste como si corrieras hacia un bar a punto de cerrar. Me sorprende que no tuvieras que llamar una ambulancia para que recogiera mis restos de la acera.

—¿Vas a seguir dándole vueltas al tema? Te recuerdo que solo uno de nosotros jugaba a un deporte en el que le placaban a diario.

Dejó de fingir estar dolorido durante el tiempo necesario para cambiar de carril.

—¿Sabes qué? Creo que tú serías muy buena como defensa.

—Vaya, he dejado escapar mi oportunidad, ¿no?

—Sin lugar a duda. —Un instante después, rompió a carcajadas.

—¿Qué?

—Te estoy imaginando en el campo, oculta por unas hombreras enormes y un casco. Estarías muy mona.

—Daría mucho miedo.

—Sí, yo estaría aterrado. —Extendió una mano y me tocó la punta de la nariz con el dedo, pero le aparté la mano—. Me daría miedo que te arrollaran.

—Lo que tú digas. Además, yo debería ser el *quarterback*. Antes decías que tenía un buen brazo, ¿te acuerdas?

Aiden dio unos golpecitos en el volante.

—¡Es verdad! Se me olvidaba que practicábamos los tiros cuando tenías tiempo.

Yo no lo había olvidado. Si cerraba los ojos, podía verme de nuevo una tarde fresca de otoño en Nueva Jersey, tirándole la pelota cada vez más lejos a propósito, para poder observarle mientras corría por el campo y se lanzaba a por ella, exhibiéndose para mí. Noté una cierta presión en el pecho y aparté aquel recuerdo de mi mente.

—¿Crees que te vendría bien otro par de manos hoy? Ahora en serio, me gustaría saludar a tu padre y ver todo lo que ha hecho en el bar.

—¿Sabes qué? Creo que es una idea estupenda —dijo Aiden—. Podrás consultarle lo que quieras sobre las ideas que tengas para tu local.

~

El León Rojo estaba hecho un desastre, y me encantó en cuanto entré.

—Ten cuidado por donde pisas —advirtió Aiden, señalando un listón de madera que estaba suelto en el suelo de la entrada—. Te prometo que estas cosas no hacen más que soltarse continuamente. Parece uno de esos juegos en los que tienes que golpear a un topo que asoma por un agujero.

Entré con cuidado en la zona principal. Una luz mate se filtraba por las ventanas, muy sucias, y el suelo estaba cubierto con una espesa capa de polvo, salvo en los lugares donde habían retirado los antiguos sofás y las mesas para poder acceder a las paredes y arreglarlas. Lo que más me gustó fueron las vigas de madera del techo y las paredes de ladrillo visto, que daban al lugar un encanto innegable. Cuando terminaran las obras y todo estuviera despejado, era evidente que el León Rojo sería la clase de lugar al que me encantaría ir de vez en cuando para tomar algo con tranquilidad.

—¡Dios mío! ¿Esa es Cora Newport? —resonó una voz.

—¡En persona! —dije, al ver a Tony salir de detrás de la barra.

Me envolvió en un abrazo enorme que desató una sorprendente oleada de emociones en mi interior. Abrazar a Tony fue como retroceder en el tiempo hasta un mundo en el que Aiden y yo seguíamos juntos, y mi mayor preocupación era aprobar los exámenes y convencer a mis padres de que me dejaran salir hasta un poco más tarde. En aquel mundo, mi padre seguía vivo y yo era demasiado inocente para comprender lo que suponía perder a alguien, o que me rompieran el corazón.

—Me alegro mucho de verte —dijo Tony, dando un paso atrás para observarme mejor.

Él parecía el mismo de siempre. Algo más viejo, por supuesto, con arrugas un poco más profundas alrededor de la boca y los ojos, y bastantes canas en su pelo oscuro. Sin embargo, su sonrisa seguía siendo la misma, y también llevaba las mismas gafas de lectura sujetas en la punta de la nariz.

Aiden recogió un folleto con instrucciones que su padre había dejado sobre la mesa cuando había salido a saludarme.

—¿Este es el folleto de las lámparas nuevas? —preguntó.

—No dejo de decirle que no necesitamos instrucciones —dijo una mujer que acababa de salir de una habitación posterior, que asumí que sería una cocina o un almacén—. ¿Tú sabes lo complicado que es colgar una lámpara?

—¿No lo es? —preguntó Aiden, arqueando una ceja.

—Pues no —replicó ella—. No se me ocurre nada más sencillo, pero aquí Einstein quiere leer toda la letra pequeña antes de desconectar siquiera un cable.

—No me apetece electrocutarme antes de abrir el bar, muchas gracias —refunfuñó Tony.

—¿Me tomas por una novata? —La mujer se acercó a mí y se levantó las gafas protectoras para sujetar con ellas los alborotados rizos grises que cubrían su cabeza—. Hola, yo soy Maggie. Tú debes ser Cora, Aiden ha hablado mucho de ti.

—Ah, ¿sí? —pregunté, volviéndome hacia Aiden, que se había ocultado muy convenientemente tras el folleto de instrucciones de Tony.

—Bueno, ¿nos ponemos con esto, o qué? —preguntó.

Maggie y yo intercambiamos una mirada cómplice, pero decidimos dejar pasar el cambio de tema.

—Lo único que Tony ha hecho bien ha sido pedir las lámparas que le indiqué —me explicó Maggie por lo bajo, con una sonrisa de suficiencia—. Las que le gustaban a él parecían un pe…

—No lo parecían, ¡en absoluto! —interrumpió Tony—. Y ya te lo dije: la única razón por la que he aceptado comprar estas —señaló con un gesto las cajas que había en mitad del bar— es porque las que me gustaban no estaban disponibles en este momento.

—Lo que tú digas —apostilló Maggie—. Sé que tengo razón, y lo demás da igual.

—Igual que yo eligiendo chucherías —intervino Aiden—. Cuando uno tiene razón, la tiene, y punto.

—Eh, no vayamos a empezar otra vez con eso —dije, cruzándome de brazos.

—Ya. Por eso te has comido media caja de dónuts —me recordó Aiden.

—Ha sido un viaje muy largo. Qué esperabas que hiciera, ¿morirme de hambre?

—Como quieras —dijo él, al tiempo que le devolvía a Tony las instrucciones—. Los mini dónuts siempre estarán más ricos que las galletas saladas.

Maggie sonrió y le dio un codazo a Tony, pero antes de que pudiera analizar de qué iba eso, la puerta se abrió de golpe y entró un hombre al que no reconocí. Era alto, de pelo oscuro y con barba de varios días.

—Oh, gracias al cielo —dijo Maggie—. Por fin llega alguien que puede ayudar de verdad. Parece que sí existen los milagros.

—¿Ahora ya no te afeitas? —preguntó Aiden, que se había acercado a dar al recién llegado una palmada en el hombro.

El hombre se apartó un poco y se frotó la barba con una mano.

—Últimamente, no hago más que trabajar y cuidar de la abuela Dee, así que no sé ni qué día es hoy. No estoy para recordar que debo afeitarme…

—No te afeites —dijo Maggie—. Te sienta bien. Te da un aire distinguido, y a las chicas les encantan las barbas.

Al oír eso, Tony se frotó sus propias mejillas rasuradas y frunció los labios. Mientras, Aiden hizo un gesto en mi dirección.

—Trent, te presento a Cora. Cora, este es uno de mis amigos de la universidad, de los que te he hablado.

—Ya te habrá contado toda nuestra vida universitaria, ¿no? Y te habrá dicho que la idea de la empresa de maquillaje fue suya —dijo Trent.

—¿Es eso lo que suele hacer?

—Eh, dejadlo ya —dijo Aiden—. Admití que tú tienes como… un dos por ciento del mérito.

—Bueno, eso ya es más de lo que sueles decir —bromeó Trent y, a continuación, mostró una caja de metal que había traído—. En fin, he traído las herramientas.

—Entonces, ¿tú eres el manitas del grupo? —pregunté.

—¡Eh! —protestó Aiden, mientras Trent sonreía con superioridad—. Yo también sé trabajar con las manos. —Cogió un martillo, como para demostrar lo que decía.

—Cuidado con lo que haces con ese trasto. —Trent se lo quitó de la mano y se volvió a mí, encogiéndose de hombros—. Mi abuelo fue carpintero antes de que la abuela Dee y él pusieran en marcha su empresa de mobiliario. Me enseñó todo lo que sabía, pero, sobre todo, a no clavarme un dedo a la pared.

—¿Ves? —dijo Maggie a Tony—. Ya te dije que esa era la lección número uno.

—Y yo te dije que el martillo se me resbaló.

—Aiden me estaba hablando antes de tu abuela —dije a Trent, sin hacer caso de la discusión entre Maggie y Tony—. Siento que tenga problemas de salud.

Trent miró sorprendido a Aiden, como si no hubiera esperado que compartiera esa información, pero enseguida asintió con la cabeza.

—Gracias. Espero poder convencerla de que vaya al médico cuanto antes para que nos aclare el misterio. Ojalá no fuera tan cabezota.

—Entonces, no sería la abuela Dee a la que tanto queremos —dijo Aiden—. Pero no te preocupes, nos aseguraremos de que no le falte apoyo, sea lo que sea.

Observé con atención la forma en que Aiden hablaba con Trent. Siempre había sido la clase de hombre que apoyaba a sus compañeros de equipo cuando lo necesitaban, y animaba a sus amigos si se encontraban tristes o lo estaban pasando mal. Me sorprendía comprobar hasta qué punto seguía siendo el mismo chico del que me había enamorado locamente cuando era una adolescente. Ahora sabía actuar como el rey de los negocios en el que la vida lo había convertido, pero en ese momento, lejos del trabajo, estaba mucho más relajado. Al verle rodeado de gente que le conocía lo bastante bien como para tomarle el pelo, era sencillo reconocer a aquel hombre amable, comprensivo y encantador.

Trent se dirigió a donde Maggie y Tony estaban desempaquetando las lámparas, y yo me acerqué a Aiden lo bastante para que los demás no escucharan lo que iba a decirle.

—Eso ha estado muy bien por tu parte. Lo que has dicho de la abuela Dee.

—Sé que Trent está bastante preocupado por ese tema. —Se encogió de hombros—. Por eso le he invitado a venir hoy. He pensado que le ayudaría a olvidarse durante un rato de las cosas

que no puede controlar. O, al menos, que se distraiga escuchando discutir a Maggie y mi padre.

—Eso, si tu padre y tú no la fastidiáis y acabáis electrocutados —señalé—. Siempre podemos preocuparnos por eso.

Él me lanzó una mirada divertida con los ojos entornados, y hubo algo en su sonrisa alegre y despreocupada que me hizo desear cogerle la mano, como cuando estábamos en el instituto. Puede que ahora fuera un adulto, pero estaba consiguiendo que mi corazón latiera por él con tanta fuerza como entonces.

—Maggie no lo permitiría —dijo él.

—Gracias a Dios por Maggie —observé, volviendo la cabeza a un lado para que no viera cómo me había sonrojado.

13

AIDEN

—Gracias por traerme a casa —dijo Cora cuando detuve el coche frente a su edificio en Morningside Heights, una construcción de antes de la guerra con una fachada muy ornamentada, de esas que aunaban el encanto histórico con las comodidades modernas—. No hacía falta que te desviaras tanto.

—Es que me ha dado la sensación de que aún no te has cansado del Ferrari —expliqué.

Ella me lanzó una mirada de enfado fingido y empezó a quitarse el cinturón de seguridad.

—Te aseguro que ya he tenido suficiente de este cacharro.

—¿Estás segura? Podríamos dar una vuelta rápida a la manzana, si quieres.

—Creo que ya sabes la respuesta.

Pisé el acelerador para fastidiarla un poco con el rugido del motor.

—Ahora en serio —dijo ella, tocándome el brazo de un modo que provocó una corriente eléctrica que me llegó hasta el hombro—. Gracias por invitarme a ir al bar. Me lo he pasado muy bien, y me ha alegrado mucho volver a ver a tu padre.

—Pero si no ha hecho nada más que discutir con Maggie —exclamé.

—Pero cuando no estaban discutiendo, he visto que Maggie tiene unas ideas buenísimas. Hemos hablado de los planes para mi local.

—Ah, ¿sí?

—Sí, cuando tu padre y tú estabais ayudando a Trent con la lámpara de la entrada.

—Ah, sí. Ahí estaba muy concentrado.

—Para no dejar caer la lámpara, ¿no? —bromeó ella—. Trent parece estupendo. Espero que pueda resolver pronto todo eso de la abuela Dee.

—Sí, yo también.

—Parece que le hace mucha falta dejar de preocuparse tanto durante un tiempo.

—Estoy de acuerdo. Cuanto antes consigamos que Dee vaya al médico, mejor para todos.

El chasquido que emitió el cinturón de seguridad de Cora, cuando por fin lo soltó, sonó definitivo. Me dio la impresión de que, si dejaba pasar aquella oportunidad, nunca la recuperaría. No sabía qué tenía de especial aquel instante, pero sí sabía que *era* especial y no quería que terminara aún. Me quité mi propio cinturón y abrí la puerta del coche.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Te acompaño a casa. —La miré extrañado—. Evidentemente.

—Pero… Si está aquí mismo —dijo ella, señalando el portal del edificio con un gesto similar al de las presentadoras de concursos de la tele—. No me voy a perder, ni nada de eso.

Cuando estábamos en el instituto, yo siempre la había acompañado hasta la puerta de su casa y, aunque ya no estábamos saliendo, no veía por qué iba a ser diferente.

—Cora, lo menos que puedo hacer es asegurarme de que llegas sin problema.

—¡Si hasta tenemos portero! —exclamó con una risa.

Ignoré sus protestas y salí del coche. Ella hizo lo mismo un instante después y me miró desde el otro lado del vehículo.

—A Carlos no le va a hacer gracia que hagas su trabajo por él.

—Conque Carlos, ¿eh? —Levanté una ceja y ella sonrió de nuevo.

—Se toma su trabajo muy en serio.

—Yo también.

—Siento ser yo quien te lo diga, pero no creo que esto sea parte de tus funciones como presidente de la empresa en que trabajo.

—Y yo creo que, después de hoy, deberías saber que mi trabajo incluye muchas y muy diversas funciones. A veces tengo que firmar contratos multimillonarios y asistir a eventos de gala, y otras veces me toca comprar dónuts y abrir despachos cerrados. Y, en ocasiones, tengo que acompañar a una señorita a su casa.

Ella soltó un murmullo de desaprobación y dio la vuelta al coche para acercarse a mí.

—Además, has aparcado en doble fila.

—Ya ves que me tomo esto muy en serio.

—Te van a poner una multa.

—Me arriesgaré.

—*Aiden* —estalló, exasperada.

—Cuanto antes dejes de protestar en medio de la calle, antes podré quitar el coche de aquí y evitar la multa. —La miré con una ceja levantada—. ¿Lo pillas?

—Haz lo que quieras.

Con un gesto despectivo de la mano, se dirigió a la entrada del edificio. No pude evitar observarla durante un instante y admirar cómo le sentaban los pantalones de vestir que llevaba, pero enseguida me apresuré a alcanzarla.

—Hola, Carlos —saludó al portero, un hombre de mediana edad adornado con un bigote impresionante.

—Buenas noches —contestó él.

—Carlos, este es… —Me pregunté cómo se referiría a mí. ¿Como su amigo? ¿Su jefe?—. Este es Aiden —dijo al final.

—Encantado de conocerle —dije, estrechándole la mano—. ¿Qué tal va la noche?

—No me puedo quejar —dijo él—. ¿Y la suya?

—No ha estado mal —respondió Cora, con una breve sonrisa en mi dirección—. Hemos pasado el día en Newburgh.

—Habrán podido disfrutar de las vistas sobre el Hudson —comentó él.

—Tú no habrás podido verlo —susurré al oído de Cora—, teniendo en cuenta que estabas ocupada embadurnando mi coche de azúcar glas.

—Oh, venga ya. Eres tú quien ha llenado el volante de azúcar.

Tras desear a Carlos buenas noches, Cora entró en el edificio, y yo la seguí hasta el ascensor, donde se detuvo y me miró.

—Bueno, creo que aquí termina tu trabajo.

Me apoyé en la pared junto a ella y pulsé el botón de llamada del ascensor.

—Aún no. Se trata de un servicio puerta a puerta.

—Ah, ¿sí? ¿Eso también es parte del cargo de presidente?

—Exacto. Tu suscripción incluye el paquete completo.

Ella se mordió el labio, y sus mejillas enrojecieron. Me gustaba ese color.

—Según la letra pequeña, ya estoy a salvo. No hay nada que pueda interponerse entre este ascensor y la puerta de mi piso —insistió.

—Eso no lo sabes. —Le guiñé un ojo.

El ascensor llegó y las puertas se abrieron con una campanada. Seguí a Cora al interior.

—No necesito un escolta.

—Ya estoy aquí, así que no me cuesta nada acompañarte.

Cora me miró con suspicacia, fingiendo que desconfiaba de mis intenciones, pero apretó el botón para el séptimo piso. Después, se acurrucó en un rincón.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —pregunté.

—¿En este piso? Más o menos, un año. Resulta un poco pequeño, porque lo comparto con Jennifer. ¿Te acuerdas de ella? Estaba conmigo aquella noche en Fondo del Barril.

—¿La morenita que bebía Dirty Shirleys?

—Esa misma. Es maravillosa, si no tenemos en cuenta sus gustos en cócteles, y fue ella quien me rescató el año pasado, cuando necesité encontrar un sitio donde vivir de un día para otro. Me dejó venir a vivir con ella, aunque el piso solo tiene un dormitorio.

—¿Compartís el dormitorio? —pregunté, después de dejar escapar un largo silbido—. Debe ser como cuando estabais en la universidad.

—Algo así, pero las dos trabajamos en horarios distintos, así que no nos vemos mucho. El mayor problema es que yo suelo acaparar la

cocina cuando estoy haciendo mis vídeos, así que esa es otra razón por la que me ha venido tan bien usar tu laboratorio. Además, este barrio me encanta.

Estaba a punto de decirle que no se preocupara, que podría utilizar el laboratorio incluso después de que terminara su contrato, pero no fui capaz de pronunciar las palabras. ¿Quería permitir que terminara su contrato?

Cuando el ascensor nos dejó en el séptimo piso, seguí a Cora al final del pasillo. Una lámpara situada junto a la puerta de su piso desprendía una suave luz amarilla.

—Aquí estamos —dijo ella, señalando la puerta—. Supongo que, con esto, quedas relevado de tus responsabilidades.

—Supongo que sí.

Ella sacó las llaves del bolso y abrió la puerta. Después, se volvió a mirarme.

—Gracias otra vez. Lo he pasado muy bien.

—¿Crees que la próxima vez te atreverás a volar? Así podré enseñarte el paisaje del río Hudson.

—Ni en sueños —rio ella.

—Es una pena.

—Ah, ¿sí? —preguntó ella, en voz un poco más baja.

—El helicóptero es mucho mejor que el Ferrari —dije yo, inclinándome hacia ella.

—Tendré que confiar en tu palabra sobre eso.

—Eso parece.

Estaba lo bastante cerca como para contar las pecas que salpicaban el puente de su nariz, estudiar las motas doradas en sus ojos

castaños, y apreciar cómo su labio inferior sobresalía un poquito. No pude controlarme. Habíamos pasado un día estupendo que me había recordado la época en la que estuvimos juntos, y la echaba de menos. La deseaba. Me incliné hacia ella para darle un beso de buenas noches, atento a cualquier señal de que ella no lo deseara. No vi ninguna.

Mis labios encontraron los suyos, y fue como volver a casa. Recordé haber hecho lo mismo hacía muchos años, la forma en que había tenido que inclinarme para compensar nuestra diferencia de altura. Recordé los sonidos que solía hacer, una especie de zumbido dulce y perfecto desde el fondo de su garganta, como el que hacía ahora. Y recordé cómo sus pestañas acariciaban mi mejilla cuando los besos se volvían más intensos. Alcé una mano para apoyarla en su mandíbula y besarla mejor, pero ella se apartó de repente y se apretó contra la pared. Abrió mucho los ojos y se llevó los dedos a los labios, con las mejillas encendidas.

—Bueno, buenas noches —dijo ella y, tras darme la espalda, entró en la casa sin decir una palabra más.

—Cora….

La puerta se cerró entre nosotros y oí el chasquido de la cerradura.

—Buenas noches —terminé.

~

Apenas fui consciente del viaje de vuelta desde el piso de Cora hasta mi casa en el Upper East Side. Aquella sensación de insensibilidad, como si estuviera atontado, debía ser similar a la de un trauma. Conduje de forma automática hasta el garaje de mi edificio, sin dejar de revivir el momento horrible en el que ella se había apartado de mí de golpe y se había metido en su piso.

¿Qué cojones significaba eso? ¿Había estado interpretando mal sus señales durante todo el día? La risa, el tonteo, el rato que habíamos pasado con mi padre… ¿Tal vez solo había tratado de ser amable? Pero no, ella me había devuelto el beso como si le gustara, pero después, se había asustado. ¿Había ido demasiado rápido?

Entré en casa, donde me recibió la vista nocturna de la ciudad que se divisaba a través de los grandes ventanales del suelo al techo. El paisaje nunca me había parecido menos atractivo que en ese momento. Dejé las llaves sobre la isla de la cocina y me dirigí al sofá sin molestarme en encender las luces. Al poco rato, mi teléfono empezó a sonar con una notificación tras otra. Al sacarlo y mirar la pantalla, vi que Trent estaba mandando mensajes al chat del grupo.

Por fin he conocido a la famosa Cora, y puedo confirmar que es real.

¡Pues claro que es real!, había contestado Dom.

Tenías razón, tío. Está claro que hay algo entre ella y Aiden otra vez. La llama del instituto vuelve a arder entre ellos. La abuela Dee va a alucinar cuando se lo diga.

¡VEIS!, escribió Dom en mayúsculas. *Ya os lo había dicho. Puede que no esté muy en la onda últimamente, pero aún soy capaz de reconocer cuando hay tema.*

Piper quiere todos los detalles, intervino Vincent. *Exige saber el por qué, cuándo, cómo y dónde del encuentro.*

Os puedo decir que he pasado la tarde con ellos mientras ayudaba con las obras en el León Rojo, y decir que se lanzaban miradas ardientes es quedarse corto.

Oooh, qué bonito, Aiden. Ligando con una chica en mitad de las obras, dijo Dom.

¡Un momento, un momento!, escribió Vincent*. Por si no ha quedado claro, se lo estoy contando a Piper en tiempo real. ¿Cómo es Cora? Contadlo todo.*

Es maja, dijo Trent. *Por lo visto hace unos cócteles increíbles. Nos vendrá muy bien para las fiestas.*

¡Genial! En cuanto deje de dar el pecho, pienso irme de copas con Chloe y Cora, escribió Vincent, claramente transcribiendo lo que decía Piper.

Teniendo en cuenta que acababan de tener un bebé, ¿no tenían nada mejor que hacer que perder el tiempo en el chat del grupo?

Trent envió el emoticono del pulgar hacia arriba y añadió: *Lo que más me gusta es que no le pasa una a Aiden. Para nada. Nunca lo he visto tan descolocado. Ni siquiera con Steph en la universidad.*

Leí la referencia a mi novia de la universidad con una mueca. Aquello había resultado ser un completo desastre.

Umm… escribió Dominic. *He estado muy ocupado con Hailey últimamente, pero me he dado cuenta de que hay muchas menos discusiones en la oficina, así que las cosas deben ir bien entre ellos.*

Pues yo no sé qué ve ella en Aiden. Hoy casi se clava una escarpia en el dedo. Trent terminó la frase con el emoticono guiñando un ojo.

No seas así, escribió Vincent. *Eso lo ha dicho Piper, no yo.*

Pues es genial. Paul irrumpió en la conversación y me marcó a mí en su mensaje. *Chloe y yo estamos deseando conocerla.*

Apreté el teléfono con más fuerza. Me lo podía imaginar sin ningún problema. Cora se llevaría muy bien con los chicos, y sabía que Chloe y Piper no tardarían en hacerse amigas suyas. Por no hablar de la abuela Dee, que seguro que la adoraría. Pero no quería precipitarme, porque Cora no parecía estar segura de lo que había entre nosotros, y yo… Bueno, yo tampoco estaba seguro de nada. Nuestra relación había terminado muy mal, aunque aquello fue entonces, y esto era ahora. Ahora éramos más viejos y más listos, no un par de críos tontos.

Los chicos siguieron con los mensajes, alternando entre felicitarme y meterse conmigo. Era consciente de que esa era su forma de apoyarme, pero las cosas estaban tan en el aire entre Cora y yo que no estaba para muchas bromas. Silencié el chat, aunque sabía que eso no me ayudaría a dejar de pensar en Cora, ni en lo ocurrido aquella noche, así que opté por mirar las páginas de Elixir en X, Instagram y TikTok para ver si habían etiquetado a la empresa en alguna publicación. Aunque intenté centrarme en la información relacionada con el trabajo, al acceder a mi página de X Pro me fijé en la columna con la lista de antiguos compañeros de clase a los que seguía. Muchos de ellos estaban publicando viejas fotos del instituto en preparación de la reunión. Algunas de las imágenes eran borrosas, como si hubieran capturado fotos impresas, tal vez del álbum de alguna madre. Las fui mirando de una en una, con la sensación de que retrocedía en el tiempo y me precipitaba a un abismo de recuerdos. Dios, parecía que había pasado un millón de años, como si aquel mundo fuera el de un Aiden distinto de mí mismo.

Suponía que ese era el caso. Desde aquella época, había conseguido levantar dos empresas de éxito y lanzar una marca de licor que había ganado numerosos premios. Tenía más dinero del que podría gastar en el resto de mi vida.

Me detuve al identificar una melena roja que me resultaba familiar, y amplié la imagen. Era justo lo que pensaba: Cora y yo aparecíamos en el fondo de una imagen, caminando de la mano por un pasillo del instituto. Yo debía de estar acompañándola a su clase de historia. En la foto, nos mirábamos a los ojos, tan absortos el uno en el otro que no nos fijamos en la persona que hacía la foto. No me sorprendió, porque recordaba estar tan enamorado de ella que me sentía como si estuviera en una caída libre constante. La sensación que había sentido al besarla aquella noche había sido parecida. Me invadió una oleada cálida al recordarlo, hacía muchos años que no me había permitido pensar en nosotros dos.

Seguí revisando las fotos con más detenimiento, hasta llegar a una de mi época en el equipo de fútbol. La imagen mostraba al equipo en plena celebración después de un partido. Pero no, al mirar con atención, vi que no se trataba de un partido cualquiera. Era *el* partido, aquel en el que había perdido los nervios y el control de mí mismo. Esa fue la razón por la que había tenido que romper con Cora.

Pero aquello había ocurrido hacía mucho tiempo, cuando yo solo era un crío, tan abrumado por las hormonas y la adrenalina que no entendía nada. Ya no tenía que preocuparme por que me ocurriera algo así.

14

CORA

Estaba obsesionada con el *pad thai* vegetariano que servían en la cafetería, y no tenía ni idea de cómo iba a satisfacer esa ansia cuando terminara mi contrato con Elixir. Me llevé el tenedor a la boca con un sonido de satisfacción, y disfruté de la complejidad de sabores. Era una mezcla perfecta de ácido, dulce, salado y especiado, y me hacía pensar en inventar un cóctel que combinara con él. Tendría una base de ginebra, un poco de lima y algún tipo de hierba que complementara bien el perfil de sabores. ¿Albahaca, tal vez? Lo consultaría con Dot y Javeed cuando llegaran.

Chris ya había desaparecido con su comida en la sala silenciosa, pero Dot y Javeed habían estado discutiendo sobre las ventajas e inconvenientes de la pasta primavera y la quiche de beicon y queso que acababan de sacar los cocineros del horno, y seguían en la cola, a la espera de su comida. Mientras aguardaba, saqué mi teléfono con intención de consultar las analíticas de mi último vídeo de la Mixóloga Misteriosa, y evitar pensar, como fuera, en la noche anterior con Aiden. Sin embargo, me distraje al ver que había recibido un mensaje de mi madre.

¿Cuándo llegarás para la reunión del instituto?

Lo bueno de volver a casa era que no tenía que preocuparme por buscar un hotel.

Esta noche, en algún momento.

¿Pero a qué hora?

No lo sé. No he planeado los detalles. Depende de a qué hora salga del trabajo. ¿Por qué?

Por nada. Solo quería asegurarme de que tu cama estuviera hecha cuando llegues. Te quiero, cariño.

Miré al teléfono con preocupación. Detrás de aquel mensaje había algo que no tenía nada que ver con hacer la cama, estaba segura. Conociendo a mi madre, mi cama estaría hecha desde el momento en que le dije que volvería a casa para la reunión. Allí estaba pasando alguna otra cosa. Durante el viaje a Newburgh con Aiden, me había sentido un poco tonta al contarle mis teorías, pero ahora estaba bastante segura de que mi madre me estaba ocultando algo. Había intentado no ser demasiado protectora con ella, porque tenía derecho a vivir su vida como quisiera, pero no era habitual que guardara secretos conmigo. Estaba decidida a hablar con ella y llegar al fondo del asunto tan pronto como estuviera en casa. Había previsto la forma de impedir que evitara sentarse a hablar conmigo, o se excusara diciendo que estaba muy ocupada. Me preocupaba mucho que pudiera estar enfrentándose a algún problema ella sola. ¿Y si le pasaba algo como a la abuela de Trent, y tenía problemas de salud que no quería reconocer?

Abrí Instagram para intentar distraerme, ya que, en ese momento, no había nada que pudiera hacer si le pasaba algo a mi madre, fuera lo que fuera. Mi último vídeo de la Mixóloga Misteriosa estaba recibiendo muchísimas visitas y comentarios, y había resultado ser el más visto de la semana. La gente no dejaba de pedirme que publicara la receta. Por lo general, yo solía publicarlas el día después del vídeo correspondiente, para mantener el interés. Uno de los comentarios que había recibido era de Jennifer: *Esto es justo lo que necesito después de un turno difícil en el trabajo. ¡Me muero de ganas de probarlo!*

Pulsé el icono del corazón junto a su comentario, aunque me sentí inquieta. Me encantaba que me apoyara, pero me preocupaba la referencia al turno difícil en el trabajo. ¿Las cosas no le estaban yendo mejor? Me preocupaba mucho que siguiera pasándolo mal en el restaurante y se sintiera tan poco satisfecha. A ella siempre le había encantado cocinar, tanto como a mí preparar cócteles. ¿Habría empezado a perder la pasión por la cocina? ¿Y si terminaba por dejar de cocinar para siempre?

Entré en mis mensajes privados. Había mensajes basura, muchos comentarios de los fans, pero uno de ellos me llamó la atención. Procedía de la Destilería Ironwood, uno de los competidores directos de Elixir.

¡Enhorabuena por el contrato con Elixir! Es una oportunidad estupenda.

Había observado un aumento sustancial del interés en colaborar conmigo desde que había empezado a publicar contenidos entre bastidores de Elixir en mis redes sociales, sobre todo por parte de los fans. Sin embargo, Ironwood era la empresa más importante que se había puesto en contacto conmigo hasta ahora. Seguí leyendo con interés.

Cuando termines tu asociación con Elixir, en Ironwood estaríamos muy interesados en ofrecerte una oportunidad. Creemos que podrías encajar muy bien aquí y nos gustaría proponerte un acuerdo.

¡Otro contrato a la vista! Ese era precisamente el resultado que había esperado conseguir al asociarme con Elixir. Sin embargo, una de las frases del mensaje me hizo pensarlo dos veces: *Cuando termines tu asociación con Elixir*… Una parte de mí no quería admitir que mi contrato con Elixir fuera a terminar, y me preguntaba si Aiden querría que me quedara después de lanzar la línea de bebidas. Siembre habría cosas que hacer, como el seguimiento de las bebidas, ajustar los sabores, dar cobertura en las redes sociales después del lanzamiento, y demás. Aiden me había dicho que era

parte del equipo y, si eso era cierto, tal vez cabía la posibilidad de seguir trabajando en Elixir.

Aun así, no estaba segura de querer seguir allí. Hasta ahora, el trabajo había sido increíble, y las circunstancias con Aiden… lo cierto era que también habían sido increíbles, pero también me asustaban. Seguía sin saber por qué había roto conmigo en aquella época. ¿Estaba dispuesta a arriesgarme otra vez con él? Pero, por otra parte, ¿podía dejar escapar una oportunidad como aquella, cuando solo estar cerca de él me aceleraba el corazón? Cada vez que me permitía recordar aquel beso en la puerta de casa, mis mejillas enrojecían y no podía evitar preguntarme qué significaba.

Llevaba semanas soñando con él, admirándolo desde lejos, pero no había llegado a creer que pudiera pasar algo entre nosotros. Me froté el puente de la nariz y traté de centrarme. Nada de aquello tenía relación con mi trabajo o mi carrera, y no tenía ni idea de cuál sería la decisión profesional más adecuada para mí. Si dejaba pasar la nueva oportunidad con Ironwood, estaría cerrando puertas que me había costado mucho esfuerzo abrir; sin embargo, dejar Elixir, un lugar donde había encontrado mi sitio, me había integrado en el equipo y había podido ampliar la plataforma de la Mixóloga Misteriosa, podría ser también la decisión equivocada. Allí era feliz, y no me entusiasmaba pensar en cambiar de trabajo, sobre todo si Aiden estaba considerando ampliar mi contrato. Comencé a escribir una respuesta.

Agradezco mucho la oportunidad, pero en estos momentos, tengo un par de cosas en marcha. No estaba mintiendo: tenía el trabajo en Elixir, mis redes sociales y, ahora, la reunión del instituto.

Gracias por ponerse en contacto conmigo, pero en este momento no estoy buscando nuevas asociaciones. Pulsé el botón y envié la respuesta.

—¿Sabes hacer trenzas?

La vocecilla a mi espalda me hizo dar un salto. Al darme la vuelta, vi detrás de mí a la hija de Dominic, Hailey, vestida con una camiseta rosa con un unicornio y unas deportivas con lucecitas.

—Oh, hola, Hailey. —Me había dado un susto de muerte—. ¿Hoy también has venido a trabajar con tu padre?

—La señorita Linny tiene gripe —dijo ella, arrugando la nariz.

—Ay, pobre señorita Linny —dije—. Deben ser todos esos virus que van volando por ahí.

Aunque no sabía si me había entendido bien, Hailey asintió muy seria, lo que me hizo reír. Miré por la cafetería, buscando a Dominic, hasta localizarlo junto a la entrada, inmerso en una conversación con dos hombres trajeados. Cuando me vio, hizo un gesto de disculpa con la mano.

Hailey me tocó un brazo y me enseñó un par de gomas del pelo color rosa.

—¿Me haces las trenzas? A papá no se le dan bien.

Yo tampoco podía decir que se me dieran bien las trenzas, o peinar a niñas pequeñas. Hacía muchos años que yo misma había dejado de ser una niña, y no había tenido hermanas pequeñas con las que practicar. Por lo general, solía llevar el pelo suelto y, como mucho, me hacía algunas ondas con la plancha, pero en el laboratorio me lo recogía siempre en una coleta para evitar que el pelo interfiriera en mi trabajo. Hasta ahí llegaban mis habilidades.

—Ay, cielo. No estoy segura de que a mí se me dé mucho mejor.

Hailey me miró con la cabeza inclinada y la boca fruncida en un puchero.

—Pero el tío Aiden dice que lo haces todo bien.

—¿Eso dice? —Me volví a sonrojar sin remedio.

—¡Sí! —exclamó Hailey.

El estómago se me llenó de mariposas. ¿Qué más habría dicho Aiden sobre mí? Di unos golpecitos a la silla junto a la mía y Hailey se sentó a mi lado, mientras yo guardaba el teléfono. —Bueno, ¿qué opinas? —pregunté—. ¿Una trenza o dos?

—Dos —dijo ella—. Tengo dos gomas.

—Eso es verdad. Supongo que tiene sentido.

—¡Sí! —volvió a decir ella, columpiando los pies.

Le peiné el pelo con las manos, con todo el cuidado que pude, y lo separé en dos mitades. No iba a ser perfecto, pero esperaba que a ella no le importara.

—Entonces, ¿ves mucho a tu tío Aiden?

—Mmm… Sí, a veces —dijo ella—. Aquí, en el trabajo de papá, y en casa de la abuela Dee. A veces vamos al parque.

—Vaya, qué divertido —comenté, sin dejar de trenzar su sedoso pelo rubio.

—Ajá. Cuando fuimos al cumpleaños del tío Trent, comimos tarta.

—¡Qué bien! ¿Qué clase de tarta?

—Una roja.

—*Red velvet*.

—Sí.

—¿Y el tío Aiden también fue?

Hailey asintió mientras yo le sujetaba una de las trenzas con la goma.

—Él también comió tarta.

La giré un poco en la silla para poder trenzarle la otra mitad del pelo.

—Y el tío Aiden… ¿dijo algo sobre mí?

Hailey volvió a asentir, y todo el pelo se me escapó de las manos, por lo que tuve que empezar de nuevo.

—Papá dijo que había chispas, y todo el mundo se rio, menos el tío Aiden.

Vaya… ¿Se habría referido Dominic a que había chispas entre Aiden y yo?

—Y luego se puso todo rojo.

—¿El tío Aiden? —pregunté, poniéndole la goma en el extremo de la segunda trenza.

—Sí, así. —Se tapó las mejillas con las manos e inclinó la cabeza.

—Ah, ya veo.

Le hice cosquillas en un costado y ella se rio. Al parecer, Hailey tenía buen oído y no se cortaba, lo que la convertía en una informante estupenda.

—A veces, el tío Aiden me lleva a comer helado.

—Eso es un detalle por su parte.

Ella asintió, pero con menos entusiasmo que antes.

—Se lo pide papá, para poder hablar con mamá de cosas de mayores.

—Las cosas de mayores son importantes —dije con precaución.

Era increíble hasta qué punto se enteraban los niños de todo, incluso a pesar de los esfuerzos de Dominic por hacer que la vida de Hailey fuera lo más normal posible.

—Pero ¿por qué las cosas de mayores les hacen gritar? Papá siempre dice que las niñas no deben gritar, pero ellos gritan mucho.

—Sabes, creo que tienes razón. —Le di un abrazo y le toqué la punta de la nariz con el dedo—. Pero lo que importa es que recuerdes que tú no debes gritar, ¿verdad?

—¡Verdad!

—Creo que las trenzas han quedado bien —dije, para cambiar de tema, y le di un tironcito de una de ellas. Hailey se pasó las manos por la cabeza—. ¿Te gusta?

—Me encanta —contestó con una sonrisa enorme, y se lanzó hacia mí para darme un abrazo, con toda la fuerza de un pulpo diminuto.

—Me parece que acabo de perder mi puesto en el departamento de peluquería. —Dominic se acercó a nosotras acompañado de Aiden, y yo intenté con todas mis fuerzas no sonrojarme al verle.

—Me ha peinado Cora —anunció Hailey, que se había puesto de pie en la silla y se lanzó a los brazos abiertos de Aiden.

Verla confiar en él sin ningún recelo me llenó de ternura. Claro, que ser testigo del lado más dulce de Aiden no me estaba ayudando a controlar el rubor.

—Ya lo veo —dijo Dominic.

—Lo ha hecho muy bien —observó Aiden.

—Me falta mucha práctica —admití.

—Lo has hecho mucho mejor que yo —me aseguró Dominic—. Pero al menos, ya he aprendido que las gomas del pelo tienen que ser rosas.

—Sí, siempre rosas —reí yo.

—Tío Aiden, ¿quieres venir a ver al bebé del tío Vincent? —preguntó Hailey—. Papá ha dicho que podemos ir después del trabajo.

—El tío Aiden tiene que irse de viaje —explicó él—. Pero ¿qué te parece si voy la próxima vez?

—Vale —dijo Hailey, que empezó a retorcerse para que la soltara.

Aiden la dejó en el suelo y me miró de un modo que me cortó la respiración. ¿Cómo se suponía que iba a poder pasar una tarde entera en el coche con él?

—¿A qué hora quieres que salgamos? —preguntó.

Inspiré hondo y exhalé antes de contestar. Cuando Aiden me había propuesto que fuéramos juntos en su coche a nuestra ciudad, me había parecido una buena idea. No tenía sentido ir en tren por mi cuenta, si él también iba a Nueva Jersey esa noche en coche. Sin embargo, no conseguía dejar de pensar en el beso que me había dado, ni siquiera cuando no lo tenía a tan poca distancia. No estaba segura de si podría sobrevivir a otro viaje en coche con él.

—He pensado que podemos salir cuando hayas terminado —dije—. No sé si tienes mucho lío hoy.

—Creo que sería mejor salir pronto, para evitar la hora punta —dijo Aiden—. ¿Has traído el equipaje?

Asentí. Había cargado con mi bolsa en el metro aquella mañana, para estar lista para irnos cuando fuera.

—Bien, así será más sencillo. Iremos directos desde aquí. Cogeremos el Mercedes —explicó él.

—¿Qué pasa con el Ferrari? —pregunté en broma—. ¿Un coche absurdamente caro no era suficiente?

—Está en el taller, le tienen que hacer algunos arreglos —dijo él, sin inmutarse—. Alguien dejó el asiento del pasajero lleno de azúcar glas.

—Supongo que debería alegrarme de que no vayamos en helicóptero, al menos.

15

AIDEN

—Creo que el gimnasio nunca había estado tan bonito —dijo Cora.

Hice un sonido afirmativo y bebí un trago de mi Old Fashioned. Tenía razón, el gimnasio estaba totalmente transformado.

Cora y yo nos habíamos ocupado de los últimos toques, dada la ausencia de Trish. Habíamos organizado la decoración y el catering, y decorado el gimnasio con globos, serpentinas y un enorme cartel que decía BIENVENIDOS que nos había costado mucho colgar. Había más de una docena de mesas redondas, decoradas con centros granate y dorados, los colores de nuestro instituto. Además, habíamos instalado una mesa para exhibir los antiguos anuarios de cada curso, fotos de clase y trofeos de diferentes deportes y campeonatos. En una esquina, había un fotomatón que resultó ser todo un éxito, y ante el cual se había formado una cola desde el momento en que empezó a llegar la gente. Cerca de él estaban el bufé y el bar, en el que también había una cola constante. Al otro lado estaban la cabina del DJ y una pista de baile sobre la que destelleaban luces de todos los colores.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Nada. Es solo que… Las reuniones de instituto me parecen una tradición bastante cursi.

—Y que lo digas —rio Cora—. De eso se trata: de cursiladas y nostalgia. Se supone que debe darte la sensación de que has retrocedido en el tiempo.

En eso tenía razón. Desde que había vuelto, no dejaba de recordar el pasado. Las paredes del gimnasio seguían decoradas con los mismos carteles descoloridos que mostraban la mascota del instituto, un jaguar, y estaba bastante seguro de que el suelo aún conservaba marcas de zapatillas de mi época. Un poco antes, me había acercado a ver los vestuarios, y olían exactamente igual que entonces. Fatal, pero igual.

El ruido de las conversaciones llenaba todo el espacio, pero oí una voz que destacaba por encima de las demás y, al volverme, vi a Trish atravesar el gimnasio a la carrera, derramando su bebida por todas partes, y lanzarse con un chillido a abrazar a otra mujer.

Bebí otro trago de mi Old Fashioned.

—¿Trish siempre ha sido tan…?

—¿Energética? —sugirió Cora.

—Sí, se puede decir así. —Había estado a punto de decir *insoportable.*

Cora me sonrió como si me hubiera leído el pensamiento.

—Al menos ha vuelto de su crucero a tiempo para hacer de anfitriona. Esa parte no me apetecía nada.

—Sí, ha sido una suerte.

—Y eso nos deja tiempo para divertirnos.

—Lo de *diversión* puede ser un poco demasiado optimista.

—Déjalo ya. No me puedo creer que no vayas a aprovechar todo esto —dijo ella, poniéndose en marcha hacia donde estaba el bufé.

—No tengo muy claro si lo dices con sarcasmo o no —dije, saludando con la cabeza a un par de personas que me habían sonreído.

—No, lo digo en serio. ¿De verdad que no pensabas venir a ver a tus antiguos amigos? Al menos, espero que te haga ilusión ver a tus compañeros de equipo.

—Bueno, sí, supongo que es agradable ponerse al día con algunos de ellos, pero la mayor parte de la gente ya sabe qué es de mi vida —dije.

—¿Gracias al artículo de *GQ*? —preguntó Cora—. ¿Ya han empezado a llamarte Rey del Cóctel?

—¿Puedes hablar en serio por una vez?

—Lo digo totalmente en serio, Su Majestad —dijo ella, agitando las pestañas.

—Verás, Zelda… —dije, observando cómo enrojecían sus mejillas al escuchar su antiguo apodo.

—Para.

—¿Cómo es esa frase? La venganza está servida.

—Ya veremos… —murmuró ella, cogiendo un plato del extremo del bufé, que me entregó antes de coger otro para ella.

—En cualquier caso, hasta ahora todas las conversaciones han sido un poco forzadas, si te soy sincero. —Salvo con ella, por supuesto—. Si hablo de mí mismo, da la impresión de que estoy presumiendo de mi éxito, y eso no me gusta nada.

—Supongo que debe ser difícil ocultar el hecho de que eres multimillonario. Con todos esos coches que tienes, y demás.

—Creo que tengo un número razonable de coches, teniendo en cuenta las circunstancias. Si buscas algo que no sea razonable,

pregúntame lo que le costó el Bugatti a Vincent. —Estábamos hablando de más de un millón de dólares.

—Prefiero no saberlo.

Su expresión me hizo reír, pero cambié de tema.

—¿Y cómo han ido tus reencuentros?

—Bueno, te aseguro que yo no he intimidado a nadie. Más bien, lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—La gente no para de preguntarme qué tal me va ahora —suspiró Cora—. El trabajo, y eso.

—Ya.

—Y, como es evidente, no puedo decirles que soy la Mixóloga Misteriosa, porque nadie sabe quién es.

—Entiendo.

Ella frunció el ceño, preocupada.

—Cuando le digo a la gente que pongo copas en Manhattan, todos sonríen y dicen: «Eso está muy bien», pero lo que realmente quieren decir es: «No has progresado nada desde el instituto».

—Poner copas no tiene nada de malo.

—Lo sé.

—Pero también podías haberles dicho que trabajas en Elixir.

—Lo he pensado. —Cora se encogió de hombros—. Pero si lo hago, me preguntarán qué hago allí, y tendré que intentar no delatarme. —Me dedicó una sonrisa pícara—. Entonces dirían: «Ah, trabajas para Aiden. ¿Y qué se siente al ser uno de los miserables plebeyos que trabajan para Su Majestad, el Multimillonario?».

—No pienso seguir hablando contigo —gruñí.

Cora se echó a reír a carcajadas, pero me cogió la mano cuando fingí que me alejaba del bufé.

—Estoy bromeando. Vale, ya paro.

Noté una oleada de calor que me subía por el brazo desde nuestras manos enlazadas. Fue como una descarga eléctrica que me paró el corazón un instante. Cuando la miré a los ojos, vi que se había sonrojado, y parecía tan consciente de lo cerca que estábamos como yo. No habíamos tenido la oportunidad de repetir aquel beso, pero… Dios, qué ganas tenía de hacerlo. La única razón por la que me lo estaba pensando dos veces era que necesitaba asegurarme por completo de que ella estuviera lista, para que no se apartara tan bruscamente como la vez anterior.

De repente, ella pareció ponerse tensa y me soltó, mirando algo por encima de mi hombro con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada. —Sacudió la cabeza—. No. Lo siento. —Soltó una risa que sonó muy forzada—. No es nada.

—¿Algo va mal?

Me di la vuelta y miré alrededor del abarrotado gimnasio, pero no supe identificar lo que podría haber ocasionado su reacción. Ella levantó un dedo y, con discreción, señaló a un hombre alto que llevaba una camisa negra. Cuando alzó la cabeza, me pareció familiar, pero no conseguí recordar su nombre, aunque estaba seguro de que era alguien del curso de Cora.

—Ese es, esto… Levi —dijo ella—. El tío con el que salí después de ti.

Oh. *Oh, mierda*. Me volví a mirarla.

—¿Estás bien?

—Es solo que no esperaba verle aquí —admitió, sujetando el plato vacío con fuerza contra el pecho—. Vive en California, no pensé que fuera a venir hasta aquí para la reunión.

Me pareció que se había puesto pálida, y las luces parpadeantes le daban un aspecto enfermizo. La tomé del brazo y, con cuidado, la conduje a una mesa cercana que estaba vacía.

—Siéntate aquí.

Ella se dejó caer en la silla sin protestar.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, yo… —Se quedó con la boca abierta, sin terminar la frase.

—¿Quieres que…?

—Rompimos el año pasado. —Empezó ella, jugueteando con el mantel—. Bueno, él rompió conmigo. —Murmuró eso último sin mirarme—. No me dio ninguna opción en el asunto.

Tuve la impresión de que había sido complicado y, aunque ella había hablado con firmeza, parecía muy afectada, y bastante temblorosa.

—Cora, lo digo en serio. Parece que te vas a desmayar. ¿Quieres que vaya a buscar a… esto… Kate? He hablado antes con ella y ahora es médico. Ella sabrá qué hacer. Bueno, creo que ha dicho que es pediatra, pero ha venido con su marido, que es médico de urgencias, así que…

Ella se pasó las manos por el pelo, se alisó los rizos rojos y luego las deslizó por el frente de su vestido.

—No, estoy bien. —Soltó otra risilla incómoda—. Me ha sorprendido mucho verle, pero nada más. En serio, estoy bien.

—Al menos, déjame que te traiga una bebida.

—Sí, creo que eso me vendrá bien.

La sonrisa que me dedicó fue muy forzada. Estaba muy lejos de encontrarse bien.



Cora

Levi se me acercó tan pronto como Aiden se apartó de mi lado, como un demonio salido de una de mis pesadillas. Por desgracia, aquello no era un sueño del que pudiera despertar. Estaba allí en carne y hueso, con su pelo castaño, ojos marrones y sonrisa divertida. Se había arreglado, cosa que nunca le había gustado hacer. Me pregunté si su nueva novia sería la responsable. Miré detrás de él, esperando ver a la tal Sally pegada a su lado. Claro, que no sabía qué aspecto tenía porque nunca la había visto. Y, si Dios quería, nunca tendría que hacerlo. Pensándolo bien, si Dios hubiera estado de mi parte en todo aquello, Levi no se habría presentado allí aquella noche.

—Cora —dijo—. Llevo toda la noche queriendo hablar contigo.

—Pues ojalá hubieras seguido esperando —dije, poniéndome en pie.

Las rodillas me fallaron. Solo había tomado una copa, pero, en aquel momento, me pareció que se me subía a la cabeza de golpe y, al mismo tiempo, noté una sensación desagradable en la piel. Se me vinieron a la mente los horribles recuerdos de la última vez que lo había visto. *Maldito seas, Levi.* Pero no pensaba echarme a llorar, de ningún modo.

—Disculpa —dije, y me alejé de él.

Crucé el gimnasio lo más rápido que pude, sorteando a la multitud que intentaba recrear el baile de *Single Ladies*. Aparté con la mano un globo que se interponía entre la puerta y yo, y salí al relativo silencio del pasillo. Por un instante, pude respirar de nuevo, pero la puerta volvió a abrirse enseguida.

—¿Cora? —dijo Levi.

Me mordí la lengua, a punto de perder el control.

—Por favor, deja que te lo explique —pidió.

—No quiero hablar contigo.

—Escucha, he venido hasta aquí porque…

Me puso una mano en el hombro y yo me la sacudí de encima y di un paso atrás, para poner un poco de distancia entre nosotros.

—Me importa un comino la razón por la que hayas venido, Levi. No quiero tener esta conversación contigo. De hecho, no quiero tener ninguna conversación.

—Cora, por favor —suplicó, de un modo que me resultó aún más irritante.

¿Qué derecho tenía a suplicar, después de cómo me había tratado? Aún recordaba verle hacer las maletas, mientras yo le rogaba que habláramos, que buscáramos alguna manera de resolverlo. Aquel día, él no me había dedicado ni un instante, y yo no pensaba dedicárselo a él ahora.

—Ahórratelo.

—No puedo. ¿Es que no lo entiendes? Tengo que decirte que…

—¡Por Dios, Levi! —estallé—. ¿Qué quieres? ¿Qué podrías tener que decirme después de todo este tiempo?

Él me miró, al parecer sorprendido por mi estallido, pero me dio igual. Volvía a estar a punto de echarme a llorar, pero estaba decidida a no permitir que me viera derrumbarme. Ya había llorado bastante por aquel hombre.

—Di lo que tengas que decir y acabemos de una vez.

—Yo… Quería decirte que… —Frunció el ceño y sacudió la cabeza—. No, lo que debes saber es que dejarte fue el peor error que he cometido. El peor error de mi vida.

Resoplé con fuerza, y crucé los brazos para que no notara cómo me temblaban las manos.

—No tienes vergüenza.

—Lo digo en serio —insistió—. Fui un idiota. Me dejé llevar por un capricho. Creía que quería a Sally, pero no era amor de verdad. No era el tipo de amor que teníamos nosotros. Me costó un tiempo comprenderlo, pero ahora lo sé. Sé que me equivoqué por completo, y me gustaría intentarlo de nuevo.

—¿Intentarlo de nuevo? —dije, en un tono más agudo que mi voz normal.

¿Se había vuelto loco? ¿Cómo se le podía haber ocurrido? Lo único que me parecía posible era que Sally se hubiera cansado de él, de modo que había vuelto con el rabo entre las piernas, esperando recuperar lo que había abandonado cuando se marchó, incluyéndome a mí. ¡Pues a la mierda con eso! Y a Levi, ¡que le dieran!

—Sí —dijo él con intensidad, tendiendo una mano hacia la mía, pero yo me alejé aún más—. Quiero volver contigo. Quiero que estemos juntos.

—No vamos a estar juntos, Levi.

—Pero podríamos estarlo. He vuelto a la ciudad para demostrarte que voy en serio. Te quiero en mi vida, Cora. No eches por la borda quince años de nuestras vidas.

—¡Yo no estoy echando nada por la borda! —grité—. No deberías haber venido esta noche.

—Llevo ya varias semanas en Nueva York —admitió él, un tanto avergonzado—. Pero no he intentado buscarte porque sabía que te encontraría aquí. Pensé que sería muy romántico que nos reencontráramos en el instituto, el lugar donde empezó todo.

No podía creer que creyera que iba a ser tan sencillo, o que yo estaría tan desesperada como para volver a sus brazos sin pensarlo dos veces. Aunque, pensándolo bien, sí podía creerlo. Cuando nuestra relación terminó y pude ver las cosas como eran, Jennifer me había ayudado a comprender que Levi nunca se había preocupado por los sentimientos de los demás, o lo que otras personas pudieran querer, y eso me incluía a mí.

—¿Qué opinas? —preguntó, sonriéndome esperanzado.

—Creo que es lo más ridículo que he oído en mi vida.

—Cora…

—Lo digo en serio. Después de cómo me trataste, no te daría otra oportunidad ni loca.

—No puedo aceptar esa respuesta —dijo Levi con una mueca.

—Creo que me da igual lo que aceptes o no.

—Pero tenemos que estar juntos.

—Vuélvete a California.

—No pienso ir a ningún sitio. Me voy a quedar aquí hasta que comprendas que debemos estar juntos.

—Creo que ya te ha dicho que eso no va a ocurrir, colega.

Alcé la vista y vi que Aiden se acercaba a nosotros, mirando a Levi como si tuviera intención de embestirle. Yo me apresuré a acercarme a él y le cogí una mano. Levi miró nuestros dedos entrelazados y, por fin, pareció recuperar el sentido común.

—Un momento —dijo—. ¿Estáis juntos otra vez?

¿Algo así? ¿Estamos empezando? Tenía la sensación de que eso era lo que estaba pasando entre nosotros, a pesar de que no había ocurrido nada concreto. En cualquier caso, estaba dispuesta a mentir sin pensarlo dos veces y contarle que nos habíamos casado y

estábamos a punto de adoptar trillizos, solo para que me dejara en paz, pero Aiden se me adelantó antes de que pudiera decir nada.

—Sí, y no pienso permitirte acosar a Cora. —Se enderezó, más alto y fuerte que Levi, como una montaña junto a una colina.

Levi se encogió un poco ante él.

—Vamos a salir a tomar el aire. —Aiden me apretó un poco la mano como para darme ánimos, sin quitar la vista de Levi—. Si sigues aquí cuando volvamos a entrar, más vale que no te acerques a nosotros. ¿Entendido?

16

AIDEN

—¿Quién se ha creído que es? —dije cuando íbamos por el camino que llevaba al campo de fútbol americano.

—El regalo de Dios a las mujeres —murmuró Cora por lo bajo.

Yo resoplé y llevé a Cora a través de la verja que conducía a las gradas. Había recorrido ese camino mil veces en mi juventud, para los partidos y los entrenamientos, y Cora me había acompañado en algunas ocasiones. Sin embargo, aquella vez era diferente, y no solo porque fuéramos mayores. Algo me hervía en las venas, una desagradable mezcla de furia, incredulidad y celos.

Jamás le guardé rencor a Cora por haber encontrado a otro después de mí. Eso era lo que había querido para ella, y me habría gustado saber que era feliz. Pero ahora, al ver a Levi tratarla de ese modo, como si ella hubiera tenido que estar esperando a que volviera arrastrándose cuando se cansara de tirarse a otras… Estaba tremendamente furioso.

Subimos a las gradas, y Cora se sentó con la cabeza entre las manos. Yo empecé a caminar de un lado a otro por el estrecho pasillo entre una fila y otra, cada vez más enfurecido.

—No tenía ningún derecho a hablarte así. Como vuelva a verle mirándote cuando entremos…

—No pasa nada, Aiden.

—Sí que pasa. ¿Qué clase de indeseable persigue así a una chica? Y lo de: «No puedo aceptar esa respuesta». ¿Qué cojones ha sido eso?

—Lo sé.

Me cogió la mano, y me hizo detenerme. Miré sus ojos castaños bajo la luz tenue del crepúsculo y vi que brillaban, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Muchas gracias —dijo—. Es muy conmovedor que te enfades tanto por mí.

—No sabía que fuera posible decir tantas estupideces en una sola conversación.

Cora tiró de mi mano y me senté junto a ella, tratando de contener el enfado para centrarme en su estado de ánimo. Lo que yo sintiera, un cabreo monumental, era mucho menos importante que lo que sintiera ella. Debía averiguar qué necesitaba, y si lo que le hacía falta era alguien con quien desahogarse y hablar mal de su ex, podía contar conmigo, joder. Pero si lo que quería era que le hicieran reír, o cambiar de tema, o solo sentarse allí un rato con alguien mientras lamentaba que aquel tío le hubiera roto el corazón, eso es lo que le daría.

—Me alegro mucho de que estés aquí esta noche —admitió Cora—. Si no, Levi no me habría dejado en paz, y lo último que quiero es que esta reunión sea recordada porque nos pusimos a discutir a gritos.

—Y yo me alegro de haberte podido ayudar. Si no te importa que te lo pregunte, ¿de qué va ese tío?

Ella se encogió de hombros y me soltó la mano. Eché de menos su calor al instante.

—A Levi le cuesta mucho aceptar la palabra «no», o tener en cuenta los sentimientos de otras personas.

—¿Es eso lo que os pasó? Quiero decir, ¿es esa la razón por la que se acabó?

Cora carraspeó un poco y retorció las manos sobre su regazo. Estaba claro que, fuera lo que fuera, aún le afectaba lo ocurrido. Estaba a punto de decirle que no tenía que contármelo si no quería, cuando empezó a hablar.

—Empecé a salir con Levi en el penúltimo año del instituto.

—Un momento —interrumpí—. ¿No habías dicho que rompisteis el año pasado?

—Estuvimos juntos casi quince años en total —asintió ella.

—La leche —dije, recostándome en el asiento.

No sabía que habían estado juntos tanto tiempo. Eso era… Joder, ¡era casi la mitad de su vida! Ya no me extrañaba que le hubiera afectado tanto verle esa noche.

—El año pasado, Levi fue a California por un viaje de trabajo.

Asentí y esperé a que continuara, prestando atención a la forma en que apretaba los músculos de la mandíbula. En el campo, delante de nosotros, las sombras se extendían poco a poco sobre la hierba a medida que caía la noche, pero aún quedaba luz suficiente para apreciar las lágrimas a punto de brotar de sus ojos.

—En Los Ángeles, se enamoró locamente de una aspirante a actriz llamada Sally.

—Es broma, ¿no? —Estaba alucinando.

—Créeme, ojalá lo fuera. Pero… Bueno, Levi estaba convencido de haber encontrado a su alma gemela, y decidió al instante que quería pasar el resto de su vida con ella. Así que volvió a Nueva York, me informó de ello en cuanto entró por la puerta y fue derecho a

nuestro dormitorio a recoger todas sus cosas. Yo me quedé sorprendida, confusa, dolorida... No entendía nada, pero él no parecía interesado en explicármelo, ni se molestó en preguntarme qué opinaba. Se había enamorado de otra, así que mis sentimientos no importaban. Y con eso, se acabó.

—No te merecía —dije.

—Sí, lo sé —suspiró Cora—. Jennifer me ayudó a verlo así, y mi madre, también. Al principio me resultó muy difícil, porque ocurrió de repente. No hubo ninguna señal de aviso, todo iba bien hasta que se acabó de repente. Y cuando se fue, tuve mucho en lo que pensar. Había pasado más de una década con un hombre en el que confiaba, alguien que creía que me quería y se preocupaba por mí, y entonces fue y me hizo eso. No podía dejar de preguntarme si alguna vez me había querido.

—¿Tú le querías? —pregunté, preparándome para su respuesta.

—Sí… Pero no sé si alguna vez estuve enamorada de él de verdad.

—¿En serio?

—Cuando empecé a salir con él, me parecía guapo y divertido, y me gustaba pasar tiempo con él. Pero no era… —Se sonrojó y apartó la cara hacia un lado—. Bueno, estaba acostumbrada a algo más intenso, y lo cierto es que no creí que fuera a durar mucho. Pensé que saldríamos unas cuantas veces y lo dejaríamos, pero cuando ocurrió lo de mi padre el último año, él estuvo a mi lado. Cuando pasó lo peor y mi madre y yo nos estabilizamos, él era ya una parte tan básica de mi vida que no se me ocurrió cuestionarlo. Seguir juntos se convirtió en una rutina, y seguramente habríamos seguido así para siempre si no hubiera conocido a Sally. Sigo detestando la forma en que me dejó, pero creo que el hecho de que se marchara fue el mayor favor que me hizo nunca. Nos liberó a los dos.

—Me alegro de que lo veas así —dije—. Es una pena que él no esté de acuerdo.

—Sí. —Arrugó la nariz—. Espero que haya comprendido ya que no me interesa para nada. Aunque… —Sonrió traviesa—. Creo que el hecho de que seas tú quien ha transmitido el mensaje ha debido dolerle bastante. Tenía celos de ti, ¿sabes?

—¿En serio? —pregunté con una sonrisa ladeada.

—Pues claro que sí. Sabía que habías sido el primero, y sabía que… Bueno, sabía que empecé a salir con él en plan rebote, después de ti.

—¿Rebote? —repetí, perdiendo la sonrisa al instante.

—Cuando terminamos, mi autoestima quedó por los suelos, y él me hizo sentir mejor.

—No sabía que lo habías pasado tan mal —repuse.

De hecho, siempre pensé que Cora había asimilado nuestra ruptura muy bien. La había visto muy animada, rodeada siempre de su grupo de amigos y muy ocupada con cosas como la preparación del anuario o la organización de la función de fin de curso. De hecho, durante un tiempo, me pregunté cómo habría podido superar lo nuestro tan rápido, pero me había recordado a mí mismo que había sido yo quien había roto con ella, así que no tenía derecho a juzgar cómo lo superaba. Además, sabía que tenía derecho a ser feliz, fuera cuando fuera.

—¿Cómo ibas a saberlo? Tampoco es que siguiéramos siendo amigos cuando me dejaste y, para entonces, ya tenías otras cosas de las que preocuparte, como buscar universidad, el fútbol, la graduación, y demás.

—Lo sé, pero… por Dios, Cora. Lo siento mucho.

Había estado juzgando a Levi por la forma en que la había tratado, pero ¿acaso yo la había tratado mejor? De acuerdo, yo no había destrozado una relación de quince años, pero también la había dejado sin previo aviso. En aquel momento, me había parecido

necesario romper con ella, pero al recordarlo ahora, comprendía lo mal que lo había hecho. ¿Le habría hecho yo tanto daño como Levi? Y, lo que era peor, lo que le había pasado con él, ¿sería culpa mía?

—No era mi intención hacer que te lanzaras a sus brazos —continué.

—Y no lo hiciste —aclaró ella.

—Puede que no, pero si solo saliste con él a consecuencia de lo que yo te hice…

Ella me interrumpió sacudiendo la cabeza con energía.

—Escucha, no es solo culpa tuya. Por favor, no pienses que te estoy echando la culpa de mis decisiones o del comportamiento de Levi. Fui yo quien decidió seguir con él, incluso a pesar de las advertencias.

No me gustó nada cómo sonaba eso.

—¿A qué te refieres con advertencias?

—Eran solo detalles —dijo ella, dando tironcitos a la tela de su vestido—. Después de que se fuera, empecé a pensar en todo lo que tuve que ceder desde el principio, ¿sabes? Debería haberme dado cuenta de la facilidad con la que ignoraba mis sentimientos cuando interferían con lo que él quería hacer. En concreto, con la posibilidad de tontear con otras mujeres.

—¿Hacía eso cuando estabais juntos?

—Oh, constantemente. Le dije que no me hacía ninguna gracia, y él solo se rio y dijo que era una exagerada, que no me estaba engañando ni se había liado con nadie, así que no pasaba nada. Pero a mí no me hacía ninguna gracia, y debería haberme mantenido firme.

Al menos, eso era un punto a mi favor. Aunque yo también le había roto el corazón, una cosa que sí podía afirmar sin duda era que

jamás había mirado a otra chica en todo el tiempo que estuve con ella. No había nadie que pudiera compararse con ella.

—Lo cierto es saltaron las alarmas ya en nuestra primera cita, cuando fuimos juntos a la fiesta del instituto.

—¿Qué pasó? —pregunté con una mueca de desagrado.

Ella echó la cabeza hacia atrás y sonrió con sorna, como si ya se hubiera distanciado lo bastante de aquello como para ver el humor en una situación que, en su momento, debió ser bastante difícil.

—Antes de empezar a salir conmigo, ya le había pedido a otra chica que fuera con él, aunque me aseguró que solo eran amigos. Entonces, en lugar de decirle a la otra chica que estaba saliendo conmigo y que no podía llevarla a la fiesta, decidió ir con las dos.

—Venga ya, ¿en serio?

—En serio, y te aseguro que fue muy incómodo para todos.

—Me lo creo. —Me apreté los labios con el puño para ocultar una sonrisa compasiva.

—De hecho, se organizó para bailar con las dos durante una canción lenta. ¡La misma canción!

Dejé caer la cabeza entre las manos con un gruñido, y me imaginé a Cora en la pista de baile sola, con los brazos cruzados, esperando recibir sus treinta segundos de atención de Levi. Ya ni siquiera podía seguir enfadado con aquel tío, todo era demasiado absurdo.

—El caso es que, bueno —continuó Cora—, yo no dejaba de disculparle. Preferí creer que había intentado hacer lo correcto y no romper la promesa que le había hecho a la otra chica para no herir los sentimientos de ninguna de las dos.

—Es más probable que quisiera evitar decirle a la otra chica que había cambiado de idea, así que se comportó como un cobarde.

—O algo peor —dijo Cora—. Tal vez quería tenerla a mano en caso de que la cosa no fuera bien conmigo. —Dejó escapar un largo suspiro—. Seguramente debí haber sabido que ocurriría algo como lo de Sally.

—Es un tipo horrible, Cora. —Deslicé una mano por la sedosa piel de su antebrazo—. En todos los aspectos. Siento mucho que aquella fiesta fuera tan desagradable, y me habría encantado ser yo quien te llevara —dije con suavidad, tratando de que mis palabras sonaran tan sinceras como las sentía—. Me habría asegurado de que lo pasaras bien, y que fuera una noche que no olvidaras nunca, pero no porque tu novio llevara también a otra chica.

Ella me miró con un destello de remordimiento en los ojos. Yo le di un golpecito con el codo y me puse en pie.

—Ven.

—¿Qué estás haciendo?

—Vamos a compensar ese horrible baile lento del que me acabas de hablar.

—¿Aiden? —Ella rio, indecisa—. ¿Aquí?

Tendí una mano hacia ella y esperé a que la tomara.

—¿Dónde, si no?

—Dentro hay un DJ, ya lo sabes. Le han pagado un montón de dinero para que haga bailar a la gente.

—¿En serio quieres volver a ese gimnasio ahora? —La miré con la cabeza ladeada—. ¿Con Levi apestándolo todo?

Aquello le hizo sonreír un poco. Puso su mano sobre la mía y yo tiré para ponerla de pie y la conduje, bajando las escaleras, al centro del campo. La última vez que había estado allí de pie, había sido como receptor del equipo de fútbol, pendiente de los segundos que quedaban en el reloj porque íbamos ganando a los Rams por un solo

punto. Al terminar el partido, el público se puso en pie al unísono e hicieron temblar las gradas con sus saltos de alegría. Esta otra noche, sin embargo, las gradas estaban vacías, como colinas desiertas contra el azul oscuro de un cielo nocturno, solo interrumpido por las luces del instituto y, en la distancia, algunas estrellas.

—Bueno, entonces…

—Un segundo.

Saqué el teléfono y, con unas cuantas pulsaciones, hice que sonara una canción por el altavoz. Subí un poco el volumen y volví a guardar el teléfono en el bolsillo, de modo que la música siguiera sonando.

—Espera —dijo Cora—. ¿Esto es…? —Esperó hasta que empezó la letra de la canción—. ¿Es Lifehouse?

Sonreí, porque aquella música me traía recuerdos muy agradables.

—*You and me* —confirmé—. Una de las canciones más populares de aquella época, ¿te acuerdas?

—Aquella época. Caray —protestó Cora—. Haces que parezcamos unos ancianos.

—Somos un poco ancianos.

—Lo serás tú —rio ella—. Yo soy más joven.

Di un tirón para atraerla hacia mí y ella cayó contra mi pecho riendo, aunque dejó de reír cuando su cuerpo estuvo pegado al mío. Le puse las manos en la cintura, deslizando los dedos por sus curvas. Ella apoyó la cabeza contra mi hombro con un gesto delicado, como si de repente le diera miedo tocarme.

—¿Me concedes este baile? —pregunté.

—Creo que ya tienes la respuesta a esa pregunta.

El espacio entre nosotros desapareció por completo, y el corazón me dio un salto al mirarla tan de cerca. La piel clara de sus mejillas sonrojadas, el oscuro aleteo de sus pestañas… Me sentí abrumado por una profunda sensación de anhelo, de comprensión. Cora apoyó la cabeza en mi hombro y me pregunté si notaría la fuerza con la que el corazón me latía en el pecho. La tensión entre nosotros fue aumentando a medida que la canción llegaba a su punto álgido y nos movíamos al ritmo. Nunca habíamos bailado juntos, pero no podía evitar recordar otros momentos en los que habíamos estado así de unidos. Ella subió las manos desde mis hombros para enlazarlas detrás de mi cuello y empezó a juguetear con el pelo de mi nuca, lo que me trajo de vuelta al presente. Por muy agradables que fueran los recuerdos, me interesaba mucho más el momento actual. Le levanté la barbilla con cuidado y la miré a los ojos un instante, antes de capturar sus labios con un beso tierno y prolongado.

Cora se dejó caer contra mí haciendo un leve sonido desde el fondo de su garganta y abrió la boca para mi lengua, al tiempo que apretaba un poco más los brazos alrededor de mi cuello.

Cuando la canción terminó, ninguno de los dos se apartó del otro.

CORA

Los labios de Aiden abandonaron mi boca en dirección a mi pómulo, y después descendieron a mi mandíbula. El recorrido me resultaba familiar, y sabía que después bajaría hasta mi cuello, aplicaría sus labios a la piel suave de mi garganta y chuparía con delicadeza. Cuando lo hizo, no pude contener un gemido, y agarré su camisa con los dedos, apretando los nudillos contra los fuertes músculos de su espalda.

Él rio y tocó con la lengua un punto concreto en mi cuello.

—Esto todavía te hace gemir, ¿eh?

—Me vas a dejar una marca —protesté, aunque en realidad, no me importaba nada.

Solo quería que Aiden siguiera besándome, que no dejara de tocarme. Quería quedarme allí, con el hombre que me ponía canciones de Lifehouse en mitad de un campo de fútbol vacío en plena noche, solo para hacerme sentir mejor.

—Perdona —susurró, aunque no sonaba arrepentido en absoluto.

Su voz me provocó un escalofrío que recorrió mi espalda hasta provocar chispas de excitación entre mis piernas. Reí un poco mientras él deslizaba la lengua hasta el punto donde el pulso latía en mi cuello.

—No me puedo creer que nos estemos enrollando en el campo de fútbol otra vez —observé.

Le había besado antes allí, muchas veces. Por lo general, nos escondíamos debajo de las gradas, pero también le había dado algún beso de buena suerte antes de que saliera a jugar.

—Sí, aquí fue donde mejoramos nuestras habilidades —observó Aiden.

—Aunque a uno de nosotros le falta práctica —bromeé.

—¿Práctica?

Aiden se apartó de mí lo suficiente como para permitirme ver la sonrisa desafiante en su cara, y al momento, me tomó la cara entre las manos y volvió a besarme apasionadamente. Sentí una descarga eléctrica y volví a abrir la boca para él, desesperada por sentir el contacto de su lengua en la mía. Él la sujetó un instante con los dientes, jugueteando, antes de continuar besándome. No pude contener otro gemido, y mi excitación fue en aumento cuando deslizó las manos por mi espalda hasta sujetar mi culo y apretarme contra sus caderas. Noté el bulto de su excitación entre nosotros y me moví un poco contra él, preguntándome qué pasaría a continuación.

—Deberíamos parar —dijo él de pronto, y se apartó de mí, con los ojos cerrados y la respiración acelerada—, si no queremos ir demasiado lejos.

Ah, no, ni hablar. Parar era lo último que quería, desde luego. Volví a besarle y enredé los dedos en su pelo para acercarle otra vez a mí.

—Cora —dijo con voz ronca, tratando de apartarse cuando le mordí con suavidad el labio inferior, en un tono que delataba el esfuerzo por controlarse—. *Cora*.

—¿Y si yo quiero ir demasiado lejos? —le susurré al oído, con la voz cargada de deseo.

Me aparté lo justo para poder mirarle a los ojos. Deseaba aquello. Nunca había deseado nada con tanta intensidad. Deslicé los dedos por la pechera de su camisa y di un tirón a su cinturón, para que le quedase claro.

—¿Quién hubiera dicho que Lifehouse te ponía así? —bromeó él, aún con voz ronca.

Al decir eso, me cogió de la mano y me llevó al otro lado del campo. Mi mano encajaba en la suya como si estuvieran hechas a medida. Caminó a un paso tan rápido que me hizo reír, aunque no dejé de notar cómo aumentaba el deseo en mis entrañas. Dios, lo necesitaba tanto, allí mismo, en ese momento, que podríamos hacerlo en mitad del campo. Me daba igual. Solo ansiaba que volviera a tocarme, que aliviara aquel calor que amenazaba con consumirme desde dentro.

Juré a Dios que, como me despertara y aquello no fuera más que otro sueño…

Aiden se apartó del camino que conducía de vuelta al edificio y se dirigió al aparcamiento, donde estaba su Mercedes. Al llegar, abrió la puerta del pasajero de un tirón.

—Entra —dijo, en un tono que no era brusco, pero sí lo bastante desesperado como para que no lo cuestionara. Entré en el coche.

—¿A dónde vamos? —pregunté cuando se hubo sentado tras el volante y puso el coche en marcha.

¿Pensaría llevarnos a algún lugar apartado para hacerlo en el asiento trasero? No pensaba negarme… Pero tampoco estaba segura de ser capaz de retorcerme en algunas de las posturas que habíamos probado en su día, cuando era mucho más flexible.

—A la casa que he alquilado —dijo Aiden, que salió del aparcamiento a toda velocidad, como un piloto de Fórmula 1. Fue emocionante.

—Ah. Vale.

—He dado por hecho que no querrías ir a tu casa —sonrió él.

—Lo último que querría es que nos pillara mi madre.

—Eso sí que sería como volver a estar en el instituto.

Me debería haber avergonzado al recordarlo: los dos, medio desnudos, frotándonos uno contra el otro y tratando de entender cómo funcionaba eso del sexo, cuando vimos a mi madre en la puerta con la boca abierta; sin embargo, ahora solo podía pensar en desnudar a Aiden cuanto antes.

El viaje hasta su casa se me pasó en un torbellino de emociones. A las oleadas de excitación y deseo que me abrumaban, se unió una intensa frustración cuando Aiden me puso una mano sobre la rodilla que había quedado al descubierto al sentarme. Sus dedos empezaron a subir por mi pierna con suaves caricias, cada vez más cerca de mi ropa interior. Tuve que recurrir a todo mi control para no poner su mano donde la necesitaba, pero no pude evitar retorcerme en el asiento. A juzgar por su sonrisa de superioridad, Aiden sabía exactamente lo que me estaba haciendo sentir.

Por fin, el coche tomó un camino de acceso y nos detuvimos ante una casa muy grande con un amplio jardín delantero. La reconocí al momento: era la casa más bonita de la ciudad, aunque hacía años que no vivía nadie allí. Por lo general, se alquilaba para bodas o acontecimientos especiales, pero supuse que, cuando uno era multimillonario, debía tener sentido alquilar una casa tan grande para pasar solo un fin de semana.

Aiden salió del coche y se acercó para abrir la puerta de mi lado y ofrecerme la mano. Me condujo a través del porche delantero hasta la puerta principal, donde introdujo un código en la cerradura electrónica. El corazón me latía a toda velocidad. Cuando la puerta se abrió, entramos en un espacio muy amplio, iluminado con luz tenue, con techos muy altos, suelos de madera reluciente y unas ventanas enormes. Había visto aquella casa desde fuera cuando vivía en la ciudad, pero nunca había entrado. En cualquier otra circunstancia, me habría impresionado mucho, pero en aquel momento, no era capaz de concentrarme en nada que no fuera lo

mucho que necesitaba las manos de Aiden sobre mí. Por suerte, no tuve que esperar demasiado.

Él me rodeó con los brazos al momento, y yo utilicé mi cuerpo para comunicarle cosas que aún no podía decirle en voz alta. Cuando estuve apretada contra él, tuve la sensación de que nada podía estropear aquel momento. Era perfecto.

—¿Quieres ver el dormitorio principal? —preguntó con los labios pegados a mi cuello—. Hay un jacuzzi en el baño.

—¿Cómo es la cama? —murmuré.

—Creo que la encontrarás adecuada.

Me rodeó la cintura con un brazo y me llevó hacia el dormitorio, donde una enorme cama de dos metros, hecha con bonitas sábanas de lino, ocupaba el espacio central. En la pared, una puerta muy elegante de cristal se abría hacia un balcón privado, y en una de las paredes había un cuadro gigantesco que, con buen gusto, ocultaba una televisión.

Aiden apagó la luz cuando entramos, y fue como si nos aisláramos del mundo exterior. Se volvió a mirarme con unos ojos azules que parecían más oscuros e intensos. Me hizo pensar en un depredador acechando a su presa, y yo no podía esperar más a que me devorase.

—¿Qué opinas? —preguntó.

No pude soportarlo más. Solo pensaba en una cosa. Me lancé a sus brazos y fui directa a los botones de su camisa.

—Mmm, eso me vale —comentó Aiden.

Se me escapó una carcajada que él detuvo con sus labios, pero perdí las ganas de reír bajo la pasión de sus besos. Esta vez, no estábamos en mitad de un campo de fútbol y no tenía que contenerme, y Aiden, por su parte, fue directo a la cremallera de mi

vestido. La bajó despacio, acariciándome la espalda con los dedos y jugueteando con el encaje de mi ropa interior.

Nos dirigimos a tientas hacia la cama, sin separarnos ni un milímetro. Si había tenido alguna duda respecto de aquel momento, hacía tiempo que las había olvidado. Lo único que me preocupaba era quitarle a Aiden la maldita camisa que llevaba. Con un frufrú de tela, mi vestido cayó hasta mis tobillos.

—Preciosa —murmuró Aiden, mientras acariciaba con un dedo la parte superior de mis pechos, que el sujetador dejaba al descubierto.

Me miraba como si quisiera devorarme, y yo no deseaba otra cosa; pero antes, quería verlo desnudo. Le desabroché los botones y metí las manos dentro de su camisa. Él la sacó de los pantalones y yo me encargué de retirarla de unos hombros con una musculatura perfecta.

—Esto me trae recuerdos —dijo.

—¿Del instituto?

—No, de la sesión de fotos para *GQ*. —Se echó a reír al ver la expresión de mi cara.

—Muy gracioso. Estoy segura de que habría alguna becaria deseando embadurnarte los abdominales de aceite.

—¿Y tú? —preguntó con una sonrisa sugerente.

Yo deslicé las manos por su pecho, acariciando esos músculos espectaculares, y recorrí las hendiduras de su tableta de chocolate. Desde luego, era cierto que no habían retocado nada en las fotos. Él me volvió a besar, y el bulto de su erección presionó contra mi abdomen. Tuve que apretar los muslos.

—Me encantaría que te quitaras los pantalones —susurré.

—Pide y recibirás —sonrió él.

Se quitó el cinturón muy despacio, sin dejar de mirarme a los ojos; después, desabrochó el botón, bajó la cremallera, y dejó caer los pantalones hasta los tobillos con mucha menos ceremonia. Me costó un momento comprender que me había quedado mirándolo embobada. Su pene estaba erguido y, prácticamente, gritaba mi nombre. Siempre había tenido un tamaño impresionante, pero yo no lo había apreciado cuando estábamos en el instituto, porque, ¿qué sabía yo de sexo en aquella época? En cambio, ahora… Tenía que admitir que el Rey del Cóctel no me había decepcionado.

Aiden me atrajo hacia él y yo dejé que mi mano bajara desde su abdomen hasta su polla. La tomé en la mano y me volví a familiarizar con su peso y su tacto. Aiden cerró los ojos y respiró por la nariz.

—Sí —suspiró entre dientes.

Después, me volvió a besar y mi cerebro se desconectó. Se me olvidó lo que estaba haciendo con la mano, y no supe si ese habría sido su plan, porque fue directo a desabrocharme el sujetador. La prenda se deslizó por mis brazos y yo la tiré junto a mi vestido. Los dedos de Aiden rozaron mis pezones y juguetearon con ellos hasta que no pude contener los gemidos de desesperación. Al oírlos, me cogió en brazos y me dejó sobre la cama.

—Túmbate.

—¿Es una orden, Su Majestad? —pregunté, apoyándome sobre los codos.

—Ya lo creo que sí.

Hice lo que me pedía, y me recosté mientras él se subía a la cama y se situaba entre mis piernas. Noté su respiración cálida acariciando mis muslos, y se me erizó la piel de todo el cuerpo. Sus manos recorrieron mis muslos y mis caderas. Yo había cambiado mucho desde que era una adolescente, y había adquirido todos los complejos propios de las mujeres, pero al mirarle, con los dedos

enredados en su pelo, comprendí que a él no le importaban las diferencias, cosa que me dejó clara al darme un beso reverente en la tripa.

Sus labios recorrieron mi piel, hasta introducir la lengua en mi ombligo, lo que me hizo reír. Después, descendió hasta el borde de mis braguitas y lo sujetó con los dientes.

—¿Te parece bien? —preguntó con un susurro ronco.

—Ay, Dios, sí.

Dejé caer la cabeza sobre el edredón y él me bajó las bragas por las piernas. Cuando volvió a subir, me preparé para que siguiera torturándome, pero él me sacó de mi tormento apretando su lengua contra mi clítoris.

—Mmm —gemí, acercando mis caderas más a él.

Su lengua era diabólica, y la forma en la que me lamía una y otra vez me hizo soltar los gemidos más embarazosos. Él continuó sin detenerse, arriba y abajo, hasta llevarme al extremo del placer. Agarré el edredón con los puños, pero entonces él se detuvo sin previo aviso, y di una sacudida de frustración que casi hizo que se quitara de encima.

—¿Necesitas algo? —rio él contra mis muslos.

—Por favor —supliqué, sin creer que tuviera que recurrir a eso, pero me tenía totalmente a su merced—. Por favor, no pares. Estoy a punto.

—¿A punto de qué? —preguntó.

—Cabrón —murmuré.

—¿Quieres correrte?

—Sí.

—No te oigo…

—¡*Sí*! —gemí cuando él volvió a recorrer mi hendidura con la lengua, y la apretó más fuerte contra mi clítoris.

Alternó los movimientos, lamiendo, chupando y describiendo círculos contra mí hasta que una oleada de placer se extendió entre mis caderas y descendió por mis piernas, mientras mi cabeza dejaba de pensar en nada que no fuera el placer absoluto. El orgasmo fue increíble, y me estremecí de la cabeza a los pies.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó cuando volví a la tierra.

—¿Necesitas que te lo diga?

—Lo estoy recordando todo, es como…

—Ni se te ocurra compararlo a montar en bici.

—¿Como anotar un *touchdown*?

—Eso sí vale —dije, y le tiré un poco del pelo para obligarle a acercarse más a mí.

Al besarle, noté mi sabor en sus labios, y no pude evitar pensar en que todo me parecía familiar y, a la vez, nuevo. En el instituto, Aiden había sido un buen amante, atento y dulce, que siempre se aseguraba de que estuviera lista y quisiera hacerlo. Una vez que pasamos la incómoda fase de la virginidad, el sexo había sido divertido y un poco torpe, porque aún estábamos tratando de averiguar cómo funcionaba. En aquellos tiempos, se había tratado, sobre todo, del descubrimiento y la excitación de hacer algo nuevo. Sin embargo, ahora éramos adultos y los dos teníamos más experiencia. Yo no quería pensar en la que pudiera tener Aiden, ni en compararla con mi propia historia y mis quince años con Levi, además de un par de rollos el año anterior. Sin embargo, me alegraba de poder beneficiarme de todo lo que él había aprendido. Solo esperaba que supiera utilizar la polla tan bien como la lengua.

—Dime lo que quieres —susurró en mi oído, su aliento caliente contra mi piel.

—A ti. Dentro de mí.

Él se apartó un momento para abrir un cajón de la mesilla. Oí el ruido de un envoltorio al abrirse y se puso un condón, antes de volver a besarme con suavidad y apartarme las piernas.

—Fóllame, Aiden —gemí cuando frotó la punta de su pene contra mi clítoris, aún sensible.

Me sentía abrumada y, a la vez, desesperada por sentirle de nuevo. Necesitaba que calmara el ansia que latía dentro de mí.

—Dios, por favor —insistí.

Él se situó ante mi entrada y me penetró de un solo empujón. Yo estaba muy húmeda, preparada para recibirle, pero sabía que, al día siguiente, me molestaría un poco. Cerré los ojos para disfrutar mejor de la sensación de estar unida a él.

—¿Estás bien?

Asentí, al tiempo que apretaba mis caderas contra él y me mordía un labio, en una súplica silenciosa para que empezara a moverse. Él empezó despacio, saliendo un poco antes de volver a entrar, sin dejar de mirarme. Me observaba como si fuera la única mujer del mundo.

—Mmm, sí —dije.

—Me encanta estar dentro de ti —susurró contra mi pelo.

Nos movimos juntos con facilidad. Cada caricia, cada beso, parecían tan perfectos, tan satisfactorios, que casi me costaba respirar. Me dejé llevar por las sensaciones que me provocaba el cuerpo de Aiden pegado al mío y la forma en que me sujetaba los hombros con las manos, para apoyarse y poder entrar más. De nuevo noté cómo aumentaba la tensión dentro de mí, alimentando las llamas de aquella ansia deliciosa.

—Joder —susurré mientras él entraba y salía de mí cada vez más rápido, con movimientos casi desesperados—. Joder, joder, joder.

Aiden perdió el ritmo, soltó un gruñido y metió una mano entre los dos para frotar mi clítoris. Eso fue suficiente para hacerme alcanzar un segundo orgasmo, aún más intenso que el anterior. El placer volvió a apoderarse de mi cuerpo y me dejó temblorosa y sin respiración. Por un momento, pensé que mis piernas nunca dejarían de temblar.

Aiden se dejó caer sobre mí al terminar y noté los latidos acelerados de su corazón. Nuestros cuerpos estaban entrelazados, y el único sonido que rompía el silencio era nuestra respiración acelerada. Me sentía satisfecha y agotada a partes iguales, y nunca me había sentido tan a salvo. Me propuse disfrutar del contacto con él, de la sensación de su pecho moviéndose sobre mí, durante todo el tiempo posible.

—¿Ha estado tan bien como recordabas? —preguntó Aiden con una mirada tierna, tal vez presa de las mismas emociones que me atenazaban el corazón a mí.

Yo reí y le di un beso en el pecho. Era muchísimo mejor ahora, pero no pude evitar tomarle el pelo un poco.

—Creo que en el instituto aguantabas más.

Él se apartó de mí tan rápido que solté un chillido.

—Retira eso. Mi rendimiento es mucho mejor ahora.

—Ya lo veremos. Necesito más datos.

—Si eso es una indirecta porque quieres otra ronda —dijo Aiden levantando y bajando las cejas muy rápido—, joder, pues dilo.

AIDEN

—Quédate a dormir —susurré a Cora, ansioso por prolongar aquel momento y tenerla en mis brazos todo el tiempo que fuera posible.

Apenas podía creer hasta qué punto me sentía bien con ella, y lo natural que había sido. Tal vez, aún estaba afectado por el subidón hormonal del sexo y no pensaba con claridad, pero, al estar allí con Cora, me sentía como si hubiera vuelto a casa y hubiera encontrado algo que no sabía que me faltaba.

—No puedo —dijo ella, acariciándome la frente con la punta de los dedos.

—Sí puedes.

—¿Y hacer que mi madre empiece a llamar sin parar cuando vea que no vuelvo?

Mi risa rompió el silencio en la habitación oscura, y la apreté un poco más contra mí.

—Dudo que Bonnie vaya a salir a buscarte. Ya no somos unos críos, no le importará si te acuestas con alguien.

—Tienes razón, pero seguramente esperaba que volviera hace más de una hora, y no quiero que se preocupe. Podría hacer alguna

locura, como empezar a llamar a nuestros antiguos compañeros de clase.

—Ay Dios. —Me pasé la mano por la cara—. No esperaba que siguiera teniendo los teléfonos de todo el mundo.

—Lo último que necesito es que alguien que estaba en la fiesta le cuente lo de Levi. O peor, que le hable de… esto —dijo, haciendo un gesto hacia nosotros dos—, antes de que lo haga yo.

—No creo que nadie sepa que nos hemos escapado de la fiesta juntos para irnos a la cama.

—Teniendo en cuenta la forma en que saliste del aparcamiento —bromeó Cora—, creo que, si alguien lo ha visto, habrá asumido que solo estabas pensando en una cosa.

—Puedes enviarle un mensaje.

—Podría —dijo Cora con suavidad, antes de apoyar los labios sobre el puente de mi nariz—. Pero nos iremos por la mañana, y apenas he tenido ocasión de hablar con ella. Me gustaría quedarme contigo, pero esta noche es la única ocasión que tengo de pasar un rato con ella y tratar de averiguar lo que me está ocultando.

—¿Sigues pensando en la abducción alienígena? —bromeé.

—Sí, hasta que se demuestre lo contrario.

A pesar de que me estaba siguiendo la broma, sabía que Cora estaba preocupada por su madre de verdad, y no quería que se estresara más. Le besé la frente.

—Vístete, te llevaré a casa. Igual que la primera vez que lo hicimos.

—¿Quiere eso decir que esto cuenta como la segunda primera vez? —preguntó.

—Es nuestra primera vez como adultos.

Ella salió de la cama y se inclinó para recoger su ropa interior del suelo. La contemplé en la penumbra, admirando sus largas piernas, los hoyuelos en la parte inferior de su espalda, las curvas de sus caderas y sus pechos.

Sí, era como repetir nuestra primera vez, y desde luego que esperaba que no fuera la última.



Cora

El Mercedes se detuvo delante de mi casa, detrás del coche de mi madre. Era mucho más discreto que el trasto que Aiden conducía cuando estábamos en el instituto. Su camioneta de entonces hacía tanto ruido que nos delataba cada vez que parábamos delante de casa. Mi padre solía apartar la cortina de la ventana del salón para asegurarse de que no hacíamos nada «indecente». En cambio, el Mercedes apenas había hecho ruido antes de que Aiden apagara el motor.

—No hace falta que salgas —empecé a decir, pero lo dejé al ver que él estaba ya fuera del coche y había cerrado su puerta.

Discutir no tenía sentido, pues parecía decidido a hacer todo lo adecuado. Abrió mi puerta un momento más tarde y me tendió una mano. Yo no me había molestado en volver a ponerme los zapatos, así que recorrí el camino hasta la casa descalza, con ellos en la mano, y lo miré al llegar a la puerta.

Aiden me devolvió la mirada, con las manos en los bolsillos, el pelo revuelto, y una sonrisa orgullosa, como si acabara de conseguir un *touchdown*.

—¿Deberíamos recrear también el beso de buenas noches de nuestra primera cita?

—Bueno, ha sido nuestra primera noche en varios aspectos.

La primera vez que lo hacíamos de adultos, la primera vez que bailábamos juntos, y la primera vez que volvíamos al instituto.

—Y, si no recuerdo mal, has sido tú la que se me ha echado encima antes, al llegar a mi casa.

—Pero ¡qué dices!

—Ya lo creo que sí. Has estado a punto de tirarme al suelo. —Apoyó una mano en la pared de ladrillo detrás de mí—. He tenido que sujetarme así. —Me miró con una sonrisa y se inclinó hacia mí.

—Creo que yo he puesto los brazos aquí —dije, rodeándole el cuello con ellos—, y los labios aquí.

Le besé, aunque no fue como el beso recatado de despedida que le había dado tantos años atrás. Fue mucho más sexi, con mucha más lengua, pero no pude contener una risilla, como si aún fuera una colegiala.

—Veo que ya no te preocupa que nos pille tu madre —dijo riendo también, hasta que le metí la lengua en la boca y le hice gruñir.

Cuando nos separamos, miré a través de la ventana junto a la puerta, pero el interior estaba oscuro. Mi madre solía dejar una luz encendida si aún estaba despierta.

—Puede que se haya ido a dormir ya. Le dije que volvería mucho antes.

—A ver, es que a alguien le ha costado un siglo vestirse.

—¡Ya lo creo! No entiendo por qué te cuesta tanto abrocharte los botones de la camisa.

Aiden hizo un sonido de protesta.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—Creo que, en cuanto entre, voy a escribir a todas mis amigas para contarles que Aiden Callihan me ha besado.

—Entonces yo tendré que contar a todo el equipo que esta noche he pillado.

—¿Eso es lo que hacías en aquella época? —reí.

—Por supuesto.

—Hombres —dije, poniendo los ojos en blanco.

Él me besó en la mejilla.

—¿Te recojo por la mañana?

—Sí, hasta mañana.

—Que duermas bien.

Tras decir eso, bajó los escalones de la entrada sin dejar de mirarme, con una leve sonrisa en los labios. Después, se dio la vuelta y se dirigió al coche. Me quedé mirando cómo se alejaba y, cuando lo perdí de vista, saqué la llave y abrí la puerta de casa. Aunque tenía las manos ocupadas con las llaves, el bolso y los zapatos, me las apañé para no tropezar en la oscuridad con la mesa de la entrada.

Cerré la puerta, solté los zapatos y recorrí la pared con la mano hasta localizar el interruptor de la luz del salón. Cuando la encendí y asimilé lo que veía ante mí, me quedé boquiabierta y los ojos casi se me salieron de las órbitas, como en los dibujos animados. Mi madre, Bonnie Newport, estaba sentada en el sofá morreándose con un tío, como si tuviera dieciséis años, en lugar de casi cincuenta y cinco. ¿*Qué cojones*? ¿En qué clase de mundo alternativo había aparecido?

—¡Oh!

Mi madre y el desconocido se apartaron de un salto con una risa nerviosa, se pusieron en pie inmediatamente y empezaron a ajustarse la ropa, como dos críos sorprendidos por sus padres.

—¡Cora! ¿Ya has vuelto? No te esperaba tan pronto.

No me digas...

—Es casi medianoche —contesté, dejando las llaves sobre la mesa.

Me había quedado allí parada, sin saber a dónde mirar ni qué hacer. ¿Sería demasiado tarde para llamar a Aiden y marcharme por donde había venido?

—Tienes razón, es un poco tarde —dijo una voz que me resultó familiar—. Creo que hemos perdido la noción del tiempo.

—Eso parece —dijo mi madre, con una risa tonta que no había escuchado en mi vida.

Me moví un poco para ver mejor al hombre al que, hasta ahora, había estado haciendo esfuerzos por no mirar.

—¿Señor Cranson?

—Hola, Cora —dijo él, con una sonrisa amable, y un tanto avergonzada—. Me alegro de volver a verte.

—Yo… ¿también?

¡*No podía creer que mi madre se hubiera estado enrollando con mi profesor de literatura del instituto*! Aiden no se lo iba a creer. Demonios, si ni yo misma me lo creía.

El señor Cranson me había dado clase tres de los cuatro años del instituto. Desde entonces, se había dejado barba y le habían salido canas, pero el sonido de su voz me hizo pensar en las largas discusiones que habíamos tenido sobre algunos de mis libros favoritos. Sus clases siempre habían sido mis preferidas, y él había sido una de las razones por las que había planeado estudiar filología. Decir que había sido un buen profesor no le hacía justicia, pero encontrármelo en el sofá, besando a mi madre… Eso era algo completamente distinto.

Solté una risa incómoda.

—Entonces… Bueno, ¿qué está pasando aquí?

Mi madre dio un paso hacia el señor Cranson y le cogió de la mano.

—Cielo, quería contarte lo de Henry antes de que pasara algo así, pero anoche llegaste muy tarde, y has estado tan ocupada organizando la reunión con Aiden que no he encontrado el momento.

¡Henry! Ay. *Ay*. Aquello iba en serio.

Mi madre inspiró hondo y me miró a los ojos.

—Cora, Henry y yo llevamos unos meses saliendo.

—¿Unos meses? —pregunté.

Con todos los problemas ridículos que se me habían ocurrido, no se me había pasado por la cabeza que estuviera saliendo con alguien. Aunque ahora suponía que debía haberlo imaginado. Hacía muchos años que habíamos perdido a mi padre y, siendo sincera, el que no se tratara de un problema de salud suponía un gran alivio.

—Por eso últimamente has estado tan rara y esquiva cada vez que hablábamos.

—No me había dado cuenta… —Mi madre hizo una mueca—. No había querido contártelo al principio, en caso de que se quedara en nada, pero lo cierto es que estamos muy bien.

Se volvió a mirar al señor Cranson con una sonrisa tierna que hacía muchos años que no veía en su cara. Era evidente que el señor Cranson la hacía feliz. Él se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Os dejo para que podáis hablarlo con tranquilidad.

—Te llamaré mañana —dijo mi madre, con un gesto de asentimiento.

—No si yo te llamo primero.

Vaya, eso era muy cursi. A pesar de lo incómodo de la situación, no pude evitar sonreír de oreja a oreja.

—Me alegro de verte, Cora —dijo el señor Cranson—. Espero que podamos ponernos al día pronto.

—Claro que sí.

Él se dirigió a la puerta y, cuando se marchó, me volví hacia mi madre.

—¡No me puedo creer que no me lo hayas dicho!

Mi madre levantó las manos.

—Al principio, ni siquiera sabía qué decirte. No sabía ni si recordaría lo que era salir con alguien. Y, ni en un millón de años se me ocurrió que pudiera durar. Pero después de una cita, vino la siguiente, y después… Bueno, ya sabes cómo va.

Seguí a mi madre a la cocina, donde ella llenó el hervidor de agua y lo puso en marcha, antes de sacar un paquete de galletas del armario. Se metió una Oreo en la boca y se apoyó contra la encimera. Yo me quedé esperando a que continuara, segura de que le preocupaba alguna otra cosa, aparte de si las cosas iban a más con el señor Cranson.

—¿Te preocupaba que me pareciera mal? —pregunté con cautela.

Ella suspiró y me ofreció el paquete de galletas. Cogí una, me senté en la mesa y esperé mientras ella preparaba dos tazas de té.

—Lo cierto es que se me ocurrió la idea de que pensaras que estaba traicionando la memoria de tu padre —admitió.

—Para nada —dije enseguida—. Mereces ser feliz, mamá. Creo que eso es lo que habría querido papá.

—Yo también lo creo —sonrió ella.

—El caso es que, ahora que ya sé que no me estás ocultando un secreto horrible, me alegro mucho por ti. Y por el señor Cranson.

—Ahora tendrás que llamarle Henry.

—Henry. —Arrugué la nariz—. Suena muy raro.

—Ya te acostumbrarás.

—De verdad que me alegro mucho. Ya sabes que le tenía mucho cariño cuando era mi profesor, y que había pensado en seguir sus pasos y enseñar literatura.

—Tenía la esperanza de que reaccionaras así.

Mi madre colocó las dos tazas de té sobre la mesa y me besó en la cabeza, antes de sentarse frente a mí.

—Por cierto —continuó—. ¿Qué secreto horrible pensabas que te estaba ocultando?

—¡Ay, Dios mío! —Tuve que reír al pensar en lo tonta que iba a parecer—. Me había imaginado de todo, desde que te ibas a jubilar, hasta que te ibas a mudar a algún sitio con playa y poner un puesto de fruta. También tenía una teoría muy buena sobre abducciones alienígenas. Aiden se partía de risa.

—Así que Aiden, ¿eh? —preguntó mi madre, después de beber un trago de té—. Has estado hablando mucho de él últimamente.

Deslicé un dedo alrededor del borde de mi taza.

—Bueno, sí, es que ahora trabajamos juntos. Y me ha ayudado con todo esto de la reunión cuando Trish me cargó con el muerto.

—¿Y eso es todo? —Mi madre ladeó la cabeza y me miró con una sonrisa cómplice. Siempre había sabido cuándo le ocultaba algo—. Creo que este es el momento de que me pongas al día de tu vida amorosa.

Acerqué mi taza a la nariz e inhalé el aroma del té. ¿Por qué, de repente, me sentía como si volviera a tener dieciséis años?

—¿A qué te refieres?

—Puede que haya estado distraída cuando has llegado a casa…

—¿Así es como lo vamos a llamar? —resoplé.

—No te pases —dijo, señalándome con el dedo, aunque su advertencia iba acompañada de una sonrisa—. Sigo siendo tu madre, y no creas que no me he fijado en que llevas el pelo revuelto y los labios un poco hinchados.

Me puse como un tomate y me llevé los dedos a los labios.

—Asumo que era Aiden.

—Hemos… vuelto, o algo así.

—¿Desde cuándo?

—Pues supongo que desde esta noche.

Bebí un poco de té y pensé en lo que acababa de decir. Vaya noche. Suponía que debía darle las gracias a Trish por hacernos volver allí, donde había empezado todo.

—Creo que llevábamos unas semanas considerándolo, pero esta noche… Todo ha sido muy natural.

Mi madre se quedó callada durante unos momentos, mordiéndose un labio.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Eres feliz?

Me limité a asentir con la cabeza.

—Entonces, me alegro mucho, cariño. De verdad. Aiden siempre me cayó bien cuando estabais saliendo…

—¿Pero? —La duda que detecté en su tono me hizo preguntar.

—Quiero que tengas cuidado. —Me puso una mano en la mejilla con cariño—. Ha pasado mucho tiempo desde que ibais al instituto, así que, esta vez, puede que funcione. No quiero que te vuelva a hacer daño. Aún me acuerdo de aquella vez, de cómo volviste a casa hecha un mar de lágrimas. No dejabas de llorar, y a tu padre y a mí nos costó horas conseguir que nos contaras lo que había pasado.

Qué joven e inexperta había sido yo en aquella época. Además, la ruptura fue muy brusca. En cambio, ahora Aiden y yo éramos lo

bastante maduros como para no hacernos tanto daño el uno al otro, y la situación era totalmente distinta.

—Todo irá bien —aseguré—. Como has dicho, ahora ya somos adultos, y esta vez no pasará algo así.

Sin embargo, al decirlo noté una cierta sensación desagradable en el estómago. Aiden y yo aún no habíamos hablado de por qué se había terminado la primera vez. ¿Lo aclararíamos en algún momento, o lo dejaríamos estar, como una nube negra que se cerniera sobre… lo que fuera que había entre nosotros? Y, hablando de eso, ¿qué había entre nosotros? ¿Estábamos juntos otra vez, o creería él que esto solo era un rollo? Recordé la forma en que me había besado, cómo me había tocado, como si fuera algo que quería proteger. Uno no se molestaba en proteger las cosas que no pensaba conservar, ¿no?

Pero, incluso si significaba algo para él, hasta que no supiera la razón por la que me había dejado en el instituto, ¿cómo podría estar segura de que no volvería a hacerlo?

AIDEN

—Su carruaje —dije, abriendo la puerta del pasajero de mi Mercedes para Cora.

Ella puso los ojos en blanco y me miró de un modo que decía a las claras: *Vuelve a entrar en el coche.* Pero yo ya me había metido en mi papel, así que hice un gesto rebuscado con la mano para señalar su asiento. Había salido del coche con la intención de llamar a la puerta y saludar a su madre, si estaba, pero Cora había salido de la casa a toda velocidad antes de darme tiempo a llamar, y me había informado de que su madre ya se había ido a trabajar.

—Si me dijeras que tienes un carruaje de verdad aparcado en algún garaje en Manhattan —dijo Cora cuando entré en el coche—, no me sorprendería nada.

—Nunca se sabe. Podría haber encargado que me fabricaran uno —reí.

—Oye, que es una broma. Te suplico que no me recojas jamás en un carruaje, por favor.

—No me des ideas —dije, volviéndome para salir marcha atrás del camino de la casa—. Bueno, has dicho que tenías algo que contarme.

—Ay, no te lo vas a creer —dijo ella con un gemido—. No sé cómo pude quedarme dormida anoche antes de contártelo.

—Te dejé agotada, ¿no? —pregunté con una sonrisa enorme.

Ella se puso de un color rosa encantador.

—Bueno, ¿te acuerdas de que te conté que me preocupaba mi madre?

—Sí. ¿Ya te has enterado de lo que le pasa?

—Pues que, al parecer, ha estado saliendo con el señor Cranson durante todo este tiempo.

—¿Cómo? —Sonó casi como un chillido—. ¿Nuestro profesor de literatura?

—Sí. Ahora es *Henry*.

—Ay, la leche. —Tamborileé sobre el volante—. ¡Bien hecho, Bonnie!

Cora me dio un golpe en el hombro.

—Oye, que estás hablando de mi madre.

—Ya lo sé. ¿No te acuerdas de que la mitad de las chicas del instituto estaban enamoradas de él? Se volvían locas cuando leía *Romeo y Julieta* en clase. Todas querían ser Julieta.

—¡Se me había olvidado por completo! —exclamó Cora con un respingo—. Claro, que yo estaba un poco demasiado obsesionada contigo como para darme cuenta.

Su comentario hizo que el corazón me diera un pequeño salto en el pecho. Yo había estado igual de obsesionado con ella.

—Hablando en serio. ¿Qué opinas tú? ¿Es el primer hombre con el que sale tu madre, después de lo de tu padre?

—Sí, eso creo. Al menos, el primero que ha ido en serio. Si ha habido otros, nunca me lo ha contado, pero no creo que los haya

habido. Mi madre y mi padre eran el uno para el otro, ¿sabes? Siempre me pregunté si encontraría a alguien que volviera a hacerla feliz, pero parece que el señor Cranson lo ha conseguido. Anoche la vi más feliz de lo que la he visto en años.

—Así que, ¿te parece bien?

Cora inspiró hondo y exhaló despacio.

—¿Sabes qué? Sí, me parece bien. Me alegro mucho por mi madre, ya era hora. Y el señor Cranson es estupendo. Parece que la trata bien, y eso es todo lo que podría desear.

Tuve la sensación de que Cora y su madre se habían entendido bien en lo referente a aquella relación. A mí me había resultado muy difícil que mi madre empezara a salir con otros hombres después de divorciarse de mi padre.

—Es una pena que tu teoría sobre la abducción alienígena no haya sido cierta.

Cora se volvió a mirarme.

—¡Ya lo creo!

Nos echamos a reír los dos a la vez.

—He pensado que podríamos parar a desayunar en algún sitio antes de volver a Manhattan. ¿Te parece bien?

—Por supuesto —dijo Cora—. Mi madre me ha ofrecido hacerme algo antes de irse, pero ahora solo desayuna no sé qué mejunje saludable de avena y semillas de lino que da un poco de miedo.

—Suena delicioso. —Arrugué la nariz.

—Eso mismo pienso yo.

—Pues tienes suerte, porque tengo una opción mucho mejor. —Apreté el acelerador y conduje hasta el otro lado de la ciudad, donde estaba Doris’s Diner, el mejor sitio de la ciudad para desayunar.

—¡Dios mío! —dijo Cora—. ¡Casi me había olvidado de este sitio!

Prácticamente saltó del coche y corrió hasta la puerta del restaurante. Yo la seguí al interior, donde me asaltó una oleada de olor a café y grasa de beicon. No había vuelto a aquel lugar desde que era un adolescente, pero no había cambiado en absoluto. Los posters que decoraban las paredes eran los mismos de entonces; las cartas rojas y blancas eran las mismas, y hasta los manteles de cuadros, los asientos de vinilo y las cortinas parecían no haber cambiado en los últimos veinte años. Parecía el decorado de una de esas comedias antiguas de la tele.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, donde los rayos del sol matutino bañaron a Cora en una suave luz dorada. Ella deslizó un dedo por la carta y sacudió la cabeza, con una risa.

—¿Qué? —pregunté, incapaz de contener una sonrisa.

—Este es el tipo de desayuno glamuroso propio del estilo de vida de un multimillonario, ¿no? ¿Vas a pedir el plato grande de tortitas, como cuando éramos jóvenes?

—Cualquier multimillonario que se precie sabría que Doris hace las mejores tortitas —expliqué en tono muy pomposo, señalando con un dedo.

—En eso tienes razón —dijo Cora, estudiando la carta.

—Pero —continué—, si lo que quieres es glamur, tendré que llevarte a cenar alguna noche cuando volvamos a Manhattan.

Ella me miró con ojos entornados y una sonrisilla.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio.

No creería en serio que Doris’s era el mejor sitio al que podía llevarla, ¿no? No había otras tortitas que se pudieran comparar a las suyas, pero conocía unos cuantos sitios que la dejarían boquiabierta

de verdad. Cuanto más lo pensaba, más me ilusionaba la idea. A esas alturas, no creía que necesitara impresionarla, pero quería hacerlo. Quería invitarla a una buena cena en un restaurante de lujo, con una mesa privada donde no estuviéramos a la vista de nadie.

Cora se me quedó mirando unos instantes y luego se relajó con una gran sonrisa. No estaba seguro de qué había cambiado, pero me alegraba que pareciera gustarle la idea de salir conmigo. Aunque solo habíamos estado separados durante unas pocas horas esa noche, había echado de menos el calor de su cuerpo, la sensación de tenerla apretada contra mí. Ella dejó la carta a un lado con un gesto que pareció deliberadamente casual.

—¿Me estás ofreciendo una cita, Aiden Callihan?

—Así es.

—Estoy esperando —dijo ella, después de carraspear un poco.

—Cora Newport, ¿te gustaría cenar conmigo esta noche?

—¿Dónde? —preguntó.

—¿Puede ser una sorpresa?

—Al menos, dime qué ropa debería ponerme —pidió, inclinando la cabeza.

—Un vestido bonito, definitivamente —dije.

Y unos tacones bien sexis, pensé para mis adentros. No se lo dije, con la esperanza de que el vestido que fuera a ponerse requiriese ese tipo de zapatos.

—En ese caso, sí. Me encantará ir a cenar contigo —dijo ella—. Siempre que me prometas no recogerme con un carruaje.

—De acuerdo —confirmé, sacando el teléfono.

—¿Qué estás haciendo?

—Cancelar el carruaje. —Ella se puso muy seria, hasta que me eché a reír—. Es una broma.

—Solo por eso, voy a pedir unos dónuts para llevar. —Me miró con enfado fingido—. Espero que lo pases muy bien limpiando azúcar del Mercedes.



—¿Así que siempre aparcas en doble fila? —preguntó Cora cuando la acompañé a la puerta de su edificio unas horas más tarde.

—La última vez me fue bien —dije.

Ella arqueó una ceja.

—No me multaron —expliqué.

Era muy consciente de que la última vez que la había acompañado a su casa la había besado, aunque el beso no había terminado como yo había esperado.

—¡Cora! —llamó Carlos cuando atravesamos el vestíbulo—. Ha llegado esto para ti.

Cora se acercó al mostrador y yo la seguí, preocupado al ver que Carlos mostraba un enorme jarrón lleno de rosas rojas.

—¿De quién? —preguntó.

Carlos giró un poco el jarrón.

—Aquí hay una tarjeta. Son bonitas, ¿eh?

Cora cogió la tarjeta y, al leerla, frunció los labios y arrugó la nariz. Estaba claro que no le hacía ninguna gracia.

—De Levi —explicó.

—¿Levi? —repitió Carlos—. ¿Ha vuelto? Creía que ahora vivía en California.

—Y así era —dijo Cora con una mueca—. Tal vez tengamos suerte y se volverá a marchar.

—Está claro que no lo pilla —murmuré entre dientes, con ganas de buscar el cubo de basura más próximo para tirar las dichosas flores.

—Después de la forma en que te trató, ¿es que cree que puede arreglarlo todo comprándote unas flores? —dijo Carlos—. Joder, qué capullo. ¿Quieres que me ocupe de ellas?

Cora suspiró y empujó el jarrón al otro lado del mostrador.

—¿Por qué no se las llevas a tu mujer? —dijo ella—. Sería una pena tirarlas.

—Oye —dijo Carlos, esbozando una sonrisa—. Esa es una buena idea. A mi mujer le encantarán.

—Genial. Me alegro de que alguien pueda disfrutarlas. —Se volvió hacia el ascensor—. Hasta luego, Carlos.

—Hasta luego —respondió él.

Seguí a Cora al ascensor y subimos a su piso, pero no pude dejar de pensar en aquel enorme ramo de flores.

—Parece que Carlos no es muy fan de Levi —dije.

Ella resopló con fuerza.

—Eso es quedarse corto, aunque no se llevaban mal cuando Levi y yo vivíamos aquí juntos.

Levanté las cejas.

—¿Vivías aquí con Levi? Pensaba que te habías mudado aquí para vivir con Jennifer.

—En realidad fue al revés, más o menos —explicó ella—. Conocí a Jenn cuando trabajábamos en el mismo restaurante y la ayudé a conseguir un apartamento en este edificio cuando se mudó uno de mis vecinos. Cuando Levi se marchó, yo no pude pagar el alquiler sola y me asusté, porque no sabía qué hacer. Carlos se enteró de todo, y la razón por la que ahora no aguanta a Levi es porque él me puso en aquella situación. Jenn me propuso que me mudara a su piso, así que todo acabó bien, pero Carlos aún le guarda rencor.

—Claro, eso es comprensible.

Cuando Cora me había contado lo de la ruptura, no se me había ocurrido que la marcha de Levi habría afectado a su vivienda. Sin duda, la había dejado tirada de todas las formas posibles. Menudo gilipollas. Y no se le había ocurrido nada mejor que volver para agobiarla de otro montón de formas distintas. ¿Qué era lo que no había entendido la noche anterior? Cora no quería volver con él, ahora estaba conmigo. ¿Qué cojones creía que iba a conseguir enviándole flores? A diferencia de Levi, Cora no era la clase de persona que dejaba tirada a su pareja por un capricho. Iba a tener que esfumarse cuanto antes.

—¿Estás bien? —preguntó Cora mientras abría la puerta.

—¿Qué? Ah, sí.

—Parecía que estuvieras en las nubes. He dicho que ya has cumplido tu misión, me has dejado en casa sana y salva. —Sonrió con dulzura —. Deberías volver al coche antes de que te pongan una multa. La buena suerte no te va a durar siempre.

—Tienes razón. —Me incliné para darle un beso rápido en los labios —. ¿A qué hora te recojo para la cita? ¿A las siete?

—Mejor a las siete y media —contestó, con un guiño que me puso el corazón a mil.

—De acuerdo.

—Y sin carruaje. Acuérdate, me lo has prometido.

—Nada de carruajes —confirmé—. Pero puede que venga en el McLaren.

Cora abrió mucho los ojos.

—¿Cuántos coches…? —Se detuvo a mitad de la pregunta—. ¿Sabes qué? Mejor no me lo digas, no quiero saberlo.

—Seguramente será lo mejor —dije, retrocediendo hacia el ascensor —. Nos vemos esta noche.

—Nos vemos. —Me despidió con la mano y entró en su casa.

Yo me dirigí al ascensor y me llevé el teléfono a la oreja en cuanto salí al vestíbulo.

—Anthony —dije cuando cogió la llamada—. Soy Aiden Callihan. Necesito una mesa para esta noche.

Anthony era el director general de Velour & Vine, un restaurante con tres estrellas Michelín que servía un pescado exquisito y que aparecía de forma habitual en las listas de los mejores restaurantes del mundo. Puede que a Cora le hubieran encantado las tortitas del desayuno, pero ese lugar le ofrecería una auténtica experiencia de alta cocina. Estaba dispuesto a asegurarme de ello.

—Por supuesto, señor Callihan. Estaremos encantados de recibirle. ¿A qué hora piensa venir?

Llegar desde casa de Cora al restaurante nos costaría unos treinta minutos.

—¿Puede ser a las ocho?

—Tomo nota. ¿Querrá su mesa habitual?

—Sí, por favor.

La mesa estaba situada en una zona semi privada y ofrecería la experiencia íntima y exclusiva que estaba buscando. Quería que aquella cena fuera perfecta.

—¿Vendrá acompañado?

—Solo una persona más. Y, ¿Anthony?

—¿Sí?

—No voy a reparar en gastos.

Tras confirmarme que no necesitaba preocuparme por nada, nos despedimos, y yo me dirigí hacia la puerta del edificio, pero me detuve antes de salir, pensando en algo que me preocupaba. Me dirigí a donde estaba Carlos.

—¿Todo bien, jefe?

—¿Conoces al tal Levi? —pregunté.

Carlos asintió.

—Anoche estuvo acosando a Cora. Celebramos la reunión del instituto en Nueva Jersey, y la estuvo molestando.

—Ese impresentable, mira que agobiar a una chica tan encantadora como Cora... Nunca la apreció cuando estaba con ella, y no se merece otra oportunidad, después de lo que le hizo —dijo Carlos con desdén.

—Lo sé, y estoy de acuerdo. Por esa razón, esperaba que me hicieras un favor.

—¿El qué?

Saqué una tarjeta de mi cartera, junto con un billete de cien dólares y dejé ambos sobre el mostrador.

—Anoche le dije a Levi que desapareciera, pero creo que no lo ha comprendido. Si se le ocurre venir por aquí a molestar a Cora, o si le

envía algún otro regalo, llámame. ¿De acuerdo?

—Claro que sí, jefe —dijo Carlos—. Pero no es necesario que haga esto. Yo tampoco quiero que moleste a Cora. —Intentó devolverme el dinero.

—Quédatelo —insistí—. Por favor.

La seguridad de Cora no tenía precio. Cien dólares no eran nada si conseguían que Carlos estuviera pendiente de Levi.

Y por el bien de Levi, más le valía que Carlos no tuviera motivos para llamarme.

20

CORA

—¿Qué vas a ponerte? —preguntó Jennifer—. ¿Algo sexi y sofisticado, o sexi y ceñido?

Me dejé caer en la cama y suspiré contenta, mirando al techo. Si me olvidaba de que Levi había reaparecido en mi vida, y de las flores que me había mandado, cosa que estaba tratando de lograr a toda costa, las últimas veinticuatro horas habían sido bastante perfectas. No podía creer que estuviera a punto de ir a una cita con Aiden. Sí, ya habíamos estado juntos durante el viaje a Newburgh, la fiesta, el desayuno en Doris's Diner, pero esta sería la primera cita formal que íbamos a tener en quince años. Estaba un poco nerviosa.

—¿Todo bien? —preguntó Jennifer, mirándome desde arriba.

Me apoyé una mano en el estómago, donde lo que sentía era mucho más que mariposas.

—Supongo que estoy nerviosa.

Ella rio y se sentó en el borde de la cama, que se hundió un poco, y aproveché para rodar hacia ella.

—¿Por qué? Ya habéis pasado por todo ese rollo incómodo de volver a conectar y eso. Si te has acostado con él, y todo. Yo diría que lo peor ya ha pasado, y esta noche debería ser todo muy sencillo.

—Lo sé. Todo está yendo muy bien con él.

Aun así, una parte de mí no podía evitar recordar la advertencia de mi madre de que tuviera cuidado y no dejara que Aiden volviera a romperme el corazón.

—Pero ya me conoces —continué—. Me he puesto a darle vueltas a todo y no dejo de preguntarme cuándo se van a torcer las cosas.

—¿Y por qué se iban a torcer?

Me apoyé sobre un codo.

—Creo que los dos estamos de acuerdo en volver, y supongo que eso me pone nerviosa, pero son nervios de los buenos. —Apreté la frente contra su cadera—. Me gusta mucho, Jenn.

—Anda, no me digas —bromeó ella.

Me aparté y la miré con un puchero fingido.

—Dime solo una cosa —dijo ella, poniéndose en pie—. ¿Es el cóctel del Rey del Cóctel tan bueno como dicen?

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Jennifer me agarró por los hombros y me sacudió, como para arrancarme la respuesta, haciéndome reír a carcajadas.

—Venga, ten compasión. Ya sabes que llevo siglos sin comerme una rosca. Deja que al menos disfrute de tu vida.

—Es aún mejor —confirmé, enrojeciendo hasta la raíz del pelo.

—¿En plan «cuanto más grande, mejor»? —preguntó con una sonrisa malvada.

—Grande es mejor, sin duda, pero él nunca tuvo problemas en ese frente —dije—. Y ahora sabe muy bien qué hacer con ella. Por no hablar de su boca.

Jennifer gimió como un animal en celo.

—Dios, necesito encontrar a otro Rey del Cóctel. —Se tumbó junto a mí—. Aunque solo sea para aliviar el estrés.

—Podrías salir esta noche, a lo mejor conoces a alguien —sugerí, porque era su noche libre en el restaurante—. Tal vez conozcas a un chico agradable con el que divertirte un poco.

—Ni en broma —dijo ella, bostezando y frotándose el puente de la nariz—. Estoy deseando tener una noche tranquila, para descansar y recargar las pilas.

—¿Te refieres a comer pizza y masa de galletas?

—Exactamente. Y no me apetece lo más mínimo volver allí mañana.

—¿Tan mal está la cosa? —pregunté con preocupación. ¿Cuánto tiempo hacía que el trabajo le traumatizaba tanto?

—Me da terror —dijo ella—. Pero ese es un problema para mañana. Esta noche voy a ver series coreanas hasta que se me cierren los ojos. Ah, y voy a ayudarte a vestirte. Y hablando de eso, aún no me has contestado. ¿Qué vas a ponerte?

—No tengo ni idea. —Me senté—. Ni siquiera sé a dónde vamos.

—¿No se lo has preguntado?

—No ha querido decírmelo. Creo que quiere darme una sorpresa.

Ella chasqueó la lengua, molesta.

—No me estás ayudando nada.

—¡Lo sé!

—Veamos, si yo fuera un multimillonario —dijo Jennifer, abriendo mi diminuto armario— y fuera a llevar a alguien a cenar en Manhattan, iría a algún sitio caro. Algún sitio bastante caro, como Eleven Madison Park, o tal vez el Modern. —Sacó un vestido negro brillante, con bastante escote y cuello *halter*—. Ponte este.

—No estoy muy segura de que sea adecuado.

—Es adecuado —dijo Jennifer—. Créeme.



—Estás increíble —dijo Aiden—. ¿Te lo había dicho ya?

—Sí… —Le sonreí desde el otro lado de la pequeña mesa cuadrada en la que estábamos sentados. Él me había cogido la mano, y me acarició los nudillos con el pulgar—. Solo unas cinco o seis veces.

—Pues que sean siete —dijo, mirándome de arriba abajo con intensidad—. Ese vestido…

Apenas había dejado de mirarme desde que me había recogido. Jennifer había tenido razón, *ese* era el vestido, con su escote pronunciado y una abertura en la pierna. Su mirada era como una caricia y la piel se me erizó, al tiempo que Aiden se daba unos tirones al cuello de la camisa.

—Este sitio es increíble —dije, tratando de pensar en algo que no fuera lo que me estaba haciendo sentir.

Me había traído a Velour & Vine, el restaurante más distinguido en el que jamás había estado. Tan pronto como llegamos, nos acompañaron a una mesa situada en un espacio muy íntimo, con luz tenue, desde donde podíamos apreciar la elegancia de la decoración y el ajetreo de la sala principal sin estar demasiado cerca de otros clientes. El personal era muy atento, pero discreto, y se adelantaba a nuestras necesidades antes de que Aiden o yo tuviéramos que pedir algo. El sumiller nos había propuesto maridajes adecuados para cada uno de los platos que el chef principal había diseñado personalmente, y el propio chef había salido a saludarnos al poco rato de llegar, y había estrechado la mano de Aiden de un modo que hacía evidente que eran viejos amigos.

Cada uno de los platos del menú fijo había sido increíble hasta ahora, y tenía muchas ganas de contárselo todo a Jennifer. Si alguien era capaz de apreciar la meticulosa preparación del pescado en aquel lugar, sería ella.

Delante de mí apareció una vieira con ligeras marcas de plancha.

—… servida con *dashi* de mantequilla clarificada, algas y setas —estaba diciendo el camarero, que desapareció enseguida para permitirnos disfrutar del plato.

Bebí un poco de vino mientras observaba a Aiden llevarse el tenedor a la boca y cerrar los ojos con placer.

—¿Está bueno? —pregunté.

—Solo he probado una cosa que estuviera mejor.

—¿El qué?

—Tú.

Me debí de poner del mismo color que el vino de mi copa, y gracias al cielo no me atraganté con él.

—Buena respuesta —dije, sacudiendo la cabeza al ver su sonrisa satisfecha—. ¿Cuánto tiempo has estado esperando para soltar eso?

—Desde que nos hemos sentado.

Se inclinó por encima de la mesa y me dio un beso que me permitió probar el sabor de la vieira en su boca. Lo agradecí con un murmullo de apreciación, y él se apartó y cogió mi tenedor para ofrecerme mi vieira. Abrí la boca y dejé que me alimentara, pero no dejé de notar que, mientras masticaba, sus ojos, hasta ahora clavados en los míos, habían descendido para admirar mi escote.

El camarero volvió con el siguiente plato.

—Atún de aleta amarilla, en filetes finos. —Aiden me miró con una sonrisilla malvada—, servido con *foie gras*, *baguette* tostada y

cebollino.

Volvió a desaparecer como en una nube de humo, y yo me apresuré a hablar antes de que Aiden pudiera decir nada.

—Que no se te ocurra. Ya sé lo que estás pensando.

—No lo sabes.

—Estoy segura de que ibas a hacer alguna broma sobre lo del «filete».

—Tengo demasiada clase como para eso —sonrió él—. Pero, ya que has sacado el tema, ¿cómo te gustan a ti los filetes?

—Seguimos hablando de pescado, ¿no?

—¿Cuándo hemos dejado de hacerlo? —dijo él en un tono demasiado inocente, aunque sus dedos acababan de encontrar la abertura de mi falda y estaban explorando mi piel—. ¿Te he dicho ya lo mucho que me gusta este vestido?

—No, no tenía ni idea —reí.

El siguiente plato llegó poco después.

—Rape —dijo el camarero—, acompañado de una emulsión tibia de azafrán, hinojo y confit de tomate.

—Rape —repetí, intrigada.

—Tiene una textura firme y carnosa que combina muy bien con el aroma del azafrán y la dulzura del tomate —explicó el camarero—. Creo que le gustará.

—Muchas gracias —dije, notando que el rubor me volvía a subir por el cuello.

—Que yo sepa, no te disgusta meterte cosas firmes y carnosas en la boca —observó Aiden—. O, al menos, antes te gustaba. ¿Ha cambiado algo?

¡Por Dios! El corazón me latió contra el pecho y noté una oleada cálida entre las piernas. Si seguía así, no sabía si aguantaríamos hasta el final de la comida. Lo miré a los ojos.

—Si tienes suerte, puede que lo averigües.

Aiden levantó una mano e hizo un gesto hacia el camarero.

—Disculpe.

—Dígame, señor.

—¿Cuántos platos tiene el menú?

—Diez.

Aiden asintió e inspiró despacio a través de la nariz cuando el camarero se alejó.

—Pareces un tanto acalorado —comenté, quitándome un zapato y acariciándole la pantorrilla con el pie.

—Me encuentro perfectamente —dijo él, tragando saliva—. Pero me encontraré mucho mejor cuando pueda quitarte ese vestido.

A continuación, procedió a describir lo que pensaba hacerme, con un nivel de detalle que me puso a mil, y empecé a respirar más rápido. Para cuando llegó el siguiente plato, estaba tan sonrojada que podrían haber cocinado el pescado en mis mejillas, por no hablar de lo que sentía en otras partes de mi cuerpo.

Terminamos de cenar lo más rápido que pudimos, casi a punto de atragantarnos con la langosta, que estaba deliciosa. En cuanto nos acabamos el suflé de chocolate de postre, Aiden pagó a toda velocidad y salimos del restaurante tan rápido que me pareció ir acompañada de un guardaespaldas. Nos metimos en su coche, volvimos a la carrera a su piso en el Upper East Side, y empezamos a desnudarnos en el salón antes de que me diera tiempo de preguntarme cuánto habría costado la cena.

—He estado deseando hacer esto desde que te he recogido —dijo él, acariciándome los pechos cuando estuvimos desnudos.

Se inclinó para meterse uno de mis pezones en la boca, y gemí de placer, mientras mi cuerpo respondía a cada una de las pasadas de su lengua. El espacio entre mis piernas latía de deseo, llevaba horas húmeda por él. Sus manos bajaron por mi espalda hasta agarrarme el culo, y apretó su erección contra mi estómago. Uno de sus dedos encontró mi clítoris y empezó a acariciarlo hasta que empecé a gemir. Si no me tomaba pronto, iba a subirme a él como si fuera un árbol.

—Date la vuelta —dijo, inclinándose para susurrarme al oído.

Hice lo que decía y apoyé las manos en el respaldo del sofá, con la vista puesta en las luces de la ciudad.

—No te muevas —dijo.

—¿Es otra orden?

—Sí —suspiró contra mi cuello.

Deslizó un dedo por mi espina dorsal y salió de la habitación, para volver al poco tiempo. Me volví a mirar cómo se ponía un condón con gestos rápidos.

—Creí haberte dicho que no te movieras —dijo él, sujetándome las caderas.

Con las piernas temblorosas por la excitación, noté cómo entraba dentro de mí. Aunque no podía ver su cara, todo resultaba diferente desde aquel ángulo y, en cierto modo, era mejor. Di un respingo cuando salió de mí y volvió a entrar con un poco más de fuerza.

—Sí —gemí—. ¡Sí, Aiden!

Eso pareció darle ánimos, y me sujetó un poco más fuerte para poder moverse mejor. Entró y salió de mí una y otra vez y, aunque sabía que sus dedos seguramente dejarían marcas en mis caderas,

no me importó. Entrecerré los ojos y la vista se me nubló, mientras una descarga eléctrica recorría todo mi cuerpo gracias a la forma en que Aiden me llenaba.

—Sí —susurré de nuevo entre dientes. Era increíble, lo bien que lo hacía.

—Córrete para mí —dijo, inclinándose sobre mi cuello.

Su mano volvió a encontrar mi clítoris, y cuando empezó a describir círculos con un dedo sobre aquel punto tan sensible, mis piernas amenazaron con no sostenerme más. El calor latía dentro de mí en oleadas, como si sus dedos hubieran tirado de una cuerda invisible directa al centro de mi placer. No podía dejar de gemir.

—Eso es —dijo Aiden—. Sí, *sí*…

—*Joder* —dije cuando el orgasmo se apoderó de mí.

Aiden me sujetó más fuerte mientras temblaba bajo sus manos. Empujó una, dos, tres veces más, y se corrió con un gruñido de satisfacción. Después, nos dejamos caer los dos sobre el sofá, satisfechos. El peso de Aiden sobre mí resultaba reconfortante, y ambos respiramos al unísono.

—¿Así son las citas con los multimillonarios? —pregunté.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó—. ¿Ha cumplido tus expectativas?

—Oh, sí, soy muy fan.

Él rio un poco y me besó la espalda.

—Aún no has visto nada. ¿Quieres que te enseñe el dormitorio?

Asentí y, aunque los párpados empezaban a pesarme, estaba deseando empezar la segunda ronda.



Me pareció que acababa de cerrar los ojos cuando me desperté otra vez, en esa ocasión gracias a una serie de besos suaves sobre mi piel. Notaba la barba incipiente de Aiden en mi mandíbula mientras recorría mi cara con sus labios. La luz se filtraba por las cortinas.

¿*Luz?* ¿Por qué había tanta luz?

—El desayuno estará listo enseguida —me susurró Aiden contra una mejilla.

¿*Desayuno?*

—¿Ya es de día?

Aiden rio.

—En realidad, es casi la hora de comer, pero parecías dormir tan a gusto, que no he querido despertarte antes. Puedes utilizar lo que necesites en el baño.

—Gracias —dije.

Me dio un largo beso en la frente y salió del dormitorio en dirección a la cocina. Me incorporé sobre los hombros y traté de espabilarme. Apenas recordaba el momento de la noche en que nos habíamos trasladado al dormitorio. Las largas cortinas oscuras estaban cerradas y ocultaban grandes ventanas del suelo al techo, pero la tela era lo bastante fina como para permitirme vislumbrar la habitación. Lo que más destacaba era aquella cama enorme, con las sábanas más suaves en las que había dormido nunca, y una televisión impresionante. El mobiliario de Aiden no era del estilo moderno y elegante que había imaginado, sino de madera oscura, y parecía antiguo. Me pregunté si se debería a la influencia de Trent y la abuela Dee. En su mesilla había una foto de grupo en la que se veía a Aiden, Trent y Dominic, mucho más jóvenes, con otros dos amigos, que debían ser los de la universidad.

Salí de la cama, totalmente desnuda. Aiden había dejado mi vestido extendido en un extremo de la cama, pero no tenía la menor

intención de ponérmelo ahora. En lugar de eso, me dirigí a su gigantesco vestidor, que parecía una pequeña boutique de lujo. Las luces se encendieron de forma automática, sin duda activadas por el movimiento.

Caray. Giré sobre mí misma despacio, y admiré aquella ropa tan elegante, hecha a medida. Aquel hombre debía tener al menos dos docenas de trajes. Deslicé una mano por uno de ellos, disfrutando del tacto de aquella tela tan cara. Había una pared entera de estantes para zapatos, desde mocasines italianos de cuero hasta zapatillas de deporte de alta gama, y también cajones llenos de relojes, gemelos y gafas de sol. Me fijé entonces en las camisas: las de vestir estaban colgadas y las informales estaban dobladas en pilas bien organizadas. Sonreí al descubrir una combinación de colores que me resultó familiar, y saqué una vieja camiseta de gimnasia del instituto. Aiden debía haberla conservado desde sus días en el equipo. Acaricié con el pulgar el algodón gastado y me la puse por la cabeza. Era muy larga, me llegaba hasta medio muslo, así que decidí que, con eso, era suficiente.

Después me dirigí al baño, y no me sorprendió que fuera enorme y tuviera una bañera gigantesca y muy profunda, con vistas hacia la ciudad. Se me ocurrieron un montón de cosas que podríamos hacer allí dentro, lo que nos permitiría disfrutar también de las vistas. Busqué en los armarios hasta encontrar un cepillo de dientes sin usar y, de hecho, encontré de todo lo que necesitaba. Además de lo que obviamente pertenecía a Aiden, había muchos otros productos básicos destinados a invitados, en especial, a los del género femenino. Encontré un paquete de gomas del pelo nuevas, horquillas, tampones, jabones, champús de los buenos y cremas para el cuerpo. Me mordí un labio, pensativa. Teniendo en cuenta todos los paquetes sin abrir, no parecía que hubiera una mujer que utilizara aquel baño con regularidad; más bien, parecía un hotel con toda clase de servicios.

Después de ducharme, fui a buscar a Aiden a la cocina. Parecía haber estado preparando un poco de todo, a juzgar por el número

de platos sobre la isla de la cocina. Cogí un trozo de beicon de un plato y me acerqué a donde él estaba preparando unos huevos revueltos, para darle un beso en los labios.

—¿Has encontrado todo lo que necesitabas? —preguntó, levantando una ceja al apreciar lo que llevaba puesto.

—Sí. —Reí cuando metió una mano por debajo de mi camiseta y me apretó el culo—. ¿Alquilas este sitio en Airbnb, o algo así?

—¿Por qué?

—Hay un montón de cosas en el baño que, claramente, no son para ti.

—Ah. —Se encogió de hombros—. Bueno, tengo invitadas de vez en cuando y, a lo largo de los años, he aprendido a hacer que se sientan cómodas. Supongo que me gusta tener a mano un poco de todo.

Me costó tragar el beicon que tenía en la boca. De repente, recordé a aquellas mujeres que habían hablado con tanta admiración del Rey del Cóctel y que estaban ansiosas por meterse en la cama con Aiden. Pensar en su reputación de mujeriego me ponía un poco nerviosa y, una vez más, las palabras de advertencia de mi madre me volvieron a la mente. ¿Tendría Aiden intención de seguir adelante con lo que estábamos empezando? ¿O tendría a otra mujer llamando a la puerta tan pronto como lo que había entre nosotros quedara en nada?

—Pues debes de tener a alguien que se encargue de mantener el baño bien abastecido —dije, tratando de sonsacarle información—. Todo lo que he encontrado estaba nuevo.

—Bueno, hace mucho que no se ha quedado nadie a dormir en casa —contestó con una sonrisa.

—Ya. —Quería preguntarle cuánto tiempo hacía, exactamente, y cuánto tiempo había pasado desde que alguien se había quedado

más de una noche. Pero ¿parecería una entrometida si lo hacía?

—¿Qué pasa?

—Yo… Bueno, tú ya lo sabes todo sobre Levi —empecé con precaución, porque quería la información, pero no quería parecer una cotilla.

—Y tú te estás preguntando cuándo he tenido mi última relación seria.

—Algo así, sí. —Levanté un hombro.

Él miró la sartén con el ceño fruncido, como si le resultara difícil recordar.

—Terminó hace unos diez años, justo antes de que empezara Elixir. De hecho, fue lo que me dio la idea de lanzar Elixir. Sí, ya ha pasado bastante tiempo.

¿Diez años? Apoyé la cabeza en su hombro para ocultar la expresión de mi cara. Aquello me preocupaba más que la idea de que Aiden hubiera salido con una mujer tras otra. Si llevaba tantos años sin una relación seria, ¿significaba eso que no le había interesado tener una, o habría alguna otra razón? ¿Sería alérgico al compromiso?

Intenté que no notara mis dudas mientras él me levantaba la barbilla para besarme, y traté de ocultar mi preocupación, aunque no podía dejar de preguntarme si habría alguna posibilidad de que se comprometiera conmigo. La inquietud seguía atenazando mi estómago cuando nos sentamos a disfrutar del fantástico desayuno que había preparado y, a pesar de mis mejores esfuerzos, no conseguí librarme del miedo, ni olvidar las palabras de mi madre.

Lo único que quiero es que no te vuelva a hacer daño.

AIDEN

Solía decirse que las bodas en el mes de junio traen buena suerte. No sabía cuánta suerte más necesitaría Vincent, teniendo en cuenta que se iba a casar con Piper, y que ahora tenía una hijita preciosa, pero suponía que a nadie le haría daño un poco de buena suerte adicional, si uno creía en esas cosas; aunque, desde luego, yo no creía.

—¿Qué te ha parecido la ceremonia? —preguntó Cora mientras entrábamos cogidos del brazo en la sala donde tendría lugar la recepción. El edificio donde estaba Cipriani, en la calle cuarenta y dos, se había construido para albergar un banco, pero ahora era un lugar para eventos adornado con hermosos elementos decorativos históricos, como techos altos, enormes lámparas de araña y columnas de mármol. Cora parecía muy impresionada y no dejaba de admirarlo todo.

—No sabía que Vincent fuera capaz de ser tan tierno —dije, no sin amabilidad.

—Los votos han sido maravillosos, ¿verdad? —dijo ella, deslumbrada —. ¿Es verdad que Piper chocó con el Bugatti de Vincent?

—Sí.

—Vaya primer encuentro más memorable —observó ella con una risa.

—Podrías decirlo así, aunque, por lo que yo recuerdo, Vincent dijo que hubo bastantes palabras malsonantes.

—Pues parece que eso no detuvo el romance —dijo Cora cuando entrábamos en el salón de baile y, al verlo, dio un respingo al apreciar las mesas decoradas con cientos de lucecitas—. Parece salido de *La Bella y la Bestia*, en serio.

Durante un momento, se quedó con la boca abierta, y aproveché para admirar la forma en que la luz y las sombras bailaban sobre su cara, destacando los destellos de su sombra de ojos y el brillo de sus labios.

—De acuerdo, es oficial. Me encanta este sitio para una boda. Es la mezcla perfecta de encanto del viejo mundo y elegancia moderna.

—¿Te está dando ideas para tu futuro bar?

—Muchísimas —contestó, apretándome el brazo como lo hacía siempre que estaba entusiasmada.

—¿Quieres que volvamos al bar? —pregunté.

—Sí, he visto otro cóctel en el menú que quiero probar.

Vincent y Piper habían pedido que les preparasen cócteles originales para la hora del aperitivo, y a Cora le había encantado la idea. Al atravesar la sala, me fijé en que Trent y Dominic estaban hablando con Paul y Chloe.

—¡Hola! —dije cuando nos acercamos.

—¿Habéis probado uno de estos? —preguntó Dom mostrando la bebida color rosa que tenía en la mano.

—Está bueno, ¿verdad? —dijo Cora—. El sabor de la ralladura de naranja destaca mucho.

Dominic se lo terminó en un par de tragos.

—Voy a ir a por otro. ¿Alguien quiere algo? —Se alejó en dirección al bar antes de que ninguno de nosotros pudiera contestar.

Trent se fijó en que lo estaba mirando y se encogió de hombros, como diciendo «*Solo necesita relajarse un poco*». La razón por la que lo necesitaba se llamaba Amanda. Por lo que yo sabía, Hailey estaba con una canguro esa noche, así que Dominic podía permitirse olvidar el problema durante unas horas. Solo esperaba que no se pasara con la relajación.

—No sabía que este tío fuera capaz de ser encantador —dijo Paul, dándome un golpecito en el hombro.

Comprendí que Cora estaba contándoles a Chloe y a él una historia de nuestra época en el instituto, y los dos la estaban encontrando muy divertida.

—Sí, en aquella época era bastante encantador —dijo Cora.

—Sí, queremos saber todo lo que hacía el pequeño Aiden en el instituto —dijo Trent, frotándose las manos.

—O mejor no —dije.

—¿No te acuerdas de cuando me echaste sobre tu hombro y recorriste todo el campo de fútbol cargando conmigo, después del partido contra Laurier? —preguntó Cora.

Lo cierto era que sí lo recordaba. Habíamos ganado a Laurier con un *touchdown* en los últimos segundos del juego, y eso nos permitió clasificarnos para el campeonato. Yo estaba tan eufórico, que había agarrado a Cora y había dado vueltas con ella hasta que nos mareamos y nos tuvimos que sentar en el suelo.

—Creo que no parabas de decir que ibas a vomitar.

—No, te estaba pidiendo que no me dejaras caer —rio ella.

—¿Y lo hizo? —preguntó Chloe.

—Ni en broma —le aseguré.

—Pero, al menos, me llevaste al otro lado del campo para besarme detrás de los postes de gol —me recordó Cora.

—¿Cómo podías ser tan cursi, tío? —Trent se rio y se tapó los ojos con una mano.

—No era cursi —insistí—. Yo era muy guay en el instituto.

Chloe y Cora intercambiaron una de esas miradas que solo las mujeres pueden comprender, mientras Paul y Trent se partían de risa.

—¿No hay unos recién casados por aquí a los que deberíamos ir a dar la enhorabuena? —dije, con la esperanza de que Piper y Vincent estuvieran cerca y pudiéramos cambiar de tema.

Sin embargo, a pesar de las bromas de mis amigos sobre mi época juvenil, no podía alegrarme más por lo bien que Cora había encajado en el grupo. Estaba claro que no solo aprobaban mi elección, sino que les había caído muy bien a todos, de verdad, aunque nunca debí haberlo dudado. Cora era simpática, divertida y encantadora, y era imposible que le cayera mal a nadie.

Dominic se acercó tambaleándose un poco, con una bebida en la mano, cuando Cora estaba contando otra historia del instituto.

—¿Cómo están mis chicos? —dijo una voz detrás de mí.

Me volví para ver acercarse a la abuela Dee, adornada con sus perlas habituales, y le pasé un brazo por el hombro para incluirla en el grupo.

—¿Dónde has estado? —pregunté.

—Tratando de hablar con los novios, pero había demasiada gente a su alrededor —explicó ella—, así que me he dedicado a enterarme de todos los cotilleos.

Me eché a reír. Aquello no me extrañaba nada.

—¿Cuántos cotilleos puede haber en una boda?

—Un montón —dijo la abuela Dee—, si uno sabe cómo obtenerlos. Y, hablando de eso —se volvió hacia Chloe—, he oído que la novia llevará un vestido distinto durante la fiesta.

—Así es —confirmó Chloe—, y es aún más bonito que el primero. También es más cómodo para bailar.

—Me alegro muchísimo por Vincent y Piper —dijo la abuela Dee, y me dio un codazo—. Y de verte a ti con una chica tan maravillosa.

Dijo eso último en voz más baja, pero no se me escapó la ligera sonrisa que esbozó Cora, demostrando que también lo había escuchado.

—Trent me ha dicho que fuiste al médico por fin —dije, volviéndome hacia la abuela Dee, que asintió—. ¿Y bien?

—Me ha hecho unas cuantas pruebas, ya sabes cómo son esas cosas. Pruebas y más pruebas. Y supongo que en algún momento habrá respuestas. Aún estoy esperando los resultados.

—Me alegro de que hayas ido. —Y no lo decía solo por ella, sino también por el nivel de estrés de Trent—. ¿Me avisarás cuando los tengas?

—Por supuesto —confirmó ella, dándome unos golpecitos en el brazo.

—Sí, señor, este es el mejor —dijo Dominic, levantando su copa. Se las había apañado para conseguir otra bebida durante el momento en el que yo había estado hablando con la abuela Dee—. Tenéis que probar esto, tíos. Está buenísimo. ¿Y qué es ese sabor que queda al final? Unas notas de…

—Pétalos de rosa en azúcar —dijo Cora—. Lo he probado antes, es increíble.

—Y hablando de increíble —me dijo Trent—. Dominic ha dicho antes que ya tenéis el visto bueno para lanzar la nueva línea de bebidas sin alcohol.

—Están ya listas, gracias a Cora —confirmé.

—¡Qué emocionante! —dijo Chloe dando unas palmadas.

—Lo es. Hemos previsto el lanzamiento para el mes que viene —les informé.

—Y estáis todos invitados —añadió Dominic—. Evidentemente.

En ese momento aumentó el volumen de las voces en la sala y, cuando miré alrededor, vi que los invitados estaban empezando a sentarse para cenar.

—Creo que deberíamos entrar —dijo Paul, pasando un brazo alrededor de los hombros de Dominic—. Vamos a hacer que comas algo.

Eso sería una buena idea. Tomé a Cora de la mano y me dirigí con ella hacia el comedor. Nos sentamos con Chloe, la abuela Dee y el resto de los chicos, y disfrutamos de una cena deliciosa. Después llegó el momento de los discursos, y todos tuvimos la ocasión de levantarnos y tomarle un poco el pelo a Vincent. Cuando terminamos el postre y retiraron los platos, se encendieron las luces sobre la pista de baile, empezó la música y Vincent y Piper tuvieron su primer baile de casados. Al terminar, miré a Cora e hice un gesto con la cabeza hacia la pista de baile, con una ceja levantada.

Cora sonrió, me tendió una mano y la guie hasta la pista de baile, donde la hice girar un par de veces y, a continuación, la estreché entre mis brazos, disfrutando del sonido de su risa. La apreté contra mí, lo bastante cerca como para notar su respiración cálida contra mi cuello.

—¿Lo estás pasando bien?

—Sí —dijo ella, con la cabeza apoyada contra mi hombro.

—Bien, me alegro.

Paul y Chloe salieron a bailar unos momentos después, y me alegró ver que Dominic se había serenado lo bastante con la comida como para pedirle a la abuela Dee que bailara con él. A medida que se llenaba la pista de baile, me moví de forma que nos acercáramos más a donde estaba el DJ y le hice un gesto discreto. En unos instantes, la música cambió a *You and me* de Lifehouse, la canción que Cora y yo habíamos bailado la noche de la reunión en el campo de fútbol. Cora me miró, dando un respingo.

—Un momento… ¿lo has organizado tú?

Asentí con una sonrisa.

—¿Cuándo?

—Es posible que haya encontrado un momento para charlar con el DJ antes de la cena. —Una charla y una propina solían ser bastante efectivas—. Me gustó mucho bailar contigo aquella noche en el campo de fútbol, pero se me ocurrió que te gustaría más bailar en una pista en condiciones.

Cora se puso de puntillas y me besó con pasión, un beso largo e intenso que, desde luego, no era adecuado para una fiesta con cientos de invitados, pero fue evidente que a ella no le importaba nada y, francamente, a mí tampoco.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte esta noche? —preguntó, en tono sugerente.

—¿Por qué? —sonreí—. ¿Tienes algún otro plan?

—Sí, un plan para el que no hace falta llevar ropa —contestó ella, apretándome un poco más.

Me gustó lo que decía, pero aún me gustó más la forma en que me estaba mirando, con ganas de algo que no era probar la tarta de bodas. Sin esperar un instante más, la saqué de la pista de baile y no me molesté en despedirme de nadie.

~

—¿Cuándo piensas volver? —pregunté a Cora mientras ella iba de un lado a otro de mi dormitorio para vestirse.

Era la mañana después de la boda, y yo tenía un ligero dolor de cabeza debido a toda la bebida, pero parecía que a Cora no le había afectado. Todas aquellas noches sirviendo copas debían haberla hecho inmune a la resaca. Me dejé caer sobre la almohada, porque seguirla con la vista me estaba mareando.

—No estoy segura —contestó—. La representación dura varias horas, y Jennifer quiere que vayamos luego a probar un restaurante nuevo. Dice que la carta parece interesante, y últimamente no se interesa mucho por la comida, así que me gustaría acompañarla.

Hubiera preferido que Cora volviera a la cama conmigo, pero había hecho planes para asistir a la representación matinal de un espectáculo de Broadway, y quería mantener su promesa. Yo estaba seguro de que podía haberle conseguido entradas para otro día, pero parecía que el plan le hacía ilusión y, en cualquier caso, yo no pensaba hacer nada más que quedarme en casa descansando todo el día.

Cora se acercó y me besó en los labios.

—¿Te veo luego?

—Envíame un mensaje y me cuentas cómo vas. Tal vez podamos quedar luego en algún sitio. —Eso, si conseguía salir de la cama en algún momento.

—De acuerdo.

Cuando oí cerrarse la puerta principal, me di media vuelta con intención de seguir durmiendo un rato más, pero mi teléfono empezó a sonar. Lo cogí con un gruñido, suponiendo que, tal vez, a

Cora se le habría olvidado algo. Sin embargo, no conocía el número que llamaba.

—¿Sí?

—Hola, jefe —dijo una voz que me costó un segundo identificar. Era Carlos, el portero del edificio de Cora.

—Carlos. —Me espabilé al momento y me incorporé—. ¿Qué pasa?

—Me pidió que le avisara si Levi aparecía por aquí o si enviaba más regalos. Bueno, pues está aquí en persona, con un oso de peluche gigantesco y un cartel que dice «Empecemos de nuevo».

—Estás de broma. —Me masajeé las sienes, donde me latía el dolor de cabeza.

—Ojalá fuera cierto, jefe. Es lo más hortera que he visto en mi vida.

¿Un oso de peluche? A Cora no le iba a gustar lo más mínimo. Aquel tío había estado con ella quince años, ¿y no se le ocurría nada mejor que comprarle un oso de peluche ridículo? Si realmente hubiera querido llamar su atención, podía haberle comprado entradas para el musical *El Gran Gatsby*, basado en su libro favorito, por su autor favorito, ahora que estaba en Broadway. El mismo libro que había leído una y otra vez en el instituto, algo que Levi tenía que haber sabido.

—El caso es que insiste en que le deje entrar en el piso para dejarlo allí para ella. Le he dicho que necesito permiso del propietario del apartamento antes de dejar entrar a nadie, así que piensa que estoy llamando a Jennifer.

—De acuerdo —dije, levantándome de la cama para buscar mis pantalones—. Muy bien, dile que te ha puesto en espera, y estás esperando a que esté disponible. Haz lo que sea para retenerle un poco, yo llegaré enseguida.

—De acuerdo.

Colgué, me vestí y, muy poco después, estaba subido a mi coche y salía del garaje a toda velocidad. Cuando llegué al edificio de Cora, vi a Levi sentado en una de las sillas del vestíbulo, agarrando aquel oso tan absurdo y su patético cartel.

—¿No te dije que dejaras a Cora en paz de una vez?

Al verme, Levi se puso en pie y abrió mucho los ojos.

—¿Cómo has…?

—¿Cómo te has atrevido a venir aquí? —le espeté.

Él dejó el cartel y el oso sobre la silla.

—Yo… Esto…

—Por favor, dime que vas a hacer algo más que tartamudear.

Levi cerró la boca. Yo hice un gesto hacia el oso.

—¿Por qué la estás acosando?

—No la estoy acosando.

—Te dijo que la dejaras en paz, y estás haciendo justo lo contrario. ¿Y qué cojones te ha hecho pensar que el portero iba a dejarte entrar en su piso?

Levi miró a Carlos y su expresión pasó de la sorpresa a otra cosa. Cuando volvió a mirarme, lo hizo con una mirada acusadora.

—¿Le has pedido al portero que te llame? Por Dios, tío, ¿no crees que te pasas un poco de controlador? ¿Por qué tienes espías vigilando a Cora?

—A ti no te importa lo que yo haga —dije—. Ya no tienes que preocuparte por Cora.

—¡Pues claro que sí! La quiero, y creo que merece saber dónde se ha metido, liándose con un controlador asqueroso —escupió Levi.

—¿*Yo* soy asqueroso? —Di un paso adelante y Levi, que se apresuró a retroceder, estuvo a punto de caer sobre la silla—. Tú eres el que no es capaz de pillar una indirecta.

Aunque no era tan imbécil como para creer que podría enfrentarse a mí físicamente, sí parecía lo bastante tonto como para no saber cuándo tenía que dejarlo.

—Yo… creo que Cora debería tener la oportunidad de decidir por sí misma si quiere estar conmigo.

—Ya lo decidió en la reunión —dije—. No quiere saber nada de ti.

—Entonces, ¿lo que quiere es a un cavernícola dispuesto a partirle la cara a cualquier tío que intente demostrarle que tiene otras alternativas? —dijo con desdén.

Yo sabía que Cora no quería saber nada de aquel desgraciado, pero sus palabras dieron en el blanco. ¿Estaba siendo demasiado controlador? ¿Demasiado cabezota? ¿Posesivo? Me tomé un instante para considerar si había algo de cierto en las acusaciones de Levi.

En lo que se refería a Cora y a Levi, yo no controlaba mis emociones, y ese era el problema, porque no me gustaba la clase de persona en la que me convertía cuando me dejaba dominar por la emoción. Aquello me hizo pensar en algunos recuerdos que había enterrado muy hondo, como el comportamiento irracional y vergonzoso que tuve con mi novia de la universidad, Steph, en una ocasión en la que me había enredado en una pelea a puñetazos con un tío con el que había estado tonteando. Y otra vez, en el instituto, había estado a punto de pelearme por Cora, lo que habría puesto en peligro mis posibilidades de conseguir una beca para la universidad. De hecho, aquella fue la razón por la que había roto con ella entonces. Estar tan loco por ella había estado a punto de resultar en una catástrofe. Pero yo ya no era así. Ahora podía controlarme, ¿no?

Hice un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Lárgate de aquí de una vez, colega. No voy a volver a decírtelo.

Finalmente, Levi cedió y, tras agarrar otra vez el oso, se dirigió a la puerta a toda velocidad. Yo relajé los puños e inspiré hondo. Intenté calmarme pensando en que todo iba bien, que la cosa no se me había ido de las manos, pero no conseguí librarme del desasosiego. Tal vez necesitaba adquirir un poco de perspectiva antes de que la situación me superase.

CORA

—¡Oh!

Al oír su voz, me giré sobre el taburete en el que estaba sentada, con los ojos muy abiertos. Aiden estaba en la puerta del laboratorio, mirando con aspecto cohibido, como si hubiera entrado al lugar equivocado. Apoyaba una mano en el marco de la puerta, como dispuesto a utilizarlo para propulsarse en la dirección opuesta.

—Solo he venido a ver por qué estaba la luz encendida en el laboratorio a estas horas —explicó.

—Aún estoy trabajando —dije, apartando mi portátil.

—Claro, perdona. No creía que te encontraría aquí a estas horas.

Miré el teléfono y vi que eran más de las siete. A esas horas, ya debería estar en casa, viendo series con Jennifer y escuchando las últimas noticias del restaurante, pero había perdido la noción del tiempo mientras escribía mis notas sobre Elixir Free.

—Yo tampoco pensaba que seguirías aquí —dije.

Él suspiró y se pasó una mano por el pelo, dejándolo aún más alborotado.

—Parece que la lista de cosas que hacer antes del lanzamiento no deja de aumentar, en lugar de reducirse. Es como si cada decisión

requiriese otras tres más.

—¿Puedo ayudarte con algo? —El estrés era evidente en su tono, pero él negó con la cabeza.

—No sé si lo sabes, pero se me da muy bien relajar la tensión. —Le sonreí, me puse en pie y di unos golpecitos a mi taburete.

Aiden lo miró, pero se quedó en el umbral de la puerta, como si estuviera decidiendo si entrar o no.

—No quería interrumpirte.

—No lo has hecho —le aseguré con una sonrisa amable—. Estaba a punto de terminar.

Técnicamente, mi trabajo había terminado cuando la línea de bebidas nuevas había entrado en producción, pero Aiden y yo habíamos acordado prolongar mi contrato, como yo había esperado, para que pudiera seguir trabajando con el equipo en el desarrollo de alguno de los otros sabores que habíamos probado.

—¿En qué estás trabajando?

—En las muestras que habíamos dejado apartadas.

Marketing había estado valorando la idea de celebrar los seis meses del lanzamiento revelando una segunda línea de sabores y, por supuesto, la Mixóloga Misteriosa sería parte de la promoción de los nuevos sabores.

—Me alegro de que me hayas interrumpido —le aseguré—. Tenía la sensación de que no nos veíamos desde hace días.

Aunque intenté hablar en tono despreocupado, no me parecía que tuviera mucha gracia. Hacía más de una semana que solo veía a Aiden de pasada. Nos habíamos enviado algunos mensajes de texto, pero él había estado muy ocupado con el lanzamiento de Elixir Free. O, al menos, esa era la excusa que había utilizado para explicar por qué tardaba horas en responderme.

No quería dudar de él. El ceño fruncido que mostraba a todas horas denotaba el estrés al que estaba sometido, y yo sabía que había un millón de cosas que exigían su atención antes del lanzamiento la semana siguiente. Aun así, no podía evitar sentir que, básicamente, había desaparecido de mi vida. ¿Se habría acabado ya la fase de luna de miel, la de no poder quitarnos las manos de encima? No estaba muy segura, pero sí sabía que le echaba mucho de menos.

Le tomé una mano y, por fin, él soltó el marco de la puerta y se acercó a mí.

—Aparte de los dolores de cabeza que te está provocando el lanzamiento, ¿qué tal estás?

—No tengo ni idea —dijo él, que había entrelazado sus dedos con los míos—. He estado durmiendo fatal. No dejo de soñar con el lanzamiento, con que todo va mal y la prensa nos hunde con opiniones negativas.

—Todo va a salir bien —le aseguré—. Lo único que podrá decir la prensa son cosas buenas, porque sé de buena tinta que las bebidas son deliciosas, y con eso ya tienes ganado más de la mitad.

—¿Y cuál es la otra mitad? —dijo él con un resoplido.

—No perder la sonrisa, y dejar que las bebidas hablen por sí solas.

—Tienes razón. —Inspiró hondo—. Por favor, no creas que tengo dudas sobre el producto.

—No lo hago —le aseguré, porque sabía que las bebidas eran increíbles, pero él no podría disfrutar de nuestro logro hasta que el resto del mundo las descubriera—. Lo digo en serio, ¿puedo ayudarte con algo?

—Ya has hecho tu parte —dijo él, con una sacudida de la cabeza—. En realidad, has hecho mucho más que tu parte.

Eso era cierto. Había hecho más promoción de Elixir en las redes sociales de lo que habíamos acordado originalmente, pero trabajar

en aquella empresa hacía que todo resultara sencillo, y había disfrutado mucho captando imágenes entre bastidores que mostraran nuestro trabajo en el laboratorio o la dinámica del equipo, y aprendiendo sobre los procesos de producción.

—Tampoco ha sido tan difícil —dije—. Me lo he pasado muy bien.

Él me dirigió una sonrisa tensa, que no le llegó a los ojos, al contrario de lo habitual, pero decidí ignorarlo. Sabía lo mucho que necesitaba que el lanzamiento fuera un éxito.

—En realidad, creo que Dominic quería asegurarse de que sigues dispuesta a publicar en tus redes sociales durante el lanzamiento. Ya sabemos que eso significa que tendrás que asistir al evento como la Mixóloga Misteriosa.

—Por supuesto.

Dominic había venido a hablar conmigo hacía unos días sobre la posibilidad de hacer ese tipo de promoción adicional. Aquello significaba que tendría que pasarme la noche como mi identidad alternativa, firmando autógrafos, haciéndome selfis y sin poder relajarme y disfrutar del evento, pero me había pasado los últimos meses promocionando aquel producto en mis redes, así que tenía sentido que la Mixóloga Misteriosa hiciera su aparición.

Aiden terminó de enviar un correo electrónico rápido desde su teléfono.

—Se lo he confirmado a Dominic, antes de que se me olvide. —Levantó la vista hacia mí—. ¿Queda alguien más aquí?

—No. Javeed ha estado hasta hace poco, pero ha quedado con alguien para tomar una copa. No me ha dicho con quién, pero, si quieres mi opinión, creo que es Dot. —Sonreí con picardía.

—¿En serio? —Aiden se metió el teléfono en el bolsillo trasero—. ¿Por qué lo crees?

—Oh, vamos —crucé los brazos—. Se han estado haciendo ojitos de un lado a otro del laboratorio durante todo el día. Si no han quedado para acostarse juntos, entonces es que uno de ellos va a asesinar al otro.

Aiden soltó una carcajada breve.

—Lo digo en serio. Había tanta tensión en el ambiente hoy que casi me ahogo.

Y hablando de tensión… Aiden estaba apoyado contra mi mesa, con las mangas de la camisa arremangadas y una actitud que me hizo recordar todas las veces que había soñado con que nos lo montábamos en el laboratorio.

—Creo que todo este acero inoxidable tan estéril resulta bastante sexi —bromeé—. ¿Sabes cuántas veces he soñado que lo hacíamos aquí mismo?

Aiden levantó las cejas con interés.

—Así que el laboratorio te pone, ¿eh?

—Digamos tan solo que, en mis fantasías, alguien barría la mesa y lo tiraba todo al suelo para dejarla limpia y subirme sobre ella. Eran cosas muy caras.

Aiden se humedeció los labios. Tiró del cuello de su camisa de un modo que me confirmó que estaba excitado, y eso alivió una tensión en mis hombros que no había notado hasta ahora. Todavía me deseaba, todo iba bien.

—Solo por si no ha quedado claro, creo que deberíamos evitar hacer algo así —le informé.

—Evitar… —empezó él, pero se interrumpió cuando me acerqué y le rodeé el cuello con los brazos.

Sus manos descendieron automáticamente a mi cintura, y apretó los dedos, agarrándome de aquella forma que tanto me gustaba.

—Cora —dijo con voz estrangulada—. No podemos. Aquí, no.

—¿Por qué no? —susurré, poniéndome de puntillas para morderle el lóbulo de la oreja—. Estamos solos, todo el mundo se ha ido ya a casa.

—Porque… Estamos… Esto es la oficina.

—Y tú eres el presidente —dije, deslizando los labios por el contorno de su mandíbula—. No hay ningún problema. Eres el jefe. —Le besé de nuevo—. El *Rey del Cóctel*. ¿A ti no se te ha ocurrido nunca? ¿Ni una sola vez? ¿No te has preguntado cómo sería doblarme sobre una mesa de trabajo para follarme, Su Majestad?

Él gimió y volvió a besarme, al tiempo que desplazaba las manos desde mi cintura hasta mi culo, y me apretaba, para frotarse contra mí.

—Eso es —dije, abrumada por la combinación de alivio y la descarga hormonal que sentí al notar el bulto entre sus piernas.

Nos besamos con pasión mientras yo le acariciaba por encima del pantalón. Él ya se había puesto duro y parecía que iba a reventar la cremallera, así que le solté el botón y metí la mano dentro de sus pantalones para acariciarle mejor. Aiden gimió y cerró los ojos con fuerza mientras yo subía y bajaba la mano a lo largo de su pene, y le rozaba la punta con el pulgar.

—¡*Joder*, Cora!

—Eso es lo que estoy intentando conseguir —dije, apretándole un poco más, y disfrutando de la forma en que mis caricias hacían que su respiración se volviera cada vez más jadeante.

—Para. —Me sujetó la mano para detener sus movimientos—. Quiero oírte gemir. —Me atrajo hacia él para darme un beso apasionado—. ¿Tienes un condón?

—En mi bolso —dije, apartándome de él un instante para sacarlo.

Él rompió el envoltorio con los dientes, y al verlo tuve que apretar un poco las piernas.

—Date la vuelta —ordenó cuando lo tuvo puesto.

Me desabroché los pantalones y me los bajé hasta las rodillas al tiempo que me giraba, conteniendo un gemido de excitación. La posibilidad de que nos viera alguien, de hacerlo en la oficina, me había excitado muchísimo, y estaba increíblemente húmeda. Cuando me apoyé sobre mi mesa, él se situó detrás de mí, apartó mis bragas con los dedos y entró de un solo movimiento. Gemí al sentirlo en mi interior, y él comenzó a moverse agarrado a mis caderas mientras yo retrocedía contra él al ritmo de sus empujones. Deslicé una mano entre mis piernas para tocarme mientras él me penetraba, pero él se ocupó de eso por mí enseguida, y la sensación me hizo perder la cabeza. Tuve que apoyar los antebrazos sobre la mesa y dejarme caer sobre ellos, mientras luchaba por conseguir que mis piernas siguieran sosteniéndome, abrumada por la excitación. Aiden no duró mucho, y estalló con un grito que precipitó mi propio orgasmo un instante después.

Cuando hubimos recuperado la respiración y nos vestimos de nuevo, le dediqué una sonrisa satisfecha. Después de tantos días de mensajes de texto forzados y excusas raras, parecía que volvíamos a conectar de nuevo, y esperaba que me propusiera cenar juntos y, tal vez, podríamos ir después a su casa para una segunda ronda. Pero antes de que pudiera proponerlo, sonó su teléfono.

—Hola —dijo él, sujetando el teléfono contra el hombro mientras se abrochaba el cinturón—. Sí, estoy disponible. ¿Qué quieres decir con que los colores se ven raros? Los he aprobado hace semanas. —Hizo unos sonidos de disgusto mientras escuchaba a la otra persona—. Escucha, ¿por qué no me acerco a verlo en persona?

Se me cayó el alma a los pies. Parecía que estaba hablando con los del local donde se celebraría la fiesta de lanzamiento. ¿De verdad era necesario que fuera en persona a ver si los colores combinaban bien? ¿No podían enviarle una foto para eso?

—Lo siento —me dijo en voz baja, todavía con el teléfono en la oreja —. Es la organizadora del lanzamiento. Necesita ayuda con algunos problemas de última hora. Será mejor que vaya a verlo.

Asentí, sin querer darle mucha importancia, pero me había dejado hecha polvo. Aunque no era exactamente una excusa para no estar conmigo, tampoco parecía que el problema mereciera su atención personal e, incluso si era necesario que fuera él mismo, ¿no podía haberme pedido que le acompañara?

Antes de que pudiera sugerírselo, él había llegado a la puerta y se despidió con la mano.

—Ya hablaremos.

—Sí, ya… —Empecé a decir, pero él ya se había marchado, y me había dejado en un laboratorio que ahora me parecía frío y vacío.

Había tenido la impresión de que se daba prisa por alejarse de mí y, una vez más, como en los últimos días, me pregunté si habría hecho algo para ahuyentarle. ¿Lo había estropeado yo? Los dos parecíamos haber disfrutado del sexo, así que no creía que fuera eso. Me di unos golpecitos en los labios con el dedo mientras la preocupación me atenazaba el estómago y, una vez más, recordé las palabras de mi madre.

Ten cuidado.

No, no pasaba nada malo. Era solo que Aiden estaba ocupado. Era el presidente de una empresa que estaba a punto de realizar un importante lanzamiento, y eso ya era suficiente para mantenerle demasiado ocupado para hacerme caso, por ahora.

Pero, si solo se trataba de eso, ¿por qué tenía la sensación de que me acababa de abandonar?

CORA

—No estoy muy segura de que ir sin mangas sea la mejor idea —dije, tirando hacia arriba de la seda del vestido, una prenda verde brillante que dejaba al aire una cantidad escandalosa de muslo—. Creo que se me va a caer por culpa del sudor.

Había sido un día de julio muy húmedo y, aunque la fiesta estaba prevista para después de la puesta del sol, apenas había refrescado nada. Nuestro diminuto aire acondicionado no era capaz de enfriar el piso, y yo estaba temiendo el breve recorrido que tendría que hacer al salir a la calle hasta llegar al coche.

—En ese sitio habrá aire acondicionado —me recordó Jennifer, que entró en mi habitación con un cepillo—. Una vez allí, estarás bien.

—Se me va a encrespar el pelo. —Siempre me pasaba eso cuando el tiempo era húmedo.

—Entonces, yo haría un moño bajo para dejarte el cuello al aire —dijo Jennifer, retirándome el pelo y sujetándolo mientras las dos nos mirábamos al espejo—. Así podrás llevar accesorios, pero también el antifaz. Podemos sujetar el pelo con uno de esos pasadores tan bonitos que tienes.

Jennifer tenía que estar en el restaurante en una hora, pero había aceptado ayudarme a arreglarme para la fiesta antes de irse.

—Y ponemos montones de laca —dije, aprobando su idea.

—Así me gusta. —Jennifer dio unas palmadas.

Coloqué una silla delante del espejo y me senté para que Jennifer se pusiera a trabajar. Empezó desenredándome el pelo y dejándolo bien liso.

—Me encantaría que pudieras venir esta noche —dije.

—Intenté que me dieran la noche libre, pero no había nadie que me sustituyera —dijo ella, dedicándome una sonrisa triste a través del espejo.

Tendí una mano hacia atrás para apretar la suya.

—Lo entiendo. Aunque me habría venido bien tener refuerzos esta noche.

—Bueno, tampoco quiero quitarte tiempo que podrías pasar con Aiden —bromeó ella.

Yo suspiré y le solté la mano.

—Oh, oh. ¿Qué pasa?

—Las cosas han estado un tanto raras con Aiden últimamente.

—¿Qué quieres decir con raras? —preguntó Jennifer mientras sujetaba un moño muy elegante en la parte posterior de mi cabeza.

—Solo… raras —dije—. ¿Sabes esa sensación de no poder seguir el ritmo? ¿O cuando no conectas con alguien de una forma normal, pero no sabes por qué?

Ella me miró preocupada, mientras empezaba a aplicar la laca.

—¿No estás conectando con él?

—Es como si se estuviera alejando de mí —dije, levantando un hombro.

—Pues no puede haberse alejado mucho… —dijo Jennifer, señalando el chupetón que tenía en el cuello y que habíamos cubierto con maquillaje.

—Ya bueno, tienes razón —dije—. Pero a pesar de eso, casi he tenido que tirarme encima de él para conseguir que me tocara.

—Mmm… ¿Te ha dicho algo?

—¡Nada! No me ha dado ni la más mínima pista, y eso es lo que más me fastidia. Ahora parece que, cada vez que estamos juntos, busca una excusa para alejarse de mí.

—¿Y a dónde va?

—Estas últimas semanas, todo ha tenido que ver con la fiesta de lanzamiento, pero ¿y si solo es una excusa?

Cuando nos habíamos acostado por primera vez la noche de la reunión, me había parecido que todo era perfecto, pero tal vez solo había sido yo quien se sentía así. Quizá, él solo se había dejado llevar por la nostalgia, o por los recuerdos del pasado. Me había parecido que me deseaba, que quería a la mujer adulta en la que me había convertido, pero tal vez solo me estaba engañando para ver lo que quería ver.

Jennifer sujetó el moño con el pasador y lo ajustó hasta que estuvo satisfecha.

—¿Y si lo único que pasa es que está estresado por el lanzamiento?

—Podría ser —contesté, porque me encantaría creerlo—, pero de verdad que tengo la sensación de que pasa algo más.

—¿Crees que te ha dado la paranoia después de lo que pasó con Levi? ¿O estás pensando en lo que pasó con Aiden la última vez?

—Puede.

Era muy posible que me hubiera vuelto demasiado sensible al temor de ser abandonada, sobre todo porque aún no sabía por qué me

había dejado la primera vez. Pero el que hubiéramos roto hacía tantos años no significaba que fuera a ocurrir de nuevo. Era posible que le estuviera costando intentar llevar una relación, además de una empresa multimillonaria y el lanzamiento de los nuevos productos. Él mismo había dicho que no había tenido ninguna novia desde que lanzó Elixir, así que, tal vez, no sabía cómo ser un buen novio cuando tenía tantas cosas de las que ocuparse a la vez.

Jennifer me frotó los brazos un par de veces.

—Ya tienes el pelo listo, y estás guapísima. ¿Por qué no intentas no agobiarte por Aiden y disfrutas de la noche? Has trabajado tanto como los demás en esta línea. De hecho, sin ti ni siquiera existirían los productos. Así que, pásatelo bien, deja que la gente te admire y ya averiguaremos qué le pasa a Aiden mañana.

—Sí, tienes razón —contesté con una sonrisa.

Podía hacer eso. Me centraría en una sola cosa cada vez. Esta noche, el lanzamiento; al día siguiente, todo lo demás.

En ese momento, llamaron a la puerta.

—Ese será Aiden —dije, poniéndome en pie y arreglándome el vestido una vez más.

Jennifer me dio un beso en la mejilla.

—Voy a prepararme para el trabajo. Pasadlo bien y no te estreses.

—No me estreso —repetí de camino a la puerta.

Inspiré hondo y solté el aire de golpe, pero prepararme no sirvió de nada. Cuando abrí la puerta, me quedé boquiabierta y el corazón se me paró un instante. Ahí estaba Aiden, vestido con un esmoquin perfectamente entallado, con el pelo bien peinado, y ajustándose los puños de la camisa como una especie de James Bond, aunque aún más elegante. Estaba…

Joder.

Estaba tan guapo que se me quedó la boca seca. Él me dedicó una sonrisa genuina y cariñosa, y la preocupación que había sentido hacía solo un instante se transformó en una bandada de mariposas en mi interior.

—Creo que has nacido para llevar ese esmoquin —dije.

Él rio con suavidad y cogió una de mis manos.

—Solo para merecer llevar a una mujer tan preciosa como tú del brazo. Estás increíble.

—Gracias.

—Lo digo en serio, Cora. Estás guapísima.

Sentí una oleada de calor, y todas mis preocupaciones anteriores parecieron estúpidas. Tenía que relajarme y darle una oportunidad a Aiden. Claro que había estado distraído con el trabajo, y muy ocupado preparando el evento de aquella noche, pero ahora estábamos allí, preparados para disfrutar juntos del éxito. Sería perfecto. La noche iba a ser maravillosa.

Aiden me guio hasta una limusina negra que nos esperaba frente a la puerta del edificio.

—¿No has venido en el Ferrari? —bromeé—. ¿Ni en el Mercedes? ¿Ni el carruaje?

—He pensado que sería mejor que otro se ocupe de conducir esta noche —dijo—. Pero, si hubiera sabido que estarías dispuesta a subirte a un carruaje, creo que me lo habría pensado.

Abrió la puerta y yo me senté en el asiento de cuero. Él me siguió un momento después y, al instante, me puso una mano en la rodilla. Un escalofrío me recorrió la espalda bajo su contacto, e intenté contenerme para no sentarme en su regazo, porque, por muy tentador que fuera tontear con él un rato, nos arriesgaríamos a llegar tarde a la fiesta, y eso no era una buena idea.

—¿Nerviosa? —preguntó cuando el coche se puso en marcha.

—En realidad, no. Más bien, emocionada. ¿Y tú?

No me había dado cuenta de que estaba sacudiendo la pierna hasta que él me la apretó un poco.

—Parece que sí estás nerviosa.

—Creo que solo estoy ansiosa por ver el resultado de todo mi trabajo.

Él se inclinó para besarme el hombro desnudo.

—No sabes cómo me alegro de que te unieras a nosotros, Cora.

—Yo también.

Durante un momento, pensé que inclinaría la cabeza y me besaría en los labios, pero se mantuvo en su sitio y se volvió para mirar por la ventana. A continuación, sacó el teléfono y centró en él su atención durante los treinta minutos que duró el viaje.

Cuando llegamos a Glasshouse, el lugar donde se celebraba el evento, saqué mi antifaz de la Mixóloga Misteriosa y me lo puse con cuidado.

—¿Qué tal estoy?

Aiden guardó el teléfono en el bolsillo de su chaqueta y, con cuidado, ajustó un poco mi antifaz.

—Perfecta. Intentaré acordarme de que no debo revelar tu identidad.

—Eso desde luego que daría de qué hablar a los fans —sonreí.

Cuando salimos del coche, Aiden me ofreció su brazo, y un par de guardas de seguridad enormes nos acompañaron al interior del edificio.

Al entrar, lo observé todo con atención. Había visto fotos de Glasshouse en internet, pero esa noche se había transformado en un salón maravilloso, decorado con amplios sofás de terciopelo, enormes ornamentos florales, y detalles dorados que reflejaban la luz cálida de la sala. Las grandes ventanas ofrecían unas vistas panorámicas increíbles del río Hudson y los rascacielos de Manhattan, que brillaban contra el cielo azul del atardecer. En cada una de las numerosas terrazas habían instalado un bar y, a lo largo de la zona acordonada por la que entraban los invitados, había un enorme panel en el que se repetía la marca Elixir, frente al que los asistentes se detenían para ser fotografiados y dar entrevistas a la prensa. Sin embargo, la atracción principal era un enorme bar, decorado con espejos y situado en el centro de la sala, donde los expertos mixólogos de Elixir preparaban cócteles exclusivos, con y sin alcohol.

—Esto es increíble —dije, mientras me ajustaba el antifaz una vez más.

Aiden no contestó y, cuando me volví hacia él, lo encontré saludando a un grupo de *influencers*, que parecían los mismos que había traído aquella noche, tiempo atrás, a verme competir en el Fondo del Barril.

—Supongo que debería presentarte —dijo, ajustándose un poco la chaqueta.

Pestañeé un par de veces e intenté no sacar conclusiones precipitadas, aunque sus palabras sonaron como si le desagradara la idea de hacer las presentaciones. Yo sabía que actuar como anfitrión era la parte que menos le gustaba de su trabajo, y lo cierto era que ya tenía la misma sonrisa tensa que había exhibido la noche de mi competición. Era evidente que estaba muy estresado. Por un momento, pensé que iba a ofrecerme el brazo, pero se limitó a hacer un gesto con la cabeza hacia el otro lado de la sala.

—¿Vamos?

Echó a andar hacia donde estaban los *influencers*, a un paso rápido que me obligó a apresurarme para alcanzarle. Me planteé cogerle una mano, por si mi presencia le reconfortaba, pero una parte de mí temía que apartara la mano de un tirón. Lo tenía a un palmo de distancia y, aun así, la brecha entre nosotros parecía enorme. No quedaba ni rastro de la actitud cariñosa que había mostrado en la limusina, ahora solo había indiferencia. Yo sabía que mi papel aquella noche era el de la Mixóloga Misteriosa, pero cuando me miraba, lo hacía como si solo fuera una compañera de trabajo. Ya estaba echando de menos a *mi* Aiden.

—¡Aiden Callihan!

Un hombre mayor, con el pelo blanco y una sonrisa que aún debía resultar irresistible a las mujeres, nos había salido al paso. Aiden carraspeó un poco y le tendió la mano.

—Wilson, me alegro de que hayas podido venir.

—No me lo perdería por nada. Hay que estar al tanto de la competencia, ya sabes —contestó con un guiño.

Aiden rio por cortesía.

—¿Y quién es tu acompañante? —se interesó Wilson.

Aiden se apartó un poco y me tendió la mano para que me acercara, aunque tuvo cuidado de no tocarme. Bajé la vista a su mano, que se había quedado a unos centímetros de mi codo, como si le preocupara entrar en combustión espontánea si entrábamos en contacto. No sabía si mantenía la distancia para proteger mi «identidad secreta», o si consideraba que mi antifaz era una excusa para mantenerse apartado.

—Esta es la Mixóloga Misteriosa, el cerebro responsable de la línea Elixir Free.

—Encantada de conocerte —dije a Wilson.

—Wilson Manning es el propietario de Imperium Spirits —explicó Aiden.

Asentí, sin sorprenderme lo más mínimo. Aquel hombre tenía pinta de bañarse en dinero.

—Las mejores bebidas —bromeó Wilson—, pero, si alguien puede amenazar nuestra posición, es este hombre. —Dio a Aiden una palmada jovial en la espalda—. Es obvio que llegará muy lejos.

—Yo diría que ya lo ha hecho —observé.

Wilson me señaló con un dedo y me dedicó una sonrisa taimada.

—Ya veo por qué se ha asociado contigo.

—Discúlpame —dijo Aiden, haciendo un gesto hacia alguien que parecía desesperado por captar su atención—. El deber me llama. Me alegro de verte, Wilson. A ver si luego nos tomamos una copa.

Wilson asintió, pero Aiden ya estaba inmerso en la siguiente conversación. Con el rabillo del ojo, le observé saludar a más invitados con apretones de manos y la misma sonrisa forzada, mientras yo seguía junto a Wilson, manteniendo una conversación incómoda. Era un hombre cortés, pero no teníamos nada de lo que hablar. A él no le interesaban los acuerdos de marca, ni las *influencers*, ni los cócteles sin alcohol. Estaba segura de que mi antifaz no era capaz de ocultar el rubor que se iba extendiendo por mis mejillas a medida que la conversación iba decayendo. Por fin, Wilson señaló su copa vacía y se excusó para ir al bar a por otra, con lo que me quedé allí parada, sola. Pensé en acercarme a donde estaba Aiden, pero lo último que quería hacer era seguirle alrededor de la sala como un perrito perdido.

—¿… una foto?

—¡Claro! —dije, volviendo en mí al comprender que la chica que se me había acercado me había pedido que nos hiciéramos un selfi.

Ella sonrió mientras yo dirigía un beso a la cámara y, en cuanto hizo la foto, la subió a Instagram con la etiqueta *Codeándome con la Mixóloga Misteriosa en el #LanzamientodeElixirFree.*

—Muchas gracias —me dijo al terminar—. Soy fan tuya, me han encantado las variantes del Whiskey Sour que has mostrado hace poco.

—¿Te ha gustado más el Sol Rojo o el Albaricoque Sour?

—Oh, el Sol Rojo, desde luego. No puedo resistirme a la vainilla y la fruta de la pasión.

—Lo entiendo —sonreí, y me acerqué un poco a ella—. Que quede entre nosotras, pero el nuevo Té real con frambuesa de Elixir Free es una base fantástica para mezclar con whiskey.

—Entonces, tendré que comprar unos cuantos. —Me devolvió la sonrisa—. Encantada de conocerte.

—Yo también. No olvides etiquetarme, así me podrás contar qué opinas de las nuevas bebidas.

Tan pronto como se marchó, otra persona se me acercó para pedirme un selfi. Sonreí y me metí en mi papel de Mixóloga Misteriosa, la imagen de la nueva línea, pero no conseguí dejar de pensar en Aiden, que seguía saludando a unos y otros al otro lado de la sala, sin dirigirme ni una mirada. Me sentí abandonada, como si tratara de captar la atención de un desconocido. Sabía que los dos teníamos que representar nuestros respectivos papeles y atender adecuadamente a los asistentes, pero ¿por qué no había vuelto aún conmigo? Había dicho que iba a presentarme a un grupo de *influencers*, pero ahora parecía encantado de que hubiera una multitud entre él y yo.

—Mixóloga Misteriosa —dijo una mujer que se acababa de acercar a hablar conmigo—. Soy Eleanor Weisner. Creo que nos hemos puesto en contacto contigo a través de las redes.

Me tendió una tarjeta de visita con un logo que reconocí al momento.

—Ah, sí, eres de Destilería Ironwood. Sí, me acuerdo.

—Me alegro de conocerte en persona. Tenía la esperanza de que pudiéramos hablar esta noche. —Hizo un gesto hacia el bar—. Mis compañeros están probando las nuevas bebidas.

—Espero que les gusten —dije con una sonrisa cortés.

—Parece que aquí has hecho un trabajo excelente —continuó, señalando el muestrario de bebidas Elixir Free que decoraba el centro de la sala—. Y ahora que has cumplido tu contrato con Elixir, espero que hayas quedado libre. Quería volver a ofrecerte una asociación con nosotros.

Oh. Cuando rechacé su oferta inicial, había creído que Aiden prorrogaría mi contrato en Elixir… Y lo había hecho, pero solo por tiempo limitado. ¿Qué pasaría cuando terminara el plazo? Había pensado en quedarme en Elixir más tiempo, pero la idea ya no me parecía tan atractiva como antes, ahora que se habían torcido las cosas entre Aiden y yo. Tal vez eso era lo que estaba pasando: quizá él había asumido que, puesto que nuestra relación laboral iba a terminar pronto, yo me dedicaría a otras cosas, tanto personal como profesionalmente.

Yo no quería dejar a Aiden, ni poner fin a lo que habíamos empezado, pero hacía tiempo que había aprendido a no contar con él. Sería mejor que no descartara por completo esta otra alternativa.

—El caso es que me gustaría entender mejor vuestra propuesta. ¿Podríamos organizar una reunión?

—Eso sería estupendo —contestó Eleanor con una sonrisa enorme—. Si te parece bien, le diré a mi asistente que te mande un mensaje por las redes.

—En realidad, será mejor que me envíes un correo electrónico. —Saqué una de mis tarjetas del bolso y se la entregué.

—Quedo a la espera de que hablemos —dijo ella, cogiendo la tarjeta.

—Y yo estoy deseando saber tu opinión sobre los cócteles sin alcohol. Me alegro de conocerte.

Eleanor se alejó hacia el bar para hablar con sus compañeros, y me fijé en que uno de ellos le chocaba los cinco, mientras que la otra cogía mi tarjeta de visita y comenzaba a hacer una llamada. Me imaginaba que recibiría un correo electrónico en menos de una hora, pero, hasta entonces, yo también necesitaba beber algo. Vi que uno de los bares laterales parecía algo más vacío, así que me dirigí hacia él, pero me detuve en seco a medio camino. La sangre se me heló en las venas al ver una figura horriblemente familiar que se acercaba a mí entre la multitud.

—Hola, Cora.

Lo miré anonadada.

—¿Qué diablos haces tú aquí, Levi?

AIDEN

—Ay, es que están buenísimos —dijo Cassie, la *influencer* dedicada a la moda.

Se bebió de un trago el resto de su cóctel Elixir Free, como si fuera un chupito de tequila, y se tambaleó sobre aquellos tacones tan ridículamente altos que llevaba. Para no caerse, se agarró a Elio como si fuera un faro en la tormenta. También era cierto que él ahora llevaba las puntas del pelo teñidas de color verde lima, así que era fácil de ver.

—¿Ya estás borracha, cariño?

Cassie sacudió su copa hacia él y se rio.

—Esta es mi cuarta copa.

—No llevan alcohol.

Cassie lo miró parpadeando y soltó una carcajada.

—Entonces, supongo que el ambiente se me ha subido a la cabeza. —Lanzó los brazos alrededor de Elio y le besó en la mejilla, a la vez que aprovechaba para hacer un selfi de los dos—. ¿Y dónde se ha metido Artie?

Yo sacudí la cabeza con discreción y bebí un trago de mi Old Fashioned. Ya me había hecho las fotos obligatorias que me había

pedido Dominic delante del panel en la zona de entrada, además de otro montón de fotos con los cócteles sin alcohol en la mano, pero después de eso, había necesitado una bebida de verdad que me ayudara a aguantar a los *influencers* y mantenerlos centrados en su trabajo.

—Ay, oye, ¿por qué no empezamos un directo en Insta? —preguntó Cassie.

—Igual más tarde —dijo Elio—. He oído que Bethany Lyons está invitada.

—Uf —dijo Cassie, mirándome con irritación, aunque yo no tenía ni idea de por qué, ni de quién cojones era Bethany Lyons—. No queremos nada con ella. No es más que una traidora, ladrona de contenidos, asquerosa…

Santo cielo. Me aparté de ellos y aproveché para hablar con algunos de los ejecutivos de las Destilerías Golden Oak, que se habían acercado a saludarme. Ya había estrechado más manos esa noche de las que normalmente estrechaba en todo un año y, aunque no me ilusionaba socializar con nuestros competidores, al menos con ellos podía mantener una conversación razonable, y no perderme con cada referencia que hicieran. Dios, aquellos *influencers* me hacían sentir como un anciano.

Por ahora, el evento estaba siendo un éxito, pero no podía evitar la sensación de sentirme en la cuerda floja, como si en cualquier momento una ráfaga de viento pudiera hacerme perder el equilibrio. Tenía que asegurarme de que todo el mundo estuviera a gusto, que no faltaran las bebidas, que los *influencers* estuvieran entretenidos, pero no se volvieran locos… Pero, sobre todo, tenía que convencer a la prensa de que era un presidente encantador, feliz y seguro de sí mismo, disfrutando del éxito de mis nuevos productos, porque necesitaba que Elixir Free recibiera buenas opiniones. Cualquier cosa que fuera mal podría desequilibrar la delicada balanza que estaba sosteniendo, y eso estaba empezando a agotarme.

—He estado dando una vuelta por ahí —dijo Artie, el artista callejero, que había vuelto a unirse al grupo.

Giré la cabeza hacia ellos, pero sin prestar mucha atención.

—¿Te has enterado de algo interesante? —preguntó Cassie, muy interesada en los cotilleos—. ¿Has visto a Bethany Lyons? ¿Está aquí?

—No la he visto, pero he oído que la competencia está tratando de llevarse a la Mixóloga Misteriosa —afirmó, mirándome a los ojos.

—¿Quién? —pregunté.

—Destilería Ironwood.

Me tragué el resto del whiskey a toda velocidad, notando cómo su calor descendía por mi interior.

—Vaya, eso podría ser muy interesante —observó Cassie—. Si se lo monta bien, podría hacer que las marcas se la rifaran. ¿Está Elixir dispuesto a luchar por ella? —me preguntó con una sonrisa maliciosa.

Luchar por ella. Aquellas palabras me preocuparon, porque eso mismo era lo que se me había ocurrido a mí, y también lo último en lo que quería pensar.

—Apreciamos mucho todo lo que ha aportado a Elixir —dije de forma mecánica—. Pero si le interesa aprovechar otras oportunidades, le deseamos lo mejor.

Pareció que la falta de dramatismo de mi respuesta, muy comedida, la desilusionaba bastante. Supuse que debía alegrarme por que no pudiera ver la avalancha de emociones que sentía en mi interior. Odiaba la idea de que Cora fuera a trabajar para la competencia, pero ¿no había determinado que necesitaba mantener las distancias? ¿No era eso lo que quería?

En las últimas semanas, había intentado mantenerme un tanto alejado y encontrar ese equilibrio tan elusivo que me permitiera estar con ella sin perder el control de mí mismo, pero aún no lo había logrado. Bastaba con que me mirase entre las pestañas, o me tocara, para hacerme perder la cabeza por completo. En lo que se refería a Cora, era evidente que yo no era dueño de mí mismo, pero no soportaba la idea de dejarla. Y, aquella noche, lo último que quería era tratar de analizar mis emociones rodeado de aquel grupo de tiburones, es decir, de *influencers*. Necesitaba que alguien se ocupara de ellos durante un rato.

Busqué a Dominic, para tratar de indicarle que le tocaba a él encargarse de mantenerlos entretenidos, pero lo vi apoyado en la barra del bar, rodeado de vasos de chupito vacíos. El camarero le entregó otro en ese momento, que se bebió de un solo trago. Eso era un problema. Recordé que, en los últimos tiempos, le había visto pasarse con el alcohol en tantas ocasiones que parecía estar convirtiéndose en algo habitual, y me pregunté si debería hablar con los otros y planear algún tipo de intervención. No creía que estuviera bebiendo tanto como para que nos preocupáramos mucho, pero ¿cómo podía estar seguro? Yo solo sabía lo que bebía en público, pero era imposible saber lo que bebía en privado, sobre todo las noches en las que no tenía a Hailey. Me pasé una mano por la cara. *Maldita sea, Dom*.

Busqué entre la multitud, preguntándome si Trent o Paul podrían estar pendientes de él. Vincent y Piper aún estaban de luna de miel, así que mis opciones eran limitadas. No conseguí localizar a los chicos, así que saqué el teléfono para enviarles un mensaje, pero entonces me fijé en Cora. Destacaba entre la multitud, como siempre me lo había parecido, pero miraba con los brazos cruzados a un hombre alto que hablaba con ella. ¡Era el puto Levi! ¿Cómo había conseguido colarse en la lista de invitados?

El último átomo de paciencia que me quedaba se desintegró mientras me dirigía a donde estaba Levi. Lo agarré de un brazo y lo llevé en volandas hacia la puerta, con los dientes apretados. Él

tartamudeó, confundido, y Cora nos siguió, repitiendo mi nombre en un susurro alterado, pero yo solo podía centrarme en no soltar a Levi. *Ni de puta coña, colega.*

Me dirigí a un pasillo trasero, fuera de la vista del salón principal, y estampé a Levi contra la pared, sujetándolo con un antebrazo contra su garganta.

—¿Cómo cojones has conseguido entrar aquí?

—¡Aiden! —dijo Cora, alarmada—. ¡Suéltalo!

—Qué host… —empezó a decir Levi cuando le quité el brazo del cuello, pero se interrumpió porque lo agarré del cuello de la camisa y le di una fuerte sacudida.

—¿Qué va a hacer falta para que pilles el mensaje, eh?

—Quítame de encima a tu maldito perro guardián —exigió Levi a Cora, a la vez que me daba un empujón en el pecho.

—¡No la mires! —exploté, viéndolo todo rojo—. Deja a Cora en paz de una puta vez.

—¿Así es como te trata este tío? —preguntó Levi, sin dejar de hablar con Cora.

—No —respondió ella, en un tono que sonó confuso y dolido. Cómo deseé que hubiera estado en cualquier otro sitio—. Aiden, ya vale, *por favor*. Solo… parad los dos, dejadlo. ¿Qué está pasando aquí?

—No se puede controlar a un animal rabioso —dijo Levi—. Eso es lo que está pasando. Supongo que este desgraciado no te ha contado que prácticamente me atacó en tu edificio el otro día, ¿no?

—¿Qué? —La sorpresa hizo que su tono de voz fuera más agudo—. ¿De qué estás hablando? Aiden, ¿es eso cierto? —Me miró a los ojos.

Levi sonrió con suficiencia, mirándonos al uno y al otro. La pregunta de Cora me había descolocado, así que él me pilló por sorpresa

cuando volvió a empujarme, y me hizo retroceder un par de pasos.

—Me imaginaba que no se lo habías contado —dijo Levi—, porque eso no encajaría con todas las mentiras que le has vendido sobre tu imagen de novio perfecto. Pero, en realidad, solo eres un controlador desquiciado…

—¡Cállate la puta boca! —gruñí, con los puños apretados.

—Ya sé que piensas que yo soy el problema —continuó Levi en tono más firme y sin dejar de mirar a Cora, a quien dirigió sus palabras—, pero de quien te tienes que preocupar en realidad es de este tío. Es evidente que es muy peligroso.

Levanté un brazo y me preparé para darle un puñetazo. Si aquel tío no cerraba la boca, se la cerraría yo de una hostia.

—Soy yo el que te quiere, Cora —dijo Levi—. Lo único que quiero es hacerte feliz.

—¿Y a vosotros os parece que esto me hace feliz? —gritó ella, apretándose las sienes con los dedos.

—¡*Aquí* estás! —dijo una voz, interrumpiendo mis pensamientos descontrolados.

Me volví y vi a Dominic apresurándose por el pasillo hacia… *oh, joder.* Se dirigía hacia donde estaba Elio, un poco alejado de nosotros, enfocándonos con el teléfono que tenía en la mano.

—Me alegro mucho de haberte encontrado, quería hablar contigo —continuó Dom al acercarse a Elio. Le pasó un brazo por los hombros y le dio la vuelta, en dirección a la fiesta—. Me encantan tus publicaciones. Anda, ¿estabas grabando contenidos de esta noche? ¿Me los enseñas?

Forcejearon un poco, pero Dom consiguió quitarle el teléfono de las manos.

—Ay, ¡vaya! —dijo Dominic—. Creo que he borrado algo, ¡qué torpe soy! Lo siento, tío. Ven, te invito a una copa para compensarte. —Dominic apretó un poco más el brazo alrededor del cuello de Elio y lo arrastró por el pasillo—. En Elixir podríamos hacerte alguna oferta. ¿Qué te parecería asociarte con nosotros?

Apreté tanto los dientes que me empezó a doler la mandíbula. Me había dejado cegar por la rabia hasta el punto de no fijarme en que Elio estaba allí mismo. Maldita sea, tendría que haber sido más cauto, sobre todo, teniendo en cuenta que a Vincent le había pasado algo similar no hacía mucho tiempo. En aquel momento, me había sentido muy mal por él, pero nunca se me había pasado por la cabeza que a mí me pudiera ocurrir algo así. Para empezar, yo no tenía una ex desagradable y vengativa como Maya, la supermodelo que había tendido una trampa a Vincent para hacerle quedar mal; y, además, yo no era un hombre que perdía la cabeza. Se suponía que yo era capaz de controlarme. O, al menos, solía ser capaz de controlarme la mayor parte del tiempo.

Pero Cora… Cora siempre me hacía romper todas mis reglas.

Paul y Trent aparecieron al final del pasillo y me miraron con idénticas expresiones preocupadas. Era evidente que se habían dado cuenta de lo ocurrido, y eran ellos quienes habían enviado a Dominic al rescate. Por suerte, aún había estado lo bastante sereno como para saber qué hacer. Si los chicos no se hubieran hecho cargo, todo aquello podría haberse convertido en un escándalo monumental.

Trent arqueó una ceja, con un gesto que preguntaba en silencio si me encontraba bien. Cuando asentí con un gesto, Paul y él volvieron a la fiesta y me dejaron con Cora y Levi en el pasillo. El silencio resultó ensordecedor.

—Tengo que hablar con Levi —dijo Cora sin mirarme, en voz baja—. Volveré a la fiesta enseguida.

Levi me lanzó una mirada triunfante y despectiva, y se dirigió con Cora al otro extremo del pasillo, donde podrían hablar en privado.

No supe qué hacer, así que me limité a quedarme allí de pie, respirando hondo y sintiéndome como un idiota.

—Oh vaya, no pensaba que te encontraría aquí —dijo una voz desconocida.

Al volverme, vi a un hombre que caminaba hacia mí, pero no lo reconocí enseguida. Cuando estuvo más cerca, pensé que me resultaba vagamente familiar, como si hubiera coincidido con él en alguna ocasión, hacía tiempo. Me quedé mirándolo mientras él se acercaba lo bastante como para tenderme una mano.

—Jack Marren —dijo él—. Estoy cubriendo el evento para el blog City Beat.

Le estreché la mano sin pensar, mientras seguía tratando de recordar dónde lo había visto antes. ¿Había sido parte del grupo de prensa en algún otro evento nuestro? Esa era la explicación más probable, pero, por algún motivo, no me parecía correcta. Al mirarlo, la imagen que me vino a la mente fue una discoteca, con las luces de colores iluminando su expresión despectiva.

—Gracias por venir hoy —dije, en tono cortés pero neutro—. Espero que lo estés pasando bien.

—Sí, ha estado muy bien —asintió él—. Muy distinto de la última vez que nos encontramos, ¿eh?

Sonrió como si los dos comprendiéramos la broma, pero yo no tenía ni idea de qué estaba hablando. Maldita sea, iba a tener que admitirlo.

—Lo siento, pero no caigo…

—No, tienes razón —rio él—. Han pasado diez años, y solo nos vimos aquella vez, en esa discoteca de Ithaca. Ni siquiera creo que supieras mi nombre antes de que empezáramos a…

—Sacudirnos. —Terminé la frase, porque acababa de recordarlo todo de golpe—. Joder, es eso, ¿verdad? Tú eres uno de los tíos con los

que me peleé por Steph.

Aquello había ocurrido la noche en que corté con mi novia de la universidad… Y el momento que representó el origen de Elixir.

—Ese soy yo —dijo Jack con una sonrisa aún más grande—. Pero, sin rencores, ¿eh? A ver, al final todo te ha ido bien, ¿verdad? Fíjate en todo lo que has conseguido desde entonces. —Hizo un gesto hacia donde estaba la fiesta—. Has levantado todo un imperio. Menos mal que mis colegas y yo no te denunciamos por la paliza, o nos habríamos perdido unas bebidas estupendas. —Se rio de su propia broma y se apartó un poco—. Debería volver ahí dentro, es una fiesta increíble, tío. Y parece que Elixir Free va a ser otro éxito. Enhorabuena.

—Gracias —dije con una sonrisa forzada que mantuve hasta que se alejó.

Cuando se fue, me dejé caer contra la pared, envuelto en un torbellino de pensamientos. Recordaba muy bien aquella pelea de hacía diez años, pero enseguida, mi mente retrocedió hasta el partido de fútbol del instituto en el que perdí el control por primera vez. Y hacía solo unos instantes que había acorralado a Levi contra la pared, con un brazo en su garganta.

Eran ya tres las ocasiones en las que había perdido la razón por completo. Tres veces en las que mi impulso de protección hacia una chica me había hecho perder la cabeza, hasta casi provocar un desastre. En el instituto, podría haber perdido la oportunidad de conseguir una beca. La pelea con Jack, diez años atrás, podría haberme costado una denuncia por agresión, como él mismo había observado, y haberme impedido conseguir todo lo que había logrado en los últimos diez años. Y esta noche, si Elio hubiera llegado a publicar aquel vídeo, habría acabado con mi reputación, pero, sobre todo, habría sido un fuerte golpe para la empresa, y habría afectado a todas y cada una de las personas que recibían un salario de Elixir. Y todo habría sido por mi culpa.

No quería ser la clase de persona que actuaba sin pensar, que perdía los estribos y tomaba decisiones irracionales, pero eso era en lo que me convertía cuando me implicaba demasiado en una relación. El instinto se apoderaba de mí y aniquilaba por completo mi capacidad de razonar. Era un patrón imposible de ignorar. Cada vez que me abrumaban los sentimientos, perdía el control, dejaba de ser yo mismo y hacía cosas que podrían tener consecuencias muy serias.

Si quería proteger mi negocio, a mis empleados y a mí mismo, tenía que cambiar. Tenía que tomar las riendas de mi vida, y debía empezar esa misma noche.

25

CORA

—¿Cómo puedo demostrarte que te quiero? Tú solo dime qué quieres que haga y lo haré, Cora. Te juro que lo haré.

—Levi —dije, tratando de mantener la calma—. Necesito que escuches lo que te estoy diciendo.

Estaba muy alterada por el enfrentamiento entre Aiden y Levi, por no hablar de lo nerviosa que me había puesto el que Levi se hubiera presentado allí. Era demasiado: la cara de rabia de Aiden, la forma en que había agarrado a Levi, las súplicas incesantes de este…

Levi me cogió las dos manos y me acarició los nudillos con los dedos.

—Todavía te quiero, Cora. Tienes que comprenderme.

Sacudí la cabeza. Sus palabras no eran más convincentes que las que había pronunciado durante la noche de la reunión. No tenía ni idea de qué estaba pasando entre Aiden y yo, pero, en lo más hondo de mi alma, sabía que no iba a volver con Levi. Nuestro tiempo juntos había terminado. Solo necesitaba que le entrara de una vez en la cabeza.

—He sido un imbécil…

—Por dejarme —suspiré—. Sí, ya lo sé. Lo he entendido, Levi. Y, en cierto modo, es agradable oírlo. —Él me apretó las manos cuando dije aquello—. Incluso después de todo este tiempo, me alegro de que por fin hayas comprendido que podías haber hecho las cosas mucho mejor. Pero, por mucho daño que me hicieras al marcharte, he tenido tiempo suficiente para comprender que nos hiciste un favor a los dos.

—No digas eso. —Frunció el ceño con cara de angustia—. Aún podemos arreglarlo, y podemos volver a estar juntos, como siempre debió ser.

Hacía un año, yo habría dado cualquier cosa por oírle decir esas palabras, pero ahora no sentí nada. Ni remordimientos, ni tristeza, ni desagrado. Nada, el vacío. Comprendí que era porque, aunque una vez me había importado, nunca había estado enamorada de él. Y cuando él tiró por la ventana quince años de relación, cuando me dejó tan de repente, yo había terminado por dejar de ser la chica que creía que lo necesitaba.

Había olvidado la idea de nosotros dos como pareja y, por fin, era libre.

—No existe ninguna posibilidad de que volvamos. —Hice un gesto con la mano para señalarnos a los dos.

A pesar de que tenía un nudo en el estómago, conseguí mantener un tono tranquilo y controlado. No conseguiría nada gritándole, solo serviría para que insistiera aún más.

—Hemos terminado. Ya he terminado contigo, para siempre.

—¿Es por Aiden? —preguntó él.

—¡No! —dije con intensidad, tratando de conseguir que escuchara lo que le estaba diciendo—. Esto no tiene nada que ver con él.

—Cora…

—Da igual lo que digas. Me da lo mismo que hayas vuelto a Nueva York. No voy a volver contigo. Jamás.

Levi negó con la cabeza y miró a la pared con la mandíbula apretada.

—Estás cometiendo un error al elegir a Aiden en lugar de a mí.

—No se trata de eso —insistí, para cortar aquella discusión, otra vez.

—Él no es el hombre adecuado para ti. No es bueno para ti.

¿Y tú sí lo eres? Tuve ganas de echarme a reír. El hecho de que creyera saber mejor que yo lo que era bueno para mí, debería haber sido una clara señal de alarma durante todos aquellos años.

—Para que te enteres de una vez: no elijo a Aiden en lugar de a ti. Me elijo a mí misma. No quiero estar contigo porque, de verdad, no te quiero, y punto. Soy mucho más feliz sin ti, rodeándome de gente que me quiere y que me valora. —Al contrario que Levi, que nunca se había molestado en aportarme nada.

Y sí, por supuesto, Aiden podía haber sido una de las personas que me habían hecho feliz y me habían valorado en los últimos tiempos, pero, aunque no estuviera o, aunque las cosas no funcionaran entre nosotros, yo seguía sin querer volver con Levi.

—Estás cometiendo un error —repitió.

—Sea un error o no, esa es mi decisión. Y, de todos modos, yo no creo que sea un error. No hacíamos buena pareja —expliqué—. Si lo hubiéramos sido, irte con Sally no te habría parecido una idea tan atractiva.

Vi que un músculo le temblaba en la mejilla. Tal vez aquello le había dolido. Quizá sabía que yo tenía razón.

—Estuvimos juntos tanto tiempo porque nos resultaba familiar y seguro, pero eso no es una razón suficiente para continuar. No voy a volver a una relación en la que no soy feliz.

Aquello pareció desanimarle.

—Pero podríamos volver a encontrar la felicidad…

—No podemos. Nuestros caminos ya se han separado, Levi, tienes que admitirlo de una vez. —Tragó saliva y pareció a punto de interrumpirme, sin duda buscando algún argumento desesperado que me hiciera cambiar de opinión—. Y debes hacerme caso cuando te digo que todo esto tiene que acabar. Basta de flores, basta de visitas sorpresa, y no sigas intentando que vuelva contigo.

—Pero…

—Lo digo en serio. Si vuelves a intentarlo, llamaré a tu abuela.

Levi era hijo único, y su madre lo había malcriado a base de ponerse siempre de su parte. Sin embargo, su abuela era una mujer de armas tomar. Yo siempre le había caído bien, y estaba segura de que, si recurría a ella, haría que Levi se echara a temblar.

—Ya sabes que te libraste de su ira cuando me dejaste —continué—, así que no me hagas meterla en esto ahora.

Levi asintió. Los dos sabíamos que su abuela le aterraba, así que esto era lo más grave con lo que le podía amenazar.

—Adiós, Levi. Creo que ya es hora de que te largues.

Me miró durante un momento más y, después, dio media vuelta y se alejó por el pasillo con los hombros encogidos. No me sentí mal por él, solo sentí alivio de que hubiera acabado por fin y pudiera pasar página de una vez por todas. Nuestra relación había terminado de una vez por todas, y ahora era libre para dedicarme a cosas mejores. ¿Una vida con Aiden? ¿Una carrera en Elixir? Había un montón de posibilidades, si Aiden también lo quería. Tal vez, ahora que Levi había desaparecido definitivamente, eso le daría seguridad y le demostraría que estaba decidida a conseguir que las cosas funcionaran entre nosotros.

Fui a buscar a Aiden y lo encontré sentado en una silla en un rincón, inclinado y con los codos apoyados sobre las rodillas. Le toqué en un hombro y, cuando levantó la cabeza hacia mí, vi que tenía un aspecto horrible. Estaba pálido, sudoroso y con el pelo revuelto, como alguien que acabara de recibir la peor noticia de su vida. ¿Habría pasado algo más? ¿Sería la abuela Dee?

Miré alrededor, buscando a Trent o a alguno de los otros, por si ellos tuvieran más información. Sabía que habíamos invitado a la abuela Dee, pero no había podido venir porque tenía un fuerte resfriado. ¿Sería algo más serio? No conseguía ver a ninguno de los chicos por allí.

—Aiden, ¿qué pasa? ¿Le ha pasado algo a alguien?

Las manos de Aiden parecían temblar un poco, hasta que cerró los puños.

—Creo que deberíamos dejar de vernos.

—¿Qué?

Una oleada de frío recorrió mi cuerpo. Tenía que haberlo entendido mal, pero él me miró directamente a los ojos y, cuando lo repitió, no me quedó ninguna duda de que lo decía en serio.

—He dicho que deberíamos dejar de vernos.

—Estás de broma, ¿no?

—No podemos seguir juntos —insistió, con la vista clavada en sus puños apretados—. Esto… nosotros… Esta relación no funciona.

—¿Que no funciona? —No lo podía creer—. ¿Así, por las buenas?

¿Desde cuándo se sentía así? Todo había sido maravilloso, hasta que empezó a alejarse de mí por la razón que fuera. ¿Qué habría ocurrido? ¿Por qué no quería contármelo? ¿Por qué se limitaba a tirar la toalla sin previo aviso?

—¿Te importaría decirme qué es exactamente lo que no funciona en esta relación?

—Cora…

—Porque, en lo que a mí respecta, no has avisado de que algo vaya mal, ni has mencionado antes ningún tipo de problema. Si hay alguno, podemos resolverlo, pero vas a tener que contarme qué pasa, porque no tengo la menor idea de dónde viene esto.

Estaba pasando lo mismo que la vez anterior. Increíble.

—Va a ser lo mejor —dijo Aiden, pero casi no le di tiempo a terminar la frase.

—¡No me puedo creer que vayas a hacerme lo mismo! ¡*Otra vez*!

Una parte de mí seguía sin creer que la historia se estuviera repitiendo. Parecía una versión espantosa del *día de la marmota*. Estaba convencida de que, ahora que los dos éramos adultos y habíamos madurado, no volvería a pasar algo semejante, pero, al parecer, me había equivocado por completo. Aiden no había madurado en absoluto o, al menos, no como debía ser.

Claro, que tal vez yo era la clase de persona a la que resultaba fácil dejar. Puede que, para él, solo fuera un entretenimiento hasta que encontrara a alguien mejor. ¿Sería eso? ¡No! ¡No pensaba permitir que me volviera a tratar así una vez más! No estaba dispuesta a tolerar que me dejara plantada, volviera a destrozarme y limitarme a preguntarme por qué, ¿por qué?

—Espero que tengas algo más que «es lo mejor» —dije, prácticamente escupiendo las palabras, presa de la ira—, porque esta vez quiero que me des una explicación.

Él abrió la boca, pero la volvió a cerrar y se limitó a sacudir la cabeza, como si no supiera qué decir.

—Es lo mínimo que me merezco —exigí.

—Estar contigo hace que… —empezó a decir, y se humedeció los labios, como si se le hubiera secado la boca—. Me hace comportarme de una forma… irracional.

—¿*Yo* te vuelvo irracional?

Hice un gesto de incomprensión, aunque el corazón me latía con fuerza en el pecho. ¿Pero qué cojones decía? ¿Se refería a la forma en que se había comportado con Levi? Porque, si era eso, sí, se había pasado y su comportamiento no había sido apropiado, pero ¿por qué era culpa mía?

Parecía que, en vez de hacer frente a sus propias decisiones, me estaba utilizando como excusa.

—Cuando me… implico demasiado en una relación, tiendo a perder la cabeza. Y eso es lo que me está pasando ahora. Me estoy convirtiendo en una versión de mí mismo que no me gusta, y no quiero ser ese tipo de persona. No puedo seguir comportándome como lo acabo de hacer ahora.

Me quedé atónita. Acababa de pasarme diez minutos explicando a Levi que yo era ahora otra persona, alguien mejor y que conocía su propio valor. Y Aiden me estaba diciendo que a él le pasaba justo lo contrario: yo lo convertía en una persona que no le gustaba. Presa del dolor y la sorpresa, no fui capaz de reaccionar. Era demasiado, no podía luchar contra aquello. Me quedé paralizada mirando a Aiden, hasta que se levantó y se marchó, dejándome allí, plantada. Sola.

AIDEN

Lo único que quería era emborracharme, hasta el punto de no recordar mi propio nombre ni saber dónde estaba. Esa era la única idea coherente que tenía en la cabeza mientras le daba la espalda a Cora y me alejaba de ella. Se quedó allí quieta, con el antifaz deslizándose por su cara y una expresión de sorpresa infinita. Jamás me había sentido tan miserable.

¿Qué acababa de hacer?

Noté una sensación de vacío, y un dolor en el centro del pecho que me resultaba familiar. Era una sensación que ya había tenido antes, cuando rompimos por primera vez. En aquella época, había sido demasiado joven como para ahogar mis penas en alcohol, pero, durante varios días, no había hecho nada más que comer comida basura y jugar a videojuegos con mis compañeros de equipo, hasta que se pasó lo peor del dolor. Después, en la universidad, cuando rompí con Steph, me había instalado en un bar cualquiera y estuve allí hasta que, por alguna razón, se me ocurrió la idea de crear Elixir.

Parecía que llevaba mejor las rupturas si tenía algo en lo que invertir la energía, porque la distracción me impedía centrarme en mis sentimientos. Esta vez, sin embargo, ya habíamos lanzado Elixir Free y no tenía planes de crear otra empresa multimillonaria en un futuro inmediato, así que no tenía ni idea de cómo iba a enfrentarme a aquella situación.

—Gracias por la invitación —dijo alguien, tendiéndome una mano para que la estrechara.

Di la mano a aquella mujer, que no sabía quién era, y le agradecí su asistencia. ¿Me había acordado de sonreír, o se notaría lo tremendamente desgraciado que me sentía?

Seguí avanzando entre la multitud mientras otras personas me daban palmadas en la espalda. El evento duraría hasta medianoche, pero yo solo quería desaparecer en ese instante. Me parecía estar flotando en el aire, pero no de una forma agradable, sino como si estuviera desvinculado de todo, en una especie de ausencia espantosa. Aparte de la idea de conseguir una bebida cuanto antes, mis pensamientos alternaban entre Jack, Cora, Steph y Levi.

Ah, y Elio también. La cara de sorpresa que había puesto cuando Dominic le había arrancado el teléfono de la mano se me había quedado grabada en la mente. Dominic me había salvado el culo esa noche, había salvado Elixir, y debía estarle muy agradecido. También les debía una a Paul y Trent. Busqué entre el gentío, con la esperanza de encontrar a alguno de los chicos, pero mirase a donde mirase, no veía más que a los desconocidos que abarrotaban la sala, y no me apetecía hablar con ninguno de ellos. Aquel hueco vacío en el centro de mi pecho empezó a arder. Necesitaba aquella bebida. Y la necesitaba ya.

Me dirigí en línea recta al bar más cercano, casi esperando encontrar allí a Dominic, con un whiskey con Coca Cola a medio terminar en la mano, ahora que había hecho su trabajo y evitado una catástrofe para Elixir; pero, en lugar de a Dominic, al que vi fue a mi padre.

Me acerqué a él, al tiempo que hacía un gesto hacia el camarero y, cuando mi padre no pareció verme, le di un golpecito con el codo. Cuando se volvió hacia mí, pude ver que parecía triste, y aún tenía un vaso de chupito lleno entre las manos. La última vez que lo había visto, estaba bromeando con Maggie.

—¿Qué te pasa?

Él se encogió de hombros.

—¿Solo estás mirando enfurecido a tu bebida, sin ningún motivo en especial?

—A la bebida no le pasa nada —gruñó—. He discutido con Maggie.

¿Eh? ¿Ese era su problema?

—¿Pero no estáis siempre discutiendo?

Mi padre se bebió el chupito de un trago sin contestar.

—Vosotros dos discutís más que cualquier otra persona a la que haya conocido nunca —continué—. Si no te está regañando por lo de las lámparas, entonces es porque te niegas a poner una televisión detrás de la barra.

—Esto no ha sido solo una diferencia de opinión —explicó mi padre —. No ha sido porque me haya tomado el pelo, ni porque no le gusten mis lámparas, ni nada parecido. Esto ha sido una pelea de verdad.

—¿Y por qué os habéis peleado?

Mi padre pidió otra bebida con un gesto y, cuando el camarero se la sirvió, se quedó mirándola fijamente.

—He descubierto que le ha prestado un montón de dinero a su hermano.

Traté de recordar por qué razón aquello sería un problema.

—Un momento, ¿te refieres a ese hermano que es adicto al juego?

Mi padre había mencionado en alguna ocasión anterior la relación tóxica que Maggie tenía con su hermano, que le preocupaba bastante.

—¿El hermano que la llama cada vez que tiene un problema? — continué.

—Ese mismo —dijo mi padre con un suspiro—. Hasta ahora me he mordido la lengua, pero esta vez no he podido evitar sermonearle un poco.

—¿Un poco? —No me imaginaba a Maggie tolerando ningún tipo de sermón—. ¿Qué le has dicho?

Mi padre limpió la condensación de su vaso.

—Lo que habría dicho cualquiera. Que, si sigue rescatándole, él nunca va a asumir la responsabilidad por sus actos, ni buscará ayuda para su adicción. Que tiene un problema y hay que obligarle a tomar las decisiones difíciles, pero Maggie no hace más que facilitarle las cosas. Yo creo que apoyarle y ponerle las cosas fáciles son dos cosas muy distintas.

—¿Y qué ha dicho? —pregunté, aunque no estaba muy seguro de querer saber la respuesta.

—Obviamente, no le ha hecho ninguna gracia. Me dijo que me callara la boca y me guardara las opiniones para mí mismo. —Mi padre agarró el vaso con más fuerza—. Después se puso a gritar diciendo que dormir con ella no me da derecho a decirle lo que puede hacer, o en qué gastar su dinero, y mucho menos cómo tratar a su familia. Después se marchó dando un portazo. Lo único que no hizo fue tirarme una bebida a la cara, aunque, con lo enfadada que estaba, estoy seguro de que lo habría hecho.

Una parte de su explicación me dejó boquiabierto. ¿Cuándo habían empezado a dormir juntos? No tenía ni idea de que las cosas hubieran llegado tan lejos entre ellos, y una parte de mí estuvo a punto de darle la enhorabuena. Maggie me caía muy bien, y creía que le venía bien a mi padre. Representaba un desafío. Sin embargo, felicitarle en aquel momento sería como echar sal en una herida.

¿Y no era aquello sino otra prueba más de que el amor solo servía para estropear las cosas? Era evidente que mi padre se preocupaba

por Maggie, y era esa preocupación lo que le había disgustado a ella. Mientras tanto, el amor que Maggie sentía por su hermano solo estaba favoreciendo su autodestrucción. Era lo mismo que yo le había dicho a Cora. El amor hacía que la gente se comportara de forma irracional y tomara malas decisiones. El amor sacaba la peor versión de cada uno.

—Pero ese es mi problema —dijo mi padre al cabo de un momento —. ¿Y tú por qué diablos pareces tan disgustado?

—He tenido un encontronazo con el ex de Cora.

Mi padre arrugó la nariz.

—Me sorprende que invitaras a su ex a tu fiesta.

—No lo he hecho.

—Ah. —Mi padre bebió un trago.

—Sí. Las cosas se han puesto un poco tensas.

—¿Y ahora va todo bien?

—Depende de cómo definamos «bien». Al menos, el ex se ha largado, pero yo he roto con ella.

Mi padre casi se atragantó con el siguiente trago.

—¿Lo dices en serio?

—Yo solo… —Levanté un hombro. No tenía ninguna gana de explicarlo todo ahora—. Tenía que hacerlo.

—¡Por Dios! —dijo mi padre, con otro largo trago de su bebida—. ¿Qué habéis puesto en las copas esta noche?

Sabiendo lo bien que le caía Cora, esperaba que dijera algo más, o que me animara a intentar disculparme y arreglar las cosas, pero se limitó a sacudir la cabeza con tristeza. Tal vez, su propia discusión con Maggie le había llevado a ver las cosas como yo, o tal vez fuera

el alcohol, pero fuera lo que fuera, lo agradecí. No quería que me dijera que me había equivocado. Solo quería tomarme una maldita copa y seguir adelante con mi maldita vida.

Tenía claro que las relaciones serias no eran lo mío. Si solo iban a servir para convertirme en un hombre enfadado, desagradable y fuera de control, ¿por qué seguir con Cora? Cuanto más tiempo pasara, más daño le haría cuando la situación se volviera insostenible.

—Paul y Chloe se han tenido que ir —dijo Dominic, que apareció de repente y se situó entre mi padre y yo—. Chloe tiene que trabajar por la mañana. Trent está tonteando con una mujer de Destilerías Golden Oak. Como empiece a salir con la competencia, no se lo voy a perdonar.

—Le deseamos lo mejor —dijo mi padre de mal humor, levantando su copa y arrastrando un poco las palabras.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Dominic.

—Yo me he peleado con Maggie —dijo mi padre apuntando a su pecho, y luego se volvió a mí—. Y él ha roto con Cora.

Dominic abrió mucho los ojos.

—Vaya, joder. —Noté el alcohol en su aliento—. No sé qué decir.

—No hay nada que decir. Lo hecho, hecho está.

Levanté mi copa y, cuando Dominic me imitó, las juntamos con un tintineo. Si alguien era capaz de entender hasta qué punto podía fracasar una relación, ese era Dominic. Y ahí estábamos los tres, en una especie de club lamentable de los corazones rotos, mientras la fiesta continuaba a nuestro alrededor.

Al final, el amor no era más que un juego totalmente inútil, un juego que me había derrotado por completo.

Era hora de recoger mis fichas y retirarme de la mesa de juego para siempre.

CORA

¿Debería sentirme avergonzada por tener que ir a recoger mis cosas al piso de mi ex?

Al entrar en el edificio donde vivía Aiden, saludé al portero, que ya me conocía por el número de veces que había estado allí en los últimos meses, y que se limitó a hacerme un gesto vago con la mano mientras me dirigía al ascensor. Me pregunté si, en caso de que volviera algún otro día más adelante, me expulsaría del edificio como si fuera una intrusa, y me dio la sensación de llevar la palabra «exnovia» tatuada en la frente, como si, con solo mirarme, todo el mundo pudiera ver la realidad de mi situación y supiera que me habían vuelto a dejar, por tercera vez.

Siendo sincera, jamás había deseado estar en otro sitio más de lo que ahora deseaba estar donde fuera, menos en aquel ascensor que subía al ático. Sin embargo, al mismo tiempo, una parte de mí, bastante absurda, estaba desesperada por ver a Aiden, y se preguntaba si todo aquello no habría sido un enorme error. Quizá aún podríamos hablarlo. No dejaba de pensar con esperanza que, en cualquier momento, me despertaría para descubrir que lo ocurrido en la fiesta de lanzamiento no había sido más que una pesadilla, y que Aiden no había roto conmigo, en realidad. Al llegar ante la puerta del piso de Aiden, dudé con la mano en el pomo de la puerta, y decidí llamar con los nudillos por precaución en lugar de entrar sin

avisar. Suponía que ya habíamos pasado el punto en el que se me permitía entrar en su casa como si viviera allí, como si él quisiera tenerme allí.

Llamé a la puerta un par de veces, con el corazón latiendo a toda velocidad y el estómago en un puño.

—Puedes hacerlo —me recordé en voz baja.

Jennifer había tratado de animarme antes de salir de casa, pero sus palabras no habían servido de nada. Cuando Levi me dejó, era él quien se había ido, quien había recogido todas sus cosas y se las había llevado de nuestro piso. Yo no había hecho esto nunca, pero había dejado bastantes cosas en el piso de Aiden: mis cosas de aseo estaban en su baño, había ropa mía en su armario y hasta había traído libros que estaban en su librería. Y no podía permitirme el lujo de no recoger todo aquello.

Al oír el sonido de la cerradura, la boca se me quedó seca.

Aiden abrió la puerta, vestido con unos pantalones de algodón y una camiseta que se ajustaba a todos los lugares adecuados de su torso. Incluso con esa ropa cómoda, resultaba arrebatadoramente guapo, y el corazón se me encogió al pensar que no volvería a verle así.

—Hola —saludó.

—Hola.

Me quedé en el umbral, preguntándome si conseguiría no vomitar. Al mirarle a los ojos, mi mente empezó a recitar una súplica silenciosa. *Pídeme que me quede. Pídeme que diga algo. Pídeme lo que sea.*

—Uh… —empezó.

¿Sí? La esperanza hizo que se me cortara la respiración.

—He recogido algunas de tus cosas. —Señaló con un gesto una caja que había en el sofá—. Pero puedes pasar a ver si se me ha olvidado algo.

—Claro, gracias. —Las palabras brotaron de algún lugar hueco en mi interior.

Entré en la casa y él se apartó para asegurarse de que no hubiera ningún contacto entre nosotros, y se quedó de pie en la entrada, con las manos en los bolsillos, mientras la puerta se cerraba a mis espaldas.

Sintiéndome como una extraña, me dirigí por el pasillo hacia el dormitorio, *su* dormitorio, y lo revisé con rapidez. Encontré un cinturón mío en el vestidor y un par de tarros de crema en el baño. Cuando terminé, me dirigí al salón para echar un vistazo rápido. Aiden estaba sentado en el sofá, enfrascado en su teléfono y alzó la vista cuando dejé caer el resto de mis cosas en la caja. La recogí y me la apoyé en la cadera. Estaba a punto de decirle adiós, pero su indiferencia me había enfurecido. ¿Cómo podía actuar tan fríamente, tan pronto? ¿Por qué había dejado de importarle con tanta rapidez?

Esa era, con toda seguridad, la última oportunidad que tendría para conseguir una respuesta clara sobre lo que ocurrido entre nosotros. Si quería zanjar el tema y entender lo ocurrido, era ahora o nunca.

—Creo que esto es todo —empecé.

Él asintió y se puso en pie. Yo inspiré hondo.

—¿Por qué rompiste conmigo? —pregunté sin más rodeos.

—Yo… —empezó, con cara de preocupación.

—No me refiero a ahora —expliqué, porque eso ya lo entendía. Bueno, no lo entendía, y pensaba que todo lo que había dicho era una equivocación, pero, al menos, me había dado una explicación. Lo de que le volvía irracional estaba bastante claro—. Me refiero a cuando estábamos en el instituto.

—Ah, esto… —Cruzó los brazos y miró al suelo, pensativo—. Bueno, supongo que por razones parecidas. Lo que sentía por ti se estaba

descontrolando, y me preocupaba la clase de persona en la que me convertiría si seguía contigo.

Así que, ¿en aquella época ya no le gustaba quién era cuando estaba conmigo? Sacudí la cabeza, porque aquello no tenía sentido. ¿De qué estaba hablando?

—Puede que me falle la memoria, pero yo no recuerdo…

—La noche del partido del campeonato —explicó él con un suspiro —, cuando vinieron a verme los ojeadores de las universidades. ¿Te acuerdas?

—Sí, yo te estuve animando desde la banda del campo.

Él se humedeció los labios y apartó la mirada, como si le diera vergüenza.

—Había un jugador en el otro equipo que se estaba comportando como un auténtico capullo. Se enteró de que eras mi novia y empezó a provocarme.

—¿Cómo?

Él levantó un hombro.

—Empezó a decir toda clase de cosas desagradables sobre ti. Ya sabes, la clase de mierdas que se dicen en el campo de juego, para tratar de desconcentrar al contrario. Ahora no importa nada de eso, pero en aquella época, me cabreé muchísimo, y llegué al punto en el que casi me lancé sobre él.

—¿Como lo que pasó con Levi?

—Habría sido algo así, si hubiera conseguido ponerle la mano encima —admitió—, pero uno de mis compañeros logró pararme antes de que llegara hasta él y se las apañó para tranquilizarme un poco. Me recordó que nos estaban mirando los ojeadores desde las gradas, y que me quedaría sin la beca si no me controlaba.

—¿Y funcionó?

—Por los pelos. En lo único que podía pensar era en ti, en lo que estaba diciendo aquel tío, y lo veía todo rojo. Conseguí canalizar toda aquella energía hacia el juego, pero si no lo hubiera hecho, si hubiera cedido al impulso de ponerme a pelear en mitad del campo, le habría dado una paliza a aquel chaval, y habría tenido serios problemas con el entrenador y el instituto. Y, desde luego, habría arruinado todas las posibilidades de que los ojeadores me tuvieran en cuenta. Yo contaba con aquella beca, había planeado mi vida sobre la base de que la conseguiría, así que, para cuando terminó el partido, había decidido que no podía arriesgarme a perder el control de ese modo. Eso significaba que debía romper contigo.

Tragué saliva. De todas las razones que se me habían ocurrido a lo largo de los años, nunca hubiera pensado en esa. Siempre pensé que me habría gustado recibir una explicación, la que fuera, pero escucharla ahora no me hacía sentir mejor.

—¿Y esa fue la única vez que perdiste el control de ese modo? —pregunté.

¿Era realmente culpa mía? ¿Era yo quien le convertía en alguna clase de monstruo?

Él negó con la cabeza.

—Cuando estaba en la universidad, empecé a salir con una chica, Steph. Estuvimos juntos bastante tiempo, y yo creía que íbamos en serio. Un par de meses después de graduarnos, me fui de viaje para promocionar BeautiTool, y cuando la llamé para ver qué tal estaba, su teléfono se apagó en mitad de la conversación. Se le había olvidado cargar la batería. Yo pensé que, quizá, tenía algún problema, así que cogí el coche y conduje trescientos kilómetros a través de una tormenta de nieve para llegar hasta ella.

—¿Y estaba bien?

—Sí. Más que bien. Conseguí localizar a su compañera de dormitorio, que me dijo que Steph estaba en un bar, así que fui allí y me la

encontré de fiesta con unos tíos a los que acababa de conocer. Empezamos a discutir muy en serio allí mismo. Yo estaba cabreadísimo, porque casi me mato por llegar hasta ella, y me la había encontrado engañándome, pero ella se enfadó conmigo por montar un espectáculo. Dijo que no me estaba engañando, que solo estaba tonteando y pasándoselo bien, y que no tenía intención de acostarse con ninguno de aquellos tíos. Yo estaba cada vez más cabreado, así que, cuando uno de esos tíos se metió en medio porque pensaba que yo la estaba molestando, le pegué un puñetazo. Aquello acabó en una pelea en toda regla, tres contra uno.

—¿Te hicieron daño? —pregunté.

—Unos cuantos cardenales, nada más. Yo era más grande que aquellos tíos y, además, ellos estaban bastante borrachos, mientras que yo estaba sobrio del todo. Aguanté el tipo. Para cuando se nos acabaron las ganas de pelear, Steph se había cabreado con todos nosotros, sobre todo conmigo. Me llamó gilipollas y troglodita desquiciado, y rompió conmigo allí mismo. Yo me fui al bar de al lado a ahogar mis penas en alcohol, y fue entonces cuando se me ocurrió la idea de montar Elixir.

—¿Y eso fue todo? ¿No te acusaron de agresión, o algo así?

—Podrían haberlo hecho sin problema —dijo él en tono sombrío—, sobre todo porque fui yo quien empezó la pelea, pero tuve suerte. Decidieron dejarlo estar. La verdad es que pudo ser bastante serio. Me podrían haber arrestado, o podrían haberme hecho mucho daño entre todos. Lo peor de todo es que ocurrió en la época en que estábamos preparando la venta de BeautiTool. Si se hubiera sabido lo que había hecho, la mala prensa podría haber acabado con la operación. Yo solito podría haber echado por tierra aquella oportunidad, y eso no solo me habría perjudicado a mí, sino también a Dominic y Trent.

Asentí, mientras trataba de asimilar aquel nuevo aspecto de Aiden que veía ahora por primera vez. Él se aclaró la garganta, con expresión triste.

—Creo que, cuando me implico demasiado emocionalmente, mis instintos primarios se apoderan de mí y actúo sin pensar las cosas. Sin pensar en *nada*. Ni se me ocurre que estoy yendo demasiado lejos hasta que ya casi está todo perdido. Por esa razón, he intentado evitar cualquier relación seria desde Steph. Solo he tenido alguna relación casual, o amigas con derecho a roce. Tú eres la primera persona con la que he intentado tener una relación seria en muchos años.

—Bueno —empecé—. Si ya sabes cuál es el problema, ¿no crees que podrías tratar de resolverlo? Quizá juntos podríamos…

—No —dijo al momento, sin dejarme terminar—. Ya he creído antes que podría, que había madurado lo bastante como para ser más racional esta vez, ¡y fíjate lo que ha pasado! Soborné a tu maldito portero para utilizarlo como espía y que me avisara si Levi se acercaba por allí a molestarte. Y luego casi le ahogo en plena fiesta de lanzamiento. Llevábamos meses preparando este evento, y he estado a punto de echarlo a perder yo solo, delante de un *influencer* al que le habría encantado compartir ese vídeo con el mundo entero. Si Dominic no hubiera llegado justo a tiempo para salvarme el culo.

—Aiden…

—No quiero ser así, Cora. La empresa me necesita, y mis amigos también.

—¿Tus amigos?

—La abuela Dee ha recibido los resultados de sus pruebas —dijo—. Trent nos lo ha contado en el chat del grupo. No son buenas noticias, y va a necesitar mucha ayuda a partir de ahora. Los dos me van a necesitar. Es importante que sea la clase de hombre con el que pueden contar, y no creo que pueda ser ese hombre si estoy contigo.

Fue como recibir un puñetazo en el pecho. No podía seguir engañándome a mí misma. No iba a despertarme y comprobar que

solo era una pesadilla, y Aiden no iba a cambiar de opinión de repente. Estaba convencido de que estaría mucho mejor sin mí, así que ya no me quedaba nada que hacer, salvo sentirme como una imbécil por haber creído que, esa vez, iba a tener éxito en el amor.

—En fin —terminó él—. ¿Contesta eso a tu pregunta?

—Sí, yo… Esto, ya lo creo.

Le di la espalda y me dirigí a la entrada. No pensaba llorar delante de él. Abrí la puerta, decidida a salir de su vida con la cabeza bien alta, pero apenas conseguí llegar al ascensor antes de venirme abajo por completo.

AIDEN

La puerta de mi despacho se abrió de golpe sin previo aviso.

—¡Tío Aiden! —gritó Hailey, que entró corriendo como un torbellino de purpurina.

Se lanzó sobre mí a toda velocidad y se agarró a una de mis piernas con todo el cuerpo, como un pequeño koala. Yo di un par de pasos con cuidado para hacerla reír, mientras ella se sujetaba con fuerza para no caerse.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Papá dice que hoy no tengo que ir al cole.

—¿La señorita Linny está enferma otra vez? —pregunté.

—¡Nooooo! —dijo Hailey, alargando la «O» de un modo que me hizo reír.

—¿Han cerrado la guardería?

Ella negó con la cabeza, con una sonrisa enorme.

—Ah, ya sé. Estás haciendo novillos.

¿Tendría eso algo que ver con su madre? En los últimos tiempos, Amanda había evitado pasar tiempo con Hailey, cambiando las horas de recogida, o simplemente limitándose a no recogerla los fines de semana que le tocaba pasar con ella. Sabía que ese no era más que otro de sus juegos para complicarle la vida a Dominic y que cediera a sus exigencias, y me resultaba muy irritante. Traté de no pensar en ello cuando Hailey me apretó la pierna para llamar mi atención.

—Parece que vamos a tener que darte un trabajo en la empresa, ya que pasas tanto tiempo aquí —bromeé—. ¿Te gustaría dedicarte al marketing?

Hailey arrugó la nariz y apretó los labios, pensativa.

—Soy muy pequeña para tener un trabajo.

—¿Muy pequeña? ¿Desde cuándo? Yo creía que eras una chica mayor, que ya se tiraba por el tobogán grande del parque.

—¡Sí soy mayor! —rio ella.

—Exacto. Si puedes tirarte por el tobogán grande, puedes ser jefa de marketing. —Ella me miraba con sus diminutas cejas muy juntas, como si estuviera diciendo tonterías—. Bueno, tal vez marketing no te gusta, ¿eh? ¿Qué clase de trabajo te gustaría hacer?

—Mmm —dijo ella, echándose un poco hacia atrás para mirarme, sin soltar mi pierna—. ¡Me gusta comer!

—Entendido. Lo que quieres es ser la persona que prueba los productos en la cafetería.

—¡Sí!

—Y supongo que querrás tener un sueldo y unos beneficios por hacer ese trabajo tan importante, ¿no?

—Eso —asintió ella.

—Muy bien, señorita Hailey. Pediré a los de recursos humanos que preparen tu contrato. ¿Qué te parece?

—¡Bien!

—Estupendo. Y ahora que hemos resuelto las cosas aburridas, ¿cómo lo quieres celebrar?

—¡Tengo gomas nuevas! —dijo ella, sacando dos gomas de pelo rosas de un bolsillo.

—¡Anda! ¡Gomas nuevas!

—Me las ha comprado papá porque siempre guardo los juguetes en el baúl. Mira, tienen unicornios. —Me ofreció las gomas para que pudiera ver los unicornios de plástico sujetos en cada una de ellas.

—Creo que estas son las gomas de pelo más bonitas que he visto nunca. ¿Me las dejas probar? —pregunté, agarrándome un mechón de pelo con una mano.

—¡Nooooo, tío Aiden! —rio ella, encantada—. No son para ti, ¡son para mí!

—¿No las quieres compartir?

—No, necesito las dos porque son dos trenzas.

—Vaya, con eso no se puede discutir.

Le devolví las gomas y ella se las puso en la muñeca.

—¿Dónde está Cora? Quiero que me haga las trenzas, como el otro día.

Su petición me hizo sentir remordimientos. Una ruptura ya era complicada para un adulto, pero no quería que afectara a Hailey también. Ella me miraba con aquellos grandes ojos castaños tan inocentes que aún no sabían nada del mundo, ni de lo horrible que podía ser el amor. Cuanto más la miraba, más me recordaban sus ojos a los de Cora, y tuve que apartar la vista y tragarme el nudo que se me había formado en la garganta.

—Cora ya no trabaja aquí.

—¿Qué? —Hailey se soltó por fin de mi pierna y se dejó caer al suelo, desde donde me miró haciendo pucheros.

Me incliné para cogerla y me senté en el brazo del sofá, con ella en mi regazo, para poder explicárselo.

—Ya ha terminado su trabajo con la empresa, así que se ha ido a trabajar en otro sitio.

—Pero ¿por qué? —protestó de esa forma propia de los niños que no han podido salirse con la suya.

Porque yo la he echado. Porque, después de lo que hice, seguramente no es capaz ni de mirarme a la cara. Porque así es más fácil. Hailey no comprendería ninguna de esas explicaciones, sería imposible hacerle entender que mantenerla en aquella oficina, unos pisos más abajo, no sería suficiente para aliviar mi dolor.

—¿Por qué? —insistió, esta vez con un sollozo.

—Bueno… —empecé, buscando las palabras adecuadas—. Tú sabes que el trabajo de Cora es inventar bebidas especiales, ¿verdad?

Hailey asintió.

—Y sabes que hace su trabajo muy, pero que muy bien. Igual que tú haces muy bien lo de tirarte por el tobogán grande y comer mucho. Pues Cora ha tenido que irse para poder preparar sus bebidas para que otras personas puedan disfrutarlas. A veces, es bueno probar cosas nuevas.

—Oh.

Tras oír eso, se quedó callada, y me pregunté si lo que le había contado tendría algún sentido para ella. No tenía ni idea de cómo mantener una conversación de ese tipo con una niña de cuatro años. A mí se me daba bien malcriarla, y llevarla al parque o a comer golosinas para que Dom pudiera dedicarse a los problemas del divorcio, pero esta conversación me sobrepasaba.

—No se ha despedido —dijo Hailey al cabo de un momento.

—Lo siento mucho, cariño —contesté un tanto avergonzado, porque aquello también era culpa mía.

—La echaré de menos —dijo Hailey con el labio inferior sobresaliendo de nuevo en un puchero.

—Seguro que ella también te echa de menos a ti.

Hailey no era la única que echaba de menos a Cora. Yo ya había oído hablar de su ausencia en el laboratorio. Era como si, desde que no estaba, el equipo entero hubiera caído en una especie de melancolía. La última vez que me crucé con Dot por un pasillo, había pasado a mi lado sin decir una palabra, obviamente enfadada conmigo. No estaba seguro de que supiera nada de nuestra ruptura, y ni siquiera creía que se hubiera enterado de que estábamos juntos, para empezar. Lo más probable es que creyera que me había negado a renovar el contrato de Cora. Y debía admitir que yo también la echaba de menos. De vez en cuando me asaltaba la necesidad de ir al laboratorio, y debía recordarme que ella ya no estaría allí, encaramada en su taburete revisando alguna lista de ingredientes.

Hailey suspiró y cambió de tema como solo podía hacerlo una niña de cuatro años.

—Papá ha dicho que vengas con nosotros a comer.

—¿Y dónde vamos a ir?

—Dice papá que tenemos que celebrar —respondió ella más animada, al recordar el mensaje.

—Ah, ¿sí?

—Ajá. Porque ha firmado los papeles.

—¿Papeles? —No sabía de qué diablos estaba hablando.

En ese momento, Dominic entró por la puerta de mi despacho, desaliñado pero contento, como si le acabaran de dar un montón de

abrazos. Su cara mostraba una sonrisa de oreja a oreja, como hacía meses que no veía en él.

—Lo siento, me he entretenido hablando con Connie. Pregúntame qué vamos a celebrar.

Connie salió de detrás de su mesa y se acercó rápidamente a la puerta, para cerrarla y darnos intimidad. Hailey se bajó de mi regazo para correr junto a su padre, que la cogió en brazos y le dio un beso muy ruidoso en la mejilla.

—¿Y qué celebramos? —pregunté mientras buscaba mi teléfono, para acceder a mi agenda y cancelar lo que tuviera previsto para la hora de comer.

—Amanda y yo acabamos de firmar el a-c-u-e-r-d-o-d-e-d-i-v-o-r-c-i-o —deletreó para que Hailey no se enterase—. Y adivina quién ha conseguido la custodia plena.

Levanté la cabeza, sorprendido.

—¡No me jodas!

Hailey dio un respingo y me señaló con un dedo acusador.

—¡Tío Aiden, has dicho una palabrota!



Vivian's Ice Cream Parlor estaba a tres manzanas de la oficina. Hailey iba cogida de la mano de su padre, saltando por la acera bajo el sol cálido y brillante del mediodía, mientras canturreaba para sus adentros, con aire soñador, algo sobre comerse un montón de bolas de un helado llamado *Sueños de Unicornio.*

—¿Estás seguro de que no quieres comer algo de comida de verdad antes? —pregunté una vez más—. Yo invito.

—Si alguna vez ha estado justificado comer solo helado al mediodía, ese día es hoy —dijo Dominic, que no había perdido la sonrisa.

Cuando llegamos a la heladería, Hailey corrió al interior tan pronto como abrimos la puerta.

—¡Helado! —la oí gritar cuando entré tras ella.

Por suerte, la heladería estaba casi vacía. La niña corrió al mostrador y empezó a señalar las diferentes clases de helado disponible.

—Ese —dijo a la dependienta que estaba tras el mostrador—. No, ese. Ay, no sé.

—Creo que necesita un minuto para decidir —explicó Dominic a la mujer, que se limitó a sonreír y sacudir la cabeza ante la indecisión de la niña.

—No sé qué decir, además de ¡enhorabuena! —dije a Dominic en voz baja, dándole un golpecito con el hombro.

No podía imaginar el alivio que sentiría al haber terminado por fin la batalla por la custodia. Él rio sin dejar de mirar a Hailey, que corría de un lado a otro del mostrador tratando de elegir un helado.

—Gracias, tío —respondió, y señaló uno de los helados, dirigiéndose a su hija—. Ahí tienes *Sueños de Unicornio.*

—Sí, ¡ese! —exclamó ella.

—Queremos un cucurucho pequeño —indicó Dominic a la dependienta.

—¡Y dos bolas! —le recordó Hailey, que no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad.

—Dos bolas —confirmó Dominic.

Hailey fue a sentarse con su helado en una de las mesas color rosa chicle repartidas por la tienda, mientras Dominic se acercaba a la caja a pagar y coger un puñado de servilletas de papel.

—Me alegro mucho por ti —continué—, pero me pregunto en qué has tenido que ceder para conseguirlo.

—He tenido que pagar bastante —dijo Dominic—. Mucho más de lo que había previsto cuando empezó todo esto.

Asentí con simpatía, porque me lo había imaginado. Estaba seguro de que Amanda no habría aceptado nada sin sacar un beneficio económico considerable. Sí, Dom se podía permitir pagarle lo que hubiera querido, pero no parecía justo que Amanda se marchara con un montón de dinero a cambio de haber sido una mala esposa, una madre aún peor y, en general, una cazafortunas odiosa.

—Supongo que eso es el coste del amor —comenté—. Es una pena que no puedas retroceder en el tiempo y evitar a Amanda por completo, así te habrías ahorrado todos estos problemas.

Dominic se volvió a mirarme con expresión incrédula, como si acabara de decir la cosa más absurda que había oído en su vida.

—Si la hubiera evitado, no habría tenido a Hailey. Ahí tienes lo que cuesta el amor —dijo, señalando a su hija, que tenía la cara y las manos cubiertas de helado color rosa—. Y, si te soy sincero, pagaría lo que fuera por ella. Le habría dado a Amanda hasta mi última camisa, si ese fuera el precio de la custodia plena de Hailey.

Sus palabras me sorprendieron. Sabía lo importante que Hailey era para él, pero nunca me había planteado que él viera su divorcio en términos de lo que él podría conseguir con el acuerdo, y jamás se me habría ocurrido que Dominic no lamentara el desastre que había sido su matrimonio porque, aunque ya no amaba a Amanda, el amor por su hija hacía que hubiera valido la pena. El corazón me latió un poco más fuerte al ver cómo Dominic limpiaba la cara de su hija con una servilleta, sonriendo ante sus carcajadas.

Era evidente que el amor de Hailey lo compensaba todo.

CORA

—También quiero probar Horreb —dijo Jennifer, mientras nos apresurábamos para llegar a tiempo al restaurante donde habíamos reservado mesa—. Por lo visto, hacen un *balangu* picante increíble.

—¿*Balangu*? —pregunté, mientras sorteaba a la multitud de gente que cruzaba la calle en dirección contraria a la nuestra.

—Básicamente, es un filete con patatas fritas, pero sazonado con especias afrocaribeñas.

—Ah, eso suena muy bien.

Mientras esperábamos en el siguiente cruce a que el semáforo se pusiera verde, aproveché para mirar la agenda en mi teléfono. La Semana de los Restaurantes de Nueva York duraba hasta finales de agosto, y Jennifer y yo estábamos decididas a probar la mayor cantidad de sitios nuevos que pudiéramos. Yo, además, me alegraba de poder animar a Jennifer a recuperar su entusiasmo por la comida, ya que seguía estando muy estresada en su trabajo. Sin embargo, sospechaba que ella había planeado todas aquellas comidas para distraerme y evitar que pasara demasiado tiempo lamentando la ruptura con Aiden. Cosa que, definitivamente, no estaba haciendo. Estaba demasiado ocupada para lamentar nada.

—¿Cómo tienes la semana que viene? —pregunté, mirando la agenda.

—El sábado no trabajo. ¿Te va bien?

—Perfecto. —Añadí Horreb a la agenda y creé un recordatorio para no olvidarme de reservar.

—También tenemos que probar el ramen de SushiSushi, y ese sitio nuevo de alitas de pollo que han abierto cerca de casa. Según los entendidos, no hay que perderse su versión en vaso de la ensalada César.

—¿Qué tiene de especial?

—Pues que la presentan, ya sabes… como esas bebidas enormes que vienen adornadas con una hamburguesa entera en lo alto del vaso.

—¡Eso solo son triquiñuelas publicitarias! —gruñí.

—¡Lo sé! Pero tenía una pinta estupenda. Del precio, mejor no hablamos.

Jennifer me cogió del brazo y tiró de mí cuando entramos en Porcini, un restaurante italiano pequeño y muy acogedor, bañado en una agradable luz dorada. Las paredes estaban cubiertas con papel con motivo de flores, y decoradas con grandes cuadros con marcos dorados.

—Seguramente ponen la hamburguesa para que la gente no se dé cuenta de que la bebida no está muy buena. ¿Has estado mirando en Instagram? —Di a la *maître* mi nombre y ella nos acompañó a nuestra mesa.

—Bueno, empecé por ahí —dijo Jennifer cuando nos sentamos—, pero luego acabé en TikTok y no paré hasta tres horas después.

—Conozco la sensación —contesté riendo—. Pero estoy encantada de probar todo lo que podamos durante esta semana.

—Y por eso te quiero tanto.

Echamos un vistazo rápido a la carta, pero ya habíamos decidido lo que queríamos comer cuando buscamos el restaurante en internet. Jennifer pidió spaghetti carbonara y yo, la pasta con queso y pimienta.

—Tengo la sensación de que hace días que no te veo —observó Jennifer después de pedir.

—Lo sé. No he tenido ni un momento libre desde la transición.

—¿Cómo han ido las cosas desde que dejaste Elixir?

Inspiré hondo, y estuve a punto de decir que «bien», pero cuando hube soltado todo el aire, no conseguí decir nada. Jennifer dejó escapar un murmullo. Por lo visto, mi silencio ya le decía un montón de cosas.

—¿Estás segura de que rechazar la oferta de Destilería Ironwood fue una buena idea? —insistió.

¿Habría sido bueno para mí, o para mi carrera? Era difícil prever el futuro, y saber si, a la larga, comprendería que me había equivocado, pero sí sabía que era la mejor decisión para mí en *ese* momento.

—Creo que sí —dije, recogiendo con un dedo las gotas de condensación que se habían formado en el exterior de mi vaso de agua—. Cuando leí el contrato que me proponían, no me pareció que fuera a encajar bien con ellos.

—¿Nunca jamás, o en este momento? —preguntó Jennifer.

Consideré su pregunta. Destilería Ironwood había querido que les diseñara un cóctel personalizado, y eso era tan similar a lo que acababa de hacer con Elixir, que tuve la impresión de que me estaba encasillando, en lugar de avanzar. Seguía interesada en promocionar productos en los que creyera, pero saltar de una empresa a otra a base de plantar la marca de la Mixóloga Misteriosa en productos

diferentes no me parecía buena idea. Tal vez, más adelante, volviera a interesarme ese tipo de asociación, pero ahora, no.

—Supongo que no sé lo que opinaré dentro de unos meses, o de un año, pero ahora mismo no me interesa crear bebidas para otros.

—¿Y qué plan tienes?

Nuestra comida llegó en ese momento, y Jennifer hundió su tenedor en la pasta.

—Voy a volver a trabajar en un bar. Me he puesto en contacto con Mandie, la gerente del bar donde trabajaba antes, y está interesada en que vuelva a trabajar a tiempo completo. Pronto empezarán las clases en las universidades, así que necesitan más gente.

—Pues parece que todo va a encajar bien.

—Sí. También voy a seguir trabajando en los vídeos de la Mixóloga Misteriosa, y he pensado que podría matricularme en algunos cursos en una universidad pública.

—¿En serio? —Jennifer me miró sorprendida.

—Si quiero abrir mi propio bar algún día, seguramente me vendrá bien haber hecho algún curso de gestión de negocios y aprender cosas como contabilidad, impuestos… Ya sabes, la parte que no tiene nada que ver con el alcohol.

—Eso es una buena idea —dijo Jennifer, pero carraspeó y me miró de una forma que dejaba claro que quería decir algo más.

—¿Qué? —pregunté, ladeando la cabeza.

—¡No es nada malo, no te pongas a la defensiva! —rio—. Me alegro mucho de que pases página y encamines tu carrera en la buena dirección.

—Mmmmm, aquí viene un «pero».

—*Peeeero*… También espero que no lo utilices como excusa para evitar las relaciones.

Me atraganté con la comida que tenía en la boca y tosí un poco, confundida por sus palabras. ¿Cuándo había usado yo el trabajo para evitar una relación?

—Estuve con Levi durante quince años, y ha pasado un año entero antes de esta historia con Aiden —señalé—. ¿A ti te parece que eso es usar el trabajo para evitar las relaciones?

—¿Y a ti no? —preguntó ella—. Cuando estabas con Levi, apenas os veíais, porque vuestros horarios eran totalmente distintos. Sí, estuviste con él muchísimo tiempo, pero eso no es lo mismo que estar dedicada a una relación.

—Ya, pero ¿no es eso lo que pasa siempre? —suspiré.

—¿A qué te refieres? ¿Lo que pasa siempre con qué?

—Con el amor —dije—. No dura nunca. Por una razón u otra, al final todo se viene abajo y, si te soy sincera, estoy harta de relaciones que están condenadas al fracaso. No veo nada malo en dedicarme ahora a tener una carrera. Si lo mío no es el amor, al menos puedo ser feliz con mi trabajo.

—Eso suena a excusa —dijo Jennifer—. El amor puede durar, si estás dispuesta a hacer el esfuerzo necesario para mantenerlo vivo.

—¿Tú crees? ¿Sin condiciones?

—No te sigo. —Jennifer frunció el ceño.

—Tú trabajas muchísimo, pero es evidente que eso no te hace feliz. Siempre pareces agotada, estás deseando que lleguen los días libres, y hace siglos que no pareces ilusionada por nada que tenga que ver con el trabajo. A mí me parece que has perdido el amor por la cocina —observé con toda la cautela que pude—, y eso es algo que nunca me habría parecido posible.

Ella se me quedó mirando un instante y, después, se echó a reír.

—¿Crees que ya no me gusta cocinar? —dijo entre risas, sacudiendo la cabeza—. Para nada, en absoluto. Me encanta cocinar, lo que odio es mi trabajo. Los nuevos gerentes de Eastfield son horribles. La culpa de que ya no me guste trabajar allí la tienen ellos.

Parpadeé sorprendida. Eso no era lo que yo creía que le pasaba.

—Un momento, ¿en serio?

—No me dejan probar nada nuevo, y siempre están intentando meterse en todo lo que hago, aunque tienen la mitad de experiencia que yo. He intentado aguantar, pero creo que ya he llegado al límite. Por esa razón, llevo un tiempo preguntando por ahí, a ver si encuentro un puesto en algún otro sitio. Yo quiero seguir cocinando, Cora, lo único que necesito es encontrar el sitio adecuado en el que desarrollar mi amor por la cocina. Y creo que tú deberías hacer lo mismo.

—Yo estoy dedicándome a lo que me gusta, como he hecho siempre.

—Vale, pero ¿cuándo vas a dedicarte más a alguien con quien te guste estar?

—Creo que voy a pasar de los hombres durante un tiempo —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Ya sabes que hay otro tipo de relaciones. Se te da muy bien hacer amigos en el trabajo, pero yo soy la única persona con la que seguiste en contacto cuando dejamos de trabajar juntas.

—Siempre ha sido muy difícil, teniendo en cuenta que trabajaba de noche —me defendí—. Con mi horario de trabajo, es complicado encontrar el momento adecuado para quedar con la gente.

—Siempre es muy complicado hacer algo si no estás dispuesta a esforzarte —recalcó Jennifer sin ninguna compasión—. Si quieres tener relaciones duraderas en tu vida, tendrás que trabajártelas, e

invertir tiempo y esfuerzo. Tus compañeros de Elixir te caían bien —me recordó—. ¿Has hablado con alguno de ellos desde que te fuiste?

—La verdad es que no… —admití, sintiéndome un poco culpable.

Enrollé la pasta en mi tenedor, pero había perdido el apetito. Jennifer tenía razón. El que las cosas no hubieran salido bien con Aiden no era motivo para no volver a ver a Dot, Javeed y Chris. Quizá no era necesario dejarlos atrás solo porque hubiera cambiado de trabajo, y lo cierto era que me gustaría volver a verlos de nuevo. Me gustaba tener a alguien con quien hablar de bebidas, así que, tal vez, podría organizar quedar con ellos en algún sitio en el que no corriéramos el riesgo de encontrarnos con Aiden.



Aiden

Me detuve en seco en mitad de la calle, con la mano tendida hacia el tirador de la puerta del León Rojo, al oír un sonido fácil de reconocer un poco más lejos: la risa de Cora. Un escalofrío me recorrió los brazos, y volví la cabeza, buscándola.

La vi al otro lado de la calle, rodeada de sus antiguos compañeros de trabajo de Elixir. Al verla, se me cortó la respiración. Habían pasado varias semanas, y aún no había podido olvidar el momento en el que salió de mi piso para siempre.

Entra ya, pensé. *No te hagas esto a ti mismo.*

Aunque sabía que debía dejar de mirarla, me quedé allí quieto, aguzando el oído para escuchar las voces que llegaban desde el otro lado de la calle. No tenía sentido espiar a mi exnovia, y sabía muy bien lo que parecería si Cora y los demás me veían, pero no podía evitarlo. Solo quería verla. Necesitaba oír su voz.

—No se acerca al pedazo de fiesta que te habríamos organizado si nos hubieras dejado —estaba diciendo Dot—, pero es mejor que nada.

Entregó a Cora una bolsa de la misma tienda de electrónica de la que había salido a toda prisa el día que chocó conmigo.

—No era necesario que hicierais esto, chicos —protestó Cora.

—¡Pues claro que sí! —insistió Javeed—. Es tu regalo de despedida.

—Y es perfecto para los videoblogs —añadió Chris—, en caso de que quieras probar con contenidos de formato más largo.

Parecía que habían quedado para comprarle un algo que le sirviera de recuerdo. En ocasiones, había oído a mis empleados comentar que, como trabajaban con bebidas todo el día, cuando quedaban

para celebrar algo o para organizar una despedida, nunca lo hacían en un bar.

Empezaron a acercarse a donde yo estaba y la garganta se me quedó seca. Cora estaba increíble, como siempre, y sonreía ante algo que había dicho Dot. En ese momento, me asaltó un recuerdo muy claro de un día, en el instituto, en el que había visto a Cora acercarse por un pasillo, al poco tiempo de romper con ella. Había parecido encontrarse perfectamente, mientras yo todavía iba por ahí como atontado. Y desde que rompimos esta última vez, me había sentido igual.

Me apresuré a abrir la puerta del bar. Lo último que quería era llamar su atención, ponerme en evidencia y fastidiarle el día, así que entré en el local como si me hubiera lanzado a interceptar un balón de fútbol. Mi padre levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Te persigue alguien, o estabas tratando de evitar a Cora?

—¿Eh? —pregunté—. Un momento, ¿tú sabías que estaba por aquí?

—Pues claro. Ha venido hace un rato a saludarme. Ha dicho que quería ver cómo iba la renovación.

¿Cora había venido a saludar a mi padre? Mis pensamientos se dispararon en cien direcciones distintas, tratando de comprender qué significaba eso.

—Siempre ha sido una chica encantadora. La clase de mujer a la que ningún hombre con dos dedos de frente dejaría marchar —añadió, dirigiéndome una mirada cargada de significado.

—Sí, papá, ya me lo has dejado claro —dije, mirando al techo.

Y desde luego que lo había hecho. Cuando se recuperó de la resaca y la apatía que siguieron a la fiesta de lanzamiento, había tenido mucho que opinar sobre el final de mi relación con Cora, pero yo me había mantenido firme.

—Ya te lo he explicado —insistí—. El amor no es para mí, me vuelve irracional.

—Se supone que el amor te *tiene* que volver irracional —replicó mi padre—. ¿Quién demonios querría amar racionalmente? Sentir algo intenso por otra persona no tiene nada de malo.

—Cuando te hace estar a punto de provocar una pelea a puñetazos en un lugar público, sí que tiene mucho de malo.

—Yo diría que la culpa de eso no la tienen tus sentimientos, sino tu falta de autocontrol —explicó mi padre, saliendo de detrás de la barra sin dejar de mirarme a los ojos—. Ya no eres un crío, Aiden, y va siendo hora de que controles tus impulsos.

—Yo soy así —dije, sacudiendo la cabeza—. No puedo cambiarlo, igual que tú no pudiste cambiar tu forma de ser para arreglar las cosas con mamá.

Mi padre me miró con expresión confundida.

—Que yo no pude ¿qué? ¿De qué narices hablas?

—Eres adicto al trabajo —expliqué, señalando el bar a medio terminar—, y mamá no podía con eso. Aunque os queríais, esa fue la razón por la que fracasó vuestro matrimonio.

Mi padre dejó escapar un suspiro profundo y se apoyó contra la barra.

—No estás equivocado del todo, pero tampoco estás en lo cierto. El problema de nuestro matrimonio fue que yo estaba tan decidido a ocuparme de vosotros, que perdí de vista todo lo demás. Ya sabes que mi familia era muy pobre, hemos hablado de eso.

Yo asentí, y él siguió hablando.

—Cuando era pequeño, vivíamos con lo justo, nunca nos sobraba nada. Yo fui el primero en ir a la universidad, y tuve que mantener varios trabajos a la vez y quedarme sin comer con frecuencia para

llegar a fin de mes, incluso aunque tenía una beca. Cuando me casé con tu madre, me prometí que mi familia nunca se encontraría en la misma situación, así que me dediqué a trabajar para ganar todo el dinero posible y poder ofreceros a tu madre y a ti una vida en condiciones.

Inspiré hondo. Había oído todo aquello muchas veces, pero nunca lo había considerado dentro del contexto de lo que había ocasionado el divorcio.

—Lo que sí puedo admitir —continuó mi padre—, es que estaba tan obsesionado con ocuparme de vosotros que no me di cuenta de que había dejado de lado mi relación personal con los dos. Cuando te fuiste a la universidad, tu madre y yo nos dimos cuenta de que éramos prácticamente unos desconocidos. Nos casamos jóvenes y, con el tiempo, nos habíamos convertido en dos personas sin demasiadas cosas en común. No se trataba de que yo fuera adicto al trabajo o que no fuera capaz de cambiar. El problema fue que no vi la necesidad de cambiar hasta que fue demasiado tarde. Me había centrado en las cosas equivocadas, y me había olvidado de lo que importaba de verdad. Pero he aprendido la lección. —Me apretó un hombro—. Tu madre y yo nos hemos divorciado, pero, desde entonces, he sido capaz de tener una buena relación contigo, ¿no?

—Eso es verdad —confirmé.

—Y me gusta lo que estoy construyendo con Maggie, si es que ella puede perdonar que me haya metido en sus asuntos. Supongo que lo que quiero decir es que es posible cambiar, si uno está dispuesto. Pero tienes que dejar de buscar excusas. La única persona responsable de tu comportamiento eres tú mismo. Si no te gustan tus reacciones, búscate un terapeuta, apúntate a una clase de gestión de la ira, o haz lo que consideres, pero no le eches la culpa a Cora, y no lo utilices como excusa para apartar a la gente de tu lado. Rodearte de gente que te quiere te da algo por lo que luchar, una razón para ser mejor, para comportarte mejor. Algo por lo que esforzarte en ser el hombre que quieres llegar a ser. No te pierdas

eso por una idea equivocada. El hombre que serás si llegas a querer con toda tu alma es la mejor versión de ti mismo, solo necesitas permitírtelo.

Mi teléfono empezó a sonar en ese momento y, cuando lo saqué, vi que la llamada era de la abuela Dee.

—Y si no quieres hacerme caso a mí —añadió mi padre—, tal vez se lo hagas a la abuela Dee. Ella tuvo un matrimonio feliz que duró décadas. Seguro que ella sabrá lo que hace falta para que una relación funcione.

—¿Habéis estado hablando los dos a mis espaldas?

—Tú coge la llamada.

—Hola, Dee —dije, obedeciéndole.

—Perdona, antes no pude coger tu llamada —dijo ella, con una voz que sonaba cansada.

—No te preocupes —le aseguré—. Solo te he llamado para saludarte.

—No, llamabas para hablar de mi diagnóstico, igual que Vincent, Dominic y Paul.

—¿Y Trent? —pregunté.

—Ese no llama —dijo ella, con un chasquido de la lengua—. Se limita a presentarse en mi casa y no callar la boca.

—Ya sabes que lo hacemos porque te queremos —reí—. Y hablando de eso, ¿te han propuesto ya un tratamiento?

—No —resopló ella—. Me han sugerido que busque una segunda opinión, así que voy a consultar con otros dos médicos antes de nada. No tiene sentido tomar ninguna decisión hasta estar segura de lo que me pasa y poder valorar todas las opciones. Además, esa tampoco es la razón por la que me has llamado antes.

—No sé a qué te refieres.

—Cuéntame qué está pasando entre Cora y tú —exigió Dee.

Fruncí el ceño, mientras me preguntaba quién me habría delatado. ¿Habría sido mi padre? ¿Trent? ¿Dom?

—No hace falta que…

—Oh, ¡por supuesto que hace falta! —interrumpió Dee—. Ya me estás contando qué ha pasado, y empieza por el principio.

Me dejé caer en el taburete más cercano y le conté todo lo que había pasado, desde mis reacciones con Levi hasta que dejé a Cora igual que lo había hecho en el instituto.

—Oh, Aiden —dijo Dee cuando terminé—. Sabes que te estás comportando como un cobarde, ¿verdad?

—Yo no diría que…

—Te quiero mucho, cariño —volvió a interrumpir Dee—, y admiro mucho lo fuerte e inteligente que eres en casi todo, pero ¿tratándose de algo así? Lo que estás haciendo es negarte a luchar por algo que te haría feliz, porque tienes miedo. Sé sincero conmigo. Sé sincero contigo mismo.

Dejé caer los hombros y me rendí. Tenía miedo. Me aterrorizaba la posibilidad de dejarme llevar por mis sentimientos hacia Cora y acabar haciendo algo que lamentaría. Y nada de todo aquello me parecía sencillo.

—Tienes razón —admití—, pero no es tan fácil como decidir ser feliz sin más. Se me ocurren un millón de formas en las que todo podría salir mal.

—Muy bien, ¿y qué hay de todas las formas en las que podría salir bien? No importa a qué obstáculos os podáis enfrentar Cora y tú como pareja, ¿no crees que la felicidad que podríais alcanzar juntos haría que todo valga la pena, al final?

—Puede…

No estaba dispuesto a descartar mis miedos con tanta facilidad; pero, por otro lado, sabía que, desde que la había dejado, me había sentido muy desgraciado. Eso era innegable.

—El amor tiene implicaciones muy serias, Aiden. Supone ofrecer a otra persona la capacidad de hacerte daño, incluso de destrozarte, y confiar en que no lo haga. Tendrás que ser alguien en quien Cora pueda confiar, y tendrás que confiar en ti mismo. Debes confiar en que serás capaz de tomar buenas decisiones, a pesar de todas las emociones que sientes.

Lo cierto era que yo sí que quería ser esa clase de persona.

—Siempre has querido con mucha intensidad, Aiden. Es evidente en la forma en que te preocupas por tus amigos, por mí, por Hailey. Que no te asuste ser así con Cora. Si de verdad la quieres, encontrarás la forma de ser el hombre que ella necesita. No digo que vaya a ser fácil, tendrás que esforzarte mucho. Pero ¿desde cuándo te asusta el trabajo difícil?

—No me asusta —expliqué—. ¿Pero cómo sabré si merecerá la pena? ¿Cómo puedo saber si soy capaz de cambiar?

—No puedes —se limitó a decir ella—. La única garantía que tienes es que, si no lo intentas, desde luego que no vas a cambiar. Pero ¿estás dispuesto a rendirte sin intentarlo? ¿No crees que Cora se merece al hombre que tú podrías llegar a ser?

No podía negar que tenía toda la razón. Si yo era capaz de cambiar, si había la menor posibilidad de conseguir que mi relación con Cora funcionara, tenía que intentarlo. No podía dejar que el miedo me impidiera tener un futuro con ella. Si eso significaba que debía asumir el control de mí mismo y mis decisiones, debía hacerlo. Yo podía ser el hombre adecuado para Cora. Podía merecer una segunda oportunidad. O, mejor dicho, una *tercera* oportunidad.

30

CORA

—¿Hola? —pregunté.

Estaba grabando un vídeo de la Mixóloga Misteriosa en el que preparaba mi versión de un Bloody Mary, cosa que había estado deseando hacer desde que Jennifer y yo habíamos probado la famosa ensalada César en vaso, pero paré de grabar al escuchar el sonido del telefonillo situado junto a la puerta de entrada.

Había extendido por nuestra diminuta cocina todos los ingredientes necesarios para la bebida, desde pepinillos fritos ensartados en palillos hasta olivas, zumo de tomate y minihamburguesas, así que todo estaba hecho un desastre, pero como a ese telefonillo solo podía llamar el portero desde su puesto, pensé que sería mejor contestar, por si se trataba de alguna entrega, o algo así. Me había dedicado a acumular toda clase de ingredientes con la intención de preparar una bebida especial para celebrar el momento en que llegara al millón de seguidores en Instagram, un objetivo que esperaba alcanzar a final de año, y no dejaba de recibir paquetes con regularidad. Mi cóctel de celebración tendría un total de setenta y un ingredientes, así que había empezado a planearlo con tiempo.

Además, aquel trasto sonaba a todo volumen, así que, en cualquier caso, no podía limitarme a seguir grabando el vídeo sin hacerle caso.

—¿Cora?

—Hola, Carlos —contesté—. ¿Qué tal todo?

—Es un día tranquilo, no me puedo quejar, pero tengo a una mujer muy enfadada aquí abajo que está amenazando con darme toda clase de problemas si no le dejo subir a verte.

Tuve que reírme. Solo conocía a una mujer capaz de decirle algo así a Carlos.

—Dice que se llama Maggie —continuó él, confirmando mis sospechas—. Parece que tiene algo que entregarte y, con amenazas o no, no pienso dejarla subir hasta que me confirmes que estás de acuerdo.

Carlos era maravilloso y, desde aquella historia con Levi, se había vuelto el doble de protector.

—Te agradezco mucho la precaución, Carlos, de verdad. Pero no hay problema, puedes dejar que suba.

—De acuerdo, ahora mismo va para allá.

Pude oír a Maggie decir «*Ya era hora, caramba*» un poco más lejos, y me imaginé que a Carlos no le importaría nada perderla de vista.

—Que pases buena tarde —se despidió.

—Tú también, Carlos.

Colgué el telefonillo y miré el desastre que tenía en la cocina. Aún no había terminado el vídeo, pero guardé algunos de los ingredientes en la nevera y puse todos los platos sucios en el fregadero para adecentar un poco la zona. Cuando llamaron a la puerta, aún estaba limpiando un poco de zumo de tomate que había derramado, pero, al echar un vistazo a mi alrededor, decidí que la zona estaba bastante presentable. Abrí la puerta y sonreí al ver a Maggie en el descansillo, cargada con una caja de madera.

—Parece que se lo has hecho pasar mal a Carlos —comenté, haciéndome a un lado para que entrara.

—Sí. —Maggie entró y miró a su alrededor—. Por un momento, he pensado que tendría que sacudirle para poder entrar en el ascensor. En cuanto he dicho tu nombre, se ha puesto a la defensiva, como si fuera tu padre y te estuviera protegiendo de las maldades del mundo. Solo le ha faltado sacar una escopeta. ¿Qué diablos le pasa?

—Se ha vuelto más protector desde hace poco, por algunas cosas que han pasado.

Maggie puso mala cara.

—Sí, Tony me lo ha contado. Supongo que no puedo culpar al pobre portero, después de todo.

—No es que no me alegre de verte, Maggie —dije, cerrando la puerta—, pero ¿a qué debo tu visita?

—He venido por hacerle un favor a Tony, en nombre de Aiden —explicó, al tiempo que dejaba la caja en un espacio libre que había en la encimera.

El corazón se me puso a cien al momento, y eso me molestó. Odiaba el hecho de que la sola mención de su nombre me pusiera tan nerviosa. Sacudí la cabeza.

—Ni hablar, Maggie. No quiero nada de…

—Espera —me interrumpió ella, gesticulando con las manos—. Tú solo escúchame antes de ponerme de patitas en la calle, o cualquier otra tontería así.

—Un momento, ¿has dicho que has venido para hacerle un favor a Tony? ¿Estáis juntos otra vez? —pregunté.

—¿De qué estás hablando?

—La última vez que pasé por el bar a saludaros, me enteré de que habíais tenido algunos… problemas.

—Nunca hemos dejado de estar juntos —murmuró Maggie—. Pero Tony tiene que aprender a mantener esa bocaza cerrada.

—Pues supongo que podréis resolverlo —comenté con una enorme sonrisa al ver la expresión en su cara—, ya que sois una pareja oficial.

Maggie se sonrojó de una forma que era a la vez encantadora y muy graciosa.

—¿Puedo darte la enhorabuena? —pregunté—. Porque creo que hacéis una pareja estupenda.

Maggie se cruzó de brazos y siguió tratando de conservar su imagen de mujer dura.

—Anda, abre la maldita caja de una vez.

—¿Qué hay dentro? —pregunté, mirándola indecisa.

—¿Y cómo voy a saberlo?

—¿Has venido hasta aquí cargando con ella, sin saber lo que hay dentro? No me lo creo.

No lo decía solo porque sabía que era demasiado entrometida como para no haberlo preguntado, sino porque sospechaba que se trataba de algo más que un favor. Sabía que Maggie siempre había creído que Aiden y yo debíamos estar juntos.

—Pues claro que sé lo que hay dentro —gruñó—, pero no pienso decírtelo. Estropearía la sorpresa.

—No estoy segura de querer una sorpresa. —Sobre todo, si era de Aiden.

—Tú limítate a abrirla —insistió Maggie—. No tengo todo el día, y solo he venido porque soy así de buena persona.

—Vale, vale —dije, antes de que empezara a protestar en serio—. Pero ¿por qué una caja de madera?

—Porque eso es lo que se usa para las cosas frágiles.

—Ya.

¿Afectaría ese regalo a mi corazón? No le vendría nada mal un envoltorio mejor, considerando que no dejaba de romperse. Saqué un cuchillo y lo utilicé para hacer palanca y poder levantar la tapa. Al abrirla, encontré una botella muy bonita, protegida por virutas de madera, y me costó un momento comprender que se trataba de una botella de Elixir Free, pero con un aspecto completamente distinto. El logo ya no era el de *Elixir Free*, sino que había sido cambiado por completo, y ahora ponía *Zelda*.

El corazón me dio un vuelco al sacar la botella y recorrer con el dedo las elegantes letras con las que estaba escrito aquel apodo que Aiden me había puesto hacía tanto tiempo.

—¿Ha hecho esta botella para mí?

—¿Esta botella? —resopló Maggie—. Niña, ha cambiado la marca entera. Así es como se llama ahora.

Cambiar la marca en el último momento debía de haberle costado una fortuna, y sentí que me emocionaba.

—¿Y bien*?* —preguntó Maggie, dándome un codazo—. ¿Qué te parece? Es bonita, ¿eh?

Inspiré hondo y traté de ignorar que se me estaban llenando los ojos de lágrimas. El gesto era… muy bonito. De verdad que sí. Pero no resolvía nada. No podía permitir que un solo gesto, por muy considerado que fuera, me hiciera olvidar el daño que me había hecho. Cambiar la imagen de marca de Elixir Free no cambiaba lo que había ocurrido entre nosotros.

—Creo que es un gesto muy extraño por parte de un tío que me ha dejado —dije cuando recuperé el control de mis emociones.

Maggie dejó escapar una exhalación irritada.

—Estoy bastante segura de que significa que quiere volver contigo. Es su forma de pedirte disculpas.

—Una disculpa comienza diciendo «lo siento», o «me he equivocado», o «he sido un completo imbécil».

—Estoy de acuerdo —dijo Maggie—. Pero… si a uno no se le dan bien las palabras, un gesto puede suponer un buen comienzo. Y este… Bueno, ya sabes lo monumental que ha sido este gesto.

Sí, ponerle mi apodo a un producto que ya estaba en el mercado daría mucho de qué hablar. Era algo que solo podía conseguir el Rey del Cóctel, pero eso no era lo que me había hecho enamorarme de Aiden, y lo único que demostraba era que él no lo entendía.

—Pero esto demuestra que está comprometido, ¿no? —dijo Maggie, esperanzada.

Sacudí la cabeza. No podía permitirme caer en la trampa. Yo sabía lo que me merecía. Conocía mi valía.

—Puede que ahora parezca comprometido, pero ¿cómo puedo saber que no va a cambiar de opinión la próxima vez que pase algo que le haga perder su precioso control?

Maggie frunció el ceño, sin saber qué decir.

—Podría aceptar un gesto en lugar de sus palabras, pero solo si el gesto demuestra que está tratando de resolver el problema que ha provocado todo esto. Me da lo mismo que cambie la botella, porque lo que tendría que cambiar es a sí mismo. Y puedes decirle eso de mi parte a Tony, a Aiden, o a quien quiera que te esté esperando al volver. —Dejé la botella en el mostrador—. No puedo fiarme de las promesas de Aiden, porque ya las ha roto muchas veces, en distintas ocasiones. Estoy harta de sentirme como una idiota por confiar en él una y otra vez.

—Si eso es lo que sientes —dijo Maggie—, no voy a intentar convencerte de lo contrario.

—Gracias —asentí—. Pero me he alegrado de verte.

Maggie cogió la botella de Zelda con un suspiro, y miró al equipo con el que había estado grabando el vídeo de la Mixóloga Misteriosa.

—Parece una pena desaprovechar todo esto.

—¿Es esa tu forma de decirme que quieres que te invite a una copa?

—¿Crees que podrías prepararme algo?

Señalé un taburete al otro lado de la encimera junto a la que estaba Maggie, indicándole que esperase allí.

—Siéntate y observa cómo se hace —le dije, al tiempo que sacaba dos copas de un armario.

Preparé un cóctel rápido con algunos de los ingredientes que ya tenía preparados y con Elixir Fr…, es decir, Zelda, como base. Cuando chocamos nuestras copas, no supe si fue en un gesto de despedida o de celebración, pero sí que me pareció una aceptación. Maggie lo probó.

—Vaya —dijo—. Esto está buenísimo.

A pesar de todo, me gustó el cumplido.

—Gracias, significa mucho para mí.

—Lo digo en serio, Cora. Tienes un don. —Sacudió la cabeza—. A Tony le vendría bien alguien como tú.

—¿Qué quieres decir?

Maggie hizo un amplio gesto con la mano.

—El nuevo bar está muy bien equipado, y él es un hombre de negocios nato, así que sabe manejar muy bien ese aspecto de las cosas.

—Ya.

—Pero… le vendría bien alguien que aportara un poco de magia al lugar. Alguien que pudiera prepararle una carta de cócteles

exclusivos que le permitieran diferenciarse y ofrecer algo distinto. —Maggie inclinó su copa hacia mí—. Eso encajaría muy bien con tus capacidades.

Hmm, pensé. *Se me ocurre una idea…*



Aiden

No conseguía dejar de caminar de un lado a otro mientras esperaba a que volviera Maggie. Por fin, la vi entrar en el bar, con expresión disgustada. Claro, que eso no me revelaba nada, porque ella *siempre* parecía disgustada. Era imposible saber si traía buenas o malas noticias.

—¿Y bien? —dije cuando ya no pude esperar más.

—Y bien, ¿qué? —preguntó ella, sentándose junto a la barra.

Mi padre abrió una botella de cerveza y se la entregó.

—Que si ha abierto la caja. ¿Qué ha dicho? —pregunté, haciendo un esfuerzo enorme para no agarrarla por los hombros cuando dejó la botella, después de beber un trago muy largo.

—Ya lo creo que la ha abierto —dijo Maggie—. Y luego ha dicho que era un gesto muy raro por parte de un tío que la ha dejado.

Hice una mueca.

—También ha dicho que, si lo que querías era disculparte, deberías haber probado a decir «lo siento», o «me he equivocado», o «he sido un completo imbécil». Personalmente, yo voto por lo último —añadió.

—Mags… —advirtió mi padre desde detrás de la barra, en un suave reproche.

—¿Qué? —espetó ella sin remordimientos—. Se ha comportado como un imbécil. Como un idiota, terco, cobarde, atontado…

—Vale, ya está bien —interrumpí—. Lo pillo.

—¿Estás seguro? Porque las navidades pasadas, mi hermano me regaló un calendario con un insulto para cada día, y aún me quedan

un montón más en el repertorio, en caso de que no te haya quedado claro.

—Créeme —dije, masticando las palabras—. Lo he recibido, alto y claro.

—Bueno, en caso de que necesites que te lo explique con palabras más sencillas…

Se puso en pie y se acercó a donde yo estaba para mirarme a los ojos, aunque los suyos quedaban a la altura de mi pecho porque yo era bastante más alto. Sin embargo, eso no impidió que me sintiera acobardado.

—La has cagado —dijo sin remilgos—. Y le has hecho mucho daño. Después de lo que hiciste, conseguir que te perdone te va a costar mucho más que cambiar unas cuantas etiquetas.

Solté un largo suspiro.

—Solo quería que supiera lo mucho que significa para mí.

Maggie pareció ablandarse un poco al oír aquello.

—Escucha, no digo que lo que has hecho esté mal —admitió—, pero no ha sido suficiente. En palabras de la propia Cora: si quieres que vuelva, eres tú quien tiene que cambiar, no la botella.

—Lo estoy intentando —dije.

—Sí, lo sé. Sigue intentándolo —propuso ella—, pero mejor.

CORA

—Los de Ironwood acaban de dejar un comentario en tu último vídeo —dijo Jennifer desde el sofá.

Yo levanté la vista de mi ordenador.

—¿Eh?

—Parecen desesperados por ti. —Jennifer se acercó para enseñarme en su teléfono los comentarios de mi último vídeo de la Mixóloga Misteriosa—. «¡Está que arde!». Te están haciendo mucho la pelota.

—Bueno, mi respuesta sigue siendo no —dije, con una sonrisa.

—¿Estás segura? Ahora mismo eres un activo valioso. Puede que estén dispuestos a ofrecerte hasta el doble de su oferta original. Fíjate en todas las marcas que han respondido a su comentario con el emoticono de las llamas. Te quieren, Cora —dijo Jennifer en un tono muy dramático—. ¡Te necesitan!

Me tapé la cara con las manos, muerta de risa ante sus tonterías. Ahora que estaba claro que la Mixóloga Misteriosa ya no trabajaba con Elixir, otras marcas habían empezado a mandarme mensajes directos para ofrecerme asociaciones, acuerdos de marca y hasta algunas apariciones en diferentes bares de la ciudad. Era todo lo que había esperado conseguir como consecuencia de mi acuerdo original con Elixir, y seguramente ya era hora de que empezara a tomarme

en serio algunas de aquellas ofertas, al menos las que se referían a apariciones. Además, ahora que ya no recibía un salario de Elixir, a Jennifer y a mí nos vendría muy bien salir alguna noche con todos los gastos pagados.

—¿Qué te parecería acompañarme a la inauguración de Penny's? —Le leí la invitación que había recibido por correo electrónico—. Es el bar de azotea más nuevo de Nueva York. Tiene hasta un jardín, si eso sirve para convencerte.

—Ya estoy convencida —dijo Jennifer, inclinando la cabeza para escuchar la música que se oía por la ventana—. Solo espero que la comida sea mejor que la que servían en Fondo del Barril.

—Esta vez no tengo que preparar bebidas, solo tengo que hacer una aparición —expliqué—, así que debería ser una noche tranquila.

—Suena genial.

El volumen de la música iba aumentando. Levanté la vista de mi ordenador, donde estaba editando el vídeo de mi versión del Bloody Mary mejorado.

—¿Están los vecinos dando una fiesta y no nos han invitado?

—No creo —dijo Jennifer—. Hasta ahora, siempre nos han invitado. —Miró a su teléfono—. No han enviado ningún mensaje. Debe ser alguien que ha decidido organizar una fiesta entre semana.

La música sonaba ahora muy fuerte, y eso me permitió reconocer la canción. *No podía ser*. Me incorporé, y el portátil se deslizó de mi regazo y cayó a mi lado en el sofá. Jennifer levantó una ceja.

—Un momento, eso es Lifehouse. —Las dos nos miramos.

—¿No dijiste que esa era…? —empezó Jennifer.

—Sí.

—¿En el campo de fútbol?

—Ajá.

Las dos nos levantamos a la vez y corrimos a la ventana. Aiden estaba de pie, en la acera, debajo de la ventana de nuestro apartamento con un radiocasete levantado por encima de su cabeza. Mi corazón se detuvo un instante, y me llevé una mano al pecho. ¿Qué diablos estaba haciendo?

—¿Eso no es de una película de John Cusack? —murmuró Jennifer, apartándose de la ventana y echándose a reír—. ¿De dónde habrá sacado un radiocasete?

Se estaba riendo tanto que le lloraban los ojos, y terminó por contagiarme a mí también, aunque enseguida, la sorpresa dio paso a la incredulidad. No podía creer que Aiden estuviera ahí abajo, en mitad de la calle, con un maldito radiocasete levantado en alto, como el protagonista de *Un gran amor.*

Jennifer se calmó un poco y abrió la ventana del todo para que pudiéramos escuchar mejor la música. Me dirigió una mirada punzante y señaló con la cabeza hacia donde estaba Aiden.

—Bueno, ahí lo tienes.

—Ya lo creo —suspiré yo.

—Muy bien. —Jennifer se puso las manos en las caderas—. ¿Y qué piensas hacer?



Aiden

Lifehouse seguía sonando por el altavoz del viejo radiocasete y, aunque me estaba dejando medio sordo, no pude evitar cantar la canción por lo bajo. Miré hacia la ventana, donde apenas podía entrever las siluetas de Cora y Jennifer. Me empezaban a doler los brazos, pero no me atrevía a moverme. No lo haría hasta poder hablar con ella.

Para explicarlo.

Para admitir lo equivocado que estaba.

Para disculparme.

Por fin, ella asomó la cabeza por la ventana.

¡Sí! Ahí estaba mi oportunidad.

—¿Esto no es un poco irracional? —dijo Cora.

—¡Sí! —respondí, conteniendo una risa. Era lo más ridículo que había hecho en toda mi vida—. ¡Pero merece la pena!

Cora volvió a meterse en la casa, cerró la ventana, y el estómago se me cayó a los pies. *Joder.* Bajé el radiocasete, que había encontrado en una tienda de segunda mano después de buscar por toda la ciudad, y apagué la música.

El hecho era que había captado su atención, pero ella parecía no tener intención de hablar conmigo. Había sido un idiota al creer que esa demostración serviría para algo. Solo había conseguido que la gente que pasaba por la calle se parase a mirarme, los coches me pitaran y alguien aplaudiera al final. Y, ¿para qué? Cora no estaba interesada.

Me di la vuelta y me dirigí hacia el coche, intentando disimular que, en mi interior, el hecho de que ella hubiera pasado página me había

dejado hecho polvo. La había perdido.

—¡Jefe! ¡Oye, jefe!

Al mirar hacia atrás, vi a Carlos en la puerta del edificio, agitando las manos para llamar mi atención.

—Cora dice que puedes subir a verla.

Corrí hacia la puerta, sin apenas creer sus palabras.

—¿Estás seguro?

—Sí. Oye, ¿de dónde narices has sacado un radiocasete?

—Es una larga historia. —Le di una palmada en el hombro al pasar —. Muchas gracias, Carlos.

Me dirigí al ascensor, subí hasta el séptimo piso y llamé a la puerta, hecho un manojo de nervios. Jennifer abrió de un tirón y me miró de arriba abajo, sonriendo al ver el radiocasete en mi mano.

—Me marcho —anunció—. Os dejo el apartamento durante un par de horas, así que arreglad las cosas antes de que vuelva. —Se acercó un poco más a mí y me clavó un dedo en el pecho—. No la cagues.

¿Querría eso decir que tenía una oportunidad?

Sin decir una palabra más, Jennifer se colgó el bolso del hombro, pasó a mi lado y se alejó por el descansillo hacia el ascensor. Yo entré en el piso y cerré la puerta con suavidad detrás de mí. Encontré a Cora de pie en el salón, con los brazos cruzados y mirando por la ventana. Dejé el radiocasete sobre la encimera de la cocina y esperé. Cuando por fin me miró, fue evidente que aún desconfiaba mucho.

—Eso ha sido un poco ridículo —dijo, al cabo de un momento.

—Parece que el amor me lleva a hacer cosas ridículas —expliqué, encogiéndome de hombros—. Al menos, esta vez la ridiculez ha sido

más divertida, en lugar de ser el resultado de una mala decisión, o de decir cosas que no pienso.

—Ah, ¿sí? —Cora apretó los labios.

—Siempre he sido una persona con sentimientos muy intensos, y no siempre he sido capaz de dominarlos. Durante mucho tiempo, he creído que lo que debía hacer era evitar las cosas que los provocaran. Creí que debía alejarme para no volverme demasiado…

—Irracional. —Ella terminó la frase por mí, sin parecer conmovida en lo más mínimo.

—He necesitado todo este tiempo para comprender que salir corriendo no es la reacción correcta —dije, tras una pausa—. Lo que debo hacer es aceptarlo.

Di un paso hacia ella, que me miró con una expresión distante y cautelosa en sus grandes ojos castaños. Le había hecho mucho daño, había pisoteado toda la fe que había puesto en mí, y debía arreglarlo como fuera.

—Creía que, al no implicarme emocionalmente, me estaba protegiendo —continué—, pero lo que estaba haciendo, en realidad, era evitar todas las cosas maravillosas que nacen del amor. Todas las cosas maravillosas que podría tener *contigo*.

—¿Y qué hay de todo aquello que dijiste sobre que yo saco lo peor de ti? —preguntó con voz tensa.

—Dios, estaba muy equivocado, Cora. —Le puse una mano en el hombro, pero ella se apartó, con un tirón que me llegó al alma—. Nunca debí pensar eso. Tú no sacas lo peor de mí. Tú me has dado la vida, de un montón de formas distintas. Sí, en ocasiones, eso me ha llevado a comportarme de un modo destructivo, pero eso se debía a que *yo* perdía el control, y nada más. Lo único que tú me has aportado han sido momentos de felicidad, momentos que nunca he experimentado con ninguna otra persona. Sé que debo

esforzarme más y controlar mis sentimientos de una forma más saludable, pero estoy dispuesto a hacer lo que haga falta.

—Todo eso no son más que palabras bonitas, Aiden. —Cora sacudió la cabeza—. Cualquiera puede decir que se va a esforzar en cambiar.

—No, lo digo en serio. —Insistí—. He… bueno, he buscado algunas clases de gestión de la ira, y también he empezado a ir a una terapeuta. —Saqué su tarjeta de la cartera y se la entregué—. Se llama Veronica. Ha sido… Bueno, hasta ahora me ha hecho comprender muchas cosas. Y no me aguanta las tonterías, como otra persona que conozco.

Cora miraba la tarjeta con el ceño fruncido.

—He decidido seguir con todo esto, porque quiero ser la mejor persona posible. Por ti, pero también por mí mismo. Y porque, más que nada, quiero otra oportunidad. Soy consciente de que he dicho y hecho cosas que te han hecho daño, y sé que no voy a conseguir que desaparezcan con solo una disculpa. Me tomaré todo el tiempo que sea necesario para demostrarte que he cambiado. Estoy cambiando, Cora, y lo estoy haciendo por ti, porque tú lo mereces.

Ella dio un pequeño respingo, como si estuviera intentando no llorar.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí. Te lo prometo, Cora… Tú nunca has sido el problema. Eres increíble. Soy yo quien ha sido un idiota y no ha sabido cómo lidiar con todo lo que me haces sentir. Y aún he sido más idiota por tratar de echarte a ti la culpa, en lugar de asumir mi responsabilidad.

Ella asintió despacio.

—Me has hecho muchísimo daño, ¿sabes?

—Lo sé, y lo siento en el alma. Estaba muy equivocado. De hecho, he sido un completo imbécil.

Aquello, por fin, le arrancó una pequeña risa.

—¿Maggie te contó lo que le dije?

—Ya lo creo, junto con sus propios comentarios al respecto.

Di otro paso hacia ella, que levantó la cabeza para mirarme a los ojos. ¿Era mi imaginación, o su mirada parecía algo más dulce que hacía solo un instante?

—Tenías razón —continué—, en todo lo que le dijiste. Te he decepcionado, he roto tu confianza y tienes toda la razón del mundo en no creerme cuando digo que voy a cambiar.

—Entonces, si tengo razón en no creerte, ¿dónde nos deja esto? —preguntó.

—Nos deja en este punto, conmigo demostrándote que es verdad, y ganándome tu confianza de todas las formas que pueda. Cada hora, cada día, y durante todo el tiempo que sea necesario. Te quiero, Cora. No voy a dejarte nunca más. Te demostraré que puedes fiarte de mí, aunque me cueste el resto de mi vida.

Tras decir eso, contuve la respiración, a la espera de su reacción. Ella cayó en mis brazos y me abrazó, con un sollozo.

—Lo siento mucho —repetí, susurrando las palabras contra su pelo —. Te quiero, y voy a hacerlo mejor.

—Te voy a tomar la palabra —dijo ella, mirándome.

—No espero nada menos. —Le retiré un mechón de pelo y lo puse detrás de su oreja—. ¿Eso significa que me vas a dar otra oportunidad?

—Voy a considerarlo.

—¿En serio?

—En serio —murmuró.

Tras decirlo, se puso de puntillas y me besó en los labios. No fue más que un breve contacto, un roce, pero bastó para que todo mi

cuerpo se encendiera. Una oleada de calor se extendió desde mi pecho y me pareció estar a punto de empezar a arder.

—Creo que deberías ponerte los zapatos, coger tu bolso y dejar una nota a tu compañera de piso —dije en voz baja y ronca.

—Ah, ¿sí? —preguntó ella, con una sonrisa pícara, volviendo a mirarme a los ojos—. ¿Vamos a algún sitio?

—Sí, a mi piso. Tengo que disculparme un poco más, y necesito asegurarme de que nadie nos vaya a interrumpir.

—Disculparte, ¿eh? —rio ella—. Jennifer no volverá hasta dentro de un par de horas —me recordó.

—Eso no nos da el tiempo suficiente —susurré con los labios pegados a su oído— para todas las formas de las que quiero disculparme, y demostrarte lo dedicado que voy a estar a hacerte feliz a partir de ahora.

CORA

—¿Quieres que te enseñe la casa? —preguntó Aiden cuando entramos a trompicones en su piso, abrazados y sin apenas dejar de besarnos.

—¿Has cambiado algo en este tiempo? —pregunté con una risa.

—Es solo por si querías recordar dónde está todo.

—Creo que me las apañaré sin perderme.

—¿Estás segura? —dijo él en tono burlón, pero a continuación, me sujetó la cara con las manos y me besó con tanta intensidad que tuve que apoyarme en la pared junto a la puerta.

—Me vas a hacer perder la cabeza —susurré.

—Bien.

Me quitó el bolso del hombro y lo dejó caer al suelo, junto a la puerta. Yo me quité los zapatos y le rodeé el cuello con los brazos, mientras él me hacía caminar hacia atrás en dirección a la cocina.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

—Solo de ti. —Me hizo girar y me apretó contra la encimera. Después, deslizó las manos por mis costados hasta apoyarlas en mi

cintura y se apoyó en mi espalda. La sensación de su cuerpo pegado al mío era cálida y embriagadora.

—Solo quería recordarte lo agradable que es la cocina cuando tú estás en ella, suplicándome que te haga correrte.

Yo gemí y me apreté contra su erección. Recordé haberle suplicado que me tocara una mañana, mientras el desayuno se quemaba en la sartén sin que a ninguno de los dos nos importara lo más mínimo. Me volví para besarle y dejarle que me mordiera un poco los labios.

—Ven —dijo él, llevándome hacia el salón.

Cuando la parte posterior de mis piernas chocó con el sofá, me senté y él se arrodilló entre mis piernas. Enredé mis dedos en su pelo.

—Nos lo hemos pasado muy bien en este sofá —comentó él, tras darme un beso en el interior de un muslo a través de los vaqueros.

El corazón me latía en el pecho a toda velocidad, y notaba el calor entre mis piernas. Apoyé la cabeza en un cojín.

—Es un buen sofá. Muy cómodo —confirmé.

—Y tiene unas vistas excelentes.

Sin previo aviso, se puso de pie y me dio la vuelta para que pudiera ver los colores de la puesta de sol extenderse por la ciudad. Me acarició la garganta con una mano, deteniéndose en el punto donde el pulso me latía cerca de la piel, mientras la otra mano me rodeaba un pecho por encima de la camisa.

Gemí su nombre, recordando las ocasiones anteriores, pero deseando crear nuevos recuerdos. Quería perderme en las sensaciones que me provocaba el contacto de sus manos, el sonido de su voz… El hecho de saber que había vuelto a mí, que quería estar conmigo y hacer lo necesario para convertirse en el hombre que yo merecía, hacía que el pecho me ardiera de amor, deseo y

necesidad. ¿Cómo había podido pasar tanto tiempo sin él? ¿Cómo había podido creer que, esta vez, lo olvidaría definitivamente?

—¿Qué quieres, Cora?

—Que no me provoques más.

Apreté el culo contra su entrepierna con insistencia, y él me cogió una mano y me llevó por el pasillo en dirección a su dormitorio. Nos detuvimos a medio camino para que me quitara la blusa, que tiró al suelo, mientras yo metía las manos por debajo de su camiseta y acariciaba su pecho musculoso. Él hizo una mueca.

—Tienes las manos frías —susurró.

Se llevó cada una de ellas a la boca para besar mis nudillos, antes de entrar en su dormitorio, donde me acercó a la cama.

—¿No me vas a enseñar el baño? —bromeé.

—Aún no lo hemos hecho ahí —observó él con una sonrisa.

—Pues es una pena, porque estaba deseando darme un baño caliente contigo, y verte desnudo y cubierto de jabón.

—¿Quieres que empecemos por ahí?

—Después —murmuré.

Me desabroché el sujetador y, en solo unos segundos, los dos estuvimos desnudos, tumbados en la cama. Las bromas dieron paso a una increíble mezcla de desesperación y deseo, y recorrí su cuerpo entero con las manos mientras le besaba, hasta que el ansia deliciosa que sentía en mi interior se volvió insoportable. Aiden me abrió las piernas y, en un instante, hundió la cabeza entre ellas.

—Dios, Aiden —grité, dando una sacudida en cuanto su lengua tocó mi clítoris.

—¿Sí? —dijo él, haciendo una pausa.

—Bien —conseguí decir—. Así está muy bien.

—Pero yo busco la perfección.

Dejé escapar una risilla hasta que él aplicó los labios a mi clítoris, porque entonces perdí la capacidad de pensar y cerré los ojos. Era demasiado y no era suficiente, todo a la vez. Hundí las yemas de los dedos en sus hombros.

—Sí… *Sí*.

—¿Nos estamos acercando ya a la perfección?

—Tú no pares.

Él se apartó un poco y reemplazó la lengua con los dedos para frotar mi clítoris con unos movimientos circulares que me hicieron arquear la espalda.

—No me has contestado —insistió, deteniéndose.

Yo le tiré un poco del pelo.

—No pares, por favor. Te juro que…

Él apretó la lengua contra mí de nuevo, haciendo que me retorciera, y enseguida deslizó un dedo dentro de mí y después otro, metiéndolos y sacándolos de un modo que me cortó la respiración.

—Quiero sentir cómo te corres —dijo, acompasando el ritmo de sus movimientos a las sacudidas de mis caderas.

La habilidad con la que movía a la vez la lengua y los dedos me llevó al orgasmo en solo unos instantes, y todo mi cuerpo se estremeció, mientras una oleada de placer tras otra recorría todo mi ser.

—Ahí está —dijo él, acariciando por última vez mi clítoris, ahora muy sensible.

Volví a retorcerme, sacudiendo la cabeza, pero aún estaba muy excitada, y desesperada por sentir más.

—Iré con cuidado, despacio y con calma —prometió él, situándose sobre mí, sin dejar de acariciarme entre las piernas con los dedos.

Noté que el placer volvía a despertarse en mi interior. Nunca me había corrido dos veces seguidas tan rápido, y la sensación me pareció abrumadora, pero también irresistible. En poco tiempo, volví a arquear la espalda, y el sonido de mis gritos recorrió la habitación mientras me dejaba llevar por un segundo orgasmo increíble. Cuando empezó a disiparse, le abracé fuerte, y él me besó en la frente con ternura.

—Echaba esto de menos —dijo él.

—¿El sexo? —reí.

—Abrazarte —explicó él.

—Yo también lo echaba de menos —dije, con un nudo en la garganta.

—Lo digo en serio, Cora. Fui un idiota al dejarte marchar. Quiero que sepas que no volverá a ocurrir.

Yo me apreté contra él y me acurruqué entre sus brazos. Su erección presionó contra mi abdomen y sentí que me invadía otra oleada de deseo que se unió a la emoción que habían despertado sus palabras. Me había dicho a mí misma que esto no sería posible, que el amor no duraba, pero ahí estaba, entregándome a él a pesar de todo. Le besé con toda mi alma y él me devolvió el beso, con un deseo en el que no había nada urgente. Era evidente que estaba disfrutando de nuestra nueva conexión.

—Podrás volver a fiarte de mí —prometió.

—Me alegro de que estés dispuesto a hacer un esfuerzo por mí. Por nosotros.

—Te mereces el mejor hombre que pueda llegar a ser —dijo él.

—Es verdad. Y puede que, juntos, encontremos la forma de evitar que nuestra relación vuelva a descarrilar en el futuro. Creo que hablar con una terapeuta es un buen comienzo.

—Tal vez podríamos ir juntos alguna vez —propuso él—, para crear una base sólida.

Aquella idea me gustó, y sonreí. Me conmovía su interés por asegurarse de que formáramos una buena base para seguir adelante.

—Creo que eso nos ayudará —dije.

—Gracias por darme otra oportunidad —sonrió él.

—Gracias a ti por no rendirte. —Enlacé los dedos con los suyos—. Y quiero que me prometas que, si empiezas a dudar de tus sentimientos otra vez, me lo contarás. No quiero que me ocultes las cosas y vuelvas a pillarme desprevenida.

—Yo tampoco quiero hacer eso. —Me besó en la frente—. Te lo prometo.

—Bien.

—De hecho —continuó con una sonrisa pícara—, te prometo que compartiré todos mis sentimientos contigo.

—Ah, ¿sí? —El tono ronco de su voz me hizo reír.

—Sí. Por ejemplo, siento la necesidad de besarte aquí —dijo él, acariciando mi clavícula, antes de darme un ardiente beso donde habían estado sus dedos—. Y aquí —añadió, deslizando un dedo entre mis pechos—. Y aquí. —Se inclinó y me besó en el ombligo.

—Eso son un montón de sentimientos —observé—. ¿Cómo vamos a poder con todos?

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo él, besándome cada vez más abajo —. Juntos.

AIDEN

El murmullo de las voces y la suave música de jazz que sonaba de fondo llenaban el ambiente del León Rojo, junto con el sonido de los vasos al golpear contra las mesas de madera y el tintineo de los cubiertos contra los platos.

—Su Daiquiri Hemingway, señor.

Apoyado contra la brillante barra del bar, sonreí a Cora, que me entregaba una copa llena de una bebida color rosa claro. Aquella noche, estaba trabajando de camarera.

—Muchas gracias, señorita.

—¿Estás disfrutando de la inauguración?

—Ya lo creo. Sobre todo, teniendo en cuenta que le he echado el ojo a la preciosa chica detrás de la barra. —Le guiñé el ojo, encantado de ser capaz de hacerla enrojecer todavía—. ¿Crees que tengo alguna posibilidad?

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo ella.

—Ah, ¿sí?

—Tendrás que hacer un intento.

—Claro. —Me incliné sobre la barra y me acerqué a ella, hasta quedar a unos centímetros de sus labios—. ¿Debería ir directamente a por un beso?

—Solo si te sientes muy seguro de ti mismo… —sonrió ella.

—Antes necesito un poco de valor líquido —dije, levantando la copa.

Probé la bebida y aparté la copa de mis labios, mirando confuso su contenido.

—¿Qué tal está?

—Es dulce —dije, sin comprender.

—Le he puesto almíbar.

Ah. Le dediqué una sonrisa ladeada.

—Creía que Hemingway prefería las bebidas un poco amargas.

—Así es. —Ella me guiñó un ojo—. Pero un pajarito me ha dicho que a ti te gustaría un poco más dulce.

Y pensar que habíamos discutido sobre ese asunto no hacía mucho tiempo. Volví a probar la bebida y pensé que, así, era perfecta.

—¿Está siendo esta noche lo que esperabas? —le pregunté.

Ella inspiró hondo y miró a su alrededor, a aquel lugar que, en parte, ahora era suyo gracias a una asociación.

Mi padre había llegado a un acuerdo con Cora y Jennifer, según el cual, Cora se encargaría de la carta de bebidas del bar y de las redes sociales, y Jennifer, de la cocina, mientras él se ocupaba de llevar el día a día del negocio. Los tres formaban un equipo increíble y, gracias a la ayuda de Maggie, habían renunciado al ambiente de los años sesenta que había propuesto mi padre, y optado por una decoración inspirada en la época del jazz, en la línea de la idea de Cora.

—Es aún mejor —respondió ella.

—¿De verdad?

Ella asintió, mordiéndose un labio, y tuve que hacer un esfuerzo para no saltar por encima de la barra, tomarla en mis brazos y besarla hasta perder el control.

—Me preocupaba que no viniera mucha gente —admitió ella—. No sabía si la publicidad habría sido suficiente, ¡pero ha venido muchísima gente!

A mí, en cambio, nunca me había preocupado eso. Había venido casi todo el mundo al que habíamos invitado a aquel evento exclusivo. Siendo sinceros, si hubiera venido más gente, habríamos tenido que impedirles la entrada para no exceder el aforo.

Mi padre y Maggie se dedicaban a hablar con los asistentes y a animar a todo el mundo a probar los cócteles de inspiración literaria que había preparado Cora. El bar había recibido ya mucha atención, y eso había atraído a gente deseosa de saber a qué se debía todo el revuelo, aunque también estaban allí todos los que nos importaban, es decir, nuestros familiares y amigos. Yo había invitado a todos mis amigos y al equipo de Elixir. La madre de Cora y el señor Cranson también habían venido, y hasta la abuela Dee había hecho aparición, y estaba sentada a una mesa con Trent, Dominic, Vincent y Piper. Últimamente no salía mucho, desde que le habían diagnosticado una insuficiencia cardiaca que, por desgracia, no era el pequeño problema que todos habíamos esperado. Sin embargo, era posible que se recuperase, siempre que se sometiera a la operación que le habían recomendado. Todos nos estábamos dedicando a convencerla y, aunque aún no lo habíamos conseguido, no estábamos dispuestos a abandonar. Era demasiado importante para todos nosotros.

—¿Me pones otra ronda para la mesa? —pidió Dominic, uniéndose a mí en la barra—. Piper y Vincent están aprovechando que esta noche tienen una canguro.

—Y para ti, ¿otro Zelda? —pregunté.

—Ya sabes que sí —dijo él con una sonrisa en la que, por suerte, ya no había ni una pizca de tensión.

A Dominic no le había hecho mucha gracia que nos hubiéramos sentado a hablar con él hacía unos días sobre lo mucho que bebía. Había insistido en que solo era una consecuencia del estrés de su divorcio y que, ahora que había terminado, ya no sería un problema. Sin embargo, al ver que nuestra preocupación era real, había estado de acuerdo en deshacerse de toda la bebida que tenía en casa y demostrarnos, a nosotros y a sí mismo, que no necesitaba recurrir al alcohol.

Vincent y Piper se acercaron a ayudarle a llevar todas las bebidas. Agradecí mucho que hubieran venido aquella noche a apoyarnos en el León Rojo. Cuando se alejaron, Cora me hizo un gesto con la cabeza en dirección a toda la gente que se había acumulado en la barra, aprovechando la barra libre.

—Creo que voy a necesitar un poco de ayuda aquí detrás.

—¡Allá voy! —Pasé al otro lado de la barra, me enrollé las mangas de la camisa y me lavé las manos en el fregadero—. ¿Qué necesitas que haga?

—¿Qué tal se te da cortar limas?

—¿En rodajas o en cuartos?

—¡Vaya! —dijo ella, impresionada—. Parece que entiendes del tema.

—Si me lo propongo, hasta puedo cortar rodajas por la mitad.

Ella me sonrió con dulzura.

—En cuartos, por favor.

Me puse a trabajar con un cuchillo y una tabla de madera, mientras Cora se dedicaba a servir bebidas a los asistentes. Al cabo de un rato, Jennifer apareció por la puerta de la cocina con una bandeja de

aperitivos destinada a un grupo muy ruidoso que se había situado en una mesa del fondo.

—¿Qué es eso, y qué tengo que hacer para conseguir unos cuantos? —preguntó Cora.

—Bocaditos de pretzel con alioli de trufa —contestó ella, y mi estómago respondió con un gruñido—. Y acepto tanto sobornos como súplicas.

—Hazles una foto para el Insta —sonrió Cora.

—De acuerdo —dijo Jennifer, antes de alejarse con la bandeja.

Tener la oportunidad de preparar un menú completo y ser su propia jefa le había hecho mucha ilusión. Me había dicho que lo que más le gustaba era tener la posibilidad de cambiar los platos cada vez que quisiera, de forma que nunca perdería el interés por lo que preparaba.

—Oye, he oído un rumor por ahí —dije, dando a Cora un golpecito con la cadera.

—¿Qué rumor? —preguntó ella, levantando la vista de la bebida que estaba preparando.

—Dicen que la Mixóloga Misteriosa va a hacer aparición más tarde.

—Nunca se sabe —dijo Cora, intentando no sonreír—. Me llevo bastante bien con ella.

—Así que te codeas con la realeza de la mixología, ¿eh?

—El caso es que sí, suelo atraer a la realeza.

La miré sin comprender.

—*Rey del Cóctel* —aclaró ella.

Le dediqué una sonrisa y me incliné para besarla.

—Bueno, pues háblale bien de nosotros, por favor.

—Tal vez pueda convencerme —dijo ella con picardía—, Su Majestad.

—Pon tu precio. —La besé de nuevo.

Ella subió y bajó las cejas con rapidez.

—Te enviaré la factura en breve.

Ella me pasó un brazo por la cintura y me dio un apretón en el culo que me hizo sonreír de nuevo. Seguimos trabajando uno junto al otro, hasta que se redujo un poco el flujo de gente y, cuando las cosas se calmaron, me atreví a preparar mi propio cóctel.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Cora cuando se fijó.

—Preparar mi propio cóctel exclusivo.

Ella rio y dejó una botella de Zelda en la estantería.

—Esa bebida parece un poco turbia. ¿Debería preocuparme?

—Espera a probarlo —dije, dando el último toque decorativo con una rodaja de pomelo azucarado—. Toma, vas a ver qué nivel de perfección.

—¿Es una demostración? ¿Te interesa hacer algunos turnos aquí para poder llegar a fin de mes? —bromeó ella, mirando la copa con una ceja levantada.

—¿Crees que podría conseguirlo? Tal vez podrías añadir el «Especial de Aiden» a la carta, debajo del Daiquiri Hemingway.

—Tendrá que superar una prueba de sabor muy exigente —dijo Cora en su tono más profesional—. Solo aceptamos lo mejor.

—No se me ocurriría pedirte que te conformaras con nada menos —dije, aunque no me refería solo a la bebida.

Le entregué la copa, mirándola a los ojos, y ella se la llevó a los labios para dar un pequeño trago de prueba. Tras saborearla con calma, se llevó los dedos a los labios y me miró sorprendida.

—Vaya… No tenía ni idea de que preparar bebidas fuera parte de tu trabajo de presidente. Esto está realmente bueno.

—Eso es todo un cumplido, viniendo de ti. ¿No lo dices solo por agradar?

Ella volvió a beber.

—No, no lo digo por agradar.

—Mmm… —La besé en los labios—. ¿Estás segura de verdad?

Ella bebió otro trago para demostrarlo, pero apartó la copa para mirarla cuando escuchó algo que tintineaba en el fondo. Miró a la bebida y después me miró a mí con los ojos muy abiertos. Yo le sonreí con cariño, sin casi poder contener la emoción.

Cora metió dos dedos en la copa, sacó el anillo que yo había puesto en ella y se quedó mirando el destello de los diamantes bajo las luces del bar.

—Esto es…

Solo pude sonreír al ver su expresión sorprendida, que, al poco, se tornó en una gran sonrisa que se extendió por su cara.

—¡Sí! —exclamó, antes de dejar la copa en la barra y lanzarse a mis brazos.

—Si ni siquiera me has dejado pedírtelo —reí.

—Me da igual, ¡la respuesta sigue siendo sí!

La apreté contra mi pecho, y alcé un puño en señal de triunfo, mientras los asistentes nos miraban, preguntándose a qué se debía aquel escándalo.

—¡Vamos a casarnos! —anuncié, ante los vítores y aplausos de nuestros familiares y amigos, que se apresuraron a darnos la enhorabuena.

Volví a besar a Cora, que me dedicó una enorme sonrisa.

—¿Acabas de convertir esta inauguración en una fiesta de compromiso?

Me encogí de hombros.

—He pensado que resultaba muy conveniente tener a todo el mundo reunido aquí sin que lo supieras. ¿Te parece bien, futura señora Callihan?

—Es perfecto —dijo ella con una risa—. Y, por cierto, ¿eso te convierte ahora en Don Mixóloga Misteriosa?

Saqué un antifaz negro del bolsillo de mi chaqueta y me lo puse.

—Estoy preparado para mi debut en Instagram.

CORA

Un año después

—Creo que las decoraciones eran mucho mejores en la reunión —me susurró Aiden al oído, enlazando sus dedos con los míos.

Se oyó el pitido de un micrófono que provocó una mueca de dolor a los miembros del consejo escolar, profesores y otros miembros de la comunidad allí reunidos.

Estábamos de nuevo en el gimnasio del instituto, esperando a que el presidente del consejo escolar nos llamara al escenario.

—Creo que este discurso está durando demasiado. ¿Cuántas cosas buenas pueden decir de ti? —bromeé.

La Fundación Educativa Callihan había hecho una gran donación a los colegios públicos de nuestra ciudad, y habíamos venido para entregar oficialmente el importe de la donación y posar para las fotos correspondientes.

—Solo están tratando de hacernos un poco la pelota —dijo él—. Me ha dicho un pajarito que quieren dedicar parte de la próxima donación a mejorar el programa artístico.

—Bueno, el arte es importante —dije.

—Cierto. No todo el mundo puede ser un as del fútbol.

Resoplé, divertida. Nuestra donación iba destinada al programa de deportes, para asegurarnos de que habría una buena oferta deportiva para los alumnos y, además, un enfoque adecuado para el bienestar y la salud mental. Aiden había insistido en ello, partiendo de sus propias experiencias en el instituto y en terapia. Su esperanza era animar a los estudiantes a utilizar los deportes, sobre todo los de equipo, como una forma productiva de liberar el estrés y la ansiedad.

—Volviendo a lo que decía sobre la decoración —bromeó él—, no hay ni un globo a la vista.

—Si los hubiera, habrías dicho que son una horterada —susurré.

—El caso es que, con todo el dinero que les estoy dando, podían haber puesto un cartel, al menos.

Nos callamos al oír que comenzaban los aplausos y, sonriendo con cortesía, nos unimos a ellos.

—Hoy queremos dar las gracias a Aiden y Cora Callihan por la generosa aportación que han hecho —dijo el presidente—. Os estamos más que agradecidos por todo vuestro apoyo —añadió, abriendo los brazos.

Apreté la mano de Aiden.

—Vamos allá.

Aiden se enderezó la corbata y, tras guiñarme un ojo, se dirigió conmigo al centro del escenario, cargando con el cheque gigante que habíamos preparado como símbolo de la donación. Mañana apareceríamos en la primera página del periódico local, con Aiden sonriendo en el centro de una foto, que estaba segura de que pronto se uniría a las que ya tenía enmarcadas en su despacho. Probablemente acabaría junto a la foto de la portada de *GQ*.

Cuando terminó el acto, después de estrechar las manos del grupo que estaba en el escenario, nos dirigimos todos juntos a la zona donde había preparado un refrigerio. Estuvimos hablando un rato con las personas adecuadas y recordamos nuestros tiempos en el instituto con algunos de nuestros antiguos profesores, incluyendo al señor Cranson. Yo había empezado a llamarle Henry en privado, ya que mi madre y él seguían estando juntos y parecían ir en serio. Al cabo de un tiempo, Aiden me cogió la mano y la situó en el hueco de su codo.

—Disculpadnos —pidió con cortesía, y comenzó a alejarse conmigo del grupo, pasando junto a donde estaba la mesa con los aperitivos.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Larguémonos de aquí —sonrió él.

—No podemos marcharnos así —protesté—. Eres el hombre del momento, la gente quiere hablar contigo.

—No vamos a irnos del todo —susurró él, lanzando miradas discretas por encima del hombro, mientras se dirigía conmigo hacia la salida de emergencia.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo?

—Vamos a hacer una misión secundaria —dijo.

Salimos al aparcamiento, y me eché a reír al ver que nos dirigíamos al campo de fútbol.

—Deberíamos venir con más frecuencia —explicó él.

—Mi madre estaría de acuerdo.

—He pensado que podríamos aprovechar, ahora que podemos.

—¿Aprovechar el qué?

—Una pista de baile al aire libre —dijo él.

Él me condujo al centro del campo, como habíamos hecho la noche de la reunión, y me hizo dar una vuelta completa antes de rodearme con sus brazos.

—Nos falta la música —observé.

—Un segundo.

Sacó el teléfono, y yo me apoyé contra su hombro cuando la familiar melodía de Lifehouse empezó a sonar por el altavoz. El corazón me dio un vuelco y dejé escapar un suspiro de satisfacción cuando Aiden me rodeó con los brazos.

—*Porque somos tú y yo…* —cantó en voz baja en mi oído.

Como siempre había sido y, ahora, seguiría siendo así.

FIN DE HASTA LA ÚLTIMA GOTA

JEFES MULTIMILLONARIOS DE MANHATTAN LIBRO 2

Una pareja (im)perfecta, Mayo 20, 2025

Hasta la Última Gota, Julio 1, 2025

Diseñado para el desastre, Agosto 12, 2025

P. D.: ¿Quieres enamorarte perdidamente?
Entonces, lee estos fragmentos exclusivos de ***Diseñado para el desastre*** y ***Un jefe exigente.***

¡GRACIAS!

Muchas gracias por comprar mi libro. Las palabras no bastan para expresar lo mucho que valoro a mis lectores. Si disfrutaste este libro, por favor, no olvides dejar una reseña. Las reseñas son una parte fundamental de mi éxito como autora, y te agradecería mucho si te tomaras el tiempo para dejar una reseña del libro. ¡Me encanta saber qué opinan mis lectores!

Puedes comunicarte conmigo a través de:



CÓMO ALEGRARLE EL DÍA A UNA AUTORA

No hay nada mejor que leer buenas reseñas de lectores como tú, y no lo digo solo porque me haga feliz. Al ser una autora independiente, no tengo el respaldo financiero de una gran editorial de Nueva York ni la influencia para aparecer en el club de lectura de Oprah. Lo que sí tengo (mi arma no tan secreta) es a ustedes, ¡mis increíbles lectores!

Si disfrutaste el libro, te agradecería muchísimo que te tomaras unos minutos para dejar una reseña. Simplemente haz clic aquí o deja una reseña cuando te lo pida Amazon al terminar el libro. También puedes ir a la página de producto del libro en Amazon y dejar una reseña allí. En ese caso, debes buscar el link que dice "ESCRIBIR MI OPINIÓN".

Sin importar el largo que tengan (¡incluso las más breves sirven!), las reseñas me ayudan a que la saga tenga la exposición que necesita para crecer y llegar a las manos de otros lectores fabulosos. Además, leer sus hermosas reseñas muchas veces es la parte más linda de mi día, así que no dudes en contarme qué es lo que más te gustó de este libro.

ACERCA DE LESLIE

¿Aún no conoces a Leslie North? Los lectores recomiendan empezar con «El más prepotente». Imagínate una niñera como Mary Poppins, pero aún más encantadora y de Minnesota, que trabaja para un multimillonario irlandés muy antipático. Su historia lo tiene todo: humor, venganza, pasión, desilusión y esperanza, además de unos diálogos muy entretenidos. En las palabras de una lectora: «¡Los momentos románticos y las escenas divertidas de esta historia me hicieron chillar!»

Leslie North es el pseudónimo de una misteriosa autora superventas del periódico USA Today que idea comedias románticas y romances contemporáneos como una campeona (¡los jefes de sus historias te robarán el corazón!). La protección del anonimato le permite dar rienda suelta a toda su creatividad, sobre todo cuando se trata de escribir unas escenas tan apasionadas y emocionantes que harán que te sonrojes.

De hecho, la autora ha confesado que… ¡casi le gusta más su identidad como Leslie North, que su personalidad cotidiana! Sus novelas superventas son conocidas por el carácter fuerte de sus personajes, sobre todo sus heroínas: mujeres mordaces y atrevidas, que no tienen reparos en plantar cara a un jefe capullo y dominante. ¿Y su sentido del humor? Bueno, digamos que tal vez debas avisar a quienes te rodean de que no se sorprendan si sueltas una carcajada inesperada.



SINOPSIS

Para empezar, aquel monstruo cafetero acabó con mi carrera de camarera.

Y, a continuación, me ofreció el trabajo de mis sueños como compensación.

No tuve más opción que aceptar hacer un trato con el diablo.

No me fío de nadie. Es algo que he aprendido a las malas, y por eso acabé sirviendo cafés con leche.

Hasta que Trent Saunders, es decir, Satanás, apareció en mi cafetería.

El señor Don Importante estaba demasiado ocupado gritando por teléfono para detenerse a leer.

¿Es culpa mía que no viera el enorme cartel situado sobre la mesa, que decía **NO USAR**?

Bueno, tal vez no tendría que haberme echado a reír cuando se tiró el café por encima, pero se lo tenía bien merecido.

Pero, por esa razón, ¡el muy tirano hizo que me despidieran!

Al menos, fui yo quien tuvo la última palabra. O eso pensé entonces… Porque aquel hombre, tan antipático como atractivo, resultó ser la respuesta a mis plegarias profesionales: me pidió que diseñara un conjunto de muebles exclusivos para su abuela, una señora mayor encantadora que me tomó por la novia de su nieto.

Y, ¿acaso se molestó aquel pedazo de capullo en contarle la verdad?

¡No! En lugar de eso, me pidió que le siguiera el juego, así que acabé fingiendo salir con un hombre al que odio.

Lo que es aún peor, puede que no sea del todo desagradable.

De hecho, a veces hasta es amable. De vez en cuando.

Pero no estoy dispuesta a dejarme engañar por su actitud de «chico bueno».

Porque, ¿qué clase de mujer sería si me enamorase del capullo de mi jefe?

Diseñado para el desastre *es una divertida comedia romántica, cargada de tensión de enemigos a amantes, las complicaciones de una relación fingida y el contraste entre un gruñón y una chica encantadora. Con una buena dosis de química innegable, diálogos ingeniosos y mucho corazón, esta historia te resultará tan adictiva como tu café favorito: ¡ardiente, atrevida e imposible de olvidar!*

Obtén tu ejemplar de *Diseñado para el desastre*
Disponible Agosto 12, 2025
(¡Disponible para preventa!)
www.LeslieNorthBooks.com



FRAGMENTO

Capítulo uno

Natasha

Como una sola persona más me pidiera un cruasán de galleta, me iba a dar algo. En cuanto una comida se ponía de moda en TikTok, todo el mundo la pedía al día siguiente. ¿Qué tenía de malo un desayuno clásico de café con magdalena? Además, tampoco es que la idea fuera tan original: coges un cruasán, lo rellenas de masa de galleta, y al horno. Vaya novedad. Además, ¿no se daba cuenta la gente de que The Blend era una cafetería, no una pastelería?

—Vale, de acuerdo —dijo aquella chica, de mal humor—. Entonces, ponme un cruasán de chocolate.

—Buena elección.

Tecleé su pedido en el ordenador con rapidez. Estábamos hasta arriba, y esa clienta ya me había hecho perder bastante tiempo con sus preguntas tontas.

—Ya puedes pagar con la tarjeta —añadí, señalando el datáfono.

—¡Espera! —dijo—. ¿Son del día?

—Eh…

Miré la bollería situada en el expositor del mostrador. Lo cierto era que no lo sabía. Solo trabajaba en The Blend unas cuantas horas a la semana, así que no tenía ni idea de si la bollería era de esa misma mañana, o del día anterior.

—Creo que sí… —aventuré.

—¿Pero de esta mañana?

—Yo… ¿Craig? —Hice un gesto para pedir al gerente que se encargara él de la clienta del cruasán, ya que lo que más le gustaba era aplacar a los clientes—. Esta señorita quiere saber si los cruasanes son de esta mañana.

Tras dejarla con él, me dirigí al fregadero a lavarme las manos, me sequé y volví a dedicarme a preparar bebidas.

The Blend solía estar a tope entre las once y la una, sin que los clientes nos dieran descanso, y debíamos trabajar a toda velocidad para satisfacer las ansias de café de los estresados habitantes de Nueva York. Por ese motivo, no podía perder el tiempo informando a todas esas aprendizas de *influencer* sobre otras pastelerías. Mi trabajo era hacer cafés, no hacer de guía turística, aunque, a la vista de todas las preguntas que me habían hecho ese día, estaba empezando a pensar que debía llevar las palabras *Google Maps* tatuadas en la frente.

—¿Disculpa?

Miré por encima del hombro desde mi puesto frente a la máquina de café, y vi a una mujer que se había saltado la cola de clientes y se había situado en el extremo del mostrador.

—Se ha acabado la canela en la zona de autoservicio —dijo.

—Un segundo —pedí, mientras vertía leche caliente en una taza de té.

Terminé de añadir la espuma de la leche y cerré el vaso con una tapa para llevar. No tenía tiempo de hacer dibujitos monos en la espuma. Me di la vuelta y entregué el vaso a un hombre de pelo ralo que extendió la mano más o menos en mi dirección, sin molestarse en alzar la vista de su teléfono.

—Que vaya bien —murmuré, demasiado cansada para fingir ningún tipo de entusiasmo, y bostecé por lo que pareció ser la milésima vez desde que había empezado mi turno.

—¿Te acostaste tarde anoche, Tash? —preguntó Eddie al pasar a mi lado, y los *piercings* de sus cejas resplandecieron bajo la brillante luz del techo.

—Las dos últimas noches —admití, y puse un vaso para llevar sobre el mostrador—. Té Earl Grey pequeño con leche —llamé.

—Ah, ¿sí? —preguntó Eddie, subiendo y bajando las cejas muy rápido.

—No es por lo que tú crees —expliqué.

Ojalá esa fuera la razón, pero lo cierto era que apenas tenía tiempo para mis muchos trabajos a tiempo parcial, de modo que las relaciones románticas no cabían en mi agenda.

—Estoy trabajando en un mueble que me han encargado, y me está llevando muchísimo tiempo. —Y, además, estaba esperando unos materiales agotados que me estaban retrasando mucho.

—Ah, qué bien. Lo de que tengas un encargo, quiero decir.

—Sí, está bien. O lo estará, cuando lo termine y pueda entregarlo.

—Y cuando te paguen una barbaridad, ¿no?

—Sabes que no lo hago por el dinero, ¿verdad? —reí—. El diseño de muebles es mi pasión.

—Guapa, todos lo hacemos por dinero.

—Bueno, vale, eso es cierto.

Sería fantástico ganar lo bastante con los muebles como para no necesitar los otros trabajos a tiempo parcial, pero aún me faltaba mucho para cumplir aquel sueño. Por ahora, apenas llegaba a fin de mes incluso con los otros trabajos. Necesitaba cobrar el precio de aquel mueble para pagar el alquiler, y eso significaba que tenía que entregarlo en el plazo establecido.

—¿Y la canela? —oí decir a una voz con fastidio.

—¡Claro! —Saqué un dispensador nuevo de debajo del mostrador y se lo di a la mujer, que seguía al final del mostrador—. Disculpa el retraso.

Ella lo cogió y se dirigió con él a una mesa alta en la que había un letrero enorme que ponía NO UTILIZAR.

—No, ¡ahí no! —grité, inclinándome sobre el mostrador.

Señalé el letrero, que estaba escrito con letras negras muy grandes. ¿Cómo podía ser que la gente no lo viera?

Un tornillo de los que sujetaban el tablero de la mesa se había caído, y aún no lo habíamos reemplazado. Eso significaba que la mesa se vencía a un lado en cuanto se ponía cualquier cosa encima. Las patas estaban atornilladas al suelo, y por eso no habíamos podido retirarla.

—De verdad, parece que hoy nadie sabe leer —dije.

—Yo sugiero que les dejemos aprender de su propia estupidez —sonrió Eddie.

—Eso supondría volver a hacerles las bebidas cuando acaben en el suelo y, además, tener que fregar el suelo.

—Y Craig seguramente nos haría pedir perdón de rodillas —suspiró Eddie.

Asentí con un murmullo. Craig llevaba lo de que «el cliente siempre tiene la razón» a sus últimas consecuencias, y nunca respaldaba a sus empleados.

—Hay que limpiar las mesas —dijo el aludido, que apareció en ese momento como un diablillo invocado con la mera mención de su nombre—. Nos estamos quedando sin sitios libres.

—Yo me encargo —dije, mirando a Eddie por encima del hombro mientras cogía un trapo—. ¿Te apañas tú aquí solo?

Eddie asintió y corrió a atender a otro cliente.

Me dirigí hacia la parte delantera del local, a medida que limpiaba migas y manchas de café de las mesas y recogía platos y tazas sucios. La vajilla que llevaba en las manos tintineó mientras recorría The Blend, esquivando clientes y tratando de no tropezar con mis propios pies por el cansancio.

—No entiendo por qué no puedes hablar con ella —dijo una voz grave, en tono muy seco, cerca de mí.

Alcé la vista de la mesa que estaba limpiando y vi a un hombre muy atractivo que se acercaba a mí desde el mostrador con una taza de café humeando en la mano. Era alto, de hombros anchos y se abría paso entre los clientes con facilidad mientras hablaba por teléfono. A juzgar por la expresión de desagrado en su cara, lo que estaba escuchando no le hacía ninguna gracia.

—¿Quieres dejar de preguntar por el negocio? No te he llamado por eso —resopló, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro para

apretarse el puente de la nariz, lo que dejó a la vista un Rolex muy llamativo que llevaba en la muñeca—. Escucha, tú solo habla con…. No, ahora no vamos a discutir eso. ¿Por qué sacas ese tema?

Aparté la vista cuando el hombre estuvo más cerca, para que no notara que estaba escuchando su conversación.

—Ya vale, papá —espetó él—. Esto no tiene nada que ver con la empresa. ¿Quieres hacer el favor de hablar con ella?

La forma de hablar con quien parecía ser su padre me perturbó.

—Eres un maldito cabrón, ¿lo sabías?

Mejor dicho, la forma en que estaba *gritando* a su padre me despertó un antiguo dolor en el pecho, y me froté el hueco entre las costillas. Yo habría dado lo que fuera por tener todavía a mi padre y, mientras tanto, aquel imbécil podía permitirse ser muy desagradable con el suyo. Una parte de mí habría querido darle una bofetada en aquella cara tan engreída y exigirle que se disculpara.

El hombre pasó por mi lado y fue directo a la mesa prohibida. *Otra vez, no*, pensé, corriendo hacia él.

—¿Oiga? ¡El cartel! Por favor, no utilice esta mesa —dije, agitando los brazos para llamar su atención.

Cuando comprendí que no me iba a hacer caso, me acerqué y alargué una mano para detenerle. Mis dedos se cerraron sobre un brazo muy musculoso.

—¡Oiga!

Él se dio la vuelta y me miró con los ojos más intensos que había visto nunca.

—Perdona —dijo él en tono ácido—. ¿No ves que estoy hablando por teléfono? ¿Es que no tienes modales?

¿En serio? Si hubiera sido una escena de dibujos animados, le estaría saliendo humo por las orejas. Pero, claro, si estuviéramos en

unos dibujos animados, le habría podido atizar en toda la cabeza con un martillo de goma enorme. Por desgracia, en la vida real, tuve que tragarme mi impulso agresor y contestar con amabilidad.

—Esta mesa no se puede utilizar, porque…

—Sigo al teléfono —gruñó él, señalándolo con un dedo e ignorando por completo lo que intentaba decirle.

Era alto, y tuve que enderezarme todo lo que pude para que su altura no resultara tan imponente. Tenía los ojos tan oscuros que casi parecían negros, de un color similar a la barba incipiente que cubría sus mejillas y su mandíbula. Y menuda mandíbula, como para dar envidia a una estatua de Adonis. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus cejas, muy expresivas.

—¿Qué parte de lo que te he dicho no has entendido? —insistió él.

Muy bien. Le solté el brazo y él se apartó de mí. ¿Por qué iba a preocuparme por ayudar a alguien tan desagradable y que trataba tan mal a la gente?

Él colgó el teléfono con brusquedad, se sentó en uno de los taburetes y dejó la taza de café sobre la mesa. Como era de esperar, el tablero se inclinó al instante y el café se derramó por la mesa y cayó sobre su regazo como una cascada reforzada con cafeína.

Fue glorioso, al menos para mí. Él, en cambio, no pareció muy contento.

—¡Maldita sea! —gritó, poniéndose en pie de un salto para intentar apartarse de la oleada de café que goteaba sobre sus vaqueros.

Suspiré, aunque no había podido contener una pequeña carcajada al verlo. Por suerte, no parecía que se hubiera quemado, solo parecía tremendamente enfadado por lo ocurrido.

—¿Te estás riendo? —exclamó, lanzándome una mirada asesina.

No pude evitarlo. Había conseguido evitar que la mesa se viniera abajo durante toda la mañana, y el hecho de que aquel engreído hubiera acabado con mi racha era bastante gracioso. Además, no podía haberle pasado a alguien más desagradable.

—¿Por qué no me has avisado? —continuó.

—¿Y qué crees que estaba intentando hacer? Ya sabes, cuando me has acusado de no tener modales —pregunté—. Al parecer, estabas demasiado ocupado gritando a tu padre y siendo grosero para escucharme.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —dijo él—. Eres la peor camarera del mundo. ¿No se supone que lo mínimo que tienes que hacer es asegurarte de que el café se quede en la taza?

Comprendí que mi comentario sobre su padre le había dolido. Había pasado de desagradable a arrogante en tres segundos.

—Desde el momento en que tienes el café en la mano, es tu responsabilidad. *Yo* no he sido quien te lo ha tirado encima. Lo has derramado tú solito, porque eres demasiado importante para leer el cartel de aviso que hemos puesto ahí. Tal vez, si no estuvieras tan ocupado tratando de ganar el premio al Ricachón Enfadado del año, habrías prestado atención a lo que te rodea.

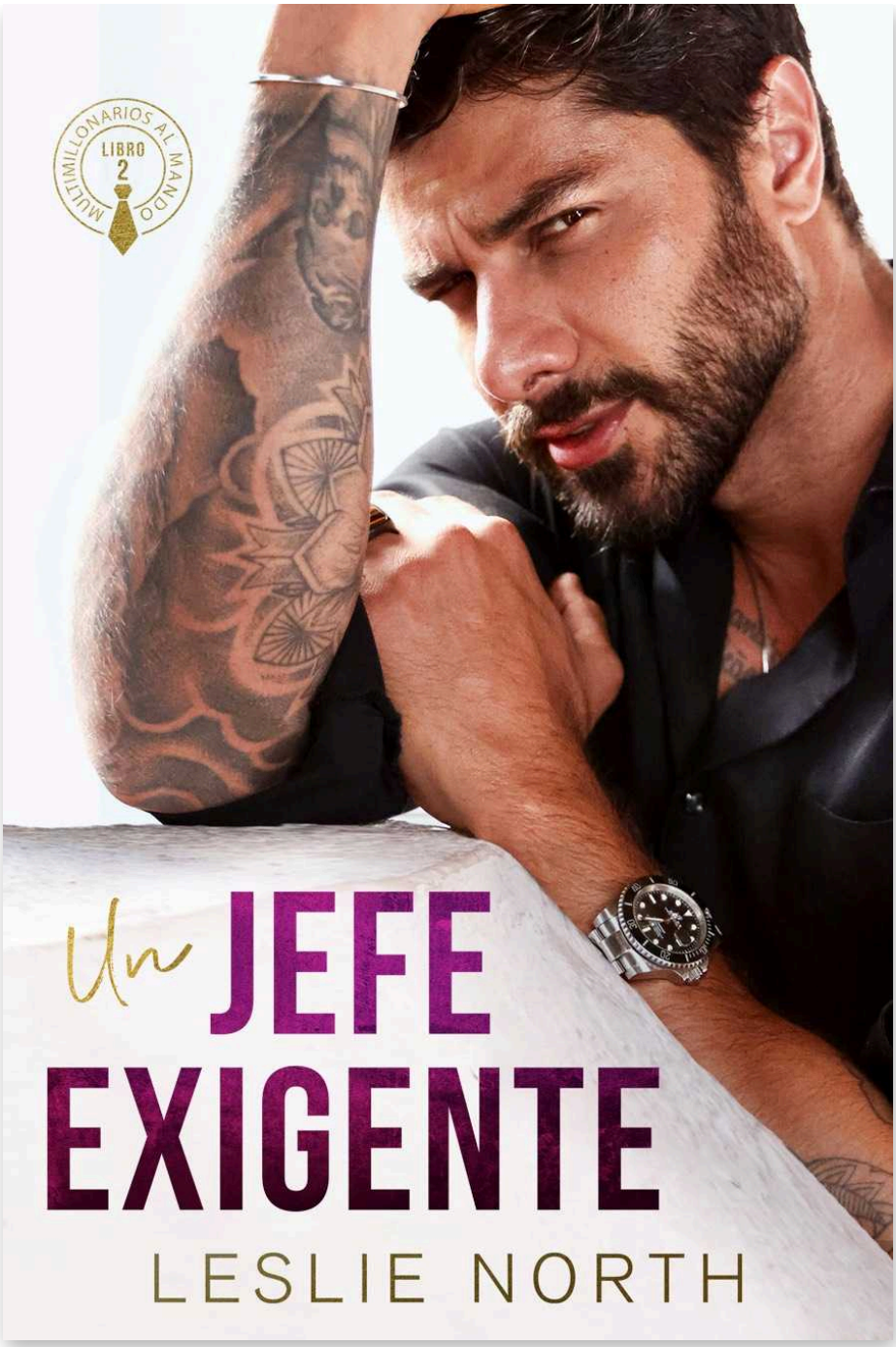
—No entiendo cómo puede seguir funcionando esta cafetería, contigo trabajando aquí.

—Pues parece que, con mucho encanto, y un montón de café derramado.

Miré su estúpida cara de cabreo, y aquellos ojos tan arrebatadores me distrajeron durante un instante. ¿Por qué los tíos más buenorros eran siempre unos pedazos de gilipollas? Le di la espalda.

Obtén tu ejemplar de *Diseñado para el desastre*
Disponible Agosto 12, 2025
(¡Disponible para preventa!)

www.LeslieNorthBooks.com



SINOPSIS

Cuando conocí a Noah Parker, lo primero que me preguntó fue si era una prostituta.

Por lo visto, si eres un agente deportivo multimillonario, encontrarte a chicas medio desnudas en tu habitación de hotel se convierte en un problema… ¿habitual?

De todos modos, eso no me impidió tirarle a la cabeza uno de mis tacones de aguja, pero no le pasó nada. Tiene buenos reflejos.

Aun así, se metió en mi habitación alegando que era la suya, y sin ninguna intención de marcharse. Pero como yo tampoco tenía intención de irme, acabé compartiendo la cama con el señor exigente.

Todo fue bastante casto y no ocurrió nada, aunque es posible que se me ocurrieran algunas ideas… subidas de tono, y tuviera unos sueños *muy* agradables.

Lo admito, estaba muy bueno. Era un capullo que estaba buenísimo, como un tren.

Pero seguía siendo un capullo, como quedó demostrado cuando despidió a su asistente personal delante de mí, y luego me preguntó si quería el trabajo.

Solo un imbécil de campeonato, alguien que piensa que el mundo gira a su alrededor, podría ser tan arrogante.

Pero, claro, también ofreció pagarme el triple de lo que estaba cobrando por mi trabajo en el periódico.

Me daría acceso a auténticas superestrellas del deporte, y él sería el protagonista de mis fantasías más secretas.

Y eso es un problema, porque no puedo enamorarme del exigente de mi jefe.

Dicen que siempre consigue lo que quiere. Pero yo voy a ser la excepción.

Obtén tu ejemplar de *Un jefe exigente* ingresando a
eBook

www.LeslieNorthBooks.com



FRAGMENTO

Capítulo 1

Noah

—Y tú, ¿qué? Un chico agradable como tú debe tener a alguien especial esperándole en casa —me preguntó con curiosidad la invitada sentada a mi lado.

Había acabado en la mesa de solteros de la boda de mi mejor amigo, James. El grupo había resultado bastante agradable hasta que se nos unió la abuela de alguien y empezó a preguntarnos a todos por nuestras vidas amorosas.

Que Dios nos libre de las casamenteras.

—No, yo estoy casado con mi trabajo —contesté con una tensa sonrisa.

No era una exageración. Acababa de volver de un viaje relámpago de cinco días para buscar talentos, en el que había tenido una reunión tras otra en seis estados distintos, y después había venido directo a la boda. Aunque esa era la vida que había elegido, de vez en cuando me resultaba agotadora.

—¿Cuántos años tienes? ¿Treinta y cinco? Creo que ya va siendo hora de que sientes la cabeza —insistió la mujer, interrumpiendo mis pensamientos.

—Cuarenta y tres —contesté apretando los dientes—. ¿Por qué no va a hablar con Joe, ese que está ahí? He oído el rumor de que no cree en el matrimonio. Debería ir a salvarle de sí mismo.

Observé con gran satisfacción cómo la casamentera salía disparada hacia Joe y luché por contener un bostezo. No es que nunca pensara en casarme, pero aún no había conocido a una mujer que me hiciera pensar que sentar la cabeza y conformarse eran cosas distintas. Me gustaba mi vida tal y como era. Por ejemplo, me encantaba tener la libertad de levantarme de la mesa en ese momento, intercambiar un gesto rápido con el novio y escaparme de la celebración de la boda. Me alegraba mucho por James, pero sabía que lo de vivir felices para siempre no era para mí. Sí, él había encontrado un final feliz con su preciosa mujer, Kaitlyn, pero ellos eran la excepción a la regla.

Me subí al coche que me estaba esperando e indiqué al conductor que me llevara al pequeño hotel en el que íbamos a dormir la mayoría de los invitados de la boda. Zoe, mi asistente, se había encargado de hacer la reserva y avisar que llegaría tarde. Me estiré en el asiento de atrás, soñando con darme la ducha más caliente de la historia y conseguir por fin dormir un poco. Solo Dios sabía lo mucho que lo necesitaba.

Afortunadamente, el registro en el hotel fue muy rápido y pude dirigirme enseguida a la habitación. Con un bostezo, abrí la puerta y entré con los ojos ya medio cerrados, pensando que quizá sería mejor dormir primero y ducharme después...

Al entrar, me detuve en seco y me desperté del todo: había una mujer medio desnuda en mi habitación.

Estaba de espaldas a mí, bajándose la cremallera del vestido o, más bien, *intentando* bajarla. Parecía estar luchando a brazo partido contra la cremallera y la parte superior del vestido había quedado enrollada alrededor de su cintura. Su espalda, que había quedado al aire, dejaba ver que no llevaba sujetador.

La miré fascinado durante unos segundos: era una mujer impresionante. A pesar de lo cansado y malhumorado que me sentía, podía apreciar el hecho de que hubiera una hermosa mujer medio desnuda contoneándose tan cerca de mí.

La parte de mi cerebro que aún seguía funcionando pensó que esto se debería a otro de los errores de Zoe. Solo en este último viaje se las había apañado para confundir los dos estados llamados Dakota al planear mi itinerario, no había conseguido alquilar un coche en Iowa, y había cambiado los nombres de las esposas de dos entrenadores en todas las notas que me había preparado. Pero esto... esto ya era el colmo.

Me aclaré la garganta para llamar la atención de la mujer, pero no me oyó, así que lo volví a intentar.

—Disculpe, señorita...

El grito que salió de su garganta me hizo retroceder de un salto. Ella se precipitó a coger la colcha de la cama y taparse el pecho con ella, antes de darse la vuelta para enfrentarse a mí.

—¿Quién diablos es usted y qué está haciendo aquí? —exigió.

En efecto, se trataba de una mujer espectacular y estaba furiosa a más no poder.

—¡Venga! ¿Qué está haciendo en mi habitación? —dijo a la vez que rebuscaba en el escritorio que tenía detrás, quizá tratando de encontrar algo con lo que amenazarme—. No tiene pinta de trabajar en el hotel.

—Eso es porque no trabajo aquí.

Ella cogió el mando de la televisión y lo apuntó hacia mí, de una manera que me imaginé que le parecería amenazadora. Alcé las cejas.

—¿Me va a quitar el sonido con eso?

—¡Salga de mi habitación!

—¿Disculpe? Esta es *mi* habitación— dije, enseñándole la tarjeta—, por si el hecho de que mi tarjeta haya abierto la puerta no lo ha dejado claro.

—Pues si es su habitación, entonces, ¿cómo diablos cree que he entrado *yo* aquí? —preguntó ella.

Me encogí de hombros, agotado y muy irritado.

—Mire, le pedí a mi asistente que se asegurase de que todo estaba preparado para pasar una noche agradable. Ella debió entender que deseaba... tener compañía.

A ella le costó un momento entender el insulto y cuando comprendió su significado, me lanzó el mando de la televisión. Me agaché para esquivar el proyectil.

—¡No soy una prostituta!

—De acuerdo, eso no ha tenido gracia, pero tiene que salir de mi habitación...

—¡Soy una dama de honor!

Como para demostrar lo que estaba diciendo, me lanzó un brillante zapato de tacón que pasó rozándome la cabeza. Pensé en ponerme a cubierto detrás de una silla, pero su mala puntería lo hacía innecesario. Un momento después, caí en la cuenta de lo que acababa de decir. Bajé la vista al vestido amarillo pálido que aún le colgaba de la cintura y luego volví a mirar su bonita y sonrojada cara.

—¿Conoces a Kaitlyn?

—Por supuesto que conozco a Kaitlyn, es una de mis mejores amigas —dijo señalando el vestido—. Soy una de las damas de honor. ¿Y tú, de qué conoces a Kaitlyn?

—Se acaba de casar con mi mejor amigo —dije—. Soy Noah. Noah Parker.

Ella entrecerró los ojos.

—Un momento, yo te conozco —dijo, colocándose las manos en las caderas. El gesto hizo que la colcha con la que se cubría se

empezara a deslizar hacia abajo por su pecho de forma alarmante—. Eres el capullo que no quiso dejar el trabajo el tiempo suficiente para asistir a la boda de su mejor amigo.

—Ajá —contesté—. Ese soy yo.

Justo en ese momento, la colcha perdió la batalla contra la gravedad y cayó al suelo.

Obtén tu ejemplar de *Un jefe exigente* ingresando a
eBook
www.LeslieNorthBooks.com